

EOWYN IVEY LA NIÑA DE NIEVE



Grijalbo | Narrativa

Jack y Mabel han viajado hasta Alaska, ese paisaje hermoso y extremo de inviernos crudos y veranos bañados en luz, dispuestos a iniciar una nueva vida. Lejos de parientes y amigos; lejos de la tumba de su único hijo, que murió al nacer.

Pero las cosas no son fáciles en la agreste Alaska y un año después Mabel se enfrenta al inminente invierno, sin saber si podrá soportar los largos meses de nieve y silencio que la acechan desde las cumbres. Jack, por su parte, se siente derrotado por esa tierra hostil que labra penosamente y que no concede nada sin esfuerzo. Ambos están a punto de renunciar a su sueño. Una vez más, la vida parece haberlos vencido...

Hasta que una noche, maravillados ante la primera nevada del año, Jack y Mabel se olvidan de sus problemas y hacen un muñeco de nieve al que visten con una bufanda y unos guantes de lana. A la mañana siguiente, el muñeco se ha fundido, las prendas de ropa han desaparecido y en la nieve pueden verse unas diminutas pisadas que se internan en el bosque. Pertenecen a Faina, una niña esquiva y misteriosa que aparece y desaparece con las estaciones. Faina es capaz de sobrevivir en las montañas con la única compañía de un zorro de dientes afilados al que ha convertido en su mascota. Para Jack y Mabel la aparición de la niña cambia su vida, puesto que no tarda en convertirse en la hija que nunca tuvieron. Pero, como sucedía en un cuento de hadas que Mabel leía en su infancia, esa niña salvaje parece ahogarse con el calor del hogar...

La niña de nieve explora con sensibilidad un paisaje y unos personajes duros y frágiles, al tiempo que nos cuenta una historia de amor, superación y ansias de libertad que tiene la belleza de las antiguas leyendas del norte.



Eowyn Ivey

La niña de nieve

ePUB v1.0

SMAGX01.12.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *The Snow Child*

© 2011, Eowyn Ivey

© 2011, Toni Hill Gumbao por la traducción

© 2011, Random House Mondadori, S. A.

ISBN:978-84-25346606

Para mis hijas, Grace y Aurora

PRIMERA PARTE

—Esposa, salgamos al patio de atrás y hagamos una niña de nieve; quizá cobre vida y se convierta en una hija para nosotros.

—Esposo —dice la anciana—, nadie sabe lo que va a pasar. Salgamos al patio a hacer esa niñita de nieve.

De «The Little Daughter of the Snow»,
de Arthur Ransome



Río Wolverine, Alaska, 1920

Mabel ya sabía que habría silencio. Al fin y al cabo se trataba de eso. De un silencio libre de arrullos y de llantos de bebés. Sin gritos de niños que juegan en las casas vecinas. Sin el rumor de pasitos sobre unos escalones de madera gastados por los años y las generaciones, sin el traqueteo de juguetes arrastrados por el suelo de la cocina. Desaparecerían todos esos ruidos que clamaban su fracaso y su pena, y en su lugar solo habría silencio.

Había imaginado que el silencio de las tierras de Alaska sería sereno, como una nevada nocturna, un aire cargado de promesas mudas, pero no era exactamente eso lo que había encontrado. En cambio, cuando barría el suelo de madera, las cerdas de la escoba rascaban como afiladas musarañas que mordisqueaban su corazón. Mientras fregaba los platos, tenía la impresión de que la loza se rompía en pedazos. El único ruido que no salía de ella era un susurro súbito procedente del exterior. Mabel escurrió un trapo en la pila y miró por la ventana justo cuando un cuervo saltaba de una rama desnuda a otra. No había críos persiguiéndose sobre un lecho de hojas de otoño, llamándose unos a otros. Ni siquiera un niño solitario meciéndose en un columpio.

* * *

Hubo uno. Diminuto, prematuro y silencioso. Hacía ya diez años, pero a pesar del tiempo transcurrido se descubría evocando ese nacimiento, ese momento en que cogió el brazo de Jack para detenerlo antes de que se lo llevara. Debería haberlo hecho. Debería haber apoyado la cabecita del bebé en la palma de su mano y cortado algunos cabellos para conservarlos de recuerdo en un broche. Debería haber mirado su carita, saber si era niño o niña, y haber estado junto a Jack mientras lo enterraba en el suelo invernal de Pensilvania. Debería haber marcado su tumba. Debería haberse permitido ese dolor.

Al fin y al cabo era un bebé, aunque más bien parecía uno de esos niños robados de los cuentos. Carita transida por el dolor, barbilla diminuta, orejitas puntiagudas; era lo único que había visto de él, e incluso así había llorado porque en el fondo de su corazón sabía que lo habría querido de todas formas.

* * *

Mabel permaneció frente a la ventana durante un buen rato. El cuervo ya se había perdido entre los árboles. El sol se había ocultado detrás de las montañas y la luz se había amortiguado. Las ramas estaban desnudas, la hierba era de un gris amarillento. Ni un solo copo de nieve. Era como si todo lo bello, lo reluciente, hubiera sido arrancado del mundo y barrido como si fuera polvo.

Noviembre estaba al caer, y le asustaba saber lo que traería consigo: un frío que se extendía por el valle como un sudario, un viento glacial que penetraba por las rendijas de las paredes de madera. Pero, sobre todo, oscuridad. Una oscuridad tan absoluta que invadía incluso las escasas horas de luz pálida.

Se había enfrentado a ciegas al invierno anterior, sin saber qué le depararía en esa tierra desconocida y agreste. Pero ahora ya no había lugar a engaño. En diciembre, el sol saldría justo antes del mediodía y alumbraría las cimas durante unas breves horas de brillo crepuscular antes

de volver a esconderse. Mabel dormiría sentada en una silla junto al horno de leña. No tendría ganas de releer ninguno de sus libros favoritos, simples páginas sin vida. Ni de dibujar: ¿qué podía plasmar en el cuaderno de dibujo? Cielos insulsos, rincones en sombras. Cada mañana le costaría más levantarse de la cama. Deambularía por la casa como una sonámbula, haría cualquier cosa de comer y colgaría la colada en el interior de la cabaña. Jack se esforzaría por mantener vivos a los animales. Días que se sucedían como si fueran uno solo. El manto opresivo del invierno.

Durante toda su vida había creído en algo más, en las imágenes misteriosas que sus sentidos intuían en las formas cambiantes. El aleteo de una mariposa sobre un cristal, la visión de unas ninfas en los lechos veteados de los arroyos. El aroma de los robles de la tarde en que se enamoró y la forma en que el amanecer se derramaba sobre el abrevadero y convertía el agua en luz.

Mabel no recordaba cuándo tuvo una de esas sensaciones por última vez.

Cogió las camisetas de Jack y se puso a remendarlas. Intentó no mirar por la ventana. Si al menos nevara... Quizá el blanco suavizaría esas lóbregas líneas. Quizá lograría crear un punto de luz al que poder aferrarse.

Pero durante toda la tarde las nubes siguieron altas y finas, el viento arrancó hojas muertas de las ramas y la luz se apagó como si fuera una vela. Al pensar en el frío atroz que la dejaría atrapada en la cabaña se le aceleró la respiración. Se puso a dar vueltas por la casa sin dejar de repetirse en voz baja: «No puedo hacerlo. No puedo hacerlo».

Había armas de fuego en casa y ella lo había pensado más de una vez. El rifle de caza junto a la librería, la pistola sobre la puerta y un revólver que Jack tenía guardado en el cajón superior de la cómoda. Mabel no había disparado un solo tiro en toda su vida, pero no era eso lo que la detenía. Era la violencia y el horror indecoroso de un acto como ese, y la culpa que inevitablemente le seguiría. La gente diría de ella que era débil de mente o espíritu, y de Jack, que era un mal marido. ¿Y qué sería de él? ¿Qué vergüenza y culpa tendría que soportar?

Sin embargo, el río... era distinto. Nadie a quien culpar, ni siquiera a ella. Sería un desafortunado accidente. Si hubiera sabido que el hielo no la sostendría, diría la gente. Si hubiera sabido lo peligroso que era...

* * *

La tarde se convirtió en noche, y Mabel abandonó la ventana para encender una lámpara de aceite que había sobre la mesa, como si fuera a preparar la cena, a esperar el regreso de Jack como si ese día fuera a terminar igual que cualquier otro, pero en su cabeza ya recorría el sendero que conducía al río Wolverine a través del bosque. La lámpara ardía mientras ella se anudaba las botas, se echaba el abrigo sobre la bata y cruzaba la puerta. Cabeza y manos desnudas al viento.

Mientras caminaba entre los árboles yermos, se sentía eufórica y embotada a la vez, helada por la claridad de sus propósitos. No pensó en lo que dejaba atrás, sino solo en el instante concreto e inmediato, sensaciones precisas y sin matiz alguno. El fuerte ruido de sus botas sobre la escarcha. La gélida brisa acariciándole el pelo. Se sentía extrañamente poderosa y segura de sí misma.

Salió del bosque y se paró al borde del río helado. Lo único que alteraba la calma era alguna ráfaga de viento que le pegaba la falda a las medias de lana y empujaba el limo sobre el hielo. Más arriba, el lecho glacial llegaba a tener más de ochocientos metros de ancho y aparecía surcado por bancos de grava, trozos de madera y una trenza de canales poco profundos, pero a esta altura el río era estrecho y hondo. Mabel alcanzaba a ver el acantilado de esquisto que se alzaba a lo lejos y descendía sobre el hielo negro. Allí, el agua la cubriría por completo.

Encaminó sus pasos hacia ese acantilado aunque esperaba ahogarse antes de llegar. El hielo tenía tres o cuatro centímetros de grosor a lo sumo; nadie se atrevería a cruzar por ese punto traicionero ni siquiera en los meses álgidos del invierno.

Al principio las botas se le quedaron encalladas en las piedras, pegadas en la orilla arenosa, pero luego consiguió descender de la orilla y vadear un pequeño riachuelo de hielo fino y quebradizo. A continuación cruzó una zona de grava y se recogió la falda para pasar por encima de un tronco, castigado por los elementos.

Cuando llegó al lecho del río, donde el agua descendía hacia el valle, el hielo ya no era blanco y quebradizo sino negro y firme, como si se hubiera solidificado la noche anterior. Deslizó las botas por la superficie y casi se rió de ese cuidado absurdo: preocuparse de no resbalar cuando rezaba para que el hielo se partiera bajo sus pies.

Estaba a varios metros de distancia de la orilla cuando se permitió parar y bajar la vista hacia sus botas. Era como caminar sobre cristal. Veía rocas graníticas debajo de las agitadas aguas color turquesa. Una hoja amarilla flotaba a la deriva, y ella se imaginó flotando a su lado y teniendo una fugaz visión del cielo desde el otro lado de aquel hielo diáfano. ¿Conseguiría ver el cielo antes de que el agua inundara sus pulmones?

Burbujas del tamaño de su mano se veían por todas partes, congeladas en círculos blancos, y alguna zona presentaba grietas grandes y visibles. Se preguntó si el hielo sería más frágil en esos puntos y si debía ir hacia ellos, o más bien evitarlos. Irguió los hombros, miró hacia delante y avanzó sin bajar la vista.

Tras cruzar el centro del canal, el acantilado se hallaba a un brazo de distancia, las aguas emitían un rugido ahogado y el hielo cedió un poco bajo su peso. Contra su voluntad, miró hacia abajo y lo que vio la aterró. No había burbujas. Ni grietas. Solo un abismo negro e insondable, como si el cielo nocturno se desplegara debajo de sus botas. Se dispuso a dar un paso más hacia el acantilado y entonces se oyó un crujido, un chasquido potente y sonoro, como el de una botella de champán al ser descorchada. Mabel abrió las piernas, le temblaban las rodillas. Esperó a que cediera el hielo, a que su cuerpo se hundiera en el río. Al oír otro ruido sordo tuvo la seguridad de que el hielo se hundía, pero solo unos milímetros, una distancia imperceptible únicamente marcada por aquel horrible sonido.

Se mantuvo inmóvil y respiró hondo, pero el agua no llegó. El hielo la sostuvo. Movié los pies despacio, primero uno y luego el otro, una y otra vez, y recorrió el breve trecho que la separaba del acantilado. Nunca había imaginado que llegaría hasta allí, al otro lado del río. Apoyó las manos desnudas en la fría superficie de esquisto, luego hizo lo propio con todo su cuerpo, hasta que su frente rozó la piedra y pudo percibir su olor, a vejez, a humedad.

Aquel frío empezó a penetrarla, así que bajó los brazos, dio media vuelta y emprendió el viaje de retorno por el mismo camino. Tenía el corazón en un puño. Andaba con paso vacilante. Se preguntó si sería entonces, de regreso a casa, cuando hallaría la muerte en aquel río helado.

Al acercarse a la orilla quiso correr, pero la capa de hielo era demasiado lisa y acabó resbalando y tropezando en el banco de arena. Tomó aire, tosió y casi se echó a reír, como si todo hubiera sido una apuesta osada y absurda. Luego se agachó, con las manos en los muslos, e intentó incorporarse.

Se levantó despacio. El paisaje apareció inmenso ante sus ojos. El sol se ponía en el río, lanzando una fría estela rosada por las cimas blancas de las montañas que cerraban ambos lados del valle. Río arriba, los pequeños arbustos, los bancos de grava, los bosques de abetos y los álamos bajos cubrían la montaña de un azul acerado. Ni campos, ni vallas; ni casas, ni carreteras. Ni un alma en ninguna dirección. Solo naturaleza en estado puro.

Mabel sabía que era hermoso, pero de una belleza que te abría en canal y te arrancaba las entrañas hasta tal punto que, aun sobreviviendo a ella, uno se sentía indefenso, a su merced. Dio la espalda al río y emprendió el camino a casa.

* * *

El candil aún ardía cuando llegó a la cabaña. Su brillo iluminaba la ventana de la cocina, y cuando abrió la puerta y entró, se sintió abrumada por el calor y esa luz parpadeante. Todo le resultaba extraño, dorado. No esperaba volver.

Tuvo la impresión de que había estado fuera durante horas, pero ni siquiera habían dado las seis de la tarde y Jack aún no había llegado. Se quitó el abrigo y fue hacia el horno de leña; dejó que el calor la invadiera dolorosamente a través de manos y pies. Cuando por fin pudo abrir y cerrar los dedos, sacó cazuelas y sartenes, perpleja ante la futilidad de la tarea que iba a acometer. Añadió leña al horno, preparó la cena y luego se sentó a la mesa con la espalda bien recta y las manos cruzadas sobre su regazo. Unos minutos después Jack cruzaba la puerta: pisó con fuerza con las botas y se sacudió la paja del abrigo de lana.

Ella se dedicó a observarle, segura de que adivinaría de algún modo que había sobrevivido a algo terrible. Jack se lavó las manos en la pila, se sentó a su lado y bajó la cabeza.

—Bendice estos alimentos, Señor —murmuró—. Amén.

Ella sirvió una patata en cada plato, acompañada de unas zanahorias hervidas y judías pintas. No hablaron. Solo se oía el ruido de tenedores y cuchillos sobre los platos. Ella intentó comer, pero no pudo. Notaba que las palabras se acumulaban sobre su regazo como piedras de granito, y cuando por fin se decidió a hablar, le pesaban tanto que solo logró decir:

—Hoy he ido al río.

Él no levantó la cabeza. Ella esperaba que le preguntara por qué había hecho tal cosa. Quizá así ella podría contárselo.

Jack pinchó una zanahoria con el tenedor y luego rebañó las judías con un trozo de pan. No dio señal alguna de haberla oído.

—Está totalmente congelado, hasta los acantilados —dijo ella, su voz era casi un susurro. Con los ojos bajos y la garganta tomada, esperó, pero solo oyó el ruido que hacía Jack al masticar, el de su tenedor en el plato.

Mabel levantó la vista y vio esas manos quemadas por el viento, los puños despellejados, las patas de gallo que enmarcaban sus ojos cansados. No recordaba cuándo había acariciado esa piel por última vez, y la idea le dolió en el pecho como si fuera soledad lo que sentía. Distinguió unas hebras plateadas en su barba rojiza. ¿Cuándo habían aparecido? También ella envejecía. Ambos se estaban desvaneciendo sin que el otro se percatara de ello.

Removió la comida sin comerla. Miró al candil que colgaba del techo y vio que de él salían esquirlas de luz. Mabel rompió a llorar. Por un instante dejó que las lágrimas cayeran por sus mejillas y llegaran a las comisuras de sus labios. Jack siguió comiendo, cabizbajo. Ella se levantó a dejar su plato en la cocina. Al volverse, se secó la cara con el delantal.

—El hielo aún no es sólido —advirtió Jack desde la mesa—. Es mejor no acercarse.

Mabel tragó saliva, carraspeó.

—Sí. Por supuesto.

Se entretuvo en la cocina hasta que se le aclararon los ojos, luego regresó a la mesa y echó unas cuantas zanahorias más en el plato de Jack.

—¿Cómo va el campo nuevo? —le preguntó.

—Tirando. —Se llevó un trozo de patata a la boca y luego se la limpió con el dorso de la mano—.

Terminaré de talar y cortar los árboles en unos días y quemaré algunos tocones más.

—¿Quieres que vaya a ayudarte? Podría vigilar las hogueras.

—No hace falta. Ya puedo yo.

* * *

Aquella noche, mientras estaban acostados, ella fue súbitamente consciente de la presencia de su marido, del olor a paja, de las agujas de abeto en su pelo y en su barba, del peso que hacía crujir la cama, del sonido de su respiración lenta y fatigada. Él yacía a su lado, de espaldas. Ella extendió la mano con la intención de tocarle el hombro, pero en su lugar bajó el brazo y siguió tumbada en la oscuridad, contemplando sus hombros.

—¿Crees que lograremos superar el invierno? —le preguntó.

Jack no contestó. Quizá estuviera dormido. Ella dio media vuelta y se puso de cara a la pared de troncos.

Cuando su marido habló, Mabel no estuvo segura de si su voz sonaba ronca por la somnolencia o la emoción.

—No es que tengamos muchas opciones, ¿verdad?

La mañana era tan fría que cuando Jack salió a poner el arnés al caballo, las botas de cuero no se doblaban y sus manos trabajaban con torpeza. Soplaban un constante viento del norte desde el río. Él habría preferido quedarse en casa, pero ya había metido las tartas de Mabel en la tartera, envueltas en papel, listas para ser llevadas a la ciudad. Se palmeó los brazos y pisó con fuerza para acelerar el flujo sanguíneo. Hacía un frío atroz, e incluso los calzoncillos largos que llevaba bajo los tejanos parecían una simple capa de algodón pegada a las piernas. No resultaba fácil renunciar al calor del horno de leña para enfrentarse a aquello a solas. El sol amenazaba con salir por el otro lado del río, pero su luz era débil, plateada, y ofrecía un escaso consuelo.

Jack subió a la carreta y sacudió las riendas. No miró hacia atrás, pero notó que la cabaña desaparecía entre el bosque de abetos.

Mientras cruzaba un campo, el caballo casi tropezó consigo mismo y movió la cabeza. Jack detuvo la carreta y escrutó con la vista tanto el campo como los árboles, sin ver nada.

Maldito animal. Él había querido un ejemplar tranquilo y dócil, del tipo lento y fuerte. Pero en esas tierras había menos caballos que dientes en el pico de una gallina, y no tuvo muchas opciones para elegir: una yegua vieja de espalda encorvada que parecía a punto de irse al otro barrio y aquel, joven y apenas domado, más apropiado para el paseo que para el trabajo duro. Jack temía que el esfuerzo acabara matándolo.

Hacía un par de días, mientras sacaba los troncos del campo nuevo, el caballo se había asustado ante una rama y derribado a Jack al suelo. Se había librado por los pelos de ser aplastado por el tronco cuando el caballo siguió adelante. Aún tenía rasguños en los antebrazos y los tobillos, y por las mañanas se levantaba con la espalda dolorida.

Ahí radicaba el problema. No en el caballo nervioso, sino en su viejo y cansado dueño. La verdad le rondaba por el estómago como un plato indigesto. Era demasiado trabajo para un hombre de su edad. No conseguía salir adelante, ni siquiera trabajando de sol a sol y con todas sus fuerzas. A pesar del largo verano y de un otoño sin nieve, todavía le faltaba mucho campo que despejar antes de poder ganarse la vida. Ese año había conseguido una patética cosecha de patatas que apenas sirvió para comprar harina durante el invierno. Suponía que aún tenía suficiente dinero de la venta de su parte de la granja del este para mantenerlos un año más, y eso solo si Mabel continuaba vendiendo sus tartas en la ciudad.

Eso tampoco estaba bien: Mabel tenía que fregar el áspero suelo de su casa y vender lo que salía de su horno para poder subsistir. Su vida podría haber sido tan distinta... Hija de un catedrático de literatura, miembro de una familia acomodada, podría haberse dedicado a estudiar y al arte, distraerse por las tardes con otras damas de su clase. Una vida con criados, tazas de porcelana y pastelillos hechos por otras manos.

Mientras cruzaba ya el extremo de un campo medio despejado, el caballo volvió a encabritarse, sacudió la cabeza y relinchó. Jack tiró de las riendas. Echó un vistazo a los troncos caídos que tenía alrededor, y a los abedules, abetos y álamos que se alzaban más allá. El bosque estaba en silencio, ni siquiera se oía el trino de un pájaro. El caballo clavó una pezuña en el suelo y se quedó quieto. Jack intentó sosegar su propia respiración para poder ver y oír mejor.

Algo le observaba.

Era una idea ridícula. ¿Quién iba a andar por ahí? Se preguntó, no por vez primera, si los animales salvajes podían causar esa sensación. Las bestias domésticas, como las vacas y los pollos, podían pasarse un día entero observando a un hombre por la espalda sin que a éste se le erizara un solo pelo de la nuca. Pero quizá las criaturas del bosque fueran distintas. Intentó imaginar a un oso moviéndose entre la maleza, adelante y atrás, observándolos a él y al caballo.

No parecía muy probable ahora que se acercaba el invierno. Lo normal era que estuvieran buscando dónde hibernar.

De vez en cuando sus ojos se posaban en un tocón o una zona en sombras entre los árboles. No te dejes llevar por la imaginación, viejo, se dijo. Acabarás chalado buscando cosas que no están. Fue a sacudir las riendas, pero miró por encima de su hombro una última vez y entonces lo vio: algo se movía, una mancha de un rojizo castaño. El caballo relinchó. Sentado en la carreta, Jack se volvió, despacio.

Un zorro rojo saltó entre los árboles caídos. Desapareció durante un minuto pero asomó la cabeza de nuevo, más cerca del bosque, corriendo con el rabo peludo y rojo a ras de suelo. Se detuvo y volvió la cabeza. Por un instante su mirada se cruzó con la de Jack y entonces, en esos iris dorados y achinados, él vio lo salvaje del lugar. Como si tuviera a la naturaleza en su estado más puro frente a los ojos.

Miró hacia delante, sacudió las riendas y azuzó al caballo hasta que alcanzó un buen trote, ambos con ganas de dejar atrás al zorro. Pasó una hora más, encorvado y aterido, mientras la carreta recorría los kilómetros de bosque virgen. Al acercarse a la ciudad, el caballo aceleró y Jack tuvo que pararlo para no perder la carga por el camino.

* * *

En su lugar de origen nadie habría llamado ciudad a Alpine. No era más que unos cuantos edificios polvorientos y de fachada falsa diseminados entre las vías del tren y el río Wolverine. En las cercanías, varios colonos habían despejado el terreno de árboles antes de abandonarlo. Algunos habían partido en busca de oro o a trabajar en el ferrocarril, pero la mayoría había optado por regresar a casa sin la menor intención de volver a pisar Alaska.

Cargado con las tartas, Jack subió la escalera del restaurante del hotel y la esposa del dueño le abrió la puerta. Bien cumplidos los sesenta, Betty llevaba el pelo corto, al estilo masculino, y dirigía el local como si fuera la única propietaria. Su marido, Roy, trabajaba para la delegación del gobierno y apenas pasaba por el hotel.

—Buenos días, Betty —dijo Jack.

—Un asco de día, diría yo. —Cerró la puerta con firmeza—. Un frío infernal y ni rastro de nieve. Nunca había visto algo parecido. ¿Traes las tartas de Mabel?

—Sí, señora. —Las dejó en la barra y las desenvolvió.

—Esa mujer tiene buena mano —dijo ella—. La gente no para de pedir sus tartas.

—Me alegra oírlo.

Ella contó unos cuantos billetes de la caja antes de dejarlos en la barra.

—Pero, aun a costa de perder algunos clientes, creo que no voy a necesitar más tartas a partir de hoy, Jack. Mi hermana se ha instalado en casa y Roy dice que debe ganarse el pan encargándose del horno.

Él cogió los billetes y se los guardó en el bolsillo como si no hubiera oído lo que acababa de decirle. Pero enseguida cayó en la cuenta.

—¿No más tartas? ¿Estás segura?

—Lo siento, Jack. Sé que es mal momento, con el invierno a punto de empezar, pero... —Se le apagó la voz, se la veía inusualmente avergonzada.

—Podríamos rebajar el precio, si eso os ayuda —dijo él—. Necesitamos hasta el último céntimo ahora mismo.

—Lo siento. ¿Quieres un café y algo para desayunar?

—Café me basta, gracias. —Escogió una mesa al lado de una ventana pequeña con vistas al río.

—Invita la casa —dijo ella cuando le sirvió la taza.

Nunca se quedaba en la ciudad cuando iba a dejar las tartas, pero esa mañana no tenía ningunas ganas de volver a casa. ¿Qué iba a decirle a Mabel? ¿Que tenían que recoger las cosas y regresar a casa con el rabo entre las piernas? ¿Abandonar la finca como tantos antes que ellos? Echó azúcar al café y se puso a mirar por la ventana. Por la orilla del río caminaba un hombre con las botas gastadas y el aire polvoriento de un trampero. Llevaba un saco de dormir en la mochila, un husky atado con una cuerda en una mano y un rifle de caza en la otra. Tras él, Jack vio una neblina blanca que amortajaba las cumbres. Ya nevaba en las montañas. La nieve no tardaría en llegar al valle.

—¿Sabes que están buscando personal en la mina? —Betty dejó ante él un plato de huevos con beicon—. Seguro que no te apetece hacerlo para siempre, pero podría sacarnos del mal paso por el momento.

—¿La mina de carbón del norte?

—Ajá. No pagan mal, y así seguirán mientras puedan mantener las vías limpias. Proporcionan comida y alojamiento, y te devuelven a casa con un extra en los bolsillos. Piénsalo.

—Gracias. Y gracias por esto también. —Señaló el plato.

—Vale.

Un trabajo dejado de la mano de Dios, la mina de carbón. Los granjeros habían nacido para trabajar con aire y luz, no en túneles bajo tierra. Años atrás había visto a los hombres que venían de la mina con las caras manchadas de hollín y tosiendo sangre sucia. Y, aunque tuviera la voluntad y la fuerza necesarias, eso significaría dejar sola a Mabel en la finca durante días, quizá semanas.

Pero necesitaban efectivo, eso era innegable. Solo un mes o dos les bastarían para aguantar hasta la siguiente cosecha. Podía soportar casi cualquier cosa durante un mes o dos. Se comió el último pedazo de beicon y se disponía a salir cuando George Benson cruzó con estruendo la puerta del restaurante.

—Betty, Betty, Betty. ¿Qué me ofreces hoy? ¿Tienes alguna tarta de esas?

—Recién traídas, George. Siéntate y te llevo un pedazo.

George se volvió hacia las mesas y vio a Jack.

—¡Buenas, vecino! Tengo que reconocer que... tu mujer hace un pastel de manzana que es un pecado. —Echó el abrigo sobre el respaldo de una silla y se palmeó la abultada barriga—. ¿Te molesta que me sienta?

—En absoluto.

George vivía a unos quince kilómetros, al otro lado de la ciudad, con su esposa y sus tres chicos. Jack se había cruzado varias veces con él, en el almacén y allí, en el restaurante. Parecía un tipo simpático y siempre hablaba como si fueran buenos amigos. Él y George debían de tener la misma edad.

—¿Cómo te va? —preguntó George en cuanto se sentó a la mesa.

—Va.

—¿Tienes ayuda ahí fuera?

—No. Me las apaño solo. He despejado dos buenos campos. Siempre hay cosas que hacer, ya sabes cómo es.

—Deberíamos hacer un intercambio de vez en cuando... Mis chicos y yo nos acercamos a tu terreno con los caballos, y luego tú nos echas una mano.

—Es una oferta generosa.

—Podríamos ayudarte a terminar parte del trabajo —prosiguió George—, y tu esposa podría pasar por casa a charlar con Esther. Se harta de estar rodeada de hombres, y tiene ganas de hablar de cocina, o de costura, o de lo que sea que parloteen las mujeres. Estaría encantada de teneros en casa.

Jack no dijo ni sí ni no.

—¿Tus hijos ya han volado del nido? —preguntó George.

Jack no se esperaba eso. Él y Mabel no eran tan mayores, la verdad, como para que sus hijos tuvieran ya familia propia. Se preguntó si su aspecto reflejaría cómo se sentía, como si alguien le hubiera puesto la zancadilla al pasar.

—No. No tenemos hijos.

—¡Vaya! ¿No habéis tenido hijos?

—No.

Observó a George. Si uno decía que no tenía hijos, parecía expresar una elección y ¿qué idea podía formarse el otro de una tontería así? Si en cambio uno decía que no podía tenerlos, la conversación se volvía tensa mientras el interlocutor se planteaba la virilidad del hombre o la salud de la mujer. Jack esperó y tragó saliva.

—Supongo que es una opción. —George meneó la cabeza y soltó una risa breve—. Apuesto a que vivís más tranquilos que nosotros. A veces esos hijos míos me hacen refugiarme en el alcohol. Pelean por todo, y se levantan de la cama picajosos como si tuvieran la varicela. Conseguir que el pequeño trabaje un día entero es casi tan difícil como luchar con un toro.

Jack se rió, relajado, y bebió otro sorbo de café.

—Mi hermano era así. Era casi más fácil dejarlo dormir.

—Sí, así son algunos, al menos hasta que tienen su propia granja y empiezan a enterarse de lo que vale un peine.

Betty se acercó a la mesa con una taza y un pedazo de tarta para George.

—Justo ahora le decía a Jack que necesitan gente en la mina —dijo ella mientras vertía el café—. Ya sabes, para que puedan aguantar el invierno.

George enarcó las cejas y luego frunció el ceño, pero no dijo nada hasta que Betty hubo vuelto a la cocina.

—No se te ocurrirá hacerlo, ¿verdad?

—Lo estoy pensando.

—¡Por Dios! ¿Has perdido el juicio? Ni tú ni yo somos... polluelos ya, y esos agujeros son para jóvenes, si es que son para alguien.

Jack asintió, incómodo con el tema.

—Sé que no es asunto mío, pero pareces un buen tipo —siguió George—. ¿Sabes por qué buscan hombres?

—No.

—Han tenido problemas para mantener las cuadrillas desde los incendios de hace unos años. Catorce, muertos como momias. Algunos tan carbonizados que no podían ni reconocerlos. A media docena ni llegaron a encontrarlos. Te lo juro, Jack, no merece la pena.

—Ya, pero... bueno, estoy contra las cuerdas. La verdad es que no sé cómo salir adelante.

—¿Tenéis que aguantar hasta la cosecha? ¿Hay dinero para las semillas en primavera?

Jack esbozó una sonrisa débil.

—Si no comemos hasta entonces.

—Tienes provisión de patatas y zanahorias, ¿no?

—Claro.

—¿Has conseguido pillar algún alce?

Jack meneó la cabeza.

—La caza nunca se me ha dado bien.

—Escucha, eso es lo que tienes que hacer. Cuelga carne en el establo, y tú y tu mujer estaréis alimentados hasta primavera. No será caviar y champán, pero no pasaréis hambre.

Jack miró la taza vacía.

—Así es como nos va a muchos —dijo George—. Los primeros años son difíciles. Te lo digo en serio: podéis acabar hartos de alce con patatas, pero sobreviviréis.

—Cierto.

Como si el tema estuviera zanjado, George se acabó el trozo de tarta en cuatro mordiscos, se limpió la boca con la servilleta y se puso de pie. Extendió la mano hacia Jack.

—Será mejor que vaya tirando. Esther me echará en cara que estoy fuera todo el día si no vuelvo a casa pronto. —El apretón de manos fue firme y amistoso—. No te olvides de lo que te he dicho. Y cuando llegue la hora de despejar esos campos, estaremos encantados de echarte una mano. El día pasa más rápido en compañía.

—Muchas gracias —dijo Jack. Y asintió.

* * *

Se quedó solo en la mesa. Quizá fuera un error aislarse como habían hecho. Mabel vivía sin una sola mujer con la que hablar. La esposa de George podía ser un regalo de Dios, sobre todo si él se iba a la mina del norte y Mabel se quedaba sola en la finca.

Ella no opinaría lo mismo. ¿No habían dejado atrás todo para empezar una nueva vida ellos dos solos? Necesito paz y tranquilidad, le había dicho ella más de una vez. Se había ido marchitando y encerrándose en sí misma desde que perdieron al niño. Decía que no podía soportar asistir a otra reunión familiar, a esos cotilleos y charlas bobas. Pero Jack recordaba más cosas. Se acordaba de las mujeres embarazadas que sonreían al acariciar sus barrigas, y los recién nacidos que lloraban cuando los parientes se los iban pasando de mano en mano. Recordaba a la niñita que había tirado de la falda de Mabel llamándola «mamá» porque la confundió con otra mujer, y la cara de Mabel, como si acabaran de propinarle un bofetón. También recordaba que él le había fallado: había fingido no verlo y había seguido charlando con otros hombres.

El primogénito de los Benson estaba a punto de casarse y seguro que pronto habría un bebé gateando por la casa. Pensó en Mabel, en su leve y triste sonrisa, en esa arruga en el rabllo de sus ojos que debería haber vertido lágrimas pero que nunca lo había hecho.

Saludó a Betty mientras cogía el envase vacío y se encaminaba a la carreta.

El cielo plomizo parecía estar aguantando la respiración. Diciembre estaba al caer y seguían sin rastro de nieve en el valle. Durante varios días los termómetros se quedaron a veinticinco bajo cero. Cuando Mabel salía a dar de comer a las gallinas, el frío la paralizaba. Le atravesaba la piel, le dolían los nudillos y las caderas. Vio un par de copos de nieve, pero no eran más que polvo y el viento del río lo estrelló contra las rocas y tocones convirtiéndolo en pequeños charcos sucios. Resultaba difícil distinguir la escasa nieve del fino cieno glacial que lo cubría todo y que flotaba en las ráfagas de viento desde el lecho del río.

Jack dijo que la gente de la ciudad se sentía aliviada de que la nieve no hubiera llegado aún: las vías del ferrocarril se mantenían despejadas y la mina seguía abierta. Pero otros se planteaban con preocupación que la helada que llegaría podía traducirse en una primavera tardía y retrasar el momento de la siembra.

Los días se redujeron. Apenas seis horas de luz, y débil. Mabel se organizó un horario de tareas —lavar, remendar, cocinar, fregar, remendar, cocinar— e intentó no imaginarse flotando bajo el hielo como una hoja seca.

El día de hornear las tartas se convertía en una ocasión especial, algo que le hacía ilusión. Así que ese día se levantó temprano y estaba sacando la harina y la lata de manteca cuando notó la mano de Jack apoyada en su hombro.

—No te molestes —dijo él.

—¿Por qué no?

—Betty me dijo que no quería más tartas.

—¿Esta semana?

—Para siempre. A partir de ahora su hermana se encargará de eso.

—Oh —exclamó Mabel. Devolvió la harina al estante y se sorprendió ante la magnitud de su decepción. Las tartas habían sido su única contribución real a la economía familiar, una tarea de la que se sentía orgullosa. Y además les daban dinero—. ¿Podremos pasar sin esto, Jack?

—Yo lo arreglaré. No te preocupes.

Entonces Mabel recordó haber despertado en una cama vacía y haber encontrado a Jack sentado a la mesa de la cocina, a la luz titubeante de una vela, frente a un montón de papeles. Ella había vuelto a acostarse sin darle más importancia. Pero esa mañana se le veía tan viejo y cansado... Caminaba levemente encorvado, y al levantarse de la cama se había llevado la mano a la zona lumbar con un gemido de dolor. Cuando Mabel le preguntó si le dolía algo, él rezongó algo acerca del caballo pero dijo que estaba bien. Ella había empezado a darle la lata y él zanjó el tema. Déjalo, le dijo. No insistas.

Mabel le sirvió unas galletas que quedaban en la caja y un huevo duro para desayunar.

—George Benson y sus hijos se dejarán caer hoy para ayudarme a sacar troncos —dijo él mientras quitaba la cáscara del huevo.

No pareció darse cuenta de la mirada que ella le lanzó.

—¿George Benson? —preguntó—. ¿Y quién es George Benson?

—Mmm... ¿Qué?

—No lo he visto en mi vida.

—Sé que te he hablado de él alguna vez. —Dio un mordisco al huevo y con la boca medio llena, añadió—: Ya sabes, él y Esther viven en la ciudad, al sur del río.

—No. No lo sabía.

—Estarán aquí dentro de unas horas. No te preocupes por el almuerzo: no pararemos. Pero prepara tres platos de más para la cena.

—Pensaba... ¿No habíamos quedado en que...? ¿Por qué vienen?

Jack no dijo nada; luego se levantó de la mesa a recoger las botas de piel que estaban junto a la puerta. Volvió a sentarse, se las calzó y ató los cordones con movimientos rápidos y cortos.

—¿Qué quieres que te diga, Mabel? Necesito ayuda. —Se mantuvo cabizbajo y ciñó los cordones—. Es así de sencillo. —Descolgó el abrigo de la percha y se marchó. Se lo abrochó mientras salía, como si no pudiera aguantar más allí dentro.

* * *

George Benson y dos de sus hijos llegaron aproximadamente una hora más tarde. El mayor parecía tener entre dieciocho y veinte años, y el más joven rondaría los trece o catorce. Apostada en la ventana, Mabel los vio con Jack en el establo. Se estrecharon las manos; Jack sonreía y asentía con la cabeza. Los hombres cogieron las herramientas y se dirigieron al campo, llevando consigo los percherones que habían traído los Benson. No se acercaron a la cabaña. Ella esperaba que Jack la buscara en la ventana, para saludarla antes de irse como solía hacer alguna vez por las mañanas, pero no lo hizo.

Al caer la tarde, Mabel prendió las lámparas y preparó cena para todos. Cuando llegaran de trabajar, intentaría ser amable pero no excesivamente simpática. No quería fomentar esa clase de cosas. Quizá Jack necesitara ayuda ese día concreto, pero no les hacían falta vecinos ni amigos. Si no, ¿para qué habían ido hasta allí? Podrían haberse quedado en casa, donde había gente de sobras. No, el objetivo era encontrar algo de paz ellos dos solos. ¿Acaso Jack no lo había entendido?

Cuando aparecieron los hombres, no le dedicaron ni una mirada a Mabel. No es que fueran groseros. George Benson y sus chicos asintieron con educación, dieron las gracias y pidieron las patatas por favor, pero sin mirarla a los ojos, y en realidad se pusieron a hablar en voz alta unos con otros sobre los caballos de carga, el tiempo y las cosechas. Bromearon sobre herramientas rotas y sobre la idea general de «cultivar» esa tierra ingrata, dejada de la mano de Dios. George se palmeó la rodilla y pidió perdón por sus juramentos, Jack se rió a carcajadas y los chicos no pararon de engullir. Durante todo ese rato Mabel permaneció en la cocina, amparada en la penumbra.

Iban a ser compañeros, ella y Jack. Esa iba a ser su nueva vida juntos. Y ahora él estaba ahí, riéndose con unos extraños cuando a ella no le había ni sonreído desde hacía años.

* * *

Más tarde, después de cenar, George puso en pie a sus agotados chicos y les dijo que era hora de volver a casa.

—Vuestra madre estará preguntándose dónde diablos nos hemos metido —dijo. Hizo un gesto de agradecimiento en dirección a Mabel—. Muchas gracias por la excelente comida. Ya le he dicho a Jack que os esperamos en casa algún día. Esther estará encantada de conocerte. La mayoría de los colonos de por aquí son viejos solterones mugrientos. Le iría bien disfrutar de compañía femenina.

Aunque sabía que lo educado era darles las gracias por su ayuda y asegurar que pasaría por su casa cualquier día para conocer a su esposa, Mabel no dijo nada. Se vio a sí misma a través de los ojos de George Benson: una estirada mujer del este. La imagen no le gustó.

Después de que se fueran los Benson, ella puso a calentar agua en el horno de leña y lavó los platos. El ruido de la loza le proporcionó cierta satisfacción, pero el enfado se disipó al ver que Jack se había dormido hacía un buen rato en la silla, junto al fuego. Ese ruido absurdo era su única compañía.

Ayudándose del delantal para protegerse las manos, cogió el barreño con agua sucia, quitó el pestillo de la puerta de un codazo y salió al exterior. Cruzó el patio y vertió el agua en un pequeño abrevadero situado detrás de la cabaña. Una nube de vapor surgió a su alrededor, pero se desvaneció enseguida. Las estrellas brillaban, metálicas y lejanas, y el cielo nocturno se le antojó cruel. Dejó que el aire frío le penetrara por la nariz y le helara la piel. Al abrigo de la cabaña, el aire era suave pero a sus oídos llegaba el rugido del viento al otro lado del río Wolverine.

* * *

Pasaron varios días antes de que Jack volviera a mencionar a los Benson, pero de nuevo sacó el tema de pasada, en mitad de una conversación.

—George me ha dicho que fuéramos a su casa al mediodía en Acción de Gracias. Le prometí que harías una de tus tartas. Las echa de menos en el hotel.

Mabel no accedió, ni protestó, ni siquiera comentó nada. Se preguntaba cómo Jack podía estar seguro de que le había oído.

Mientras hojeaba el libro de recetas, intentando decidir qué tarta hacer, pensó en las celebraciones de Acción de Gracias en el valle del río Allegheny, donde las tías y tíos de Jack, sus primos, abuelos, nietos, amigos y vecinos se reunían en la granja grande en días como ese. Para Mabel habían sido un suplicio. Ya de pequeña se sentía incómoda en las multitudes, pero a medida que se hizo mayor las bromitas y el cotilleo le resultaban más insoportables. Mientras los hombres salían al jardín a hablar de negocios, ella se veía atrapada en el dominio de las mujeres, nacimientos y defunciones, temas que en ningún caso le parecían apropiados para la charla trivial. Y justo por debajo de esa cháchara asomaba la insinuación de su fracaso, susurrado y acallado a medida que ella entraba y salía de las estancias. Quizá, decían los susurros, quizá Jack debería haber escogido una mujer más campechana, una mujer que no temiera al trabajo duro y que tuviera buenas caderas para darle hijos. Esas chicas cultas tal vez supieran de alta política y de literatura, pero ¿no podían parir un hijo, por el amor de Dios? ¿No ves cómo se mueve, si no puede levantar más la nariz? Tiesa como un palo. Ah, y tan delicada en todo. Demasiado orgullosa para adoptar a un huérfano.

Mabel se disculpaba diciendo que necesitaba aire fresco, pero eso solo servía para llamar la atención de una tía abuela metomentodo o de una cuñada bien intencionada que le advertían que si fuera un poco más sociable, quizá se llevaría mejor con la familia de Jack.

Tal vez todo se repetiría ahora con los Benson. Tal vez la juzgaran incapaz de sobrevivir en una finca de Alaska. Estéril, inaccesible y una carga para Jack. Un poso de resentimiento empezó a crecer en su interior. Pensó en decirle a Jack que se encontraba mal, para no ir. Pero el día de Acción de Gracias se levantó temprano, bastante antes que Jack, añadió más leña al fuego y empezó a amasar. Haría una tarta de nueces, siguiendo la receta de su madre, y otra de manzana. ¿Bastaría con dos? Había visto comer a esos chicos, se terminaban todo lo que había en los platos sin el menor esfuerzo. Quizá debería hacer tres. ¿Y si la corteza le quedaba dura, o si no les gustaban las nueces, o las manzanas? No debía preocuparse de lo que pensarán los Benson. Y sí, las tartas serían su carta de presentación. Ella podía ser arisca y desagradecida, pero si había algo que sabía hacer eran tartas.

Con los pasteles dispuestos en el horno de leña, Mabel sacó un vestido de algodón rígido que, esperaba, resultara apropiado. Calentó la plancha en el fuego. Quería aparecer presentable, pero no demasiado arreglada. Cuando estuvo lista y los pasteles en su punto, sacó unas mantas y unas bufandas para ella y su marido. Les esperaba un viaje largo y frío en la carreta.

Después de que Jack hubo dado de comer a los animales y arreado el caballo, Mabel se sentó a su lado en la carreta con las tartas aún calientes envueltas en trapos. Sintió un inesperado

escalofrío de emoción. Pasara lo que pasara en casa de los Benson, le apetecía salir de la cabaña. No había abandonado la finca desde hacía semanas. También Jack parecía contento. Chasqueó la lengua para azuzar al caballo, y mientras recorrían los límites de su propiedad, Jack le señaló los campos que había despejado y le habló de las ideas que tenía en mente para la primavera. Le explicó que el caballo había estado a punto de matarlo ese día y también que había espantado a un zorro rojo.

Mabel entrelazó su brazo con el de su marido.

—Has trabajado mucho.

—No podría haberlo hecho sin los Benson. Sus caballos de carga son algo especial. Dejan a este bicho en mantillas. —Dio un suave tirón de las riendas.

—¿Conoces a su esposa?

—No. Solo a George y a sus hijos. Él había sido buscador de oro cuando era joven, pero luego conoció a Esther y decidieron establecerse y formar una familia. —Jack titubeó, carraspeó—. En fin, parece un buen tipo. Y desde luego nos ha ayudado mucho.

—Sí.

Cuando llegaron a la granja de los Benson, alguien salía del establo sujetando a un pavo decapitado que aún aleteaba. Tenía que ser George, pensó ella, pero la persona era demasiado baja y llevaba una trenza larga y canosa que asomaba del gorro de lana.

—Debe de ser Esther —dijo Jack.

—¿Tú crees?

La mujer levantó la barbilla a modo de saludo, y se debatió con el enorme pajarraco que agonizaba en sus manos. Un charco de sangre le manchó los pies.

—Entrad en casa —les gritó—. Los chicos os ayudarán con el caballo.

En la cabaña, Mabel se sentó en una silla de la cocina mientras Jack desaparecía con George y su hijo menor. Con las manos en el regazo y la espalda recta, se preguntó dónde iban a comer. La mesa estaba atestada de catálogos, filas de tarros vacíos y lavados, y rollos de tela. Flotaba un fuerte olor a repollo y a arándanos silvestres. La cabaña no era mucho más grande que la de Jack y Mabel, pero ésta tenía un altillo donde supuso que debían de estar las camas. Era un espacio tan irregular que casi mareaba, el suelo se inclinaba en un lado y las esquinas no formaban ángulos rectos. Los alféizares de las ventanas estaban llenos de rocas, cráneos blancos de animales y flores secas. Mabel no se movió de su sitio, pero lo observó todo.

Dio un salto cuando se abrió la puerta.

—¡Maldito pajarraco! Una diría que ya podría darse por vencido. Pero no, sigue moviéndose aun cuando ya no tiene una cabeza que lo dirija.

—Oh. Oh, vaya... ¿Puedo ayudarte en algo?

La mujer avanzó con firmeza hacia la cocina sin descalzarse las botas sucias y arrojó el pavo en el atestado poyo. Una lata de manteca cayó al suelo y rebotó. Esther le propinó una patada y se volvió hacia Mabel, que seguía arrebolada y un poco asustada. Esther sonrió y le tendió una mano manchada de sangre.

—¿Mabel? Es Mabel, ¿verdad?

Mabel asintió y cedió al enérgico apretón de manos de Esther.

—Esther. Aunque supongo que ya te lo imaginas. Me alegro de tenerte en casa por fin.

Bajo el abrigo de lana, Esther llevaba una camisa floreada y unos pantalones de trabajo de corte masculino. Tenía la cara salpicada de sangre. Se quitó el gorro de lana y algunos cabellos quedaron tiesos. Sacudió la trenza y se dispuso a llenar de agua una gran olla.

—Se diría que con tanto hombre en casa podía encontrar a alguien que matara y desplumara a un pavo. Pues no, no tengo tanta suerte.

—¿Estás segura de que no puedo hacer nada? —Quizá Esther se disculparía por el desorden de la casa. Tal vez hubiera una explicación, alguna razón.

—No. Relájate y ponte cómoda. Podrías hacer té, si no te importa, mientras meto este condenado bicho en el horno.

—Oh. Claro. Gracias.

—¿Sabes lo que ha hecho el pequeño? Nos pasamos el año criando a un par de pavos sin más razón que comerlos en alguna ocasión especial como esta, y ayer no se le ocurre otra cosa que liarse a tiros con una docena de perdices nivales. Ya tenemos comida para Acción de Gracias, me dijo. ¿Qué hago con una docena de perdices muertas en Acción de Gracias? ¿Para qué criar pavos si al final uno va a comer perdices?

Miró a Mabel como si esperara respuesta.

—No... No tengo la menor idea. Debo admitir que nunca he comido perdices.

—Bueno, no es que estén mal. Pero en Acción de Gracias toca pavo, de toda la vida.

—He traído tartas. De postre. Las he dejado en esa silla. No estaba segura de dónde ponerlas.

—¡Perfecto! Ni siquiera he tenido tiempo de pensar en los dulces. George me comentó que Betty había hecho una locura al prescindir de tus tartas. Se muere por todo lo que sale de tu horno. Conste que no le hace ninguna falta. ¿Has visto la barriga que tiene?

Volvió a mirar a Mabel, expectante.

—Bueno, no...

La risa de Esther era un bufido sonoro y chocante.

—No paro de decirle que está manteniendo ese restaurante él solo, y eso empieza a notarse.

* * *

Durante las horas siguientes Mabel se sintió como si hubiera caído por un agujero hacia otro mundo. No se parecía en nada a su tranquilo y organizado ambiente de oscuridad, luz y tristeza. Era un lugar desordenado, pero acogedor y lleno de risas. George bromeó diciendo que las dos mujeres «parloteaban como gallinas» en lugar de hacer la comida, y de hecho ésta no se sirvió hasta bien entrada la tarde, pero a nadie parecía importarle. El pavo estaba seco por fuera y medio crudo por dentro. Cada uno se sirvió a sí mismo. La salsa estaba llena de grumos. El puré de patatas, cremoso y en su punto. Esther no profirió la menor disculpa. Comieron con los platos apoyados en sus regazos. Nadie pronunció una oración, pero George levantó el vaso y dijo:

—Por los vecinos. Y porque podamos superar otro invierno.

Todos se unieron al brindis.

—¡Y porque comamos perdices el año próximo! —dijo Esther, entre las risas de todos.

Después de la cena y la tarta, los Benson empezaron a contar anécdotas de sus años en la finca, de cómo un invierno se había amontonado tanta nieve que los caballos podían cruzar la valla cuando les daba la gana, o de aquella vez en que hacía tanto frío que el agua sucia del barreño de los platos se helaba en el aire antes de caer.

—Pero yo no viviría en ningún otro lugar del mundo —dijo Esther—. ¿Y qué me contáis vosotros? ¿Los dos venís de granjas del sur?

—No. Bueno, la familia de Jack posee una granja cerca del río Allegheny, en Pensilvania.

—¿Qué se cultiva por allá? —preguntó George.

—Manzanas y heno, sobre todo —dijo Jack.

—¿Y tú? —Esther se volvió hacia Mabel.

—Supongo que soy la oveja negra. A nadie de mi familia se le ocurriría vivir en una granja ni trasladarse a Alaska. Mi padre era catedrático de literatura en la Universidad de Pensilvania.

—¿Y dejaste eso para venir aquí? ¿En qué pensabas, por el amor de Dios? —Esther dio una palmada al brazo de Mabel, en broma—. Te convenció él, ¿verdad? Siempre pasa lo mismo.

Estos hombres arrastran a sus pobres mujeres, llevándolas al norte en busca de aventuras, cuando lo que ellas quieren es un baño caliente y un ama de llaves.

—No. No. No es así. —Todos los ojos estaban posados en ella, incluso los de Jack. Vaciló, pero se decidió a proseguir—: Fui yo la que quiso venir. Jack también, pero fui yo quien insistí. No sé exactamente por qué. Creo que necesitábamos un cambio. Hacer las cosas solos. ¿Eso tiene sentido? Arar tu tierra y saber que es tuya, libre y limpia. Sin que nada se dé por sentado. Alaska parecía el lugar ideal para empezar de cero.

Esther sonrió.

—No has tenido mal ojo, ¿eh, Jack? No dejes que corra la voz. No hay muchas como ella. Aunque no levantó la vista, Mabel supo que Jack la observaba y que sus propias mejillas estaban arreboladas. Hablaba tan poco normalmente cuando había gente... Quizá había hablado de más.

Luego, cuando la conversación empezó a versar sobre ella, se preguntó si había dicho la verdad. ¿Era por eso por lo que habían ido al norte, a construirse una nueva vida? ¿O fue el miedo lo que la había impulsado? Miedo del gris, no solo en sus cabellos y en sus marchitas mejillas, sino de ese gris que corre por dentro, hasta los huesos, hasta tal punto que hubo un momento en que creyó que podía convertirse en una montaña de polvo fino y perderse en el viento.

* * *

Mabel recordaba aquella tarde, de hacía menos de dos años. Brillante y soleada. Aroma de flores en el aire. Jack sentado en el balancín del porche, en casa de sus padres, con la cabeza en la sombra. Celebraban una comida familiar, pero en ese momento estaban solos. Ella había sacado el folleto doblado del bolsillo: «Junio de 1918. Alaska, nuestro nuevo hogar».

¿Por qué no nos vamos?, dijo ella. ¿A casa?, preguntó él.

No, respondió ella, y le mostró el anuncio. Al norte.

El gobierno federal buscaba granjeros que quisieran instalarse a lo largo de la nueva ruta del ferrocarril. Los Ferrocarriles de Alaska y una compañía de barcos de vapor ofrecían descuentos a quienes tuvieran el valor de emprender el viaje.

Ella había intentado mantener un tono sereno, sin dejar que la desesperación le quebrara la voz. Jack no se fiaba de ese súbito entusiasmo. Ambos rondaban ya los cincuenta. Era cierto que, de joven, había soñado con ir a Alaska, con probarse a sí mismo en un paraje tan inmenso y salvaje, pero ¿no era ya un poco tarde para eso?

Jack albergaba esas dudas, con toda seguridad, pero no las dijo en voz alta. Vendió su parte de la tierra y del negocio a sus hermanos. Ella llenó los baúles de platos, ollas y tantos libros como pudo meter. Viajaron en tren a la costa Oeste, y luego en barco de vapor desde Seattle a Seward, Alaska, y de allí de nuevo en tren hasta Alpine. El tren se detuvo en un lugar donde no había ni un cartel, ni el más mínimo rastro de civilización, y de él se apeó un hombre solitario, con sus pertenencias sobre los hombros, y desapareció entre los abetos y los arroyos del valle. Ella había apoyado la mano en el brazo de Jack, pero él contemplaba el paisaje desde la ventanilla con semblante impenetrable.

Ella se los había imaginado a ambos trabajando en campos verdes rodeados de montañas tan altas y nevadas como los Alpes suizos. El aire sería frío y puro, el cielo azul e inmenso. Codo con codo, sudorosos y fatigados, se sonreirían tal y como hacían cuando eran jóvenes y estaban enamorados. Una vida dura, pero solo suya. En un remoto confín del mundo, lejos de todo lo que les resultaba familiar y seguro, construirían un nuevo hogar en plena naturaleza, y lo harían como compañeros, lejos de la sombra de los huertos cultivados y las generaciones expectantes. Pero la realidad era bien distinta. Nunca estaban juntos en los campos. Hablaban cada vez menos. Durante el primer verano, ella se había instalado sola en el hotel mugriento de la ciudad

mientras él construía la cabaña y el establo. Sentada en el borde de un colchón estrecho que con toda seguridad había albergado a más mineros y tramperos que a señoras de Pensilvania, Mabel acarició la posibilidad de escribir a su hermana. Estaba sola. El sol inclemente no le concedía ni un momento de tregua. Todo lo que se extendía ante sus ojos —las cortinas de encaje en la ventana, el estante de madera, sus propias manos envejecidas— carecía de color. Cuando salía de la habitación del hotel, solo encontraba un sendero lodoso, lleno de surcos profundos, paralelo a la vía del tren. Empezaba con árboles y terminaba con árboles. No había aceras. No había cafeterías ni librerías. Solo Betty, con sus camisas de corte masculino y pantalones de cargo, y su interminable retahíla de consejos sobre cómo hacer chucrut y preparar la carne de alce, cómo aliviar con vinagre el escozor de las picaduras de mosquito, cómo alejar a los osos haciendo sonar un cuerno.

Mabel quería escribir a su hermana, pero no podía admitir que había cometido un error. Todo el mundo le había advertido que el territorio de Alaska era para perdedores y mujeres de mala vida, que en ese paraje agreste no había sitio para una dama. Ella se aferró al anuncio que prometía un nuevo hogar y no escribió carta alguna.

Cuando por fin Jack la llevó a la finca, quiso creer. Así era Alaska: cruda, austera. Una cabaña hecha a base de troncos talados de la tierra, un patio que no era más que una extensión de suciedad y tocones, montañas que arañaban el cielo. Todos los días le preguntaba si podía acompañarlo a los campos, pero él siempre le decía que no, que se quedara en casa. Regresaba al atardecer, con la espalda doblada y lleno de moretones y picaduras de mosquito. Ella limpiaba y cocinaba, limpiaba y cocinaba, y poco a poco fue consumiéndose en el gris, hasta que incluso su visión pareció empequeñecerse y el mundo a su alrededor se vació de color.

* * *

Mabel extendió las manos sobre su regazo, planchando las arrugas de la falda, una y otra vez, hasta que sus oídos volvieron a captar las palabras que se decían a su alrededor. Algo sobre la mina del norte.

—Te lo repito, Jack. Ni lo pienses —decía George—. Es la manera más rápida de irte al otro barrio.

Mabel conservó la calma.

—¿Habláis de la mina de carbón? —intervino.

—Sé que corren tiempos duros, Mabel, pero no hay por qué avergonzarse de ello —dijo George, al tiempo que le guiñaba el ojo—. Procura que tu marido se quede en casa. Todo se arreglará.

Mientras George y sus hijos se enfrascaban en una charla sobre la cantidad de maneras terribles en que uno puede morir bajo tierra, Mabel se volvió hacia Jack y le susurró, hecha una furia:

—¿Pensabas dejarme sola para irte a la mina?

—Ya hablaremos de eso luego —replicó él.

—Lo único que tenéis que hacer es meter a un alce en el establo, chicos, y ahorrar dinero para la primavera —dijo George.

Mabel frunció el ceño, sin entenderlo.

—¿Un alce? —exclamó—. ¿En el establo?

Esther se echó a reír.

—No un ejemplar vivo, querida —le explicó—. Carne. Para alimentarnos. Nosotros lo hemos hecho durante años. Acabas harta de puré de patatas y patatas fritas, de carne hervida o asada, pero no te mueres de hambre.

—Es ya muy tarde para cazar un alce —rezongó el hijo menor desde la cocina. Estaba de pie, con las manos metidas en los bolsillos—. Habría tenido que pillar a uno antes del cielo.

—Siguen ahí, Garrett —repuso George—. Solo tendrá que esforzarse un poco más para encontrar uno.

El chico se encogió de hombros, con expresión de duda.

—No le hagáis caso —dijo Esther, haciendo un gesto de fastidio—. Se cree el próximo Daniel Boone.

Uno de los hijos mayores se rió y le dio un puñetazo a Garrett en el brazo. El más joven apretó los puños, y propinó a su hermano un empujón tal que el chico cayó sobre la mesa de cocina. Se enzarzaron en una ruidosa refriega que alarmó a Mabel hasta que vio que ni George ni Esther tomaban partido alguno. Por fin, cuando el jaleo se hizo insoportable incluso para los Benson, Esther gritó «ya basta, chicos», y ellos se calmaron.

—Puede que Garrett sea un creído, pero te aseguro que es un as con el rifle, Jack. —George señaló con orgullo al benjamín de la familia—. Cazó a su primer alce a los diez años. Trae a casa más caza que todos los demás juntos.

—Incluidas esas benditas perdices —dijo Esther, dirigiéndose a Mabel.

Mabel se esforzó por sonreír, pero sus pensamientos se lo impedían. Jack pensaba irse. Dejarla sola en aquella cabaña pequeña y oscura.

Los hombres se habían puesto a hablar de la caza del alce, y de nuevo la asaltó la sensación de que era un tema del que ya habían hablado todos y de que, una vez más, ella no era más que una forastera ignorante.

—Tiene que llevar el rifle siempre consigo, incluso cuando va a trabajar a los campos —oyó que el hijo menor le decía a Jack—. Ir a los pies de las montañas. La mayoría de las veces la nieve ya los ha hecho descender hacia el río, pero este año tarda, así que siguen ahí arriba, comiendo abedules y álamos.

El chico apenas lograba disimular su desdén hacia Jack.

—Es una pena que no matara uno en otoño —le dijo—. Ahora le va a costar. Los alces solo se agrupan durante el celo. En esa época son distintos. Los machos se vuelven locos en el bosque. Estampan sus malditas astas en los árboles. Se revuelcan en su propia orina. Balan para atraer a las hembras.

—Oí algo, hará un mes o así —intervino Jack—. Estaba cortando leña y algo empezó a gruñir desde el bosque. Y luego oí un «chas, chas», como si alguien más estuviera cortando leña.

—Un alce macho. Llamándole, golpeando la cornamenta contra un árbol. Quería luchar con usted. Lo tomó por otro alce. —Y el chico casi sonrió, como si Jack estuviera lejos de tener la estatura de un alce.

Esther notó que Mabel estaba incómoda, pero malinterpretó el motivo.

—No te preocupes, querida. Te acostumbrarás a la carne de alce. En esta época del año puede resultar un poco dura, gomosa, pero os mantendrá alimentados.

Mabel le brindó una débil sonrisa.

* * *

Cuando llegó la hora de irse, los Benson insistieron en que Jack y Mabel se quedaran a pasar la noche. Jack repuso que tenían que volver a casa para ocuparse de los animales y Mabel les agradeció la invitación, pero afirmó que dormía mejor en su cama.

—Hace mucho frío de noche —dijo Esther mientras ayudaba a Mabel a ponerse el abrigo.

—No nos pasará nada. Muchas gracias, de todos modos.

Esther metió un tarro dentro del abrigo de Mabel, luego se lo abrochó como si fuera una niña y le levantó el cuello.

—Mantén esa masa fermentada caliente de camino a casa o se te estropeará. Y recuerda lo que te he dicho de añadirle una pizca de harina de vez en cuando.

Mabel abrazó el tarro fresco contra su cuerpo y volvió a darle las gracias.

No había nubes, pero sí viento. La luna alumbraba los surcos del camino y ensombrecía la tierra y los árboles. Mientras se alejaban, Mabel volvió la vista hacia las ventanas iluminadas de la casa de los Benson; luego se ciñó la bufanda sobre la cara. Jack carraspeó. Mabel esperaba que dijera algo sobre sus planes de irse a la mina. Estaba preparada para ser justa en su enfado.

—Forman toda una familia, ¿no crees? —dijo él.

Ella tardó en responder.

—Sí —dijo por fin—. Desde luego.

—A Esther le has caído bien. ¿De qué hablasteis?

—Oh... de todo, supongo.

Mabel se quedó callada, y añadió:

—Me ha preguntado por qué no tenemos hijos.

—¿Y?

—Me ha dicho que nos presta a los suyos cuando queramos.

Jack se echó a reír, y a pesar de todo, también Mabel esbozó una sonrisa, oculta por la bufanda.

El crepúsculo del día siguiente trajo consigo la nieve. Los primeros copos se agruparon mientras caían, revoloteando, hacia el suelo. Primero fueron solo unos cuantos copos dispersos, pero luego el aire se llenó de ellos: la luz de la casa los convertía en volutas de ensueño. Mabel evocó su infancia, esos días de invierno en que, acurrucada en un butacón, veía cómo las luces de la calle alumbraban los primeros copos.

Cuando regresó a la ventana de la cocina, un rato después, vio que Jack salía del bosque y avanzaba a través de la nieve. La caza había resultado infructuosa; lo supo por su andar cabizbajo y vacilante.

Mabel fue a preparar la cena. Apartó la cortina de percal que tapaba la alacena y sacó dos platos. Puso el mantel. Pensó en la desordenada cabaña de los Benson y sonrió para sus adentros. Esther, vestida con aquel mono masculino, rebosante de confianza, moviéndose por la cocina con el pavo muerto. Mabel no había conocido en su vida a una mujer como ella. No era de las que salían discretamente, ni fingían estar indefensas, ni disimulaban sus opiniones con buenas palabras.

La noche anterior George les había estado contando que, varios veranos atrás, Esther había matado a un oso grizzly de casi tres metros en el patio de casa. Estaba sola cuando oyó una fuerte pisada. Cuando miró por la ventana, vio a un oso intentando entrar en el establo. El animal se sostenía sobre los cuartos traseros y descargaba las pezuñas delanteras una y otra vez contra la puerta de madera. Luego se puso a cuatro patas, se calmó, acercó el morro a los troncos y los olisqueó. Mabel se habría sentido aterrada, pero Esther no. Estaba furiosa. No iba a dejar que un oso atacara a sus vacas. Con calma, fue a por el rifle, salió al patio y abatió al animal. Mabel la imaginaba perfectamente: Esther de pie, con los pies ligeramente separados, el brazo firme. Sin vacilaciones ni preocupaciones por temas de decoro.

* * *

Mabel se hallaba de nuevo en la ventana. La nieve caía con más abundancia, más deprisa. Mientras veía a Jack, que salía del establo con un candil en la mano, la nieve se arremolinó a su alrededor en un círculo de luz. Él volvió la cabeza, como si hubiera notado su mirada, y ambos se observaron a distancia, cada uno envuelto en su propia luz, mientras la nieve caía como un velo entre ellos. Mabel no recordaba cuándo se habían mirado así por última vez y ese instante fue como la nevada: lento e intenso.

Cuando se enamoró de Jack, soñó con que podía volar, que una noche, cálida y negra como la tinta, se elevaría desde el suelo, descalza y en camisón, y flotaría entre las copas de los árboles hasta tocar las estrellas. Era la misma sensación que la embargaba esa noche.

Desde la ventana la noche parecía densa, cada copo dibujaba una lenta y espaciada caída sobre el fondo negro. Era la clase de nieve que hacía que los niños salieran corriendo de las casas, se rieran, volvieran la cara hacia el cielo y giraran en círculos con los brazos extendidos.

Permaneció hechizada, con el delantal puesto y un trapo en la mano. Quizá fuera el recuerdo de ese sueño, o la naturaleza hipnótica de la nieve al caer. Tal vez fuera Esther, con los pantalones de trabajo y la blusa floreada, capaz de matar osos y reírse a carcajadas.

Mabel se quitó el delantal y dejó el trapo en la mesa. Deslizó los pies en las botas, se echó encima uno de los abrigos de lana de Jack y se puso un gorro y unos mitones.

Al salir notó el aire limpio y fresco contra la cara, y olió el humo de la leña en el horno. Dejó que la nieve flotara a su alrededor, y luego hizo lo que habría hecho de niña: levantó la cara hacia el

cielo y chasqueó la lengua. El torbellino blanco se espesaba y ella empezó a girar despacio. Los copos cayeron en sus mejillas y párpados, mojándole la piel. Se paró y observó cómo la nieve se posaba en las mangas del abrigo. Por un momento contempló la forma de un solo copo antes de que se fundiera en la lana. Desapareció enseguida.

La nieve crecía a sus pies. Ella le propinó un puntapié suave, y la notó húmeda y pesada. Nieve para hacer bolas. Cogió un puñado con la mano desnuda. Era compacta y se ajustaba a la palma de su mano. Se puso los guantes y la amasó hasta darle forma.

Oyó los pasos de Jack, acercándose, y levantó la mirada a tiempo de verlo dirigirse a la cabaña. Él la observaba sorprendido. Mabel apenas salía, y nunca de noche. La reacción de Jack despertó en ella un impulso infantil e imprevisible. Acarició la bola de nieve, observó a Jack y le esperó. Cuando lo tuvo cerca, se la lanzó; desde el momento en que la bola abandonó su mano, supo que era un gesto descabellado y se preguntó qué pasaría a continuación. La bola de nieve le dio en la pierna, justo encima del borde de la bota.

Él se paró, observó el círculo de nieve en la pernera del pantalón y luego a Mabel, con un rostro que expresaba una mezcla de irritación y perplejidad, y entonces, aunque su ceño seguía fruncido, una leve sonrisa apareció en la comisura de sus labios. Se agachó y apoyó el candil en el suelo nevado con cuidado, luego se palmeó la pierna con la mano enguantada para sacudirse la nieve. Mabel contuvo la respiración. Él permanecía agachado, con la mano al lado de la bota, y antes de que Mabel pudiera reaccionar, cogió un puñado de nieve y le lanzó una bola perfectamente formada que se le estrelló en la frente. Ella se quedó inmóvil, con los brazos a los lados. Ninguno de los dos dijo nada. La nieve caía a su alrededor, sobre sus cabezas y sus hombros. Mabel se secó la frente mojada y vio a Jack, boquiabierto.

—Yo... no... no quería...

Y ella se echó a reír. Nieve fundida le rodaba por las sienes y copos enteros caían sobre sus pestañas. Ella se rió, se rió hasta no poder más, y entonces recogió otro puñado de nieve y se lo arrojó a Jack; él se lo devolvió, y una lluvia de bolas surcó el aire. La mayoría caía a los pies del contrario, pero alguna acertaba en sus hombros o en sus torsos. Sin dejar de reírse, se persiguieron alrededor de la cabaña, parapetándose en las esquinas y acechando desde ellas para esquivar la bola siguiente. El borde de la falda de Mabel rozaba la nieve. Jack fue tras ella, con una bola en cada mano. Mabel tropezó y cayó al suelo, y cuando él se abalanzaba sobre ella, le lanzó un puñado, aún riéndose, y él le arrojó las que llevaba en la mano con cuidado. Luego, Jack apoyó las manos sobre sus rodillas y suspiró, cansado.

—Somos demasiado viejos para esto —dijo él.

—¿Ah, sí?

Él le tendió la mano y la ayudó a incorporarse. Ambos se quedaron frente a frente, jadeando, sonrientes y cubiertos de nieve. Mabel hundió la cara en el húmedo cuello del abrigo de su marido y él la rodeó con sus brazos enfundados en lana gruesa. Permanecieron un rato así, dejando que la nevada los rodeara.

Por fin Jack se apartó, se sacudió el pelo y fue a por el candil.

—Espera —dijo ella—. Hagamos un muñeco.

—¿Qué?

—Un muñeco de nieve. Es perfecto. La nieve ideal para hacerlo.

Él vaciló. Estaba agotado. Era tarde. Ya tenían demasiados años para esas bobadas. Mabel sabía que existía al menos una docena de razones para no hacerlo, pero al final Jack volvió a colocar el candil en la nieve.

—De acuerdo —dijo él. Su gesto expresaba cierta reticencia, pero se quitó los guantes de trabajo. Llevó la mano hacia la mejilla de su esposa y con el pulgar le secó un poco de nieve de debajo del ojo—. De acuerdo.

* * *

Ella tenía razón. La nieve era ideal. Formaba gruesas capas compactas con las que poder hacer bolas. Mabel preparó la última, la más pequeña, para la cabeza, y Jack fue colocándolas una sobre otra. La figura apenas le llegaba a la cintura.

—Es un poco bajo —dijo él.

Ella dio un paso atrás para verlo mejor.

—Está bien.

Metieron nieve en las separaciones de las bolas, alisaron los bordes. Él se apartó de la luz del candil y de la ventana de la cabaña, y fue hacia los árboles. Regresó con dos ramas de abedul y las clavó a ambos lados de su obra. Ya tenía brazos.

—Una niña. Haremos una niña pequeña —dijo ella.

—Como quieras —accedió él, encogiéndose de hombros.

Ella se arrodilló y empezó a convertir la parte inferior en una falda para la niña de nieve. Pasó las manos por la silueta, estrechando la figura hasta darle la forma de una niña. Cuando se levantó, vio a Jack trabajando con una navaja.

—Ya está —dijo él, retrocediendo un paso.

En la cara blanca de la niña había tallado dos ojos perfectos, encantadores, y también la nariz y unos labios pequeños y pálidos. A ella le pareció que incluso podía intuir los pómulos y la barbilla menuda.

—Oh.

—¿No te gusta? —Él parecía decepcionado.

—Oh, sí. Es preciosa. Es que no imaginaba...

¿Cómo podía expresar su sorpresa en palabras? Esos rasgos delicados, salidos de las manos callosas, eran una muestra de sus anhelos. También él había ansiado tener hijos. Habían hablado de ello muchas veces en los primeros tiempos de su matrimonio, bromeando con la idea de tener una docena aunque en realidad pensaban solo en tres o cuatro. Durante su primer invierno juntos comentaron lo divertida que sería la Navidad en una casa llena de niños. Abrieron los regalos con cierta solemnidad, convencidos de que algún día las mañanas de Navidad estarían repletas de carreras infantiles, de gritos de ilusión. Ella tejió un calcetín pequeño para el futuro primogénito y él dibujó los planos para el caballito balancín que construiría para el niño. Quizá el primero fuera niña, o un varón tal vez... ¿Cómo podían haber previsto entonces que veinte años después seguirían sin hijos, un hombre y una mujer mayores y solos en la naturaleza?

La nevada arreciaba sobre ellos, tanto que solo podían ver lo que tenían muy cerca.

—Le falta el pelo —dijo él.

—Oh, yo también he pensado en algo.

Jack se encaminó al establo; Mabel, a la cabaña.

—Ya está —gritó ella al salir—. Mitones y bufanda para la niña.

Él reapareció con un puñado de hierba amarillenta de cerca del establo. Fue clavando briznas sueltas en la nieve como si fueran cabellos rubios y descuidados; ella colocó la bufanda y puso los mitones en los extremos de las ramas de abedul, la cuerda azul que los unía cruzaba la espalda de la niña de nieve. La hermana de Mabel los había tejido en lana azul celeste, y la bufanda era un retal que Mabel no había visto nunca antes: su hermana lo había llamado encaje de rocío. A través del entramado del tejido se apreciaba la nieve blanca.

Ella fue corriendo a una esquina de la cabaña donde crecía un arbusto que daba moras. Arrancó una docena de frutos helados, regresó junto a la niña de nieve y con cuidado exprimió el jugo en sus labios. La boca lívida se tiñó de un suave color rojo.

Mabel y Jack se quedaron uno al lado del otro y observaron a la niña.

—Es preciosa —dijo ella—. ¿No crees? Hermosa.

—Ha quedado bien, ¿eh?

Ahí parada, ella se percató del frío que se filtraba por su ropa mojada. Tembló.

—Estás helada.

Ella meneó la cabeza.

—Vamos dentro, a entrar en calor.

Mabel no quería que terminara. La nieve tranquila, la cercanía. Pero los dientes le castañeteaban. Asintió.

Dentro, Jack añadió varios troncos al horno de leña y el fuego chisporroteó. Mabel se acercó tanto como le fue posible y se quitó los guantes mojados, el gorro y el abrigo. Él hizo lo mismo. Terrones de nieve cayeron sobre la tapa del horno y crepitaron. Ella notaba el vestido pesado y húmedo contra la piel, así que se lo desabrochó y se lo quitó. Él se desató los cordones de las botas y se despojó de la camisa por la cabeza. En unos instantes estaban desnudos, tiritando, uno al lado del otro. Ella no tuvo conciencia de su desnudez hasta que él se le acercó un poco más y apoyó su mano áspera en la parte inferior de su espalda.

—¿Mejor? —le preguntó.

—Sí.

Ella llevó los brazos a los hombros de su marido, donde la piel seguía estando fresca al tacto, y cuando hundió la nariz en su cuello, un río de nieve fundida goteó de la barba.

—Vamos a la cama —dijo Jack.

Después de todos esos años, algo en ella aún palpitaba ante sus caricias, y su voz, ronca y susurrante, la hacía estremecer. Se dirigieron, desnudos, hacia el dormitorio. Bajo las mantas, ajustaron sus cuerpos, brazos y piernas, caderas y espaldas, hasta hallar esas líneas tiernas y conocidas, como arrugas en un mapa viejo que ha sido doblado y redoblado durante años.

Después yacieron uno al lado del otro. Mabel tenía la mejilla apoyada en el pecho de su marido.

—No irás a la mina, ¿verdad?

Él le besó la cabeza.

—No lo sé, Mabel —susurró contra sus cabellos—. Lo hago lo mejor que puedo.

El frío despertó a Jack. En esas escasas horas de sueño, el tiempo había cambiado. Podía olerlo y sentirlo en la artritis de sus manos. Apoyó el codo en la cama y con la otra mano buscó una cerilla en la mesilla de noche para prender la vela. Al bajar las piernas, notó la espalda y los hombros agarrotados. Permaneció sentado hasta que el frío le resultó insoportable. No muy lejos de la almohada sobre la que descansaba Mabel, la escarcha reptaba entre los troncos como plumas de cristal. Maldijo en voz baja y la arropó con la colcha. Ni siquiera podía proporcionarle un hogar seguro y caliente... Con la vela en la mano fue hacia la estancia principal. La pesada puerta metálica del horno de leña rechinó al abrirse. Las brasas reposaban sobre la ceniza.

Cuando iba a por las botas, distinguió desde la ventana algo que se movía entre los árboles. Parado ante el vidrio forrado de escarcha, escrutó el exterior.

Una capa de nieve alfombraba el suelo, la luz de la luna arrancaba de ella destellos de plata. Él apenas distinguía el establo y los árboles, meros contornos oscuros. Entonces, justo al inicio del bosque, volvió a verlo. Un destello blanco y azul. Atontado por el sueño, cerró los ojos despacio, volvió a abrirlos e intentó enfocar la mirada.

Ahí estaba. Una silueta pequeña que corría entre los árboles. ¿Era una falda lo que llevaba? Una bufanda azul al cuello, melena blanca acariciándole la espalda. Ligera. Rápida. Una niña. Internándose en el bosque. Desapareciendo entre los árboles.

Jack se frotó los ojos con las manos. Necesitaba dormir más. Eso tenía que ser. Demasiados días de trabajo. Se apartó de la ventana y se calzó las botas sin atarse los cordones. Abrió la puerta y el aire helado le cortó la respiración. La nieve crujía bajo sus pasos cuando se dirigió al montón de leña. Cuando regresaba a la cabaña, cargado con un haz de ramas de abedul, se fijó en la niñita de nieve. Dejó la leña en el suelo y se dirigió, con los brazos vacíos, al lugar donde había estado su obra. En su lugar solo quedaba un pequeño montículo de nieve. Ni rastro de los mitones y la bufanda.

Apoyó la punta de la bota en la nieve.

Un animal. Quizá un alce la había pisoteado. Pero ¿y la bufanda y los mitones? Un cuervo o una urraca. Las aves salvajes robaban cosas. Al darse la vuelta vio las pisadas. La luz de la luna caía sobre los huecos. Formaban un sendero en la nieve, alejándose de la cabaña en dirección a los árboles. Se agachó para observarlas. La luz azulada no alumbraba demasiado, de manera que al principio no se fió de lo que veía. Un coyote o tal vez un lince. U otro animal. Se acercó más y rozó las huellas con las puntas de los dedos desnudos. Eran humanas. Pequeñas. Del tamaño de un niño.

Jack se estremeció. Tenía la piel de gallina y el frío se le había colado por las botas. Optó por alejarse de las huellas y del montículo de nieve, y con el haz de leña en la mano regresó a la cabaña y se apresuró a cerrar la puerta. Mientras alimentaba el horno con leña, se preguntó si el ruido despertaría a Mabel. Atribuyó lo que había visto al cansancio y se dijo que todo parecería más lógico por la mañana. Se quedó junto al horno hasta que el fuego ardió de nuevo y luego cerró la tapa.

Se tumbó bajo la colcha, al lado del cuerpo caliente de Mabel; ella exhaló un gemido suave, sin despertarse. Jack se quedó inmóvil a su lado, con los ojos abiertos y el cerebro en alerta hasta que por fin se sumergió en una especie de sueño que no era muy distinto a la vigilia, un sueño inquieto y extraño en el que las imágenes caían y se fundían como copos de nieve, en el que los niños corrían descalzos entre los árboles y las bufandas volaban prendidas de los picos de cuervos negros.

* * *

Jack volvió a despertarse bien entrada la mañana. El sol ya brillaba y Mabel estaba en la cocina. Notó el cuerpo fatigado y rígido, como si en lugar de dormir hubiera pasado la noche cortando troncos o apilando balas de heno. Se vistió y fue hacia la mesa con los pies enfundados en los calcetines. Olía a café recién hecho y a tortitas calientes.

—Creo que funciona, Jack.

—¿El qué?

—La masa que me dio Esther. Mira, pruébalas.

Mabel puso un plato de tortitas sobre la mesa.

—¿Has dormido bien? —preguntó ella—. Se te ve cansado.

Apoyó una mano sobre el hombro de su marido y le sirvió una taza de café. Él cogió la taza con ambas manos, notando su calor.

—No lo sé. Creo que no.

—Fuera hace un frío que pela, ¿no crees? Pero es hermoso. Toda esa nieve. Tan blanca, tan brillante...

—¿Has salido?

—No. No desde que fui al retrete, a media noche.

Él se levantó.

—¿No vas a desayunar? —preguntó ella.

—Voy solo a por un poco de leña. Para que no se apague el fuego.

Esta vez sí se puso el abrigo y los guantes antes de abrir la puerta. El sol se reflejaba en la nieve con tanta fuerza que sus destellos le hicieron parpadear. Caminó hacia el montón de leña, y en el camino de regreso vio a la niña de nieve, o lo que quedaba de ella. Una masa de nieve sin forma. Sin bufanda. Ni mitones. Tal y como la había visto la noche anterior, aunque entonces, bajo la luz del sol, ya no cabía duda alguna. Las huellas seguían corriendo por el suelo blanco, cruzando el patio en dirección a los árboles. Entonces vio al conejo muerto. Una liebre blanca, junto a la puerta. Pasó a su lado sin detenerse. Una vez dentro, dejó que la leña cayera al suelo con estrépito, junto al horno; luego se quedó parado, con la mirada perdida.

—¿Has notado algo raro? —dijo él por fin.

—¿Te refieres al descenso de la temperatura?

—No. Hablo de algo fuera de lo habitual.

—¿Como qué?

—Anoche me pareció oír algo. Debía de estar soñando.

* * *

Después de desayunar, Jack salió a dar de comer a los animales. De camino al establo, recogió la liebre muerta y la ocultó con su cuerpo para que Mabel no la viera desde la ventana. Ya a salvo de la mirada de su esposa, la observó de cerca. Podía ver por dónde la habían matado, probablemente con un cepo fino que le había atravesado el pelo blanco y la piel blanda. Estaba rígida. Después, una vez se hubo ocupado de los animales, se encaminó hacia la parte trasera del establo y lanzó el conejo muerto hacia los árboles, tan lejos como pudo.

Cuando entró en la cabaña, Mabel calentaba agua para lavar.

—¿Has visto las huellas? —preguntó ella sin mirar hacia él.

—¿Qué huellas?

Ella señaló al exterior.

—¿Esas? —preguntó él—. Deben de ser de un zorro.

—¿Las gallinas están a salvo?

—Están perfectamente.

* * *

Jack descolgó la escopeta de encima de la puerta y dijo a su esposa que iba a por el zorro. De repente se había dado cuenta de lo que le inquietaba de ese rastro. Empezaba en la pila de nieve y avanzaba en una dirección: hacia el bosque. No había huellas que llegaban al patio. El rastro seguía visible entre los abedules, sobre los troncos desnudos y rodeando las ramas desnudas y espinosas de los rosales. Jack fue siguiendo sus vuelcos y giros. No parecían las huellas de un niño perdido, sino las de un animal salvaje: un zorro o un armiño. El rastro se interrumpía, recorría la nieve, daba vueltas sobre sí mismo, y un rato después Jack ya no estaba seguro de estar siguiendo el auténtico. Si se trataba de un niño, ¿por qué no se había acercado a la puerta? ¿Por qué no había pedido ayuda? Y las huellas no conducían hacia el ferrocarril, hacia el sur, hacia las otras fincas, sino que cruzaban los árboles sin rumbo fijo. Cuando volvió la mirada, se percató de que había perdido de vista la cabaña y comprendió que el rastro avanzaba hacia el norte, en dirección a las montañas. A las huellas de las botas se unían de vez en cuando otras distintas. Las del zorro, entrecruzándose con las humanas para luego alejarse. Siguió el rastro de las pisadas de la supuesta cría, observándolas de cerca. ¿Por qué acecharía un zorro a una niña entre los árboles? Sin dejar de mirar el rastro, empezó a dudar de sus propias conclusiones. Quizá fuera la niña la que siguiera al zorro. Quizá por eso el rastro era tan errático.

Jack se detuvo ante el tronco partido de un álamo y se sentó con la espalda apoyada en él. Debía de haber perdido el rastro. Se secó el sudor de la frente. Hacía frío, pero el aire era seco, sereno, y él había entrado ya en calor. Se preguntó si se había equivocado en sus apreciaciones. Quizá había estado siguiendo el rastro de un zorro todo el tiempo. Regresó junto a las huellas y se agachó a su lado, casi esperando ver simplemente marcas de pezuñas. Pero no, ahí seguían las suaves pisadas del tamaño de un niño.

Siguió el rastro un poco más, hasta que se internó por un pequeño barranco y luego hacia un frondoso bosque de abetos. Él casi no podía pasar entre los árboles. Avanzó un buen trecho, y al volverse sintió una súbita sensación de pánico: había estado tan pendiente de las huellas que había prestado poca atención al paisaje que le rodeaba. Los árboles y la nieve eran idénticos en todas direcciones. Recordó entonces sus propias pisadas en la nieve. Sería un largo y enrevesado camino de regreso, pero llegaría por fin.

Cuando apareció, Mabel le esperaba en la puerta de la cabaña, nerviosa. Se secó las manos en el delantal y le ayudó a quitarse el abrigo.

—Empezaba a preocuparme.

Jack acercó las manos al fuego.

—¿Y bien? ¿Has encontrado al zorro?

—No, solo sus huellas, por todas partes.

No quiso hablarle de las pisadas de la niña, ni del conejo muerto que había encontrado frente a la puerta. Pensó que la idea la inquietaría.

Mientras regresaba del excusado, Mabel observó nerviosa el rastro que cruzaba la nieve. Nunca antes había visto el rastro de un zorro tan cerca de la cabaña. Sabía que eran criaturas pequeñas, pero igualmente la asustaban. Pisó las huellas, pero entonces la forma lisa, alargada, le llamó la atención. No eran huellas de animal. Cada una mostraba claramente la suela de una bota menuda. Levantó la cabeza y siguió el rastro que iba hacia la niña de nieve que ella y Jack habían hecho la noche anterior. Ya no estaba.

Corrió hacia la cabaña, alterada.

—¿Jack? Alguien ha destruido la niña de nieve. Alguien ha estado en el patio.

Él estaba en la cocina, afilando la navaja con una piedra.

—Lo sé.

—Creí que habías dicho que había sido un zorro.

—Hay huellas de zorro, en el bosque.

—Pero ¿y esas de ahí?

—Son de una niña.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el tamaño. Y estoy bastante seguro de haberla visto anoche. Corriendo entre los árboles.

—¿La viste? ¿A quién?

—A una niña. Llevaba tu bufanda azul.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Fuiste tras ella?

—Esta mañana. Cuando te dije que iba a por el zorro. Intenté averiguar adónde fue, pero perdí el rastro.

—Pero, anoche... había una niña sola con ese tiempo. ¿No se te ocurrió que podía necesitar ayuda? Debía de haberse escapado de alguna cabaña.

—Lo ignoro, Mabel.

Ella volvió hacia fuera y observó las huellas. Formaban un solo rastro, sobre la nieve, alejándose de la cabaña en dirección al bosque.

* * *

Durante los siguientes días los cielos se despejaron, un intenso frío se apoderó del valle y las huellas de la niña quedaron cubiertas de hielo. Sus pisadas siguieron surcando con delicadeza los pensamientos de Mabel, y la dejaron con la sensación de haber olvidado algo.

Una tarde fue hacia el estante donde guardaba una docena de sus libros favoritos, una hilera de volúmenes entre dos topes de madera. Los *Poemas* de Emily Dickinson, *Walking* de Henry David Thoreau, *Queen Silver-Bell* de Frances Hodgson Burnett. Mientras acariciaba los lomos con aire distraído, recordó un cuento de hadas que su padre le había leído a menudo. Evocó las tapas azules y de piel gastada, el resplandor dorado de las ilustraciones. En una de ellas, una niña tendía sus manos enguantadas hacia dos ancianos, un hombre y una mujer, que estaban arrodillados ante ella; esos dos ancianos la habían hecho de nieve.

Al día siguiente, cuando fue a dar de comer a las gallinas, pasó junto a las pequeñas huellas.

* * *

Despertó, rodeada de silencio, y notó el cambio antes de mirar por la ventana o abrir la puerta. Era una quietud sofocada, un frío denso que apretaba las paredes de la cabaña a pesar del calor

que reinaba dentro. Jack le había dejado un buen fuego antes de salir a la caza del alce. Mabel se vistió de prisa y la sensación se confirmó en cuanto miró por la ventana y se enfrentó a un paisaje nuevo y reluciente. Había vuelto a nevar, y esa vez se trataba de una nieve fina que se había acumulado con rapidez durante la noche hasta enterrar la cabaña y las construcciones anexas. Los contornos abruptos de piedras y tocones quedaban suavizados por esa capa blanca, que formaba profundas almohadas en las copas de los abetos, se amontonaba sobre los aleros del tejado y borraba cualquier rastro anterior del suelo del patio.

Llevó una cesta con migas de pan y trozos de manzana secos que le habían sobrado de una tarta al establo, para las gallinas. Esos animales la reconfortaban; la forma en que se posaban en la viga del establo, con las plumas erizadas contra el frío. En cuanto la oyeron entrar, saltaron al suelo, entre la paja, y cloquearon como viejas que saludan a una vecina, agitando las alas. Una de ellas, blanca y negra, picoteó una miga de manos de Mabel, y ella le acarició las plumas antes de que se alejara. Observó los nidos y por fin, bajo la barriga blanda de una gallina roja, encontró dos huevos calientes.

Mabel los puso en la cesta y salió. Cuando se volvió para cerrar la puerta, distinguió algo azul entre los abetos cubiertos de nieve que se alzaban detrás del establo. Entrecerró los ojos y entonces ya no vio nada azul, sino algo de pelo rojo. Tela azul. Pelo rojo. Una niña, ligera, rápida y vestida de azul, pasando entre los árboles. Un instante y el abrigo desaparecía para dejar paso a aquella huidiza y peluda silueta. Era como aquellas imágenes en blanco y negro que vio tras echar una moneda en una caja, en Nueva York. Movimientos fugaces, niña y animal reducidos a meros parpadeos.

Mabel caminó hacia el bosque, primero despacio y luego más de prisa. Buscaba a la niña, pero la había perdido de vista. Quizá se había ido ya. A pesar de esa sospecha, Mabel siguió adelante.

Cuando se acercó a los primeros árboles y atisbó entre las nevadas copas, se sorprendió al ver a la niña tan cerca, apenas a un centenar de metros. La niña estaba agachada, de espaldas a Mabel; sus cabellos de un rubio blanco acariciaban el abrigo azul. Dudando entre gritar o no, Mabel carraspeó, y ese ruido casi asustó a la niña. Ésta se puso de pie, cogió una bolsa pequeña de la nieve y salió corriendo. Justo cuando desaparecía tras uno de los abetos enormes, miró por encima del hombro y Mabel vio sus inquietos ojos azules y su carita de diablillo. No podía tener más de siete u ocho años.

Mabel avanzó, aunque a duras penas podía andar con la nieve que le llegaba hasta la rodilla y obligada a agacharse para esquivar las copas de los árboles. La nieve caía sobre su gorro de lana y se colaba por el cuello de su abrigo, pero ella no se dio por vencida y siguió apartando las ramas. Cuando llegó a un claro y se quitó la nieve de la cara, descubrió al zorro rojo en el lugar donde antes había visto a la niña. Tenía el hocico pegado a la nieve y la espalda encorvada, como si fuera un gato que lame leche de un cuenco. De repente movió la cabeza y rompió algo con los dientes. Mabel estaba azorada. Nunca había estado tan cerca de un animal salvaje. Solo unos pasos más y habría podido tocar aquel pelo cobrizo con manchas negras.

La criatura la observó con la cabeza baja, los largos bigotes negros apoyados en el hocico mojado. Mabel vio sangre y tuvo que hacer acopio de fuerzas para no vomitar. El zorro estaba devorando a un animal muerto; la sangre salpicaba la nieve y manchaba su hocico.

—¡No! ¡Fuera! ¡Lárgate! —Mabel agitó los brazos hacia el zorro y entonces, sintiéndose enfadada y valiente, se movió hacia él. El animal titubeó, quizá porque no deseaba renunciar a su comida, pero luego dio media vuelta y trotó tras los pasos de la niña.

Mabel llegó hasta donde estaba el zorro y vio lo que esperaba no ver. Un horrendo espectáculo: intestinos plateados, huesecillos, sangre y plumas.

No había contado las gallinas esa mañana. Miró más de cerca y entonces se percató de que no era una de las suyas, sino un pájaro silvestre con plumas moteadas de color marrón y la cabeza pequeña y torcida.

Dejó aquella criatura medio devorada y siguió los pasos de niña y zorro entre los árboles. A medida que andaba, una ráfaga de viento derribó nieve de las ramas de los árboles y azotó con fuerza la cara de Mabel. Le costaba respirar, de manera que desvió la cabeza y se internó en el bosque. El viento sopló de nuevo, levantando la nieve del suelo, formando torbellinos en el aire. Luego empezó a soplar de manera constante, y Mabel se dejó llevar por él, con la mirada baja, sin distinguir hacia dónde iba. Una ventisca se levantó de la nada. Mabel dio la espalda al viento y emprendió el camino de regreso a casa. No iba vestida para esa excursión, y a buen seguro la niña estaba ya demasiado lejos. Cuando llegó a la altura del establo, la nieve había cubierto ya tanto sus propias huellas como el rastro de la niña y el zorro. No vio el ave muerta, ni las manchas de sangre, cuando volvió a pasar por el lugar. También se habían borrado.

* * *

—He visto a la niña —anunció Mabel a Jack a la hora de la cena—. La niña a la que viste la otra noche. Detrás del establo.

—¿Estás segura?

—Sí. Sí. Un zorro la seguía, y pensé que había matado a una de nuestras gallinas, pero era otra cosa. Un pájaro silvestre.

Jack entrecerró los ojos, como si fuera bizco.

—La he visto, Jack.

Él asintió y colgó el abrigo en la percha que había al lado de la puerta.

—¿Has oído algo sobre una niña extraviada? —preguntó ella—. Ayer, cuando fuiste a la ciudad, ¿oíste algo así?

—No. En absoluto.

—¿Preguntaste? ¿Le hablaste de ella a alguien?

—No, Mabel. No vi ninguna razón para hacerlo. Me imaginé que había vuelto a casa o habrían estado organizando un equipo de búsqueda.

—Pero ha vuelto a estar aquí hoy. Al lado de la puerta del establo. ¿Por qué ha venido? Si está perdida o necesita ayuda, ¿por qué no llama a la puerta?

Él asintió con aire comprensivo, pero cambió de tema enseguida. Dijo que lo único que había visto ese día había sido un alce hembra con su cría. Le advirtió que tendrían que matar a las gallinas en cuanto se quedaran sin comida porque no tenían dinero para alimentarlas. La buena noticia, prosiguió, era que se había encontrado con George en el restaurante del hotel y había invitado a los Benson a cenar el domingo siguiente.

Mabel solo le prestó atención cuando llegó a ese punto. Se alegraba de que hubiera invitado a los Benson. Estaba segura de que Esther podría darle información sobre la niña; conocía a las familias del valle y quizá sabría por qué aquella cría deambulaba sola por el bosque.

Por la noche, cuando Jack cerró los ojos para dormir, sus párpados conservaban imágenes de ramas, huellas de presas y acantilados nevados, y el sueño se fundió con las largas jornadas de caza. Llevaba varios días levantándose antes de que amaneciera y saliendo con el rifle en busca de un alce, sintiéndose siempre como un impostor. Desperdió más de una tarde acechando algo que resultó ser un puercoespín, al que encontró mordisqueando una rama baja. Había seguido el curso del río Wolverine en ambas direcciones, hacia las montañas, y recorrido los pies de las colinas hasta la saciedad.

Se quedó en la cama hasta más tarde de lo habitual y se planteó la posibilidad de no levantarse. Sin embargo, sabía que George tenía razón: si conseguía cazar un alce, él y Mabel podrían alimentarse a base de carne y patatas hasta la cosecha. Habían terminado las provisiones de café, azúcar, compota de manzana, leche en polvo y manteca. Tendrían que matar a los pollos y poner a dieta al caballo. No habría retales de telas ni caprichos de la ciudad. Sería un invierno penoso, pero no pasarían hambre.

Se levantó, se vistió y decidió que al día siguiente iría a la ciudad a interesarse por el trabajo en la mina. No sabía si su viejo cuerpo lo aguantaría, pero al menos obtendría una recompensa al final del día. Betty le había dicho que, a pesar de la nevada, el tren seguía funcionando y la mina estaba abierta. La Marina había aumentado el pedido de carbón, y el ferrocarril había contratado a una cuadrilla para que despejara las vías de nieve. Nadie sabía cuánto duraría el trabajo, pero de momento aún buscaban gente.

Todo en la ciudad cerraba los domingos, así que decidió invertir otro día en el bosque. Disponía de tiempo hasta la tarde, ya que entonces llegarían los Benson. Salió de la cabaña armado con el rifle y la bolsa, y caminó en paralelo a la vía del tren hacia el campo más alejado. Las botas se le llenaban de nieve. No tenía intención de ascender hacia las montañas, donde la nieve era aún más honda. Se mantendría cerca de casa con la esperanza de que la nevada hubiera obligado a los animales a descender río abajo.

El cielo estaba encapotado, oscuro, y el ánimo de Jack se ensombreció con él. Atravesó el campo, despacio debido a la nieve, y se internó en el bosque. Era consciente, sin embargo, de que su corazón no estaba en la tarea.

Nunca se había considerado un chico de ciudad. Había trabajado duro toda su vida en la granja familiar, en el valle del río Allegheny. Sabía manejar herramientas y animales, sabía arar la tierra. Pero allá en su hogar, la tierra había sido cultivada durante generaciones, lo cual se apreciaba en las suaves ondulaciones del terreno y los árboles frutales. Incluso los ciervos parecían casi domesticados, perezosos y bien alimentados, pastando en los campos en barbecho. De niño, había paseado por el barranco, más allá del huerto de la granja. Había arrancado briznas de hierba y había mordisqueado los extremos tiernos. El aire soplaba cargado de un suave verdor, ni demasiado frío ni demasiado cálido, una brisa amable. Él se había subido a las acogedoras ramas de los robles y descendido por lomas alfombradas de hierba. Aquellos paseos sin rumbo de su infancia se hallaban entre sus recuerdos más preciados.

Pero esa tierra no se parecía en nada a la de su hogar. No disfrutaba de la soledad de esos bosques, más bien se ponía en tensión, alerta, embargado por una gran inseguridad sobre sus propias aptitudes. Cuando trabajaba la tierra, chocaba con esas alargadas raíces, talaba tronco tras tronco para despejar apenas unos metros de terreno, y apartaba rocas tan grandes que debía ayudarse del caballo para arrastrarlas fuera del campo. ¿Cómo podía cultivarse una tierra así?

Dondequiera que paraba de trabajar, la naturaleza estaba allí, anciana, feroz, más fuerte que el mejor de los hombres. Había zonas en que los flacos abetos negros eran tan densos que apenas cabía un brazo entre ellos, y todo ser vivo parecía agresivo, hostil: espinas diabólicas que te arrancaban la piel, ortigas que provocaban heridas, y en ocasiones enjambres de mosquitos tan espesos que desataban un profundo pánico. En primavera, cuando empezó a cortar árboles y remover la tierra, los mosquitos se alzaron como nubes de la tierra ultrajada. Se vio obligado a ponerse un sombrero con red; dificultaba la visión, pero no lo habría soportado sin él. Cuando pasaba la mano por el flanco del caballo, la palma salía cubierta de sangre e insectos.

Lo único bueno del invierno era que el frío ahuyentaba a los mosquitos. Con ellos había desaparecido la frondosidad del verano, el intenso verdor de las copas de los álamos, las anchas hojas de las chirivías, el destello de las adelfas. Libres de follaje, las ramas nevadas y los barrancos se elevaban hacia las montañas como huesos sin carne. Jack miraba a través de los árboles desnudos sin ver la menor señal de vida. Ni alces, ni ardillas, ni un simple pájaro. Un cuervo sarnoso sobrevoló la zona, pero avanzó sin pararse, como quien busca suelos más fértiles.

Cuando Jack informó a sus hermanos de que se trasladaba a Alaska, éstos le envidiaron. El país de Dios, dijeron. La tierra de la leche y la miel. Alces, caribúes y osos: tantas presas que uno no sabía contra cuál disparar primero. Y arroyos rebosantes de salmones, tantos que podías usarlos como piedras para cruzar la corriente de un lado a otro.

Qué distinta era la verdad. Alaska no daba nada con facilidad. Era enjuta, salvaje e indiferente a los esfuerzos del hombre. Él lo había visto en los ojos de aquel zorro rojo.

* * *

Jack llegó hasta un tronco e intentó sin muchas ganas apartar la nieve antes de sentarse. Apoyó el rifle entre las rodillas, se quitó el gorro de lana y pasó los dedos por sus cabellos. Permaneció un rato sentado, con los codos sobre el rifle y la cabeza en las manos. La inseguridad le pesaba en los hombros, lista para agarrarlo por la garganta, susurrándole al oído: eres viejo. Un simple viejo.

Si cayera muerto en el bosque, nada saldría en su ayuda. El viento del norte soplaría desde el glaciar, el suelo seguiría helado, y un zorro rojo como el que había visto sería seguramente el primero en olisquear su cadáver y darle un par de mordiscos. Cuervos y urracas descenderían para picotear trozos de carne congelada y quizá una manada de lobos terminaría encontrando su cuerpo; en poco tiempo no sería más que un montón de huesos. Su única esperanza sería Mabel. La imaginó luchando para arrastrar su peso muerto. Se puso de pie y se llevó el rifle al hombro.

Solo había llorado unas cuantas veces en toda su vida adulta: tras la muerte de su madre, y cuando él y Mabel perdieron al bebé. No iba a dejarse vencer. Dio un paso adelante y caminó sin ver ni sentir nada.

* * *

Fue el silencio lo que le sacó de la melancolía. Un silencio lleno de presencia. Levantó la cabeza. Era ella. La niña estaba ante él, a unos cuantos metros. Estaba sobre la nieve, con los brazos a los lados, una leve sonrisa en sus labios pálidos. El forro de pelo blanco asomaba por el abrigo y por las botas. Su carita estaba enmarcada por ese pelo aterciopelado y marrón de un sombrero de marta, y llevaba puestos los mitones y la bufanda azul de Mabel. La niña estaba cubierta por todas partes de cristales de hielo, como si acabara de salir de una tormenta o hubiera pasado una noche fría a la intemperie.

Jack le habría dicho algo, pero algo en los ojos de la niña lo contuvo: eran de un azul que recordaba a un río helado, a las grietas de un glaciar, a la luz de la luna. Parpadeó, la escarcha brilló en sus pestañas rubias, y luego se marchó.

—¡Espera! —gritó él. Tropezó al ir tras ella—. ¡Espera! ¡No tengas miedo!

Avanzaba con torpeza, trastabillando con sus propias botas y levantando la nieve. Ella aceleró, pero se detuvo varias veces para volverse hacia él.

—¡Por favor! —gritó Jack en voz más alta—. ¡Espera!

Un sonido llegó a oídos de Jack, como el viento que arrastra hojas secas o la nieve que cae sobre el hilo. O quizá un susurro lejano. Chist...

No volvió a llamarla. Se agachó para pasar bajo las ramas y avanzó por la nieve, mientras la niña le conducía cada vez más lejos, hacia el interior del bosque. Tenía que ver dónde ponía los pies para no tropezar, pero siempre que levantaba la cabeza, la veía esperándole.

Y luego desapareció. Él se detuvo, la buscó y observó la nieve para localizar sus huellas. No había ni rastro. Una vez más fue consciente del silencio, de la extraña calma que emanaba del bosque.

A su espalda oyó un silbido fuerte y alegre, como el canto de un herrerillo, y se volvió, esperando avistar un pájaro o tal vez a la niña. En su lugar, un alce macho se alzaba a unos cincuenta metros. El animal levantó la cabeza despacio, como si las enormes y afiladas astas fueran una carga pesada. La nieve salpicaba el morro largo y el lomo marrón. Movié los cuernos lentamente, de un lado al otro. Jack nunca había visto un ejemplar tan espléndido. A cuatro patas, tenía que medir más de dos metros de alto, y su cuello era grueso como el tronco de un árbol.

En su asombro, Jack casi se olvidó de lo más obvio: aquel animal era su presa. Solo había cazado unas cuantas veces, cuando era niño, y sobre todo conejos y faisanes, aunque recordaba vagamente haber ido a cazar ciervos con sus primos una mañana fría y húmeda. Pero eso era distinto. No era por deporte, ni por afán de aventuras. Eso era supervivencia, y sin embargo estaba poco preparado. No recordaba muchas cosas de la caza del ciervo, pero sabía que no había llegado a disparar contra ninguno.

Esperaba que el animal se asustara cuando cargó un cartucho en el rifle, pero no le prestó demasiada atención y siguió mordisqueando los extremos de las ramas de un sauce.

Jack apoyó la mejilla sobre la culata de madera e intentó controlar el temblor. Su respiración flotaba como vapor en el aire frío, nublandole la visión, así que contuvo el aliento, apuntó al corazón del alce y apretó el gatillo. No oyó el tiro ni sintió el retroceso del arma. Notó solo el momento del impacto, el animal que oscilaba como si le hubiera caído un gran peso encima antes de derrumbarse al suelo.

Jack bajó el rifle y dio unos cuantos pasos hacia el alce. Éste movía las patas y doblaba el cuello en un gesto patético. Jack puso un nuevo cartucho. El alce se agitaba en la nieve, y por un instante Jack observó sus ojos, agonizantes, salvajes. Levantó la escopeta y le metió una bala en el cráneo. El animal se quedó inmóvil.

Le temblaban las rodillas cuando dejó el rifle apoyado en un árbol y se dirigió al alce muerto. Puso las manos en el costado aún caliente del animal y por fin comprendió su tamaño. Esas astas podrían haber acogido a Jack como una cuna, y él no habría podido rodear su cuerpo ni con los dos brazos. Tenía que pesar más de cuatrocientos kilos, lo que significaba cientos de kilos de carne para comer.

Lo había logrado. Tenían comida para el invierno. No tendría que ir a la mina. Quería saltar, gritar, aullar de alegría. Quería besar con fuerza los labios de Mabel. Quería que alguien como George le diera una palmadita en la espalda y le felicitara.

Quería celebrarlo, pero se hallaba solo, el bosque estaba impregnado de un aire solemne, y bajo la emoción que anidaba en su pecho había algo más. No era culpa, ni remordimiento. Era

algo más tramposo. Agarró los cuernos por la base para recolocar la cabeza. Pesaba, pero gracias a las astas fue capaz de levantarla. Luego sacó la navaja de la bolsa y la afiló. Durante todo ese tiempo analizó el sentimiento que le embargaba y por fin pudo darle nombre: era la sensación de estar en deuda.

Había quitado una vida, una vida significativa a juzgar por el animal que yacía ante él. Estaba por tanto obligado a ocuparse de la carne y llevarla a casa, como muestra de gratitud.

Pero también había algo en relación con la niña. Sin ella nunca habría encontrado al alce. Ella le condujo hasta allí y le alertó cuando dejó atrás al animal. Jack la había visto moverse por el bosque con la gracia de una criatura silvestre. Conocía la nieve, y ésta la llevaba con gentileza. Conocía los abetos, sabía deslizarse entre sus miembros, y conocía a los animales, al zorro y al armiño, al alce y a los pájaros. Conocía aquella tierra palmo a palmo.

Arrodillado sobre la nieve roja, se dijo que quizá fuera así como un hombre pagaba su parte del trato: aprendiendo y llevándose en su corazón esa naturaleza extraña, turbada y desnuda, violenta y débil, trémula en su grandeza.

* * *

La tarea se hallaba más allá de la fuerza y la experiencia de Jack. Él había cuarteado pollos y alguna pieza de ternera, pero eso no tenía nada que ver. Era un ejemplar salvaje colosal, totalmente intacto, espatarrado sobre su sangre en medio del bosque. El disparo había sido certero, le había atravesado el costado y los pulmones. Debía abrirle el estómago para que salieran las vísceras y el calor antes de que se estropeará la carne, pero no iba a ser fácil. Las patas del alce, que pesaban más de cuarenta kilos cada una, suponían un obstáculo casi insalvable. Intentó apoyar el hombro en una de las patas traseras para llegar hasta el vientre del animal, pero era demasiado rígido. De su bolsa sacó un trozo de cuerda y la ató a una de las patas traseras. Haciendo uso de toda su fuerza, tiró de la cuerda y luego la ató a un árbol que había detrás del alce. Eso dejaba el abdomen al descubierto, aunque Jack temía que, si cedía la cuerda, la pata podía estampársele en la nuca.

Afiló de nuevo el cuchillo, solo porque no sabía muy bien por dónde empezar. La luz se agotaba, de manera que hundió el cuchillo en el estómago de la presa, recordó que no quería agujerear los intestinos y contaminar la carne, y sacó parte de la hoja antes de cortar de lado a lado.

Estaba hasta los codos de sangre y vísceras cuando oyó que algo se acercaba por el bosque. Pensó que podía tratarse de la niña, pero enseguida recordó lo silenciosa que era en sus movimientos. Oyó el relincho de un caballo. Se incorporó, estiró la espalda y se limpió el cuchillo en el pantalón.

Era Garrett, con las riendas del caballo en la mano.

—Hola —gritó Jack.

—He oído disparos. ¿Ha matado uno?

—Sí.

—¿Un macho?

Jack asintió.

El chico ató el caballo a un árbol cercano. A medida que se aproximaba, sus ojos se iban abriendo.

—¡Por todos los santos! Menuda pieza. —Garrett fue hacia las astas e intentó estirar los brazos de un lado al otro sin conseguirlo—. Por todos los santos —repitió, en voz más baja.

—¿Es grande?

—Vaya si lo es. —Era el tono de un chico que quería ser adulto—. ¡Vaya si lo es!

—No lo sabía. Es el primero que he visto de cerca.

Garrett se sacó el guante y le tendió la mano.

—¡Felicidades! Es enorme.

Jack se secó la sangre en la pernera del pantalón y estrechó la mano del chico.

—Gracias, Garrett. Te lo agradezco. Debo admitir que no lo esperaba.

—Hablo en serio. ¡Es un ejemplar de primera clase!

Era un aspecto de Garrett que Jack no conocía. La sonrisa hosca había desaparecido y en su lugar brillaba una radiante cara infantil.

—Iba río abajo, buscando sitios donde poner las trampas, cuando oí el rifle —dijo Garrett—. Bang. Bang. Dos disparos. Eso siempre es buena señal. Supuse que habría pillado algo. Pero, ¡por Dios!, le juro que nunca creí que consiguiera abatir algo así.

—A mí también me pareció de buen tamaño —reconoció Jack.

El muchacho se quedó en silencio, admirado, mientras acariciaba el asta con la mano.

—Es el mayor que he visto nunca —dijo—. Desde luego mayor que cualquiera de los que he cazado.

Su opinión de Garrett mejoró mucho. No había muchos chicos de trece años capaces de reconocer una derrota sin dar muestras de envidia.

—Creo que tengo trabajo para un rato —dijo Jack.

—Sí, pero entre los dos nos apañaremos.

—No quiero que te sientas obligado a echarme una mano.

El chico se sacó el cuchillo del cinturón.

—Pero me gustaría hacerlo.

—Bien, en ese caso te lo agradezco mucho. Quizá puedas enseñarme cómo hacerlo. La verdad es que ando un poco perdido.

—Diría que ha empezado bien, sacando las tripas. —El muchacho apartó la parte trasera y echó un vistazo al costillar—. Sí, ahí está. Corte por ahí y saldrá todo sin problemas.

Cuando extrajeron el corazón y el hígado, cada uno más grande que un plato de comida, Jack los metió en un saco de yute.

* * *

Durante las siguientes horas, Jack y el chico trabajaron en el alce. Era agotador. Las manos de Jack estaban frías, agarrotadas, y se cortó varias veces. Le dolía la espalda y las rodillas. El sol se colaba entre los árboles, el aire se enfrió, el animal muerto se puso rígido, pero ellos no se dieron por vencidos. A veces Garrett daba consejos sobre cómo seccionar una parte o separar una articulación. Sujetaba las patas o apartaba la parte trasera para que Jack pudiera trabajar con más facilidad. Bromearon un poco, hablaron algo, pero sobre todo pusieron manos a la obra. Entre los dos resultaba más cómodo.

Cuando hubieron cortado las cuatro patas y las costillas, el solomillo, la parte de la espalda y del cuello, Garrett cogió una sierra de la silla de montar y serraron las astas del cráneo.

—Tiene que llevarlas esta noche —dijo Garrett—. Para que podamos enseñárselas a todos. No se lo van a creer si no lo ven.

Jack habría preferido dejar las astas y llevarse más carne, pero decidió que los cuartos traseros estarían a salvo por la noche, colgados de los árboles, hasta que pudiera volver al día siguiente a por ellos. No quería defraudar al chico después de lo mucho que le había ayudado, así que ataron las astas, los órganos vitales y parte de los mejores cortes de carne a la silla de Garrett.

—Tienes un buen caballo —comentó Jack mientras sujetaban la carga—. No se pone nervioso al ver carne.

—Lo compré yo. A un minero que lo usaba para cargar herramientas. Voy a convertirlo en un caballo de caza.

Sucios de sangre y fatigados, emprendieron el camino entre los árboles. Garrett llevaba al caballo de las riendas. Jack no se había percatado de lo cerca que estaban de su campo, y desde allí siguieron la vía del tren. Era casi de noche cuando llegaron a casa.

—Te juro que te agradezco tu ayuda —dijo Jack—. De no haber sido por ti, aún estaría ahí, partiendo carne.

—Claro, claro. —Garrett apresuró el paso—. Espere a que lo vean mis padres.

Con Jack caminando detrás de él, Garrett aceleró en dirección al establo.

—Parece que tu familia se te ha adelantado —dijo Jack al ver el trineo en el patio.

Justo en ese momento, George y sus dos hijos mayores salían del establo.

—No os lo vais a creer —gritó Garrett—. ¡Jack se ha cargado al mayor alce que he visto en mi vida!

Esa mañana, mientras se preparaba para la llegada de los Benson, Mabel se recordó a sí misma cómo habían ido las cosas en su casa en Acción de Gracias. No se preocuparía por las manchas del mantel, ni porque el áspero suelo no pudiera estar nunca limpio del todo. La cena estaría buena, pero sin excesos, para que no pareciera que quería alardear de ello. En su armario no había un mono de corte masculino, ni había querido uno en toda su vida. La falda larga y la blusa le conferían un aspecto demasiado formal, pero no tenía otra cosa.

A última hora de la mañana, la cabaña estaba limpia y la mesa puesta. Dedicó una hora a arreglarse el pelo y a recolocar los servicios de la mesa. Suspiró aliviada cuando por fin anocheció y los Benson llegaron en un trineo tirado por uno de sus caballos de carga. George y los dos chicos mayores llevaron el caballo al establo, mientras Esther descargaba unos enseres del trineo y se acercaba a la puerta. No llamó, ni le dio la oportunidad de salir a recibirla. Esther abrió la puerta y pasó ante Mabel como una exhalación.

—Gracias a Dios, ya estamos aquí. —Soltó un polvoriento saco de grano sobre la mesa y al hacerlo estuvo a punto de tirar un plato al suelo—. Pensé que unas cebollas te serían útiles. Tenemos más de las que nos hacen falta.

Se desabrochó el abrigo y sacó unos tarros Mason de sus enormes bolsillos.

—Esto es mermelada de ruibarbo. Tremenda en las tortitas. ¿Te llevaste la masa? Tienes que ir con cuidado, que no se caliente ni se enfríe demasiado. Ah, y creo que esta es de moras. Tal vez contenga pasas. No sabría decirte, pero seguro que está buena. Y aquí tienes unos guisantes picantes. Los favoritos de George. Que no se entere que os he traído unos cuantos.

Esther se quitó el abrigo y lo arrojó en el respaldo de una silla.

—Temía que se congelaran por el camino. He tenido que mantenerlos pegados al cuerpo para asegurarme. —Se rió y miró a Mabel a la cara, como si por fin se percatara de su presencia. Le echó los brazos al cuello, la abrazó con fuerza y apoyó su fría mejilla contra la de Mabel—. ¡Me alegro tanto de verte! Llevo desde Acción de Gracias insistiendo a George para que nos traiga aquí. Es duro ser mujer en este país, ¿no crees? Hay demasiados hombres, si quieres mi opinión. Y voy yo y me pongo a tener más varones, como si hicieran alguna falta.

Esther volvió a reírse y sacudió la larga trenza. Paseó la mirada por la cabaña y Mabel se sintió orgullosa y tímida a la vez, convencida de que Esther estaba inspeccionando las cortinas, la cocina y evaluando sus habilidades de ama de casa.

—Bonita cabaña. George me ha comentado que tenéis problemas con la escarcha que se filtra por los troncos, pero eso es el pan de cada día en estas jornadas de invierno. Atiza el fuego, digo yo. Y parece que este horno de leña caliente. Eso es lo que importa.

Esther se paró ante el horno de leña casi como lo hacía Jack, con las manos extendidas y abiertas. Mabel cayó en la cuenta de que nunca se había molestado en observar ese horno antes, de la misma forma que supo que Esther aún no se había fijado en la mesa, dispuesta con esmero, ni en las escasas fotografías que colgaban de las paredes. Era como si estuviera viendo una cabaña completamente distinta.

—Jack aún no ha vuelto. No creo que tarde, en cuanto llegue podremos cenar. ¿Quieres una taza de té? Ya he puesto a hervir el agua.

—Oh, eso sería fantástico. Estoy helada y mojada del camino. Pero no me quejo. Siempre me ha gustado la nieve.

—Sé lo que quieres decir. O al menos puedo decir que por fin me estoy acostumbrando a ello. Hay tanto a lo que acostumbrarse aquí...

Esther sonrió.

—¡Y que lo digas! No sé si una se acostumbra nunca del todo, la verdad. Pero se te mete en la sangre de tal modo que no puedes soportar estar en ninguna otra parte.

Las dos mujeres se sentaron a la mesa. Mabel iba dando sorbos al té mientras Esther hablaba. En realidad, Mabel aguardaba la oportunidad de preguntar por la niña, pero Esther no le dio ocasión de meter baza.

—Sé que te voy a cansar los oídos esta noche. Pero sienta tan bien tener a una mujer con quien hablar... Los chicos hacen lo que pueden, pero están más contentos si me callo. Cuando nos sentamos a la mesa, lo único que se oyen son gruñidos, carraspeos, pásame eso como mucho. Y a mí me gusta sentarme a charlar. Es lo único que echo de menos de la ciudad. Una buena conversación de vez en cuando. Ni siquiera me importa cuál sea el tema.

Y a partir de ahí empezó a hablar de las cosechas del año anterior y de los planes de expansión del ferrocarril, y de que los encopetados tipos de Washington habían hecho todo el viaje hasta Alaska para revisar las vías y posar para las fotos, y de que toda esta minería y expansión implicaría más demanda de productos de granja. Luego pasó a los lobos que corrían cerca del río y de que su hijo menor quería atrapar alguno para cobrar la recompensa.

—Ese hijo mío aún no ha aparecido, ¿no? Debía reunirse con nosotros aquí, venía a caballo, por el río.

Esther preguntó entonces por el zorro que Jack había visto en los campos.

—Te matará las gallinas en cuanto tenga ocasión —sentenció—. Deberías pegarle un tiro la próxima vez que lo veas.

Era la primera vez que alguien sugería a Mabel la posibilidad de usar un arma. No mencionó que no había cogido un rifle en su vida. Delante de Esther, le daba vergüenza.

—Sí —asintió en cambio—. Supongo que sí.

Se disponía a añadir que el zorro iba acompañado por una niña pequeña, y que los había visto a ambos cerca del establo, pero justo en ese momento se abrió la puerta.

—Llamadle suerte del principiante —dijo George—. Jack ha matado el alce más grande de todo el valle. Chicas, tenéis que salir a ver esto.

* * *

Mientras seguía a George y a Esther hacia el establo, Mabel intentó imaginar lo que vería en él. Esperaba encontrarse con un animal entero, aún con piel y pelo, aún un alce. Cuando, a la luz del candil, vio las astas arrancadas sobre una pila sanguinolenta, se quedó boquiabierta.

—¡Por todos los santos! —exclamó Esther.

—Eso es exactamente lo que dije yo, mamá. ¿A que sí? —El chico se volvió hacia Jack—. ¡Por todos los santos!

Su voz, juvenil y emocionada, sobresaltó a Mabel casi tanto como la imagen que tenía ante los ojos.

—Esas astas miden casi dos metros de ancho —dijo Garrett, y posó detrás de ellas como si fuera un cazador africano con su trofeo.

De repente Jack la agarró por la cintura, la hizo girar para mirarla a la cara y por un instante la levantó del suelo.

—¡Lo conseguí, amor! ¡Ya tenemos alce! —Le dio un beso fuerte y rápido en la mejilla, como si él fuera mucho más joven y ella también. Olía a animal salvaje y a alcohol, y los ojos le brillaban por la bebida. Cuando la dejó de nuevo en el suelo, ella se sintió desorientada.

—Oh —fue cuanto pudo pronunciar.

El establo se llenó de felicitaciones y charlas mientras Jack contaba que había oído algo a su espalda, se había dado la vuelta y allí había visto a ese alce macho, a unos pasos de su campo; que lo había abatido y Garrett había aparecido después, por suerte, ya que sin él no podría

haber terminado la faena. La petaca iba pasando sin la menor discreción entre los hombres y los dos chicos mayores, que antes de beber brindaban en voz alta, mientras el benjamín rogaba en vano que le dieran un trago.

—Aún no, pequeñajo —dijo Esther, y se llevó la petaca a los labios despertando la hilaridad general.

Mabel se mantenía en silencio, pero Esther se volvió hacia ella y le ofreció la petaca.

—Venga, venga —dijo en tono travieso—. ¡Bebe a la salud de tu cazador!

Así que Mabel cogió la petaca y acercó el borde frío a sus labios. Solo los efluvios ya la hicieron toser, pero igualmente dio un trago de ese líquido, frío y caliente a la vez. Tras beberlo sufrió un ataque de tos imparable, y devolvió la petaca entre las risas de todos.

—Al final no habrá mina de carbón este año, ¿eh, Jack? —preguntó George.

—Supongo que no. Diría que nos aguarda un tradicional invierno de Alaska: alce con patatas hasta que no podamos más.

Mabel sonrió a Jack, consciente de que debía alegrarse, pero no conseguía alejar de su mente la imagen de las astas serradas que tenía a sus pies.

Cuando sus manos empezaban a agarrotarse por el frío, todos decidieron regresar a la cabaña a cenar. Jack bajó el candil del gancho de la viga y pasó un brazo por encima de los hombros de Mabel durante el breve paseo hasta la casa. De repente estaba casada con un cazador del norte, un leñador capaz de destripar alces y beber a morro de la petaca. Todo le resultaba extraño, desconocido.

* * *

El bullicioso grupo entró en la cabaña, todos hablando a la vez y sacudiéndose la nieve de la ropa. Cuando Jack se quitó el abrigo, sus brazos presentaban manchas de sangre seca que también se apreciaban en la camisa y los pantalones. Nadie se fijó, pero él miró a Mabel y luego a sí mismo.

—Supongo que debería lavarme antes de cenar.

Garrett llevaba un saco de yute y lo colocó en la cocina. De él, Esther extrajo un corte venoso y redondo del tamaño de una hogaza de pan y Mabel supo que era el corazón del animal. Esther empezó a rebanarlo en lonchas finas.

—Pon una sartén al fuego, querida —dijo a Mabel sin mirarla—. Tomaremos un poco de esto para cenar. Cuando está fresco, no hay nada como el corazón de alce.

Antes de que Mabel pudiera reaccionar, Esther ya tenía una sartén calentándose sobre el hornillo.

—¿Me pasas una cebolla? Haré un sofrito de cebolla.

Para Mabel, la hora siguiente fue un tiempo borroso: la cabeza le daba vueltas por el olor al guiso de carne y la algarabía de las voces. Alguien tuvo que preparar el puré de patatas. Alguien tuvo que poner el pan, cortar las zanahorias y abrir un tarro de calabacín en conserva. Antes de que pudiera entender lo que había pasado, todos se habían sentado a la mesa, Garrett tenía el plato en su regazo, y Mabel cortaba un pedazo de corazón de alce y se lo acercaba a los labios.

—Está sabroso, ¿verdad? —preguntó Esther.

Mabel asintió, y mordió, intentando no pensar en el músculo contrayéndose, latiendo en el interior del cuerpo del alce. Sabía a carne chamuscada y la sangre le daba un regusto a cobre, pero no estaba tan malo como había temido.

Cuando la charla fue amortiguándose y todos hubieron dado buena cuenta de sus platos, Esther fijó la mirada en Mabel y dijo:

—¿No ibas a contarme algo? Cuando George irrumpió por la puerta...

—Ah, no sé. Ahora no me acuerdo.

—Estábamos hablando del zorro.

Mabel se sonrojó.

—Quería preguntarte algo, pero puede esperar —dijo.

—Tranquila, ahora nadie nos hace el menor caso. Suéltalo. —Esther hizo un gesto de impaciencia.

Mabel vio que tenía razón: los hombres estaban enfrascados contando historias de caza y no les prestaban atención.

—Bueno, quería preguntarte... ¿sabes si hay alguna niña pequeña viviendo por aquí cerca? ¿Una niñita rubia?

—¿Una niña? Un momento, deja que piense. Ahora mismo hay unas cuantas familias, no muchas, viviendo en el valle. La mayoría de las fincas están ocupadas por hombres solteros que antes eran buscadores de oro. Los Wright tienen un par de hijas, pero son pelirrojas. Pelo rojo y rizado, y unas mejillas como manzanas. Y desde luego no viven cerca, están más bien al otro lado. Por aquí... bueno, hay un par de campamentos indios río arriba, pero suelen estar solo en verano, cuando hay salmones. Y, desde luego, no hay una sola rubia entre ellos.

Esther se levantó y empezó a recoger los platos, amontonándolos encima de la mesa. Los hombres hicieron una pausa en la charla para pasarle los cubiertos, pero enseguida retomaron la conversación.

—Te lo pregunto —dijo Mabel, inclinándose hacia Esther y hablándole en voz baja— porque la otra noche vimos a una niña por los alrededores. Jack se levantó a medianoche y vio a una niña corriendo entre los árboles. A la mañana siguiente, el muñeco de nieve que habíamos hecho... bueno, más bien la niña de nieve, estaba destrozada y los mitones y la bufanda habían desaparecido. Suena tonto, pero creo que lo hizo la niña. No es que me importe, la verdad, se los habría dado si los necesitaba. Solo me preocupa que se haya perdido o algo así. Imagínate, una niña campando sola por el bosque con este tiempo.

Esther dejó de recoger los platos y se concentró en Mabel.

—¿La visteis aquí cerca? ¿Visteis a una niñita rubia corriendo por aquí?

—Sí. ¿No te parece raro?

—¿Estás segura? ¿No sería un animal o algo parecido?

—No. Estoy segura. Incluso vimos sus huellas. Jack intentó seguir las, pero se limitaban a dar vueltas y vueltas por el bosque. Y el otro día la vi yo misma, junto a la arboleda, justo detrás del establo.

—Eso es muy extraño. Están las niñas de los Wright, pero a una distancia de trece o catorce kilómetros como mínimo... —La voz de Esther fue apagándose cuando ella volvió a sentarse. Luego miró a los ojos de Mabel desde el otro lado de la mesa y le dirigió una sonrisa amable—. No quiero hablar de más, Mabel, pero este no es un lugar fácil donde vivir. Los inviernos son largos y a veces afectan a los nervios. Lo llamamos la fiebre de la cabaña por estas tierras. El tiempo te deprime, todo se desquicia y a veces la mente nos juega malas pasadas.

En ese momento, Esther extendió la mano por encima de la mesa en busca de la de Mabel.

—Y una empieza a ver cosas que siempre ha temido... o que siempre ha deseado.

Mabel dejó que Esther le cogiera la mano durante un momento, pero luego la apartó.

—No. No lo entiendes. La vimos. Y ambos vimos también las huellas, y los mitones y la bufanda han desaparecido.

—Quizá fuera un animal, o el viento. Hay muchas explicaciones posibles.

Los hombres habían dejado de hablar. Todos miraban a Mabel.

—Es verdad. ¿No lo es, Jack? La vimos. Con su abrigo azul.

Jack se movió en la silla y se encogió de hombros.

—Podría haber sido cualquier cosa —dijo él.

—No. No. —Mabel estaba enojada—. Era una niña. Tú la viste igual que yo. Y sus huellas estaban en la nieve.

—Bueno, entonces quizá puedas mostrarnos las huellas —dijo Esther—. Garrett es un excelente rastreador. Seguro que encuentra algo.

En esos instantes Mabel sintió unas tremendas ganas de gritar, pero mantuvo la calma.

—Las huellas se han borrado. La tormenta de la semana pasada las cubrió todas.

—¿Tormenta? No ha nevado desde... —Esther se mordió los labios.

Mabel se levantó y llevó los platos a la cocina, contenta de abandonar la mesa. Jack esquivó su mirada cuando fue hacia el horno de leña a añadir otro tronco. Ella se mantuvo ocupada con el postre: galletas rellenas con la mermelada casera de Esther. Mientras trabajaba, Esther se acercó a ella por detrás y le dio un apretón cariñoso en el codo. Fue un gesto de amistad y simpatía, pero hizo que Mabel se sintiera absolutamente desgraciada.

Poco después la cabaña volvía a llenarse de animada charla, esta vez sobre las estaciones, el cultivo de la tierra y el almacenaje de comida para el invierno. George y Esther hicieron reír a Jack y a Mabel con sus anécdotas de osos negros maleducados, travesuras al aire libre y caballos testarudos. Nadie volvió a mencionar a la niñita, ni las huellas borradas por la nieve.

La oscuridad rodeó la cabaña, y Mabel miraba de vez en cuando por la ventana con la esperanza de ver a esa cría, pero lo único que encontró fue su propio reflejo en el cristal.

Jack empezó con una galleta, una de las galletas hechas por Mabel.

Se levantó temprano para cargar la carne en la carreta, y cuando ya la tenía colgada de la viga del establo y había desenganchado al caballo, entró a almorzar. Cuando Mabel no miraba, se guardó una galleta en el bolsillo y le dijo que iba a trabajar al establo. En su lugar, se encaminó hacia el principio del bosque.

Le daba cierto reparo tentar a una niña de aquel modo. De pequeño, había atraído a ciervos y mapaches con trozos de comida, obteniendo buenos resultados a base de mucha paciencia. Una vez consiguió que una cierva cogiera una zanahoria de sus dedos antes de huir entre los árboles. Nunca había olvidado ese momento, después de lo que le parecieron horas de espera, en cuclillas, cuando la cierva dobló su largo cuello para coger la zanahoria. Había sentido el roce de su morro suave en las yemas de los dedos.

Quitó la nieve de un tocón y dejó la galleta. Se preguntó si era la curiosidad lo que le impulsaba. La niña no era un mapache al que tentar y atrapar. Se preocupaba por ella. Le había dado vergüenza admitirlo delante de los Benson, pero la niñita había ido una y otra vez a su finca, sin que él supiera qué la llevaba hasta allí. Tal vez necesitara algo y al mismo tiempo fuera demasiado tímida o tuviera demasiado miedo para llamar a la puerta. Quizá se sintiera sola y solo buscara compañía, pero podía también tratarse de algo más grave. Cobijo. Ropa. Comida. Alguna clase de ayuda. La idea le preocupó, así que decidió ganársela de la única forma que sabía.

Durante unas horas Jack trabajó al aire libre, apilando leña y trazando senderos. No dejó de mirar por el rabillo del ojo, pero la galleta permaneció intacta, el bosque en silencio.

A la mañana siguiente, vio unas huellas que se aproximaban al tocón, iban de un lado a otro indicando que la niña se había escondido detrás de un abeto o de un arbusto. La galleta seguía en su sitio.

Esa tarde registró la cabaña en busca de otro posible anzuelo. Revolvió latas y abrió cajas hasta que Mabel le preguntó a qué venía todo eso.

—No es nada —rezongó él, sintiéndose culpable por mentirle. Estaba seguro de que ella no aprobaría sus esfuerzos, o sugeriría otras cosas por su cuenta, y él quería hacer las cosas a su manera. De pequeño, nunca había conseguido que se le acercara un ciervo o un pájaro con sus amigos rondando a su lado.

Además, el tema de la niña parecía turbar a Mabel. Esos días ella estaba más animada y en sus ojos despuntaba un brillo que aliviaba el corazón de Jack. El tiempo que pasaba con Esther le sentaba bien. Pero siempre que salía a relucir la niña, se ponía nerviosa. A menudo la había pillado mirando por la ventana. Los mismos rasgos que le habían parecido fascinadores cuando Mabel era joven le daban ahora un aire de enferma. Era imaginativa, silenciosamente independiente, pero con los años se había asentado en ella una melancolía intensa que le inquietaba. Se dijo que hasta que tuviera más detalles sobre la niña y su situación lo mejor era correr un tupido velo sobre el asunto.

* * *

Cuando hubieron fracasado, no solo la galleta casera sino también los caramelos de menta e incluso un pedazo de tarta que había sustraído de la cocina, Jack ya no supo qué utilizar como señuelo. Recordó la bufanda y los mitones que había cogido la niña, y se preguntó si tendría frío

y necesitaría más ropa. Los fugaces instantes en que la había visto le hacían dudar. Se la veía totalmente adaptada a la nieve con sus pieles y prendas de lana.

Entonces, en uno de sus viajes a la ciudad, vio una muñequita de porcelana en el estante del almacén. La muñeca tenía una larga melena rubia, casi como la niña, e iba vestida con un traje de colores, como una campesina europea, quizá sueca u holandesa. Era demasiado dinero para una fruslería, pero él desoyó el aviso de su conciencia, la compró a cuenta y la escondió en el bolsillo del abrigo. Al llegar a casa, se percató de que no podía esperar hasta el día siguiente, así que, a pesar de que había oscurecido ya, se la llevó consigo cuando fue a alimentar y dar de beber a los animales.

Del establo cogió el candil y anduvo hacia el tocón donde había colocado, sin éxito, el resto de las ofrendas. Sacó la muñeca del bolsillo. Quizá tanto él como Mabel hubieran perdido la razón. La fiebre de la cabaña, ¿no era así como lo había llamado Esther?

Jack alzó la voz en la noche fría y dijo, con la mayor dulzura que pudo imprimir a su tono:

—Esto es para ti. ¿Estás ahí?

Su voz era suave y ronca. Carraspeó y volvió a gritar:

—Ignoro si estás ahí ni si puedes oírme, pero queremos que lo tengas. Solo es algo que he comprado en la ciudad. Bien, buenas noches.

Albergaba la esperanza de poder verla, u oír el trino de un pájaro en los árboles, pero se enfrentó únicamente al frío y la oscuridad. Se movió un par de pasos, metió la mano en el bolsillo del abrigo y por fin se decidió a dar media vuelta, dejando la muñeca de porcelana sobre la nieve del tocón.

* * *

Cuando entró en la cabaña, Mabel había calentado agua encima del horno para que se lavara. Una nube de vapor flotó por el aire cuando vertió el agua en la jofaina. Jack se quitó la camisa, se echó una toalla sobre los hombros, se lavó la cara y se enjabonó la barba. Mabel trasteaba por la cocina, a su espalda.

—Oh —exclamó ella.

Jack levantó la cara de la jofaina y se la secó con la toalla.

—¿Qué pasa?

—La ventana. ¿Lo ves?

Mientras miraba, una densa escarcha se deshizo en plumas y guirnaldas sobre el vidrio, despacio, desde el centro hacia los extremos. Se dibujaron unas ramas blancas, parecidas al encaje, y en ellas nacieron flores de hielo. En apenas unos segundos, la ventana que había sido un vidrio claro estaba cubierta por una tupida red de escarcha.

—Quizá sea por el vapor —dijo Mabel, en una voz que era casi un murmullo. Apoyó la palma de la mano sobre el vidrio y su piel cálida fundió el hielo. Cerró la mano, dibujó un círculo en el centro de la ventana y miró por él—. Oh. Oh... —susurró, y se acercó más.

—¿Qué, Mabel? ¿Qué hay ahí?

—Es ella. —Se volvió, con la mano en la garganta—. Su carita... estaba allí, en la ventana. Rodeada de pelo por todo el cuello, como si fuera un animalillo.

—Es el sombrero. El gorro de martas, con las tiras atadas bajo la barbilla.

—Pero está allí. Ahora. Sal a buscarla.

—Corre muy deprisa, incluso sobre la nieve —respondió Jack, pero Mabel ya le tendía las botas y el abrigo, y le abría la puerta.

Cuando salió, la barba y el cabello húmedos acusaron el tremendo frío. Anduvo hacia la esquina de la cabaña, pero solo vio lo que ya esperaba: nieve, árboles, noche. Ni rastro de la niña.

* * *

A la mañana siguiente, Jack casi se cayó al salir de la cabaña debido a la cestita que había en la puerta.

—¿Jack? ¿Qué es eso...?

—No estoy seguro. —La dejó sobre la mesa; él y Mabel la observaron. Estaba hecha de corteza de abedul, las costuras bastamente cosidas con algo que parecía la raíz seca de una planta. La cesta cabía perfectamente sobre las palmas de dos manos y estaba llena de frutos. Jack cogió uno, lo hizo rodar entre el pulgar y el índice, lo olió y luego se lo llevó a la boca.

—¡Jack, ten cuidado! No sabes qué puede ser...

—Es un arándano. Sabe a arándano.

Ella frunció el ceño, pero él le acercó uno a la boca y ella lo probó, dubitativa.

—Tienes razón. Son arándanos silvestres. Aunque parecen bolitas congeladas —dijo Mabel.

Ella se sentó a la mesa y rozó los bordes de la cesta con cuidado, como si ésta pudiera romperse entre sus dedos.

—¿Ha sido ella? —preguntó—. ¿Los ha traído para nosotros?

—Supongo que sabía que tomábamos tortitas para desayunar —dijo Jack. Mabel no sonrió—. Voy a buscar leña para el fuego.

Jack siguió sus propias huellas hasta el tocón, al borde del bosque. La muñeca no estaba. Las pisadas menudas de la niña llegaban hasta allí, daban una vuelta a su alrededor y luego regresaban a los árboles. Cada una de sus huellas era apenas una sombra en la nieve, como si quien las dejara no pesara más que una pluma.

Cuando volvió Jack, cargado con un buen montón de leña, Mabel preparaba tortitas en el hornillo. Dejó caer unos cuantos arándanos en cada una, y las comieron sentados a la mesa, con la cestita entre ambos. No hablaron de la niña, no hasta que la mesa estuvo limpia y Jack se disponía a salir de nuevo.

—Voy a cortar más leña al campo del este. Todo el mundo dice que nos aguarda otra ola de frío.

—¿Cómo puedes? —La voz de Mabel era un susurro tembloroso—. ¿Cómo eres capaz de desayunar y seguir como si nada de esto hubiera pasado?

—Es invierno, necesitamos leña.

—Es una niña, Jack. Quizá no puedas admitirlo delante de los vecinos, pero la has visto, como yo. Sabes que anda por ahí.

Jack suspiró. Terminó de atarse las botas; se acercó a Mabel y apoyó las manos en sus hombros.

—¿Qué podemos hacer?

—Debemos hacer algo.

—Pero no sé qué... Creo que esa niña está bien.

Mabel entrecerró los ojos.

—¿Cómo va a estar bien? ¿Una cría, deambulando sola en pleno invierno?

—No creo que pase frío. Y juraría que sabe encontrar comida. Mira esos arándanos, y la cestita. Conoce el bosque, probablemente mejor que tú y que yo.

—Pero no es más que una niña. Una niña pequeña.

Temió que Mabel se echara a llorar y deseó estar en cualquier otro sitio. Era una reacción equivocada, cobarde, que ya había tenido en otras ocasiones: cuando Mabel sollozaba de pena tras haber perdido al niño, cuando los parientes susurraban comentarios mordaces, cuando los Benson preguntaron por esa niña del bosque. Era como si él necesitara aire. El anhelo era demasiado fuerte, y sin decir una palabra más, salió de la cabaña.

Copos de nieve y bebés desnudos llenaban sus pesadillas.

Mabel soñó que se hallaba en medio de una tormenta. La nieve caía a ráfagas a su alrededor. Extendió las manos y los copos cayeron en las palmas. Al tocar su piel, se convertían en diminutos recién nacidos, bebés mojados pequeños como uñas. El viento se los llevaba, transformándolos una vez más en simples copos de nieve que se unían a otros miles como ellos. Algunas noches su propio llanto la despertaba. Otras, era Jack quien la arrancaba de sus sueños. —Despierta, Mabel. Estás teniendo una pesadilla. Despierta.

A la luz del día, sus sueños quedaban despojados de esa naturaleza angustiada, y quedaban reducidos a una sensación extraña, enigmática, pero seguían dejándole un regusto de pérdida en la boca. Le costaba concentrarse en sus quehaceres y con frecuencia dejaba que su mente divagara sin rumbo. Un débil recuerdo emergía una y otra vez: su padre, el libro de cuentos de hadas encuadernado en piel, la niña de nieve que cobraba vida en esas páginas. No conseguía recordar la historia, apenas algunas ilustraciones, y empezó a preocuparse, a dejar que sus pensamientos volvieran a ella a menudo. Si el libro existía, ¿podía existir esa niña? Si un hombre y una mujer crearan una niña de nieve, ¿qué sería ésta para ellos? ¿Una hija? ¿Un fantasma?

Había buscado explicaciones razonables. Le había preguntado a Esther sobre los niños que vivían por la zona. Había instado a Jack a que investigara en la ciudad. Pero en ningún momento había olvidado aquellas primeras huellas en la nieve: empezaban junto a la destruida niña de nieve e iban hacia el bosque. No había huellas de entrada en el patio.

Luego había la escarcha que cristalizó en la ventana ante sus ojos y los de Jack, y la tormenta de nieve que la había hecho regresar a casa. Sobre todo, estaba la niña, su rostro como reflejo del que Jack había tallado en la nieve, sus ojos que parecían de hielo. Era fantástico e imposible, pero Mabel sabía que era verdad: ella y Jack la habían hecho de nieve, de ramas de abedul y hierba helada. La verdad la asombraba. No solo era un milagro, aquella niña era su obra. Y uno no crea una vida para luego abandonarla en el bosque.

* * *

Unos días después de que la cesta hubiera aparecido en la puerta, Mabel decidió escribir una carta a su hermana, que aún vivía en la casa familiar, en Filadelfia. Quizá aquel libro estuviera todavía en la buhardilla junto con los baúles de ropa y los recuerdos que se habían acumulado durante años. Se sentó a la mesa, con una hogaza de pan en el horno, y encontró consuelo en el acto de escribir. Le confería un objetivo racional. Tal vez el libro estuviera allí o tal vez no, pero si su hermana lo encontraba y se lo enviaba, Mabel estaba segura de que sería importante. El libro le contaría el destino de los ancianos, y de la niña de nieve.

«Queridísima hermana: Espero que al recibo de la presente te encuentres bien. Aquí en la finca nos enfrentamos al invierno», empezó.

Prosiguió con la descripción de la nieve y de las montañas, y de sus nuevos amigos, los Benson. Preguntó por los hijos de su hermana, ya mayores, y por la casa. Luego, como de pasada, se interesó por el libro.

«¿Lo recuerdas, Ada? Fue uno de mis preferidos durante la infancia. Creo que la cubierta era de piel azul, pero recuerdo muy poco de la historia, ni siquiera me acuerdo del final. Quizá te esté pidiendo una tarea imposible, pero llevo semanas intentando recordar los detalles de la historia. Es como cuando tienes el nombre de alguien en la punta de la lengua y no acabas de recordarlo.

Solo espero que por casualidad sepas de qué libro te hablo, y sobre todo que puedas encontrarlo en todo ese montón de trastos que llenan la buhardilla.»

Mabel también pidió a su hermana si podía enviarle algunos lápices, ya que tenía intención de retomar su antiguo pasatiempo y ya casi no tenía con qué dibujar.

Cerró la carta, la dejó aparte y se dirigió al horno. Sacó el pan, presionándolo con suavidad para comprobar si estaba tierno antes de meterlo otra vez. Su mirada se posó en la ventana y vio a Jack junto a la leña. Y entonces vio a la niña.

Estaba en los árboles, detrás de Jack, quien no la había visto. Él se había quitado el abrigo y se dedicaba a hacer astillas un tronco tras otro, levantando en el aire la pesada hacha y descargándola sobre la madera con un fuerte crujido. La niña le observó y luego se acercó, escondida detrás de un abedul, sacando la cabeza. Llevaba el mismo abrigo azul forrado de lana blanca. Esa vez Mabel vio que, debajo del abrigo, asomaba un floreado vestido azul celeste que le llegaba por debajo de las rodillas, y las botas altas confeccionadas en piel y forradas también de pelo.

Mabel paseó frente a la ventana. ¿Acaso debía salir a la puerta a avisar a Jack, o esperar a que él viera a la niña? No quería asustarla, pero al mismo tiempo estaba tan cerca... Entonces vio que Jack levantaba la cabeza y descubría a la niña. No estaba a más de diez metros. Mabel contuvo la respiración. Veía hablar a Jack, sin oír lo que decía. La niña permaneció inmóvil. Jack dio un paso hacia ella, tendiéndole la mano. La niña retrocedió y Jack siguió hablándole. Aunque resultaba difícil verlo desde la ventana, Mabel creyó vislumbrar que la niña levantaba la mano, cubierta por el mitón azul, y dirigía un breve saludo. El aliento de Mabel nubló el vidrio. Lo limpió justo a tiempo de ver cómo la niña daba media vuelta y salía corriendo entre los árboles. Jack se quedó parado, con los brazos a los lados, el hacha en el suelo. Mabel se apresuró a abrir la puerta.

—Ve, Jack. Ve tras ella. —Su voz sonó más aguda de lo que pretendía.

Jack dio un respingo, su mirada viajó de Mabel al bosque y luego volvió a ella. Por fin se decidió a seguir a la niña; primero despacio, luego ya al trote sobre la nieve. Sus piernas parecían muy largas y torpes, calzadas con aquellas botas enormes. Nada que hacer ante la ligereza de aquella niña.

Ella esperó junto a la ventana. De vez en cuando se acercaba a la puerta, la abría y miraba en todas direcciones, pero tanto el patio como el bosque se veían vacíos. Pasaron minutos, luego una hora, y otra. Se planteó la posibilidad de ponerse las botas y el abrigo para salir tras ellos, pero sabía que no era sensato. Anochecía muy deprisa en esos días cortos de invierno.

A medida que la oscuridad cercaba la cabaña, Mabel encendió los candiles, añadió leña al fuego e intentó detener aquellos paseos. Pensó en su madre, en las veces en que la había visto paseando, retorciéndose las manos, cuando su padre llegaba tarde de alguna reunión de la universidad. Pensó en las esposas de los mineros, de los buscadores de oro o los tramperos, de los borrachos y adúlteros, todas condenadas a esperar durante noches enteras. ¿Por qué el destino de las mujeres era siempre esperar temiendo lo peor?

Por fin Mabel se obligó a sentarse a coser frente al horno de leña e intentó concentrarse en las puntadas. Se quedó dormida sin darse cuenta y despertó cuando Jack entró en la cabaña. Traía la barba y el bigote recubiertos de hielo y los pantalones empapados y llenos de nieve. No se molestó en quitarse las botas, ni en sacudir la nieve de las suelas: se acercó al fuego y se calentó las manos. No llevaba guantes cuando ella le envió en pos de la niña. Mabel le cogió las manos para que entraran en calor. Jack soltó un gemido.

—¿Estás helado?

—No lo sé. Frío tengo. —Las palabras se le encallaban, ya fuera por el hielo del bigote o por el agotamiento.

Mabel le frotó las manos para activar el flujo sanguíneo y que éste le llegara a los dedos.

—¿La encontraste? ¿Qué viste?

Él apartó las manos y se arrancó hielo del bigote y la barba. Se quitó las botas, y luego el abrigo y el pantalón, que colgó en los ganchos que había detrás del horno de leña para que se secaran. La cabaña olía a lana caliente y mojada.

—¿Jack? ¿Me has oído? ¿Qué has encontrado?

Cuando le respondió, lo hizo sin mirarla. Le dio la espalda y caminó, tambaleante, hacia el dormitorio.

—Nada. Estoy cansado, Mabel. Demasiado cansado para hablar.

Se metió bajo las mantas y tardó poco en dormirse, dejando a Mabel, una vez más, sola junto al fuego.

Jack siempre se había considerado a sí mismo un hombre, si no valiente, sí al menos competente y seguro de sí mismo. Era consciente de los auténticos peligros, de los caballos encabritados que podían partirle a uno el espinazo y de las herramientas de labranza capaces de amputar miembros, pero siempre había desdeñado cualquier tema que entrara dentro de la superstición o lo sobrenatural. A solas en las profundidades del bosque, bajo aquella evanescente luz invernal, había descubierto en sí mismo, sin embargo, un miedo atávico. Y lo que más le avergonzaba era que no conseguía ponerle nombre. Si Mabel le hubiera preguntado qué fue lo que le aterró cuando seguía a la niña hacia las montañas, él solo podría haber respondido con la incertidumbre tímida de un niño que teme a la oscuridad. Su cerebro se había plagado de ideas inquietantes, cuentos que debía haber oído de niño y que hablaban de brujas del bosque y de hombres transformados en osos. No era tanto la niña lo que le asustaba como el extraño mundo de nieve, rocas y árboles espectrales por los que ella se movía con una facilidad pasmosa.

La niña saltó sobre troncos y recorrió el bosque como si fuera un hada. Él se acercó lo bastante para ver de cerca el forro marrón de su sombrero y las botas de piel de caña alta que llevaba. Cuando le dirigió la palabra, estando aún junto al montón de leña, incluso se percató de sus pestañas rubias y de los ojos de un azul intenso, y a la pregunta de si le había gustado la muñeca, la vio sonreír. La dulce y tímida sonrisa de una niña pequeña.

Pero luego se convirtió en un fantasma, en una mancha silenciosa. Mientras Jack intentaba seguirla, una niebla helada avanzó por el bosque. El aire se llenó de diminutos cristales de hielo, que se unieron formando una manta de escarcha sobre las ramas de los árboles y las pestañas de Jack. Apenas veía más allá de unos metros. Se detuvo de vez en cuando para descansar, con las manos apoyadas en las rodillas mientras el sudor se le congelaba en la frente. Intentó amortiguar su pesada respiración, pero lo único que oyó fue el crujido de la nieve debajo de las botas. La niña no emitía ruido alguno. Él oyó alguna ramita que se partía, pero al mirar solo encontró la huella de una liebre dibujada junto a los alisos, y más tarde, a medida que caía la noche, el ulular de un búho a lo lejos. En ningún momento oyó a la niña. A ratos ni siquiera estaba seguro de continuar siguiéndola, sino más bien abriéndose paso a ciegas entre los árboles como haría un embrujado, un demente. Pero entonces la veía, ahí delante, parada, como si deseara ser vista.

Ignoraba lo lejos que había llegado o cuánto tiempo llevaba fuera, pero siguió adelante, pasó las sesenta y cuatro hectáreas de su finca, hasta llegar a los pies de las montañas donde había ido a cazar el alce, e incluso más allá, hasta la zona donde los árboles se reducían a ramas de abedul y arbustos de té de Labrador. Avanzó por un risco con vistas al valle nevado del río y la siguió hasta más arriba, hasta coronar una cima y hallarse en la estrecha garganta de una montaña, rodeado de escarpados acantilados de esquisto.

Una extraña ráfaga de viento soplaba por la cañada. Más arriba se distinguía una cascada de hielo que descendía sobre la montaña entre los acantilados rocosos. A sus pies, las aguas del arroyo tintineaban contra pedazos de hielo y se abrían paso entre rocas y ramas. La niña, sin embargo, no estaba a la vista.

Siguió sus huellas con cuidado por el barranco. Éstas desaparecían luego en la colina nevada. No tenía sentido, pero eso es lo que vio: el rastro no se mantenía colina arriba ni por el barranco, sino que se metía en uno de los lados de la montaña. Entonces reparó en algo que parecía una puertecilla incrustada en la colina bajo una cúpula redondeada cubierta de nieve. Jack se agachó detrás de una roca, notando un sudor frío en la nuca. Podía acercarse a aquella

puertecilla y llamar a la niña, pero no lo hizo. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Una criatura de esas que mantenía cautivas a las niñas en una cueva, propia de los cuentos de hadas? ¿Una bruja cruel? O simplemente nada, ni niña, ni huellas, ni puerta, solo una muestra cruda de locura en esa nieve intacta... Quizá fuera eso lo que más temía: descubrir que había estado persiguiendo un espejismo.

Por no afrontar esa posibilidad, Jack dio media vuelta y emprendió el camino de regreso. Durante un rato, siguió las huellas. A veces era un doble rastro, las de la niña y las suyas, de mayor tamaño; otras, distinguía solo las suyas, y Jack se dijo que probablemente había destruido las de la niña con sus enormes botas mientras la seguía. A pesar de esa explicación, la visión de sus pasos solitarios entre los árboles le hizo sentir incómodo. Oscurecía, y temió que aquel rastro vacilante le condenara a extraviarse en el bosque durante las horas más frías y negras de la noche, de manera que dejó de seguirlo y se encaminó directamente a la orilla del río. A su lado podía seguir el curso del río Wolverine y llegar a la finca; esperaba estar en casa en no más de una hora.

Pero la ruta resultó más difícil de lo que pensaba, ya que le condujo por empinados barrancos donde la nieve le llegaba a las rodillas y a través de densos bosques de abetos negros que amenazaban con desorientarle. No reconoció el río cuando llegó hasta él, no hasta haber recorrido parte de su curso helado y oír el rugido del agua bajo sus pies. Retrocedió rápidamente hasta estar seguro de pisar tierra firme, y entonces descendió hasta llegar a su finca, confiando en la difusa línea del lecho del río como única guía.

Sabía que Mabel le estaría esperando, ansiosa de recibir noticias. Aunque era algo razonable, en ese momento fue demasiado para él. Estaba cansado, dolorido y probablemente con síntomas de congelación, y lo único que tenía para ofrecerle era la imagen de un viejo cansado que no se había atrevido a llamar a la puerta de una niña.

* * *

A la mañana siguiente le despertó el ruido que hacía Mabel en la cocina. Estruendo de platos, el rumor de la escoba, golpes y portazos... muestras inconfundibles de la irritación de su esposa. Jack salió de la cama.

Cada uno fue a lo suyo, pero la ira de Mabel pareció incrementarse: sus pasos se hicieron más sonoros y sus suspiros más audibles. Finalmente cedió un poco, pero la distancia que los separaba devino más amplia y más profunda. Jack lo sabía, y sin embargo no conseguía hacer acopio de fuerza suficiente para evitarlo. En su lugar, huyó al establo a cortar leña y dejó a Mabel sola con sus suspiros.

* * *

Se arrepentía de lo hecho el día anterior. No debería haber seguido a la niña.

Durante los días siguientes trabajó en el establo o en el patio, aunque sabía que debería haber estado quemando tocones en los campos. Escrutaba los árboles y buscaba huellas en la nieve. Si vuelve la niña, se decía, no correré tras ella. No la espantaré.

De manera que cuando la niña apareció a su lado casi una semana después, él optó por seguir trabajando como si no la hubiera visto. Amontonó leña cortada detrás del establo, trozo a trozo. Finalmente la niña se sentó entre los abetos y esperó. Al caer la noche, Jack entró en el establo para guardar el hacha y la maza. La niña le siguió, a unos pasos de distancia, y se detuvo a la puerta del establo. Cuando salió, aún estaba allí, observándole con sus enormes ojos azules. Jack pasó ante ella sin hacerle caso, pero cuando ya estaba frente a la puerta de la cabaña, le gritó:

—Hora de cenar. Entra.

Y la niña fue hacia él. Jack mantuvo la puerta abierta para que entrara. La niña pasó ante él, cabizbaja, como si temiera que el techo fuera a caerle encima, pero entró de todas formas. Cuando cruzó el umbral, el calor que reinaba en la cabaña fundió la capa de escarcha de su abrigo. Jack vio cómo los trocitos de hielo de sus botas se reducían a la nada y la escarcha de sus pestañas se convertía en gotas de agua. Daba la impresión de haber estado llorando.

Mabel se hallaba en la cocina, de espaldas a ellos. Jack cerró la puerta.

—Creo que necesitaremos más leña en el fuego... —dijo, y se volvió con una olla en las manos rebosante de patatas hervidas.

Al hacerlo vio a la niña al lado de Jack. La boca de Mabel dibujó un círculo, como si fuera a emitir un sonido, pero lo único que se oyó fue la olla, que cayó al suelo.

—Oh, oh. —Mabel se miró los pies, empapados y cubiertos de trozos de patatas—. Oh, no...

La niña había dado un paso atrás, sobresaltada por el estrépito de la olla, pero enseguida dejó escapar una risita que resonó en la silenciosa cabaña, llevándose los mitones azules a la boca.

Mabel volvió a meter las patatas en la olla y usó un trapo para secar el agua. Sus ojos, sin embargo, no se apartaban de la niña.

—Dame el abrigo —dijo Jack.

La niña se sacó los mitones y él fue a cogerlos, pero en lugar de dárselos ella sacó algo del bolsillo del abrigo. Era un animalillo, de pelo blanco y morro negro, y Jack se preparó para que diera un salto. Enseguida vio, sin embargo, que era un bichito muerto y que no medía más de treinta centímetros de cabeza a rabo.

—¿Un armiño?

La niña asintió y se lo dio. La piel seca crujía como pergamino fino debajo del pelo. Mabel estaba a su lado, y tocó los párpados diminutos y los ásperos bigotes. Acarició el lomo blanco hasta llegar al rabo, negro en el extremo.

—Es un animalillo precioso —dijo Jack, e hizo ademán de devolvérselo a la niña, pero esta negó con la cabeza—. Guárdalo en el bolsillo, que no se te olvide.

Ella meneó la cabeza de nuevo y esbozó una leve sonrisa.

—Es para nosotros —susurró Mabel.

—¿Sí? ¿Es para nosotros?

Una sonrisa.

—¿Estás segura? —preguntó él.

La niña asintió con vigor.

Jack colgó el armiño de un gancho que había junto a la ventana de la cocina y acarició su piel suave con el dorso de la mano. Vio a Mabel, agachándose hacia la niña.

—Gracias —le dijo.

—Ven —dijo él, apartando una silla de la mesa—. Siéntate aquí.

La niña tomó asiento, con el abrigo y los mitones sobre su regazo y el sombrero forrado de marta en la cabeza.

—¿Estás segura que no prefieres que lo coja? —preguntó él.

La niña no contestó.

—Muy bien. Como quieras.

Mientras Mabel servía un plato con bistecs de alce, no pudo evitar mirar a Jack, con los ojos muy abiertos y las cejas enarcadas. Él se encogió de hombros, casi imperceptiblemente.

—Me temo que no hay patatas, ¿no crees? —dijo Mabel. Miró a la niña y sonrió—. Tendremos que conformarnos con algunos terribles biscotes. Y unas cuantas zanahorias hervidas.

Nunca había imaginado Mabel que tendría a la niña sentada ante ellos, en la mesa de la cocina. ¿Cómo había podido suceder? El momento poseía la lentitud surrealista de los sueños. Puso un plato vacío frente a la niña y luchó contra las ganas de cogerle la mano, de tocarla para comprobar que era de carne y hueso. Ella y Jack se sentaron como solían. Él cruzó los dedos sobre su regazo y bajó la cabeza. Mabel hizo lo mismo, aunque no podía dejar de mirar a la niña. Era más pequeña de lo que le había parecido a distancia, y aún se veía más diminuta en aquella gran silla. Las otras veces la había visto corriendo entre los árboles, y el abrigo le daba un aire regordete, pero sin él Mabel veía sus bracitos finos y sus hombros estrechos. La niña llevaba el mismo vestido floreado de algodón, pero Mabel se percató entonces de que se trataba de un vestido de verano de una mujer. Debajo del vestido llevaba una camiseta interior que le iba demasiado pequeña; las mangas no le llegaban a las muñecas. Sus cabellos eran de un rubio casi blanco, pero al verlos de cerca descubrió que entremezclados con ellos había líquenes de un gris verdoso, briznas de hierba y trocitos de corteza de árbol. Era extraño pero hermoso, como el nido de un ave silvestre.

—Señor... —empezó Jack. La niña no cerró los ojos ni bajó la cabeza, sino que observó a Jack sin parpadear. Labios delicados, unos pómulos que apuntaban bajo las infantiles mejillas redondeadas, una naricita: Mabel se encontró recordando la cara que Jack había tallado en la nieve. Aquel semblante era infantil y amable, pero al mismo tiempo de los centelleantes ojos azules y la línea de la barbilla emanaba también cierta fiereza—. Te damos las gracias por esta comida y esta tierra.

Jack hizo una pausa. Mabel no recordaba haberle visto nunca pensarse tanto la bendición de la cena.

—Te pedimos que nos acompañes mientras... compartimos estos alimentos con... con esta niña que acaba de unirse a nosotros.

La niña abrió los ojos más aún y su mirada fue de Jack a Mabel mientras sus labios seguían apretados.

—Amén.

—Amén —repitió Mabel.

Con las manos metidas dentro del abrigo, la niña observó a Mabel, que servía los pedazos de carne en los platos. Luego se echó hacia delante, como si inspeccionara la carne.

—Voy a por esos terribles biscotes.

Mabel se levantó y pasó por detrás de la niña, deteniéndose un instante para oler su fragancia: a nieve fresca, hierbas del bosque y ramas de abedul. Mabel dejó que su mano rozara el respaldo de la silla, sus dedos apenas tocaron el cabello de la niña. Quizá no fuera un sueño al fin y al cabo.

Tan pronto como Jack y Mabel empezaron a comer, la niña hizo lo mismo. Cogió la galleta, la olisqueó con fuerza y la soltó. Mabel se rió.

—Coincido contigo, de todo corazón —dijo, apartando también su galleta.

Luego la niña cogió el bistec con las manos, lo olió y lo mordió. Cuando vio que Jack y Mabel la contemplaban, lo dejó en el plato. Jack usó el cuchillo y el tenedor para trocear y comer la carne.

—Está bien, cariño —dijo Mabel—. Cómelo como quieras.

La niña titubeó y volvió a cogerlo con las manos. No lo devoró como esperaba Mabel, al estilo de un cachorrillo hambriento, sino que fue mordisqueándolo poco a poco hasta, eso sí, comérselo entero, incluyendo una veta de cartílago que lo cruzaba. Luego fue cogiendo las

rodajas de zanahoria y también se las comió. Tenía el plato limpio cuando Jack y Mabel aún estaban comiendo.

—¿Quieres más? ¿No? ¿Estás segura? Hay de sobras.

Mabel se alarmó al ver que las mejillas de la niña estaban arreboladas, y sus ojos vidriosos, como si tuviera fiebre.

—Tienes demasiado calor, niña —dijo Mabel—. Deja que me lleve el abrigo. Y el sombrero.

La niña meneó la cabeza con firmeza. Gotas de sudor le caían por la nariz, y, mientras Mabel la miraba, una gota de agua se deslizaba por su sien.

—Abre la puerta —susurró Mabel a Jack.

—¿Qué?

—La puerta. Ábrela.

—¿Qué dices? Estamos bajo cero.

—Por favor —rogó ella—. ¿No lo ves? Hace demasiado calor aquí dentro para ella... ¡Abre la dichosa puerta!

Jack obedeció y apuntaló la puerta abierta con un tronco.

—Así, niña. Esto te refrescará. ¿Estás bien?

La niña tenía los ojos muy abiertos, pero asintió.

—¿Tienes nombre? —preguntó Mabel.

Jack frunció el ceño. Quizá la estaba presionando demasiado, pero Mabel no podía evitarlo. Ardía en deseos de coger a la niña, abrazarla, retenerla en casa.

—Yo me llamo Mabel. Él es Jack. ¿Vives cerca? ¿Tienes mamá y papá?

Aunque parecía entenderla, la niña no reaccionaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Mabel.

En ese momento la niña se puso de pie. Tenía el abrigo puesto antes de que hubiera llegado a la puerta.

—No te vayas. ¡Por favor! —le rogó Mabel—. Lamento haberte hecho tantas preguntas. Por favor, quédate.

Pero la niña ya había salido por la puerta. No parecía enfadada ni asustada. Cuando sus pies pisaron nieve, se volvió hacia Mabel y Jack.

Gracias, dijo, y a oídos de Mabel su voz sonó como una campanilla tenue.

Se perdió en la noche con su larga melena blanca flotando a su espalda. Mabel permaneció en el umbral de la casa hasta que el aire frío le entró por los pies.

La niña aparecía y desaparecía sin previo aviso, y eso turbaba a Jack. Había algo sobrenatural en sus formas y aspecto, en sus pestañas heladas y sus ojos azules de mirada fría, en el modo en que se materializaba, como una criatura salida del bosque. En cierto sentido, en su pequeña estatura y sus risitas sofocadas, era solo una niña, pero al mismo tiempo parecía segura de sí misma, lista, como si se moviera por el mundo con una sabiduría que iba más allá de lo que Jack hubiera visto nunca.

La niña no se había dejado ver durante varios días cuando Garrett se presentó a visitarlos. Aquella tarde nevaba, y a pesar de la temprana hora, el cielo estaba ya oscuro; el chico apareció procedente del río, montado en su caballo.

—Hola —saludó a Jack. Desmontó y se sacudió la nieve del ala del sombrero.

No era la primera vez que Garrett pasaba por allí de camino a casa cuando regresaba de revisar sus trampas. Si pillaba algo, se lo enseñaba a Jack, y luego pasaba con él alrededor de una hora, ayudándole en la tarea que tuviera entre manos. Amontonaba leña o movía cubos. Jack le hacía preguntas sobre caza y sobre esas trampas, pero en general era el chico quien llevaba el peso de la conversación. Desde aquel día en que cuartearon juntos al alce, el chico se comportaba de un modo distinto. Parecía ansioso por trabar amistad con Jack, incluso daba la impresión de buscar su aprobación.

—¿Has atrapado algo hoy? —preguntó Jack, al tiempo que hacía un gesto en dirección al caballo de Garrett.

—No. Nada de nada. Se me escapó un coyote, que fue demasiado listo para caer en mi trampa. Dejas un leve olor por ahí, algo que despierta sus sospechas, y ya puedes olvidarte de pillarlos. No se acercan a tu trampa. A veces creo que cuesta más pillarlos a ellos que...

Pero Jack no le escuchaba. Por encima del hombro de Garrett, distinguió la figura de la niña al principio del bosque. Acechaba desde detrás del ancho tronco de un álamo.

—¿Hay algo ahí? —preguntó Garrett. Se volvió para ver hacia donde miraba Jack, pero la niña había desaparecido.

—Tuve esa impresión —dijo Jack—, pero era solo mi vista cansada, que me hace jugarretas.

* * *

Al día siguiente, cuando Jack estaba a solas en el patio, la niña se acercó silenciosamente y se sentó sobre un tronco partido a verlo trabajar. En alguna ocasión abrió la boca, como si fuera a decir algo, pero volvió a cerrarla.

Sus visitas obedecían a algo más que el hambre o la simple curiosidad, de eso Jack no tenía la menor duda. Lo notaba como si reparara en un arañazo en su piel, bajo los ojos, algo que tenía mucho que ver con el dolor o la fatiga.

Mientras Mabel seguía empeñada en entablar conversación cuando cenaban los tres juntos, soltando preguntas que nunca obtenían respuesta, Jack había optado por observar y esperar. Al final la niña acabaría revelando sus propósitos, y por el momento él disfrutaba de su compañía. Solo en contadas ocasiones se decidía ella a entrar en la cabaña y siempre se negaba a pasar allí la noche. Pero les llevaba pequeños regalos: el armiño blanco, la cesta de arándanos, un timalo ártico limpio y listo para la sartén. Jack llegó a la conclusión de que la liebre muerta, estrangulada y abandonada a su puerta, había sido también un obsequio de la niña. Lamentó haberla lanzado al bosque.

* * *

Por fin llegó el día en que la niña apareció sin regalos pero a cambio con todas las preguntas que Jack había intuido en sus ojos. Apareció a primera hora, justo cuando él terminaba de desayunar y salía al patio, y le siguió alrededor del establo como si fuera su sombra.

Cuando cerraba la puerta del establo, notó sus manitas en la muñeca, agarrándolo con fuerza. Tiró del brazo para que se inclinara hacia ella.

¿Me lo prometes?

Su voz era débil, atemorizada.

Y antes de que él tuviera claras las implicaciones de dicha promesa, empezó a seguirla a través de la nieve. La niña corría, como alarmada, como si huyera de algo, pero si Jack se rezagaba ella se detenía para seguir marcándole el camino, que los condujo hacia las montañas, ascendiendo las pendientes alpinas.

Él la seguía lo mejor que podía. Al lado de ella, era un buey lento y torpe. Los piecillos de la niña avanzaban con ligereza y precisión. El camino se le hizo mucho más largo que la noche en que la siguió por el bosque. Jack percibía también la impaciencia de la niña. Ella se detenía el tiempo justo para que él la alcanzara y luego salía corriendo antes de que él tuviera oportunidad de recobrar el aliento. Jack ya no prestaba atención al camino, solo sabía que seguía subiendo. El largo y lento ascenso se cobraba su precio en las piernas y le afectaba a los pulmones. Notaba la presión del sólido cielo gris. Se sentía débil, pesado. Cada vez que llegaban a la cima de un risco pensaba: ya estamos, por fin hemos llegado. Pero entonces emprendían la subida de otro, más alto. La nieve era más profunda que antes; él se hundía mientras que la niña daba la impresión de flotar.

¿Estás bien?

Ella se había parado, unos pasos más arriba.

Ya casi hemos llegado, añadió ella.

Bien, dijo él. No te preocupes por mí. Muéstrame el camino.

Él intentó sonreír, pero supo que sus labios dibujaron solo una mueca.

Ya no soy tan joven como antes, pero llegaré.

La niña pareció esforzarse en ir más despacio, en mostrarle dónde pisar y dónde podía agarrar la rama de un árbol para rebasar un saliente.

Entonces él vio los acantilados rocosos, frente a ellos, y oyó el tintineo del arroyo bajo el hielo. Siguió a la niña por el barranco. No tardaron en hallarse entre unos inmensos abetos que, arriba en la montaña, parecían fuera de lugar. Las copas enormes y los sólidos troncos conferían una sensación de refugio al estrecho valle. Ella se paró, sin mirar a Jack, súbitamente reticente a seguir adelante. Señaló entonces un montículo de nieve que había bajo uno de los árboles.

¿Qué es eso?

La niña no respondió. Se limitó a señalar, de manera que Jack avanzó solo hacia el montículo. Apartó parte de la nieve y al hacerlo apareció una lona. Miró hacia la niña, inquisitivo, pero ella se alejaba.

Cuando apartó la lona, una docena de ratas de campo salieron corriendo y se metieron bajo la nieve. Vio la nuca de un hombre, la parte donde los cabellos rubios se encontraban con el cuello del abrigo de lana típico de los cazadores. Jack sentía el latido del pulso en las sienes. Apoyó la mano en aquel hombro ancho, y tuvo la sensación de empujar el tronco de un álamo: estaba frío, helado. Jack rodeó el montículo. Vio entonces que las ratas habían excavado sus pequeños túneles en la nieve, extendiéndolos como un laberinto en distintas direcciones, todas procedentes del cadáver del hombre. No quería, pero apartó la nieve de la cabeza y la cara del muerto, y luego también de su costado y su pecho. El cuerpo yacía de lado, en posición casi

fetal, pero no se trataba de un niño, sino de un tipo corpulento: mucho más alto y ancho de hombros que Jack. No cabía duda de que había partido ya de este mundo. Sus ojos lechosos, hundidos en el cráneo, tenían la mirada perdida. Su piel había adoptado un tono violáceo. Cristales de hielo crecían en su cara, en su ropa, en su cabello y en su larga e hirsuta barba. Los roedores habían empezado a dar cuenta de sus mejillas congeladas, de la nariz y de las puntas de los dedos, y sus heces estaban por todas partes.

Por Dios. Cristo todopoderoso.

En ese momento Jack se acordó de la niña. Se volvió y allí estaba, justo detrás, con la mirada fija en el muerto.

¿Quién es?, preguntó Jack.

Mi papá, susurró ella.

¿Qué ha pasado?

Lo intenté. Lo intenté y lo intenté.

Jack contempló sus ojos; era como ver el agua de un lago bajo una capa de hielo. No hubo lloriqueos ni sollozos. Solo un leve rastro líquido sobre el fondo azul.

Tiré de su brazo y le dije, papá, por favor. Por favor, papá. Pero no se movió. Se quedó sentado en la nieve.

¿Por qué no se movía?

A la niña le temblaba la barbilla al hablar.

Me dijo que el agua de Peter le mantendría caliente, pero yo sabía que no sería así. Yo quería darle calor. Le cogí las manos y luego la cara, así.

Y la niña se agachó y posó las manitas en las mejillas del muerto con la ternura del amor de una hija.

Lo intenté, pero él fue enfriándose, enfriándose.

Jack apoyó una rodilla junto al cadáver y notó un fuerte olor a licor. Una botella verde estaba prendida de la garra que antes había sido una mano. A Jack le dio un vuelco el estómago.

¿Cómo podía hacer aquello un hombre? ¿Beber hasta morir delante de su hija?

¿Por qué no pude darle calor?, preguntó la niña.

Aún con la rodilla en la nieve, Jack posó las manos en sus estrechos hombros.

Tú no tienes la culpa. Tu papá era un hombre adulto y solo él podía salvarse. No tienes la culpa de nada.

Eché la lona sobre el cadáver.

¿Cuándo sucedió?

El primer día que nevó, dijo la niña.

Él sabía cuándo. Fue la noche en que él y Mabel habían hecho la figurita de nieve en el patio. Casi tres semanas atrás.

¿Por qué no pediste ayuda?

Mantuve a Zorro alejado. Tiré piedras y grité. Y tapé a papá, para que los pájaros no le picaran. Pero ahora... se lo están comiendo las ratas.

¿Qué otra elección tenía él? Jack se incorporó, sacudiéndose la nieve de la rodilla.

Debo ir a la ciudad, a pedir ayuda, dijo.

Un destello de ira brilló en los ojos de la niña.

Lo prometiste. Lo prometiste.

Y así era, así que Jack lanzó un largo suspiro y pisó con fuerza sobre la nieve.

No voy a poder hacer nada hoy, dijo. Tengo que pensar en ello, en cómo ocuparme de... tu papá.

Muy bien.

La niña estaba cansada y serena. El enojo se había esfumado.

Te quedarás con nosotros hasta que lo dispongamos todo.

Jack habló con el mismo tono que había usado la primera noche, cuando le dijo que era la hora de la cena. Como si la frase no admitiera réplica.

La niña se puso rígida, sus ojos echaban chispas de nuevo.

No, dijo.

No puedo dejarte sola en el bosque. Este no es lugar para una niña.

Es mi casa, dijo ella.

La niña no bajó la cabeza. El viento de la montaña azotó los abetos y agitó su melena rubia.

Era su casa. Jack la creía.

* * *

Hizo preguntas por la ciudad, con la excusa de haber visto marcas de hacha en algunos árboles, señales de caminos marcados. ¿Alguien había puesto trampas cerca de su finca en los últimos años? ¿Había alguien viviendo en la cima de la montaña?

—Pues sí. Es curioso que lo preguntes porque no había vuelto a pensar en ese tipo desde hace siglos —dijo George—. Lo llamábamos el «Sueco», y él nunca nos llevó la contraria. No dio nombre alguno, ahora que lo pienso. Creo que era ruso, la verdad, a juzgar por su acento.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Jack—. Simple curiosidad, por si me cruzo con él.

—Era un individuo grande, grueso. Con cuerpo de leñador. Cabellos claros. Barba. Un poco pirado, si quieres mi opinión. No hablaba mucho, más bien iba a la suya. Esther siempre invita a los solteros a cenar en casa algún domingo, pero a él nunca se lo dijo. Me pregunto qué habrá sido de él. ¿Crees que está cazando por tu zona?

Betty también se acordaba de aquel hombre.

—Oh, ese era un tipo raro —explicó a Jack mientras le servía una taza de café—. Como tantos otros, buscaba oro en verano y cazaba en invierno. Supongo que creía que algún día se haría rico y volvería a su lugar de origen. La mitad de las veces no conseguía entenderlo, habla una mezcla de inglés y no sé qué otro idioma.

—¿Lo has visto últimamente? —preguntó Jack—. Solo quiero saber con quién me la juego, si es que se pone a cazar en mis terrenos.

—No. Ni recuerdo cuándo lo vi por última vez. Pero solo bajaba a la ciudad unas cuantas veces al año. Por lo que sé, pasaba todo el tiempo bebiendo con los indios, río arriba.

—Me pregunto qué habrá sido de él —comentó Jack, en tono desinteresado mientras disolvía el azúcar en el café.

—Quién sabe. Quizá regresó a su país, dondequiera que esté. O se ahogó en el río, o acabó devorado por un oso. Pasa continuamente. Los hombres vienen y van. A veces se desvanecen de la faz de la tierra.

—¿Recuerdas si tenía hijos? ¿O esposa? Solo lo pregunto porque quizá a Mabel le gustaría conocerla.

—No sabría decirte. Pero a mí me pareció un tipo bastante solitario.

* * *

Una tristeza cansada se posó sobre Jack mientras volvía a la finca. El caballo trotaba con rapidez y agitaba la cabeza, como si el frío le diera ánimos. A Jack se le agarrotaban las manos, que sujetaban las riendas. Pensó en la niña, en la ladera de la colina, con su padre muerto por congelación, y se preguntó si estaba haciendo lo correcto. Ella le había hecho prometer que no se lo diría a nadie, sobre todo a Mabel, y Jack lo comprendió. Ninguna mujer dejaría que una niña anduviera a su aire, en plena naturaleza, con la única compañía de un padre muerto. Pero la niña temía tener que separarse de lo que había sido su entorno. Un par de veces, cuando

Mabel le apartaba el flequillo de los ojos o la ayudaba a abrocharse el abrigo azul, él había visto cómo la niña se ponía rígida y retrocedía. Tensaba la mandíbula y apretaba los labios como si quisiera decir: puedo cuidarme sola.

Y Jack estaba bastante convencido de que así era. La niña conocía los bosques y los senderos. Encontraba comida y cobijo. ¿Era eso todo lo que necesitaba? Mabel diría que no. Diría que la niña necesitaba calor y afecto, alguien que cuidara de ella, pero Jack no podía dejar de preguntarse si eso no se correspondería más con los deseos de una mujer que con las necesidades reales de una cría.

Además, estaba la promesa hecha a la niña. No era un hombre propenso a prometer muchas cosas, pero cuando lo hacía, procuraba mantener su palabra.

* * *

El secreto flotaba alrededor de Jack, en el aroma del humo de madera negra y la nieve fundida. Por la noche, Mabel apoyó la cabeza sobre su pecho y le acarició la barba.

—¿Qué has estado quemando?

—Unos troncos del verano pasado. Es buena época para quemar. No hay demasiado viento, ni hay nada muy seco.

—Sí. Supongo que tienes razón. —Sin embargo, no parecía en absoluto convencida.

El terreno estaba tardando más en derretirse de lo que él había previsto. Arrastró al hombre y taló el árbol. Luego cortó la madera e hizo una hoguera con las ramas. La niña vio arder el árbol. Se quedó apartada de las llamas, que se reflejaban en sus ojos. Jack le preguntó si podía encargarse de mantener la hoguera encendida durante la noche, mientras él no estaba, pero ella meneó la cabeza. De manera que cuando el corto día llegó a su fin dando entrada a la noche, amontonó la leña en la parte más alta de la montaña y después descendió por ella. Tras él, las llamas relucían en la noche, con chisporroteos y crujidos.

Al día siguiente escarbó en la tierra helada de alrededor del fuego, ya apagado, y cavó un hoyo tan hondo como pudo con la ayuda de una pala. Una tumba en diciembre no era un obsequio fácil en un lugar como ese. Pero lo conseguiría. Dejó el cadáver detrás de la lona, lejos del fuego. Era una idea inquietante, pero no quería que el cuerpo se derritiera bajo ningún concepto. Lo mantuvo congelado.

* * *

Al tercer día, Jack apareció en casa cubierto de hollín y absolutamente exhausto. Mabel le esperaba.

—Ha venido George —dijo ella—. Le he dicho que estabas en el campo nuevo, quemando tocones.

—Ah...

—Me ha dicho que no estabas allí. Que no te había encontrado.

—Mmm. —No la miró a la cara.

Ella le agarró del antebrazo y se lo apretó con suavidad.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estabas?

—Nada. Estaba trabajando. George no me habrá visto por mala suerte.

* * *

A la mañana siguiente, Jack continuó cavando en la tierra, ya más blanda, y avivó de nuevo las llamas. Estaba empapado de sudor, bañado en suciedad y carbón de los troncos medio

quemados. No vio a la niña por ninguna parte, pero a ratos Jack tenía la sensación de que alguien le observaba desde los árboles y se preguntaba si era la niña o el zorro rojo, al que había visto de vez en cuando moviéndose entre las rocas nevadas.

A media tarde, el hoyo parecía ya lo bastante profundo para enterrar a un hombre. Jack arrancó los últimos carbones del agujero y se apoyó en la pala, con la mejilla recostada sobre la mano. No era la primera tumba que cavaba solo. Recordó aquella tumba diminuta, el cuerpecillo inerte, apenas mayor que un corazón humano.

Jack llamó a la niña. Ya es hora, le dijo. Ha llegado el momento de poner a descansar a tu papá. Ella apareció de detrás de los abetos.

¿Se ha apagado?, preguntó.

¿El fuego? Sí, ya está.

No había ataúd. Jack no tenía madera para construir uno y tampoco quería llamar demasiado la atención en la ciudad. La lona tendría que servir. Jack tiró de ella y la sacudió hasta librarla del hielo, y luego arrastró el cuerpo sobre la nieve hasta la tumba.

¿Te has despedido de él?

La niña asintió. Jack sintió náuseas. Quizá eran debido a la larga jornada de trabajo, de sudor y frío, sin tan siquiera detenerse para comer. Pero al mismo tiempo no le convencía la idea de enterrar a un hombre sin notificarlo a las autoridades, sin firmar algún papel o cuando menos sin la presencia de un sacerdote que leyera un pasaje de la Biblia. No había otra posibilidad, pensó. Lo peor que podía pasarle a esa niña, aparte de haber tenido que ver la muerte de su padre, era involucrar a las autoridades. La enviarían a un orfanato, lejos de las montañas. Él la consideraba poderosa y delicada, algo salvaje capaz de florecer en ese lugar pero que se marchitaría lejos de él.

Sin nadie más que le ayudara a bajar el cuerpo con cuidado, Jack empujó el cadáver envuelto con la lona dentro del agujero. Cayó al fondo con un ominoso ruido.

¿Lo cubrimos ya?, preguntó él.

Ella asintió.

Jack empezó a rellenar el hoyo con tierra y negros carbones muertos. Dudaba de tener fuerzas para terminar, pero no se rindió, palada tras palada, con la niña muda a su espalda. De vez en cuando, él pisoteaba la tierra con fuerza para que esta se recolocara y ella le ayudaba, saltando sobre la tumba, con el ceño fruncido y el sombrero de martas colgándole en la espalda, sujeto al cuello por unos cordones.

Pues ya está, dijo Jack.

Echó las últimas paladas de tierra sobre la tumba.

Ella se acercó a él y permaneció a su lado, con los ojos cerrados. Y entonces extendió los brazos hacia arriba. Una lluvia de copos de nieve, leves como plumas, cayó sobre la tumba. Era más nieve de la que una niña podía llevar en brazos, y descendió como si procediera directamente del cielo. Jack no dijo nada hasta que los últimos copos hubieron acariciado el suelo.

Cuando habló, su voz sonó ronca por el humo.

En primavera, dijo a la niña, podemos poner algunas rocas bonitas. Incluso plantar algunas flores.

La niña asintió, y luego le abrazó por la cintura y hundió la cara en su abrigo. Jack se quedó inmóvil durante un momento, sintiéndose torpe con los brazos a los lados, pero luego también la abrazó; le dio palmaditas suaves en la espalda y le alisó los cabellos con su mano áspera.

Ya está, ya está. Todo ha terminado. Todo va a salir bien.

SEGUNDA PARTE

—Entonces, una mañana, cuando se habían fundido ya las últimas nieves, ella se acercó a la pareja de ancianos y los besó.

—Ahora debo irme —les dijo.

—¿Por qué? —exclamaron ellos.

—Soy hija de la nieve. Debo partir hacia donde haga frío.

—¡No! ¡No! —gritaron ellos—. ¡No puedes irte!

La abrazaron con fuerza y unas gotas de nieve cayeron al suelo. Rápidamente, ella se zafó de sus brazos y salió corriendo por la puerta.

—¡Vuelve! —le gritaron—. ¡Vuelve con nosotros!

De «The Snow Child»,
versión de Freya Littledale



Resultaba inesperado aguardar con expectación la llegada del día siguiente. Cuando Mabel despertaba por las mañanas, lo hacía embargada de una alegre sensación de anticipación sin que, por un momento, supiera el porqué. ¿Era un día especial por algún motivo? ¿Un cumpleaños? ¿Una fiesta de guardar? ¿Tenían algún plan para ese día? Luego caía en la cuenta: quizá la niña fuera a verlos.

Mabel seguía acercándose a la ventana, pero ya no contemplaba el cansino paisaje invernal con melancolía, sino con emoción, con la esperanza de que la niñita del gorro de martas y las botas de piel surgiera del bosque. Los días de diciembre poseían cierta luminosidad, cierta chispa, como la escarcha en las ramas desnudas, que brillaba por las mañanas antes de derretirse.

Pero Mabel se controlaba. A pesar de que se imaginaba corriendo hacia la niña en cuanto la veía aparecer salida del bosque y abrazándola con todas sus fuerzas, haciéndola girar por los aires, no hacía nada de eso. En su lugar, esperaba pacientemente en la cabaña y fingía no reparar en su llegada. Cuando entraba la niña, Mabel no la aseaba en el barreño, ni le quitaba las hojas y ramas del pelo, ni la cambiaba de ropa después de lavarla. A veces no podía evitar imaginarla ataviada con un bonito vestido de volantes y con lazos en el pelo. En ocasiones incluso soñaba con la posibilidad de invitar a Esther a tomar el té para presumir de niña, como si fuera hija suya.

No hizo nada de eso. Eran tonterías, caprichos que tenían más que ver con sus propias y románticas ideas de la infancia que con esa niña misteriosa. El único anhelo real que tenía, una vez descartados todos los que eran vanos y frívolos, era tocar a esa niña, acariciarle la mejilla, atraerla hacia sí e impregnarse de su aroma a aire de montaña. Pero se conformaba con las sonrisas de la niña, y todas las mañanas se apostaba en la ventana, con la esperanza de verla.

Mabel no había logrado establecer un patrón en esas visitas. La niña solía dejarse caer por la cabaña tarde sí, tarde no, durante una semana, pero luego desaparecía durante dos o tres días; entonces reaparecía una mañana y pasaba el día con Mabel en la cocina en lugar de seguir a Jack por el establo. Observaba a Mabel amasar el pan, y era como si un rruiseñor se hubiera posado en el alféizar de la ventana. Mabel no quería asustarla, así que, imitando las maneras tranquilas de Jack, no hacía movimientos bruscos y le hablaba en voz baja. Le contaba cómo mezclar la masa con harina, y amasarla una y otra vez hasta que notabas la textura correcta, firme y elástica. Le decía que había sido la tía de Jack quien le enseñó a hacer pan, que la buena mujer se había extrañado de que otra ama de casa, con un marido, no supiera.

Esa tarde la niña se quedó a cenar. Jack llegó del establo, y Mabel y la niña se sentaron con él a la mesa. La niña bajó la cabeza antes de que él empezara a pronunciar la bendición, y las miradas de los dos adultos se cruzaron. Se había acostumbrado ya a su forma de hacer las cosas. Jack parecía estar de mejor humor que normalmente, y mientras daban cuenta de la comida hizo bromas y comentó detalles de su trabajo. De repente, se volvió hacia la niña para pedirle que le pasara la sal. Ésta, absorta en su plato, no se dio cuenta. Jack carraspeó y luego dio una palmada suave sobre la mesa.

Esto se está volviendo un poco raro, declaró él.

La niña se sobresaltó. Él habló en un tono más suave.

Tenemos que saber cómo llamarte. No podemos llamarte «niña» eternamente.

La niña se quedó en silencio. Jack extendió el brazo para coger la sal, como si renunciara de momento a la idea de saber su nombre. Mabel esperó, pero Jack siguió comiendo como si tal cosa.

Faina, susurró la niña.

¿Qué dices, niña?, preguntó Mabel.

Mi nombre. Me llamo Faina.

¿Puedes repetirlo, más despacio?

Faina.

Cada sílaba fue un susurro quedo. Al principio Mabel no terminó de entender el nombre, que le resultaba muy poco familiar. Poco a poco, sin embargo, fue vocalizándolo: le parecía ver en él un soplo de brisa fresca, el susurro del bosque, sonidos que se correspondían con la niñita que tenían sentada a su mesa. Faina.

¿Qué significa?, preguntó Mabel.

La niña se mordió el labio y frunció el ceño.

Debes verlo para saberlo.

Entonces su cara resplandeció.

Pero te lo enseñaré. Algún día te mostraré su significado.

Faina. Es un nombre precioso.

Bueno, dijo Jack. Esto simplifica las cosas, ¿no?

* * *

Esa noche, después de que la niña se fuera, repitieron su nombre una y otra vez. Empezó a salirles con facilidad, y a Mabel le agradó cómo sonaba. ¿Has visto que Faina bajaba la cabeza antes de cenar? ¿No es Faina una niña guapísima? ¿Qué nos traerá Faina en su próxima visita? Eran como niños jugando a los papás. Mabel era feliz.

* * *

El amanecer tiñó de plata los montículos de nieve y los abetos, y Mabel estaba en la cocina, intentando dibujar la cesta de ramas que les había regalado la niña. La había colocado recostada sobre la caja donde guardaba las recetas, levemente inclinada hacia ella, e intentaba recordar su aspecto lleno de arándanos silvestres. Hacía mucho tiempo que no dibujaba y se sentía torpe con el lápiz en la mano: el sombreado y la perspectiva se le resistían. Frustrada, se llevó la mano a la nuca y estiró el cuello.

Se sobresaltó al descubrir a la niña observando al otro lado de la ventana, pero enseguida le sonrió y levantó la mano en forma de saludo. Cuando la niña se lo devolvió, una oleada de afecto surcó todo su cuerpo.

Faina, guapa. Entra, entra.

La niña traía consigo el olor a nieve, y el aire de la cabaña cobró enseguida brillo y frescor. Mabel le quitó la bufanda y los mitones, la despojó del abrigo de lana y del sombrero forrado. La niña no opuso resistencia, y Mabel apretó la ropa contra su pecho, sintiendo el frío invernal, la lana áspera y el sedoso forro marrón del sombrero. Sostuvo la bufanda en la mano, maravillada de que aquella prenda que había tejido su hermana adornara a esa niñita.

¿Qué es? ¿Qué haces?

La niña estaba junto a la mesa, con un lápiz en la mano.

Estaba dibujando, dijo Mabel. ¿Te gustaría verlo?

Dejó la ropa de la niña colgada de una silla y la puerta un poco abierta, para que la corriente de aire entrara en la cabaña y refrescara a la pequeña. Luego sacó una silla para ella y se sentó a su lado.

Este es mi cuaderno de dibujo. Y estos, mis lápices. Quería dibujar la cesta que nos regalaste.

¿Lo ves?

Mabel le mostró el dibujo.

Oh, dijo la niña.

No es muy bueno, ¿verdad? Creo que he perdido la poca habilidad que tenía.

Es muy bonito.

La niña deslizaba los dedos por la superficie del papel, sus labios abiertos expresaban admiración.

¿Qué más sabes dibujar?, preguntó.

Mabel se encogió de hombros.

Lo que me proponga, supongo. Aunque el resultado final no siempre tiene el aspecto que debería.

¿Podrías dibujarme a mí?

Sí. Oh, claro. Pero te advierto que nunca se me han dado muy bien los retratos.

Mabel acercó la silla de la niña a la ventana para que la luz del invierno iluminara su perfil y sus rubios cabellos. Durante la hora siguiente, la mirada de Mabel fue posándose en Faina y en el cuaderno alternativamente; esperaba que la niña protestara, pero ésta no se quejó ni se movió lo más mínimo. Estoica, aguantó con la mirada fija y la barbilla levemente alzada.

Con cada trazo en el papel era como si Mabel viera cumplido su deseo, como si tuviera a la niña en brazos, le acariciara la mejilla, el pelo. Dibujó la amable curva de sus pómulos, los labios pequeños, el arco inquisitivo de sus cejas rubias. Autosuficiente, débil y valiente, inocente y sabia... algo en la postura de su cabeza, en el brillo de sus ojos, evocaba una naturaleza salvaje que Mabel quería plasmar también. Detalles que interiorizó y memorizó.

¿Te gustaría verlo?

¿Ya está acabado?

Mabel sonrió.

Al menos por hoy.

Giró el cuaderno hacia la niña, sin saber qué reacción esperar.

La niña tomó aire y luego se agarró las manos, encantada.

¿Te gusta?

¡Sí! ¿Esa soy yo? ¿Este es mi aspecto?

¿No te has visto nunca, niña?

La niña meneó la cabeza.

¿Nunca? ¿Ni en un espejo? Espera, tengo algo mejor. Mucho más exacto que ningún dibujo que salga de mis manos.

Mabel fue al dormitorio y volvió con un espejito de mano.

¿Sabes lo que es? Es un cristal en el que puedes verte.

La niña encogió sus pequeños hombros.

Mira, ¿lo ves? Esa eres tú.

La niña se miró al espejo, con los ojos abiertos como platos y la cara sombría. Llevó una mano hacia aquella superficie reluciente, tocó sus propios cabellos, su cara. Sonrió, movió la cabeza a un lado y a otro, se apartó el cabello de la frente, todo ello sin quitar la vista del espejo.

¿Quieres quedarte con el dibujo?

Faina sonrió y asintió.

Mabel dobló el retrato hasta convertirlo en un cuadradito de papel que cupiera en el bolsillo de la niña.

* * *

Cuando Faina se hubo ido, después de cenar, Mabel se puso a tejer junto al horno de leña. Fuera, el viento azotaba el valle, pero ella creyó oír otro sonido. Un lamento de dolor.

—¿Eso es el viento, Jack?

Él fue hacia la ventana y atisbó en la oscuridad.

—No. Creo que son los lobos, río arriba. La otra noche también oí sus aullidos.

—¿Puedes atizar el fuego? Me ha dado frío.

Le vio añadir varios troncos al fuego; las llamas prendían en la corteza seca e irradiaban una luz que se proyectaba en las paredes de la cabaña. Luego él regresó a la ventana y siguió contemplando la noche, como hacía ella siempre.

—¿Estará a salvo? —preguntó Mabel—. Hace un viento tan fuerte, y esos lobos...

—Sospecho que está bien.

Permanecieron levantados hasta mucho más tarde de lo habitual. Jack salió en varias ocasiones a buscar más leña, a pesar del montón de leños que había apilados junto a la puerta, y Mabel siguió tejiendo hasta que se le cansaron las manos y le lloraron los ojos. Por fin, ya no aguantaron más y se acostaron a la vez. Se durmieron mecidos por el bufido del viento que soplaba en el valle.

Estaban ya a mediados de febrero cuando llegó un paquete dirigido a Mabel, envuelto en papel marrón, entregado por ferrocarril en Alpine. Jack lo recogió en la ciudad, junto con algunas provisiones adquiridas en el almacén con los restos de su crédito.

Mabel esperó a que su marido saliera antes de sentarse a la mesa para abrirlo. ¿Sería por fin lo que llevaba tanto tiempo aguardando? Le parecía que hacía siglos que había escrito a su hermana para pedirle el libro. Mantuvo las esperanzas durante algunas semanas, pero cuando no llegó nada se hizo a la idea de que o bien su hermana no había podido encontrarlo, o bien ni siquiera se había molestado en buscarlo.

Estuvo tentada de abrir el paquete pero sintió la necesidad de calmarse antes de hacerlo. Puso el agua a hervir y se hizo una taza de té. Cuando estuvo listo, se sentó a la mesa y usó unas tijeras para cortar la cinta, antes de retirar con cuidado el papel. En el interior había dos bultos, envueltos por separado.

El más grande tenía la inconfundible forma de un libro, pero Mabel optó por abrir primero el pequeño. Contenía algunos lápices de dibujo, de buena calidad, así como carboncillos. Entonces cogió el bulto grande y, despacio, le quitó el envoltorio.

El libro era tal y como ella lo recordaba: grande, un cuadrado perfecto, una forma distinta a la de cualquier otro libro de cuentos que ella hubiera visto nunca. Estaba cosido con piel marroquí de color azul. Un exquisito copo de nieve repujado en plata decoraba la cubierta, y el mismo motivo adornaba también el lomo. Apoyó el libro sobre la mesa y lo abrió. «Snegurochka, 1857», rezaba una línea escrita a lápiz, en el extremo superior de las guardas, azules y decoradas. «La Doncella de Nieve.» Era la letra clara de su padre. Solía comprar muchos libros cuando iba de viaje, y algunos se los llevaba especialmente a ella. Los guardaba en un estante de su despacho, pero siempre que ella quería verlos, los cogía y la sentaba en su regazo mientras iba pasando las páginas.

Con el libro delante, Mabel se sintió como si se hallara en el despacho de su padre, rodeada del aroma de su pipa y de libros viejos. Pasó la primera página. A la izquierda había una ilustración a todo color protegida por una hoja de papel transparente; a la derecha, empezaba la historia, escrita en letras negras e ilegibles. ¡Estaba escrito en ruso! ¿Cómo podía haberlo olvidado? O quizá nunca se había percatado de ello. Había sido uno de sus libros favoritos durante la infancia, y sin embargo entonces cayó en la cuenta de que en realidad nunca lo había leído. Su padre le había contado la historia mientras ella contemplaba las ilustraciones. Se preguntó si su padre conocía las palabras o se había inventado el relato basándose en los dibujos.

Habían transcurrido muchos años desde la muerte de su padre, pero en ese momento evocó su voz, viril y melodiosa.

«Érase una vez un viejecito y una viejecita que se amaban con todo su corazón y estaban satisfechos de lo que les había deparado la vida, salvo por una gran pena que los abrumaba: no tenían hijos.»

Mabel posó los ojos en la ilustración. Era parecida a los estampados lacados rusos, con colores terrosos e intensos y delicada en los detalles. Mostraba a dos personas mayores, un hombre y una mujer, arrodillados sobre el suelo nevado junto a la figura de una niña que parecía hecha de nieve de los pies a la cintura y de carne y hueso de cintura para arriba.

Las mejillas de la niña de nieve irradiaban vida y las joyas coronaban sus rubios cabellos. Sonreía con dulzura a la pareja de ancianos, y tendía hacia ellos sus manos enguantadas. Una capa bordada caía desde sus hombros como una estela blanca y plateada, sin distinguirse específicamente de la nieve. A su espalda, el paisaje nevado quedaba enmarcado por una

arboleda de abetos, de un verde casi negro, y, a lo lejos, montañas blancas de cimas puntiagudas. Entre dos árboles se apreciaba un zorro rojo, de ojos estrechos y dorados como los de un gato.

Mabel se llevó la taza de té a los labios y descubrió que estaba frío. ¿Cuánto tiempo había estado mirando esa ilustración? Dio un sorbo igualmente y pasó la página. Era de noche. La niña corría hacia los árboles. Estrellas de plata centelleaban en el firmamento azul oscuro y la pareja la observaba con tristeza desde la puerta de su casa.

A medida que pasaba las páginas, Mabel se iba sintiendo cada vez más extraña, como separada de sí misma.

Cogió el libro con las dos manos y lo acercó a sus ojos. La siguiente ilustración había sido siempre una de sus preferidas. En un claro del bosque, cubierto de nieve, aparecía la niña, rodeada de bestias salvajes: osos, lobos, una liebre, un armiño, un ciervo, un zorro rojo e incluso un diminuto ratón. Los animales se sentaban alrededor de la niña, en actitud que no era ni amenazante ni cariñosa. Era como si estuvieran posando para un retrato, con sus pieles, dientes, garras y ojos vidriosos, y la niña contemplaba al lector sin demostrar placer o temor. ¿Adoraban a la niña o querían comérsela? Incluso entonces, muchos años después, Mabel aún no conseguía hallar una respuesta en esos ojos salvajes y brillantes.

Cerró el libro y recorrió el copo de nieve incrustado en la cubierta con los dedos. Se dispuso a doblar el papel de estraza que se había usado de envoltorio y fue entonces cuando vio la carta de su hermana; se había metido entre los pliegues del papel y había estado a punto de acabar en la basura.

Queridísima Mabel:

Qué alegría he tenido al recibir tu carta, al volver a ver tu hermosa letra y saber que estás viva y bien de salud. Debe de parecerse absurdo pero para nosotros es como si te hubieran desterrado al Polo Norte. Ha sido un alivio saber que estás a salvo, cómodamente instalada, y que tienes, incluso, unos amables vecinos. Estoy segura de que suponen una bendición en esa tierra inhóspita. También me complace saber que piensas volver a dibujar. Siempre he sabido que eras una artista de gran talento. ¿Nos enviarás algunos dibujos de tu nueva tierra? Estamos ansiosos por compartir tus aventuras.

Por lo que se refiere a la petición de este libro, ha sido pura suerte que haya podido enviártelo. Un estudiante de la universidad llamado Arthur Ransome ha estado revisando las colecciones de papá y se quedó especialmente prendado de este libro. Aunque no te lo creas, su tema de estudio son los cuentos de hadas del norte. Dado que yo no sentía un cariño especial por este libro, se lo presté para sus estudios. Cuando recibí tu carta, sin embargo, me emocioné al ver que sabía exactamente dónde estaba. No dudes que casi tuve que arrancárselo al joven de las manos. Me advirtió que era un hallazgo único y que debía ser tratado con sumo cuidado. Se asombró al enterarse de que pensaba enviártelo a los confines más remotos de la civilización.

Cuando me disponía a enviártelo, me percaté por casualidad de que el libro está escrito en ruso. A menos que hayas aprendido esa lengua en Alaska, me temo que tendrás una decepción al ver que el libro te resulta incomprensible. Por ello, antes de envolverlo, pedí al joven que me contara algo sobre Snegurochka, la Doncella de Nieve.

El señor Ransome dice que el cuento de la niña de nieve viene a ser en Rusia el equivalente a Caperucita Roja o Blancanieves en nuestro país. Como sucede en la mayoría de los cuentos, tiene distintas versiones aunque siempre empieza igual. Una pareja de ancianos vive felizmente en su casita del bosque, aunque en sus vidas hay un gran pesar: no tienen hijos. Y, un día de invierno, hacen una niña de nieve.

Lamento decirte que, en todas sus versiones, el cuento acaba mal. La niña de nieve aparece y desaparece durante el invierno, pero al final siempre se derrite. En un caso se pone a jugar con

unos niños del pueblo muy cerca de una hoguera, o no advierte la súbita llegada de la primavera a tiempo, o, como en la versión que aparece en el libro de papá, conoce a un chico y escoge el amor mortal.

Según el señor Ransome, en su versión más tradicional la niña de nieve se pierde en el bosque. Se cruza con un oso, que se ofrece a mostrarle el camino, pero al ver sus largas garras y sus afilados dientes, ella teme que vaya a comerla y rechaza su ayuda. Luego aparece un lobo, que también promete llevarla sana y salva a la casita, pero su aspecto es casi tan feroz como el del oso, y la niña lo rechaza también. Pero entonces se topa con un zorro. «Te llevaré a casa», le promete. La niña decide que el zorro parece más simpático que los otros. Monta sobre su lomo y el zorro la saca del bosque. Cuando llegan a la casita de los ancianos, el zorro pide una gallina bien hermosa como pago por sus servicios. Los ancianos son pobres así que deciden engañar al zorro y le dan un saco que contiene a su perro de caza. El zorro arrastra el saco hasta el bosque y, cuando lo abre, el perro salta sobre él, lo persigue y lo mata.

La niña de nieve, al enterarse, está enfadada y triste. Se despide de los ancianos para siempre, diciendo que si no la aman tanto como a una de sus gallinas, ella prefiere volver a vivir con el Padre Invierno y la Madre Primavera.

Cuando la mujer mira hacia el exterior de su casa, de la niña solo quedan las botitas rojas, los mitones azules y un charco de agua.

¡Qué cuento tan trágico! No consigo entender por qué estos relatos infantiles siempre acaban tan mal. Creo que si alguna vez se lo cuento a mis nietos, cambiaré el final y haré que todos vivan felices y coman perdices. Eso nos está permitido, ¿no crees, Mabel? ¿Inventar el final que queramos y escoger la alegría a la pena?

No podríamos quedarnos al menos con una? —suplicó Mabel—. La roja. Es un encanto, y podemos alimentarla con las sobras de nuestra mesa.

—Las gallinas no son criaturas solitarias —repuso Jack—. Les gusta vivir en compañía. No estaría bien.

—¿El señor Palmer no nos concederá un poco más de crédito, solo para comprar alpiste para el resto del invierno? No puede costar tanto, ¿no?

A Jack se le hizo un nudo en la garganta, y de repente la cabaña le pareció demasiado cálida, demasiado pequeña. Comida para gallinas, por el amor de Dios. ¿Qué clase de hombre no era capaz de permitirse grano para las gallinas? Ya se habían quedado sin café y el azúcar tampoco duraría mucho.

—No hay más remedio. —Se dirigió a la puerta y ya casi había cruzado el umbral cuando oyó a Mabel.

—Esther dice que es mejor sumergirlas en agua hirviendo para desplumarlas. ¿Pongo agua a calentar?

—Buena idea. —Y cerró la puerta.

* * *

Jack no obtuvo ningún placer en matar a las aves. De haber podido elegir, las habría mantenido vivas y engordando en el establo durante todos los días de sus vidas. En verano se convertían en buenas ponedoras, y él sabía que Mabel les tenía cariño. Pero era cruel tener animales que uno no podía alimentar. Mejor matarlos y zanjar el tema.

Cuando entró en el establo vio de reojo el hacha, junto al montón de madera. Entonces deseó haberle pedido consejo a George él también. En su familia siempre se había contado que la abuela era capaz de estrangular una gallina con sus propias manos, pero en general él siempre había oído que la mejor forma era degollarlas y dejar que se desangraran. Una tarea ingrata, se hiciera como se hiciera.

Una docena de gallinas decapitadas que en un rato él llevaría a la cocina, a la pobre Mabel que las había cuidado con afecto. Sin embargo, estaba seguro de que ella podría con eso. Destriparía a las aves y las desplumaría sin pronunciar una sola palabra de queja, del mismo modo que tampoco se había quejado por las menguantes provisiones o las interminables comidas a base de carne de alce con patatas. Durante las últimas semanas, ella había recogido arándanos rojos y escaramujos silvestres, congelados, para hacer mermelada, y se las había ingeniado para conseguir un pastel sin huevos que no estaba tan malo. Se las apañaba, y de algún modo eso le sentaba bien. Le brillaban las mejillas y se reía más de lo que lo había hecho en años, incluso mientras servía otro plato de bistec de alce frito.

También había vuelto a coger los lápices. Jack se había percatado de ello. La niña le llevaba todos los días algo nuevo que plasmar en papel: una pluma de búho, un montón de bayas de fresno americano, una rama de abeto con piñas. Las dos se sentaban a la mesa de la cocina, con la puerta de la cabaña abierta para que «la niña no pase calor», con las cabezas juntas mientras Mabel dibujaba. Era una bonita estampa.

Pero también le asustaba lo mucho que Mabel quería a la niña. Y lo mucho que la quería él. Podía admitirlo. Tal vez no se apostara en la ventana, pero la esperaba de todos modos anhelando verla. Deseando que no estuviera en peligro ni se sintiera sola. Deseando verla aparecer de los árboles e ir corriendo, sonriente, hacia él.

En algún momento quiso contarle la verdad a Mabel. Era una carga, y él no estaba seguro de soportarla bien. Quería hablar con Mabel sobre el hombre muerto, sobre la tumba solitaria que había excavado para él. Quería contarle lo de la extraña puerta en la ladera de la montaña. Ser consciente del sufrimiento de esa niña le suponía un peso frío en el estómago, y a veces no se atrevía a mirar esa cara menuda y pálida por miedo a que el nudo en la garganta le atragantara. Se lo había prometido a la niña, pero tal vez eso fuera solo una excusa. La desagradable verdad de lo que había presenciado la niña partiría el corazón de Mabel, y lo último que él quería era causarle más tristeza. Su capacidad para sufrir lo aterraba. Se había preguntado más de una vez si cuando se aventuró a cruzar el río helado en noviembre ella estaba al tanto del peligro que corría.

Jack cogió una gallina por las patas y la condujo, entre aleteos y chillidos, hasta el tajo de madera que había junto a los troncos. Los espasmos no pararon durante un rato, incluso cuando la cabeza ya había sido cortada. Faltan solo once, pensó Jack, malhumorado, mientras dejaba el ave muerta sobre la nieve.

* * *

No había previsto ayudar a Mabel en la tarea de desplumarlas, pero enseguida se dio cuenta de que era una tarea larga y desagradable para una persona sola. Codo con codo en la cocina, bañados en plumas, Jack y Mabel pusieron manos a la obra y se turnaron a la hora de sumergir un ave en agua hirviendo y luego ir arrancándole las plumas a puñados. Intentaron recoger las plumas rojas, negras y amarillas en sacos de arpillera, pero enseguida había más pegadas al suelo y flotando por la cabaña que dentro de los sacos.

—Quizá deberíamos haberlo hecho fuera —comentó Mabel mientras intentaba quitarse una pluma mojada de la frente con el dorso de la mano.

Jack se rió.

—Te la quitaría yo, pero me temo que sería peor el remedio —dijo, al tiempo que le mostraba las manos, llenas de plumas.

—Y este olor terrible... —añadió Mabel.

El vapor que subía del agua hirviendo olía a plumas escaldadas y a piel de pollo medio cocida.

—Estaba pensando... ¿por qué no cenamos pollo? —dijo Jack, intentando mantener el gesto serio.

—Oh, no. Eso sí que no, no podría... Vaya, me estás tomando el pelo. —Y lanzó una pluma hacia él.

En cuanto empezó a desplumar la siguiente, oyó que Mabel suspiraba a su lado.

—¿Qué pasa?

—Es la querida Henny Penny —dijo ella, mirando con tristeza a la gallina muerta que tenía en las manos.

—Te dije que era un error ponerles nombre.

—No es por los nombres. Las habría reconocido aunque no les hubiera puesto nombre alguno. Henny Penny me seguía mientras recogía los huevos, cloqueando como si me diera consejo.

—Lo siento, Mabel. No sé qué más hacer. —Él flexionó la mano, notó que se le estiraban los tendones y se preguntó cómo podía decepcionar a Mabel una y otra vez.

—¿Piensas que te echo la culpa? —dijo ella.

—¿Quién la va a tener si no? Recae sobre mis hombros.

—¿Cómo puedes llegar siempre a esa misma conclusión? ¿Que todo es culpa tuya y de nadie más? ¿Acaso no fui yo quien tuvo la idea de venir aquí? ¿No fui yo quien quería esta finca, con todo el trabajo duro y la sensación de fracaso que ha traído consigo? Si alguien tiene la culpa soy yo, por haber hecho tan poco para colaborar.

Jack seguía mirándose las manos.

—¿No lo ves? Esto tenía que ser de los dos, tanto los éxitos como los fracasos —prosiguió Mabel, y mientras hablaba abrió los brazos como si quisiera abarcarlo todo, las gallinas muertas, las plumas mojadas.

—¿Todo esto? —preguntó él, sin poder evitar sonreír.

—Sí, todo esto. —Ella también sonrió entonces—. Todas y cada una de estas malditas plumas. Tuyo y mío.

Jack la besó en la punta de la nariz y luego se colocó una pluma de ave detrás de la oreja.

—En ese caso, acabemos ya.

Cuando hubieron terminado con la última gallina, intentaron barrer las plumas de la cabaña pero la tarea resultó tan imposible que provocó en ambos un ataque de risa, hasta que Mabel se rindió y se dejó caer en una silla de la cocina, con las piernas estiradas. Jack se secó el sudor de la frente con el antebrazo.

—¿Quién habría dicho que preparar aves para comer daría tanto trabajo?

Mabel se abanicó con una mano. Jack asintió y luego llevó a las gallinas al establo, donde las colgó al lado de la carne de alce. Permanecerían congeladas durante el invierno, hasta que tuvieran ánimos para comerlas.

Cuando regresó, vio que Mabel había dejado una aparte.

—Antes bromeábamos, ¿no? Cuando dijimos que podríamos comernos una para cenar.

—No es para nosotros.

—Entonces ¿para qué?

Mabel se puso el abrigo y las botas.

—Me la llevo a un lugar del bosque.

—¿A qué lugar?

—Al mismo donde dejaste los regalos para la niña... y la muñeca.

Lo había sabido durante todo el tiempo.

—Pero... ¿una gallina muerta? —dijo él—. ¿Para la niña?

—No es para ella. Es para su zorro.

—¿Vas a alimentar a un zorro salvaje con una de nuestras gallinas?

—Necesito hacerlo.

—¿Por qué? —Jack levantó la voz—. ¿Qué sentido tiene eso, por el amor de Dios? ¿Apenas podemos comer nosotros, y ahora vas a dejar una ración de comida en el bosque?

—Quiero que ella sepa... —Mabel se puso seria, como si lo que iba a decir precisara hacer acopio de cierto valor—. Faina debe saber que la queremos.

—¿Y una gallina será la prueba?

—Ya te lo he dicho, es para su zorro.

Mientras Mabel sacaba el ave muerta en plena noche, Jack tuvo ganas de echarse a reír ante lo absurdo que era todo ello. En cambio, su mente evocó lo que había dicho Esther, sus palabras sobre la locura que asaltaba a la gente durante el oscuro invierno.

Al acercarse a la cabaña, Jack oyó un murmullo de voces femeninas y cuando cruzó la puerta cargado con un montón de leña encontró a Esther, con los pies indecorosamente apoyados sobre una silla frente al fuego. Llevaba unos pantalones de estilo marinero, con las perneras remetidas en unos calcetines altos a rayas rojas. El dedo gordo de un pie asomaba por un agujero, y cuando Jack llenó el horno de leña, Esther movió los dedos de los pies.

—Estaba diciéndole a Mabel que espero que mi chico no os esté dando demasiado la lata. Sé que viene a veros a menudo este invierno, y estoy segura de que no para de hablar —dijo Esther.

Mabel le tendió una taza de té y su invitada dio un ruidoso sorbo.

—No. No. —Jack intentó no mirar hacia el dedo desnudo—. Para nada. Si te digo la verdad, disfruto de su compañía. Podría aprender mucho de él.

—¡Ni se te ocurra decírselo! Se le subirá a la cabeza y no podremos aguantarlo. Ese chico sabe muchas cosas, pero no sabe la mitad de lo que cree saber.

—Bueno, supongo que es cosa de la edad.

—Te ha cobrado aprecio. Siempre te tiene en la boca. Jack dice esto, Jack dice lo otro...

Mabel sirvió una taza de té para Jack.

—Hay pan de calabacín. Lo ha traído Esther.

Las dos mujeres habían pasado el día compartiendo recetas e intercambiando retales, y sus risas se oían desde el patio. Jack se alegraba de que Mabel tuviera compañía.

Esther se levantó, se desperezó y cogió un trozo de pan del plato.

—También le estaba dando a tu mujer un buen consejo. Le he dicho a Mabel que debería salir más de la cabaña. Toda esa historia de niñas que corren entre los árboles... Lo próximo será organizar meriendas en el patio vestida solo con ropa interior y un sombrero floreado.

Esther dio un leve codazo a Mabel al tiempo que le guiñaba el ojo, pero ésta no sonrió.

—¡Vamos, mírate! Blanca como un espectro. No te estoy diciendo nada que no sepas. Estos cuentos sobre una niña no son más que tonterías.

—No estoy loca, Esther. —Mabel habló con voz seria y mirando a Jack a los ojos.

—Veo que te queda espíritu combativo, chiquilla. —Esther la abrazó por la cintura—. Te hará falta hasta el último soplo para sobrevivir aquí.

Jack pensó que Esther buscaría una excusa para irse, pero o bien no se percató del aire enojado de Mabel, o bien tenía más arrestos que nadie que él hubiera conocido. Volvió a dejarse caer en la silla y saboreó otro sorbo de té.

—Un té excelente. Realmente bueno —dijo—. ¿Os he hablado alguna vez del té de oso grizzly?

—No, al menos que yo recuerde —dijo Jack. Tenía intención de seguir trabajando durante un par de horas más, pero acercó una silla a las dos mujeres y cogió un trozo de pan de calabacín.

—Un tal Danny... ¿Jeffers, Jaspers? ¡Vaya por Dios, se me va la cabeza! En fin, ese Danny solía llevar encima un maloliente saco de arpillera lleno de... bueno, digamos que contenía las partes menos decorosas de los osos grizzly. Juraba que con eso podía prepararse un té que mejoraba tu vida amorosa.

Los ojos de Esther despedían un brillo travieso.

—Así pues, siempre sabías quién tenía problemas de cama: bastaba verlo hablando con el viejo Danny.

—¿Y se bebían eso? ¡Qué horror! —Mabel arrugó la nariz.

—Pues yo más bien pensaba en esos pobres osos —repuso Jack—. ¡Imaginad tener que aguantar eso!

Esther se rió a carcajadas y se llevó las manos a la barriga.

—Debería haber sido toda una escena, ver cómo derribaba a un oso.

—¿No querrás decir que...? —preguntó Mabel, asombrada.

Esther apenas podía hablar de la risa.

—No, no... Los osos no estaban vivos. Los mataba antes.

—¡Ah! —exclamó Mabel, y Jack no habría sabido decir si se sentía avergonzada o pensaba en los osos muertos.

—Supongo que a lo largo de los años habréis tenido por aquí un buen desfile de personajes —comentó él.

—No lo dudes. Este sitio atrae a los chiflados como moscas. ¡Solo tengo que decirte que nosotros nos contamos entre los cuerdos!

En ese momento Mabel sí que sonrió.

—¿Habéis oído hablar del tipo que pintó la cabaña de un naranja brillante? —preguntó Esther.

—No, basta... —Mabel se reía y meneaba la cabeza—. No te creo. Te lo estás inventando.

Esther alzó la mano derecha con gesto solemne.

—Juro que es verdad. Naranja como una fruta fresca. Dijo que le animaría durante los negros inviernos. Su casa estaba justo al otro lado de las vías. A mí no me disgustaba, pero todos los hombres de la ciudad le estuvieron tomando el pelo sin descanso.

—¿Y funcionó? —preguntó Jack.

—La verdad es que no. Ese invierno el pobre hombre se quemó dentro de su cabaña, todo quedó reducido a escombros. Siempre me pregunté... Él se quejaba del frío más que ningún otro hombre que haya conocido. Qué estaba haciendo alguien como él en Alaska es algo que escapa a mi comprensión. Todos dijeron que el incendio había sido un accidente, y que la pintura de las paredes avivó las llamas, pero quizá solo estaba harto de tener frío. Y quiso partir envuelto en calor, como el viejo Sam McGee.

—¿Sam qué más? —preguntó Mabel—. ¿Vivía por aquí?

—¡Sam qué más! ¿Y tu padre era profesor de literatura? —Esther se puso a recitar un poema escrito por un poeta de Yukon llamado Robert Service que hablaba de todas las cosas raras que se hacen bajo el sol de medianoche.

Oscurecía, y Mabel invitó a Esther a que se quedara a cenar, pero ella rechazó la propuesta aduciendo que debía volver a casa a cocinar para esa tropa de hombres. En cuanto se hubo puesto el abrigo y las botas, ya lista para salir, dio otro abrazo a Mabel.

—¡Maldita sea! Te has convertido en mi mejor amiga —dijo Esther—. Cuidate, ¿de acuerdo?

—Lo haré —dijo Mabel—. Me he alegrado mucho de verte.

Jack siguió a Esther hasta el patio y se ofreció a atar el caballo a la carreta.

—Ya lo hago yo, Jack —dijo ella. Se inclinó hacia él y volvió la vista hacia la cabaña—. Pero ella me preocupa. Le noto cierta tristeza, como la que afectaba a mi madre. Vigílala, Jack.

* * *

Jack esperaba encontrar a Mabel silenciosa y taciturna, pero en su lugar la halló tarareando en la cocina.

—¿Os lo habéis pasado bien?

—Sí. Nunca había conocido a alguien como ella. Es una caja de sorpresas. Disfruto de su compañía.

Mabel echó agua en la jarra y siguió hablando sin mirarlo.

—¿Por qué no acudiste en mi ayuda antes? Podrías haberle dicho que también habías visto a la niña, ¿no?

Así que era él, y no Esther, quien la había hecho enfadar.

—Me asombra, Jack. La niña es real. La has visto con tus propios ojos, te has sentado con ella a esta misma mesa. Y sin embargo ni una sola vez has admitido su existencia delante de los Benson.

—No lo sé —dijo él—. Quizá no soy tan valiente como tú.

—Me estás tomando el pelo.

—No. Tú eres distinta. Fiel a ti misma, aunque eso implique que la gente te tache de loca. Pero yo... bueno, yo solo...

—Tú prefieres no decir ni una palabra. —Pero su tono denotaba más sorpresa que enfado. Ella sacó unas patatas del saco.

—¿Crees que debería comprarme unos pantalones de lana como esos de Esther? —preguntó a su marido.

—Solo si también llevas esos calcetines con agujeros.

—¿No me digas que no parecían calientes y prácticos?

—¿Los calcetines? —bromeó él.

—No. No. Eso ya es harina de otro costal.

Mientras ella empezaba a pelar las patatas, él se puso a su espalda y acarició los mechones de cabello que se le escapaban de las horquillas y se le rizaban en la nuca. Luego la abrazó por la cintura y la atrajo hacia sí. Tras todos esos años, seguía fascinado por el olor de su piel, a jabón dulce y aire fresco. Le susurró al oído:

—Baila conmigo.

—¿Qué?

—Acabo de invitarte a bailar.

—¿Bailar? ¿Aquí, en la cabaña? ¿Quién es el loco ahora?

—Por favor.

—Si no hay música.

—Seguro que recordamos alguna melodía. —Y empezó a tararear «A la sombra del viejo manzano»—. ¿Ves? —añadió luego, y le dio la vuelta para mirarla a los ojos, tenía una mano aún apoyada en su cintura y la otra entrelazada con la de Mabel.

Tarareó más fuerte y la hizo girar sobre el suelo de madera.

—Mmm... con todo mi corazón, te esperaré...

—... a la sombra del viejo manzano.

Ella le besó en la mejilla y él acarició su espalda.

—Ah, se me ha ocurrido otra —dijo ella—. Espera... —Y empezó a tararear en voz baja. Al principio Jack no la reconoció, pero luego, al recordarla, se puso a cantar.

—Cuando mis cabellos se hayan vuelto grises —dio un giro alrededor de la mesa de la cocina—, ¿me besarás ese día y me dirás que me amas en diciembre igual que me amaste en mayo?

Se hallaban detrás del horno de leña y Mabel le besó con sus labios dulces, abiertos. Jack la atrajo hacia sí, uniendo sus cuerpos, y la besó en la cara y en el cuello, y, cuando ella dejó caer la cabeza sobre su hombro, en el final del cuello. Luego la cogió en brazos.

—¡Por el amor de Dios...! Te partirás la espalda —balbuceó Mabel entre risas—. Somos demasiado viejos para esto.

—¿Ah, sí? —repuso él.

Frotó la barba contra su mejilla. Ella dio un chillido sin dejar de reírse y él la llevó hasta el dormitorio, aunque aún no habían cenado.

Los arándanos eran rubíes diminutos sobre la nieve blanca y no pasaban inadvertidos bajo la atenta mirada de Mabel. Había creído que no serían comestibles, pero Esther le dijo que en realidad eran más dulces una vez helados, y por tanto perfectos para salsas y compotas. A finales de febrero, las temperaturas habían subido un poco, hasta los cero grados. El cielo era azul, el aire sereno y resultaba extremadamente agradable salir a pasear. Mabel avanzó por la profunda capa de nieve que rodeaba la cabaña llevando consigo la cestita que Faina les había regalado. Los arándanos eran pequeños y se esparcían por las flacas ramas desnudas, pero Mabel fue llenando la cesta poco a poco. Quería preparar una salsa sabrosa a base de arándanos, las cebollas de Esther y algunas especias. Tal vez así lograría disfrazar el sabor de la carne de alce, su único alimento desde hacía semanas. Mabel sonreía para sus adentros, pensando en lo cierto que es que la necesidad es la madre de los inventos, cuando, al alzar la cabeza, vio a la niña y al zorro.

Faina siempre conseguía sobresaltar a Mabel. No era solo la forma en que aparecía de improviso, sino también su porte. Estaba quieta, con los brazos a los lados, una silueta azul y blanca de lacios cabellos, con su abrigo de lana, mitones, bufanda y gorro. El sombrero marrón se veía cubierto de nieve, al igual que sus pestañas. Su expresión denotaba una atención serena, como si llevara esperando minutos, o incluso años, y supiera que era solo cuestión de tiempo que Mabel apareciera en esa zona del bosque.

Mabel no habría podido decir qué edad tenía la niña. Daba la impresión de ser a la vez una recién nacida y vieja como las montañas, con los ojos animados por pensamientos callados y la cara impenetrable. Allí, en la arboleda, con esa niña, todo parecía posible.

El zorro resultaba igualmente asombroso. Tumbado junto a Faina, con el sedoso rabo doblado sobre sus patas y las orejas en alerta. Sus ojos de depredador y su fina boca negra insinuaban miles de muertes pequeñas, y Mabel no conseguía olvidar el morro manchado de sangre.

¿Es amigo tuyo?, preguntó a la niña.

Faina se encogió de hombros.

Cazamos juntos, dijo.

¿Quién mata a la presa?, preguntó Mabel.

Los dos.

¿Le acaricias alguna vez?

La niña meneó la cabeza.

Lo hice una vez, dijo. Cuando era un cachorro, comía trozos de carne de mis manos y nunca me mordió. Por las noches dormía a mi lado alguna vez. Pero ahora es demasiado salvaje. Corremos y cazamos juntos, pero nada más.

Como si quisiera demostrar la verdad de su afirmación, Faina extendió la mano hacia el zorro. Rápidamente, este retrocedió y, metiéndose entre las patas de la niña, se perdió entre los árboles. La niña le observaba, y Mabel creyó ver en su cara una expresión de asombro y de añoranza.

¿Has cogido muchos arándanos?, preguntó Faina, volviéndose hacia ella.

Unos cuantos, dijo Mabel. No tantos como debería. Pero hace un día precioso. No me importa haberle dedicado la mayor parte de la mañana.

La niña asintió y señaló hacia un grupo de abetos.

Tienes más ahí mismo, le dijo.

Gracias. ¿Me acompañas?

Pero la niña ya había salido corriendo en dirección a la cabaña. Se movió entre los árboles y subió por un montículo de nieve. Mabel volvía a estar sola en el bosque. La luz del sol centelleaba sobre la nieve y oía el viento, soplando desde el glaciar, pero a su alrededor reinaba el silencio, tanto silencio que Mabel se preguntó si había estado sola todo el rato. Luego se encaminó hacia los abetos.

* * *

Tardó un poco en identificar el sonido. Mabel tenía la cesta rebosante de arándanos rojos, cogidos del lugar que le había indicado Faina. Volvió a ponerse los guantes y agarró la cesta con cuidado para no perder ni un solo arándano. Cuando se acercaba a la cabaña, creyó oír gritos. O quizá alguien cantando. Luego, cuando salió de la arboleda y arribó al patio, el sonido le llegó con absoluta claridad: eran risas.

Jack y la niña estaban de pie, uno al lado del otro, con los brazos extendidos y las manos casi rozándose. Y entonces, sin previo aviso, ambos se lanzaron de espaldas sobre la nieve.

Ven a ver. Ven a ver, gritó la niña dirigiéndose a Mabel.

¿Jack? ¿Faina? ¿Qué diablos estáis...?

Somos ángeles de nieve, exclamó Jack y la niña se rió.

Mabel fue hacia ellos con la cesta en la mano y los vio, tumbados en la nieve. Jack se había hundido casi treinta centímetros y movía brazos y piernas como si estuviera ahogándose. Sonreía, y Mabel vio que tanto el bigote como la barba estaban recubiertos de nieve.

A su lado, la niña estaba tendida sobre la nieve, sonriente, mirando al cielo con sus enormes ojos azules.

Entonces Mabel vio que estaban rodeados por ángeles de nieve: la huella del gran corpachón de Jack y otra, más pequeña y menos profunda, que correspondía a Faina. Había al menos una docena diseminados por todo el patio, de dos en dos, brillando al sol. Mabel nunca había visto nada tan bello, y caminó entre esas marcas.

Jack consiguió incorporarse. Luego tendió las manos hacia Faina.

Mira, gritó la niña.

Jack ayudó a Faina a levantarse. Los dos se reían a carcajadas.

Lo que Mabel vio a sus pies, grabado en la nieve, la dejó sin aliento. El ángel era tan delicado, sus alas tan perfectas, que recordaba a la huella que deja en la nieve un pájaro que emprende el vuelo.

¿A que es fantástico?, preguntó Jack.

No lo entiendo. ¿Cómo...?

¿No recuerdas haberlo hecho cuando eras niña?, dijo Jack. Solo tienes que mover los brazos y las piernas. Ven, inténtalo.

Mabel vaciló, aferrada a la cesta de arándanos.

Por favor. Vamos..., pidió la niña.

Jack cogió la cesta y se la entregó a Faina.

No sé. Con la falda larga y todo...

Pero él la cogió por los hombros y, antes de que ella pudiera adivinar sus intenciones, le dio un suave empujón. Ella pensó que se haría daño, pero la nieve en polvo era como un edredón blando que amortiguó su caída y sofocó cualquier ruido. Desde el suelo vio que Jack y la niña le sonreían, y más allá de sus caras, un cielo reluciente. Vista de cerca, su cara quedaba enmarcada por pequeños cristales de nieve.

Vamos, le instó Jack. Tienes que mover los brazos para hacer las alas.

Mabel subió los brazos, notando la superficie nevada, y a continuación volvió a bajarlos. Después hizo lo mismo con las piernas.

¿Ya está?, preguntó.

Jack le tendió la mano, los mitones de ella se agarraron a sus guantes de trabajo; él soltó un gruñido mientras la ayudaba a incorporarse.

Oh, mira. Mira, gritó la niña. ¿No es perfecto?

Mabel contempló su propio ángel de nieve. Como el de Jack, estaba hundido en la nieve y sus alas no parecían de plumas. Pero tuvo que admitir que era precioso.

El tuyo es el más bonito de todos, dijo Faina. Echó los brazos alrededor de la cintura de Mabel para abrazarla con fuerza, y la mujer creyó que iba a caerse de nuevo, entre risas, sobre aquel lecho de nieve en polvo.

* * *

Los ángeles de nieve siguieron en el patio, a pesar de que la niña estuvo yendo y viniendo del bosque, y Mabel no podía evitar una sonrisa al verlos. No era solo su presencia mágica, extendiéndose del establo a la cabaña y de ésta al montón de leña. Era también el recuerdo de Jack cayendo de espaldas hacia la nieve como un chiquillo y de Faina riéndose a su lado.

Y luego, el recuerdo de los brazos de Faina, la forma en que la había abrazado, como una hija abraza a su madre. Alegre. Espontánea. Lo más hermoso de todo. Lo más hermoso.

Mabel se apartó de la ventana y se encaminó al horno de leña. Espera a que Esther lo vea, pensó. Si ya antes nos creía medio locos, en cuanto se entere de que nos dedicamos a hacer ángeles de nieve por el patio hará que nos encierren. Removió los arándanos, que hervían sobre el fuego. El fuerte aroma a almizcle invadía la cabaña y, Mabel se dio cuenta entonces, evocaba el olor que impregnaba la casa de los Benson el día que fue a visitarlos por primera vez. Miró hacia la ventana de reojo. ¡Qué encantadoramente absurdos eran esos ángeles de nieve! Y entonces se dijo que, entre ellos, estaban los que había trazado Faina. Ángeles delicados de alas plumosas. Nadie podía negar su existencia.

Cuando Esther los vea, sabrá que es verdad, que la niña es real, pensó. ¿Cómo iban a hacer ella y Jack una docena de ángeles que tuvieran la forma y el tamaño de una niña?

Si al principio la niña había supuesto una fuente de bromas amables por parte de Esther, a medida que avanzaba el invierno su vecina se había vuelto más comprensiva y cauta en sus dudas. Le preguntaba si tomaba el aire, si dormía demasiado. La animaba a visitarla y cuando Mabel dijo que no se sentía cómoda llevando la carreta sola, Esther empezó a dejarse caer por su casa regularmente.

No había ninguna garantía de que Esther apareciera en los próximos días, pero solía pasarse cada pocas semanas, en función del tiempo, y a menudo lo hacía los domingos por la tarde. Ya habían transcurrido dos semanas desde la última vez y faltaban solo unos días para el domingo. Si no nevaba, Esther vería por fin una prueba irrefutable de la existencia de la niña del bosque y Mabel podría rehabilitarse a sus ojos.

La incredulidad de Esther no era nada nuevo para Mabel. Le recordaba a sus años de infancia, cuando buscaba hadas y brujas ante las bromas de sus hermanos mayores. Tiene la cabeza llena de pájaros, le había dicho una maestra a su padre. Le deja leer demasiados cuentos.

Una vez, Mabel estuvo segura de haber atrapado a un hada. Con ocho años, construyó una caja a base de ramas y la colgó en un hueco del roble que crecía en su patio trasero. En mitad de la noche se puso a espiar desde la ventana de su cuarto y la vio meciéndose a la luz de la luna. Cuando abrió la ventana oyó un gorjeo agudo, parecido al que imaginaba que haría un hada que hubiera caído en su trampa.

Ada, Ada, dijo, despertando a su hermana. He cazado un hada. Ven a verlo. Ahora verás que sí existen.

Y Ada se levantó, con los ojos legañosos y a regañadientes; juntas se dirigieron, descalzas y en camisón, hacia el roble, pero cuando Mabel bajó la caja de la rama y miró en su interior, lo que vio no era un hada sino un pajarillo cautivo, temblando de miedo. Abrió la portezuela pero el pájaro se resistía a emprender el vuelo. Ada sacudió la caja, y cuando el pájaro cayó al suelo, Mabel vio que estaba herido y antes de que pudiera hacerle un nido dentro de casa, el animalito había muerto.

El recuerdo la hizo sentir mal. Envueltos en él estaban la vergüenza y la humillación, además de la tremenda sensación de culpa por haber causado la muerte del pájaro. Pero en el fondo yacía la auténtica emoción: una decepción enojosa. Si no podía convencer a nadie más, ¿cómo podía seguir creyendo?

* * *

Los días siguientes fueron tranquilos y soleados. Mabel observaba los ángeles de nieve, que no desaparecieron. Centelleaban aún más bajo el cielo azul a medida que los días se alargaban. Ella temía que el calor del sol los fundiera, pero el aire seguía frío y la nieve esponjosa y seca.

No fue hasta el domingo por la mañana cuando el viento del glaciar empezó a soplar. Mabel lo oía susurrar desde la orilla del río, y lo veía agitar las copas de los árboles, haciendo que la nieve se desplomara hacia el suelo. Por favor, pensó Mabel, ven pronto. Así lo verás y sabrás que la niña es real.

Esa tarde Mabel no oyó el trote del caballo al entrar en el patio. El viento soplabá con demasiada fuerza. No supo que había llegado Esther hasta que la puerta se abrió de golpe y ésta entró a toda prisa en la cabaña.

—¡Mira lo que ha traído el viento! —dijo Esther. Se rió a carcajadas y cerró de un portazo.

—¡Esther! Has venido... y con este tiempo.

—No se puso tan mal hasta que estaba a mitad de camino, y para entonces me dije que ya daba lo mismo avanzar que retroceder.

—Me alegro mucho. Espera. No te quites el abrigo. Quiero mostrarte algo.

Mabel se puso una bufanda alrededor de la cara y se encasquetó un sombrero de lana.

Dado su talante aventurero, Esther nunca decía que no ni preguntaba por qué. Dio media vuelta y siguió a Mabel hacia el exterior, a esa tarde desapacible. Aunque aún brillaba el sol y el cielo estaba despejado, el viento levantaba la nieve del suelo y la hacía girar en el aire. Avanzaron a trompicones, casi a ciegas, por el patio.

—Aquí —gritó Mabel.

—¿Qué hay?

No podían oírse debido al viento, así que Mabel le hizo señas para que la siguiera y ambas se encaminaron hacia el establo. Tal vez los ángeles hubieran quedado a cubierto en la parte lateral. Sin embargo, cuando llegaron, apenas había un leve indicio de aquellos ángeles, solo unas cuantas marcas informes sobre la nieve.

—¿Lo ves? —gritó Mabel, enfrentándose al viento.

Esther meneó la cabeza, luego arqueó las cejas y levantó las manos en señal de pregunta.

El viento menguó un poco, aunque aún se oía su zumbido a lo lejos.

—¿Ves algo ahí? —Mabel señaló hacia el lugar donde habían estado los ángeles de nieve.

—No, Mabel. Lo único que veo es nieve. ¿Qué se supone que debería ver?

—Solo... Estaban aquí.

—¿Qué es lo que estaba aquí? —Esther hablaba en voz baja, en tono preocupado.

Mabel se obligó a sonreír.

—Nada. No había nada. —Cogió a Esther del brazo—. Vamos, regresemos a casa antes de que el viento empiece a soplar de nuevo. Quiero que pruebes mi salsa de arándanos.

Jack había despejado el sendero con la pala y estaba cortando leña cuando Garrett entró en el patio, a caballo, con un zorro muerto atravesado en la parte delantera de la silla. Parado junto a la leña, lo vio llegar.

Garrett montaba a caballo con soltura, con la cabeza baja y los hombros siguiendo el ritmo del animal y los altibajos del terreno. Cuando levantó la cabeza y vio a Jack, su juventud se hizo patente: se irguió en la silla, sonriente, le saludó con la mano y luego señaló al zorro muerto que llevaba sobre su regazo.

—¿Qué has traído hoy?

—¿No es una preciosidad? —dijo Garrett mientras desmontaba. Cogió el zorro por el pescuezo y levantó su cabeza inerte—. Un zorro plateado.

Jack dejó el hacha y fue hacia el caballo. Las orejas y el morro del zorro eran tan puros como si estuvieran hechos de seda negra, pero a lo largo de la espalda y por los lados su pelo era de un gélido color plateado.

—¿Está helado?

—No, señor —dijo Garrett—. Son así de nacimiento, de este color.

—Desde luego es un ejemplar magnífico. ¿Cazas muchos de estos?

—Es el primero. No son nada habituales —explicó Garrett—. La mayoría son rojos o cruzados. ¿Ha visto a alguno de los cruzados? Son una mezcla de rojo y negro, y presentan una cruz negra en el lomo.

Jack regresó a la pila de leña y se sentó en el bloque que usaba como apoyo.

—¿Y de los rojos? ¿Has cazado alguno de esos últimamente?

—Hace un mes saqué un ejemplar cruzado de un cepo. Otro se me escapó por los pelos en una de las trampas. No sé de qué color era ese, claro. —Garrett se rió de su propio chiste.

—Ya lo supongo. ¿Qué piensas hacer con este?

—Pues había pensado en hacer un forro para la parka de mamá. Pero no se lo diga, me gustaría que fuera una sorpresa.

—Será un buen regalo.

- El año pasado le hice unos guantes de piel de lince. Betty, ya sabe, la del hotel, es capaz de coser cualquier cosa si le das unas pieles por el trabajo. Gorros, guantes... Se le da muy bien. Me gustaría tener un forro de glotón,

^[1]

si alguna vez pilló uno.

Jack se disponía a seguir cortando leña, pero vio que el chico tenía ganas de hablar. Mientras él ponía otro tronco de abeto en la base, Garrett recogió las astillas y le habló de las huellas que había visto ese día: varios conejos, un puercoespín, algunos lince y un lobo solitario que iba río arriba.

—¿Es raro ver huellas de un solo lobo?

—Debía de ser un glotón, expulsado de la manada, que iba por su cuenta. Puse algunos cepos en torno a un trozo de carne de alce. Espero pillarlo.

Jack partió el tronco de abeto de un hachazo y el suelo se llenó de una lluvia de astillas.

—Te gusta esa vida, ¿verdad? —le dijo, y cogió otro tronco—. Cazar animales salvajes.

El chico se encogió de hombros.

—Es mejor que ensuciarse las manos en la granja —dijo Garrett—. No se ofenda.

—Bueno, no es que yo esté encantado con mi vida a todas horas. Pero es una forma de ganarse la vida. La caza, sin embargo... es un trabajo duro. Y bastante solitario, también.

—A mí me gusta. Ascender río arriba. Solo, con el viento y la nieve. Me gusta observar las huellas, ver las idas y venidas de los animales. Cuando sea mayor me construiré una cabaña en la parte alta del río. Me compraré unos cuantos perros. Ya los tendría si mamá me dejara, pero no soporta los ladridos y los aullidos, y dice que cualquier día nos comerían a todos en nuestra propia casa. Pero en cuanto deje la finca, me haré con una jauría y subiré hasta el glaciar.

—¿No te quedarás en la granja?

—No. Que se la queden mis hermanos.

Jack simpatizaba con el chico. No era fácil probar el valor de uno cuando tenías dos hermanos mayores. Había visto cómo los otros dos se metían con Garrett, le daban órdenes y le tomaban el pelo. No era de extrañar que prefiriera el bosque. Allí estaba a su aire.

—Parece que se te da bien. Tu padre no para de alardear de ti.

El chico se encogió de hombros y clavó la puntera de la bota en la nieve, pero Jack intuyó que el comentario le había complacido.

—Debo ir tirando antes de que se haga demasiado tarde —dijo Garrett—. ¿Cree que a su esposa le gustaría ver el zorro antes de que me vaya?

—En otra ocasión —repuso Jack.

Garrett asintió, se subió a la silla y partió hacia su casa.

* * *

—¿Qué te mostraba Garrett hace un rato? —preguntó Mabel cuando Jack entró a cenar. Ella estaba poniendo la mesa.

—Un zorro.

Mabel se paró en seco.

—¿Un zorro?

—Sé lo que estás pensando, pero no era el de Faina. Este era plateado. Totalmente distinto al zorro rojo con el que corretea ella.

Debería haber sido el final de la conversación, pero no lo fue. Ella no dejó el tema durante toda la cena.

—¿Tiene que cazar zorros? ¿Intenta cazar alguno rojo también?

—Se dedica a eso, Mabel. No puede escoger el color.

Hubo un momento de silencio.

—Pero podría acabar cazando al de Faina, ¿no? Podría matar a su zorro.

—Yo que tú no me preocuparía. El de la niña parece un zorro listo. No se dejará atrapar en uno de los cepos de Garrett.

—¿Y si no es así? ¿No podemos decirle que lo deje?

—¿Que deje de cazar? No creo que tengamos esa clase de autoridad sobre él. Y Garrett no es el único. Muchos cazadores se mueven por los alrededores del río.

Pero Mabel pareció disgustada por ese comentario. Apenas probó la cena, y se paseó frente a la librería durante un buen rato antes de sacar una carta de uno de los libros. Jack suspiró aliviado cuando por fin su esposa se sentó frente al fuego y se puso a leer.

Empezó una vigilancia enfermiza, retorcida. Mabel observaba al chico, pero eran la niña y su zorro los que ocupaban sus pensamientos. Cualquier ruido que pudiera asociarse con los cascos de un caballo en la nieve llevaba a Mabel a la ventana, y sus ojos escrutaban los árboles. A veces incluso caminaba hasta el río para echar un vistazo a la superficie helada.

Si Garrett se presentaba en su casa con un zorro rojo muerto, perderían a Faina. Así lo decía la historia. Mabel había releído la carta de su hermana hasta que la hoja de papel estuvo casi a punto de romperse en pedazos. Allí estaba, escrito con la elegante y hermosa letra de Ada: matan al zorro, el mismo que sacó a la niña del bosque y la llevó sana y salva hasta la puerta de la cabaña. La niña dudaba de su amor. Abandonaba las botas y los mitones. La nieve se fundía. Otro niño desaparecía de sus vidas.

La mera idea le resultaba insoportable. Se tensaba, como si así, en sus costillas, pudiera contener todas las posibilidades, cualquier evento futuro, cualquier muerte. Quizá consiguiera evitarlo. Tal vez pudiera llegar a saber lo que pasaría. Tal vez, si lo deseaba con la suficiente fuerza, podría hacer algo al respecto. Si al menos pudiera creer...

En la anterior ocasión, cuando llevaba una vida en su interior, no había podido. En algún rincón recóndito de su corazón sabía que había sido culpa suya. Durante el embarazo se había preguntado si estaba hecha para ser madre. ¿Soy capaz de dar tanto amor? Y por eso el bebé había muerto dentro de ella. Si no hubiera dudado, habría tenido un bebé sano y vivo, listo para mamar de sus pechos.

Esta vez no dejaría que el amor flaqueara, ni siquiera durante un momento. Vigilaría, desearía. Por favor, niña. Por favor. No nos dejes, por favor.

Pero entonces acudía a su mente la imagen de Faina corriendo entre los árboles, con el zorro salvaje siguiéndola, y la de Garrett con sus trampas y cepos de acero, y se preguntaba si había forma de parar lo inevitable. ¿No era lo que había sugerido Ada? Elegir un final propio, escoger la felicidad sobre la tristeza. ¿O acaso el mundo cruel solo da y quita, da y quita, mientras nosotros solo nos movemos a su voluntad?

En cualquier caso, Mabel no podía contenerse. Paseaba, vigilaba, envarada. Agobiaba a Jack con un sinfín de preguntas. ¿Cuánto tiempo seguiría cazando el chico? ¿Adónde iba? ¿Qué había atrapado ese día? Cuando Garrett pasaba a caballo ante la ventana de la cabaña y la saludaba alegremente, con un lobo muerto atado a la parte trasera de la silla, Mabel contenía la respiración. Y cuando Faina aparecía a su puerta al día siguiente, soltaba ese aire para preguntar: ¿cómo está el zorro? Y la niña decía: está bien.

* * *

Por fin, cuando llegó el mes de marzo y Jack dijo que el chico pronto retiraría las trampas, Mabel empezó a respirar más tranquila. Aparecieron las primeras señales esporádicas de la primavera: nieve que se fundía un día, pero que volvía, acompañada de lluvia, al siguiente. En el patio la nieve quedó reducida a simples manchas, pero en el bosque seguía siendo profunda. Todas las mañanas se formaba hielo en los charcos, y el goteo se congelaba, dando lugar a largas estalactitas.

Cuando Garrett pasó frente a la cabaña de camino a su casa, Mabel le invitó a entrar y le ofreció una bebida caliente y un trozo de pan.

—Dime, ¿cuántos zorros has cazado? —preguntó de pasada, como si fuera simple curiosidad y no desesperación lo que motivaba el interés. Le cortó unas rebanadas de pan y se las sirvió en un plato.

—Ninguno —dijo él—. El plateado fue el último. Pero cacé un lobo. Y un par de linceos y coyotes. El chico se comportaba con torpeza en la mesa. Primero dejó los brazos a un lado y luego apoyó los codos sobre la superficie de madera. Movi6 las piernas, inquieto, y cogió un trozo de pan.

—¿Hasta cuándo dejarás las trampas? —preguntó Mabel al tiempo que le servía una taza de té y se quedaba detrás de su silla.

—El hielo del río se está ablandando —dijo él mientras masticaba—. En unos cuantos días quitaré las trampas y hasta el año que viene.

Mabel le rodeó los hombros con su brazo.

—Nos tienes preocupados —dijo. Se quedó quieta, avergonzada de su impulso, y se puso bien el vestido—. Jack y yo no querríamos que anduvieras cerca del río si no es seguro. Y te ha ido bien este año, ¿no?

Él parecía algo abrumado por esa muestra de afecto, pero sonrió igualmente.

—Sí, sacaré un poco de dinero de las pieles.

—Eso está bien —dijo ella antes de meterse en la cocina.

* * *

Poco antes de mediodía, Mabel dormitaba frente al fuego con un libro abierto sobre su regazo. Durante la mayor parte del invierno no se había permitido dormir de día, aunque fuera para demostrar que no tenía el menor síntoma de la llamada fiebre de la cabaña. Pero la noche anterior había dormido mal, acosada por las pesadillas. Entonces, atontada por la suave luz del día y el calor del fuego, no había podido evitar quedarse dormida.

Despertó al notar una manita fría encima de la suya. Al abrir los ojos se encontró a Faina.

Tengo algo, dijo la niña, cogiendo a Mabel de la mano.

Me has asustado, niña.

Date prisa, por favor.

¿Quieres que dibuje algo?

La niña asintió y siguió tirando de ella.

¿Dónde?

Faina señaló hacia la ventana.

¿Fuera? De acuerdo, de acuerdo. Deja que me ponga las botas y el abrigo.

¿Coges los lápices?

Sí, sí. Y el bloc de dibujo.

Cuando Mabel abrió la puerta, la nevada la sorprendió. La primera semana de abril y la nieve no cesaba.

Faina cogió a Mabel de la mano y juntas cruzaron el patio. A pesar de la nieve, olía a primavera, a tierra húmeda y a deshielo, a hojas secas y nuevas, a raíces y madera. Mabel se percató de que estaban juntas, ella y la niña, cogidas de la mano, y de que Faina era tan ligera, fresca, y el corazón de Mabel era como un agujero en su pecho que se llenaba de agua dulce y helada.

¿Lo dibujarás?, dijo Faina en voz baja.

¿La nieve? No sabría cómo hacerlo.

Faina soltó a Mabel y levantó la palma de la mano hacia el cielo, el guante le colgaba de la muñeca gracias a un cordón azul. Un copo de nieve se posó en su piel. Faina se volvió para enseñárselo a Mabel.

¿Puedes dibujarlo ahora?

El copo de nieve no era más grande que el botón de una falda. Tenía seis puntas, parecidas a las de los helechos, y un corazón hexagonal; sobre la mano de la niña era como un hada diminuta que se resistía a fundirse.

Fue como si el tiempo se detuviera, y Mabel no pudiera respirar ni sentir su propio pulso. Lo que estaba viendo era imposible, y sin embargo ahí estaba. En la mano de la niña. Un copo de nieve, luminoso y translúcido. Un milagro de bordes afilados.

Por favor, dibújalo...

Los ojos azules de la niña estaban muy abiertos, rodeados de escarcha.

¿Qué otra cosa podía hacer? Mabel abrió el bloc de dibujo con torpeza. Cogió el lápiz y se puso a la tarea. Faina permanecía inmóvil, con el copo de nieve entero en la mano.

Quizá deberíamos entrar en casa y sentarnos para hacerlo, dijo Mabel, pero enseguida se dio cuenta de su error. La niña sonrió y meneó la cabeza.

No, no. Creo que no podríamos hacerlo dentro, con el calor...

El dibujo era muy pequeño, y Mabel vio que sería imposible plasmar cada línea, cada hueco. Ojalá tuviera una lupa, se dijo antes de empezar de nuevo.

Nunca se me han dado bien los dibujos geométricos, dijo, más para sí misma que para la niña. Soy demasiado impaciente. Demasiado imprecisa.

Volvió a comenzar, esa vez con trazos más amplios, llenando la página con esa única forma geométrica. Apoyó el cuaderno en una mano y dibujó con la otra, ligeramente inclinada para verlo más de cerca. Pero su aliento... eso solo podía reducir el copo de nieve a una gota de agua. Se apartó un poco, para no exhalar el aire sobre él.

La nieve empezó a caer, mojando el papel. Mabel trabajaba más deprisa, entre suspiros de frustración. Ojalá fuera una artista mejor.

Es perfecto, susurró Faina. Sabía que lo sería.

Mabel miró el dibujo, luego el copo de nieve en la mano de la niña.

Siempre puedo redondear los detalles más tarde. ¿Te parece si lo dejamos por el momento?, preguntó.

Sí, dijo Faina.

La niña se acercó la mano a los labios y dio un soplo hacia el copo de nieve, que voló por el aire como un diente de león.

Oh, exclamó Mabel.

Sin saber por qué, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Faina la cogió de la mano otra vez, se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Los húmedos copos de nieve las rodeaban. El mundo estaba en silencio. La nieve parecía más pesada, más mojada, y el abrigo de Mabel se iba empapando.

Faina tiró de su manga. Mabel se inclinó hacia ella, segura de que iba a susurrarle algo al oído, pero en su lugar Faina posó sus fríos labios en la mejilla de Mabel y le dio un beso.

Adiós, dijo la niña.

Cuando Faina la soltó y corrió bajo una nieve que ya era lluvia, Mabel lo supo. Puso el bloc bajo su abrigo y se quedó parada hasta que el pelo le chorreaba, con el abrigo totalmente mojado y las botas embarradas. Permaneció inmóvil, con la vista puesta en el bosque, intentando ver a través de la lluvia. Pero, en el fondo, ya lo sabía.

El invierno había sido una absurda pérdida de tiempo. Había trasteado en el establo, reparado herramientas, desplumado gallinas, jugado en la nieve. Debería haber hecho más en los meses de frío para prepararse, pero ¿qué? No mentían al hablar de esa tierra los que decían que todo el trabajo se realizaba en unos pocos meses de actividad intensa. La única razón por la que el hombre podía cultivar algo allí era porque en el punto álgido del verano había veinte horas de sol al día, y las verduras crecían de un día para otro hasta alcanzar tamaños enormes. George afirmaba haber visto en uno de los campos un repollo de casi cuarenta y cinco kilos.

Pero habían llegado a mayo y Jack aún no podía plantar las semillas sin que el caballo casi se ahogara en el barro. En su lugar de origen las cosechas ya habrían estado en la tierra desde hacía un mes. Mientras esperaba a que se fundiera la nieve y se secara el terreno, oía el tictac del reloj, no solo el que marcaba los minutos de cada uno de los días, sino otro, que resonaba con más fuerza y descontaba los días que le quedaban de vida.

Esa temporada la finca tenía que autosostenerse. Jack confiaba en que varios granjeros habían tirado la toalla y abandonado sus fincas en un momento en que el mercado parecía estar abriéndose gracias a la expansión del ferrocarril. Lo invertiría todo en ese año. Plantaría patatas, y también zanahorias, lechuga y repollo, para vender las verduras a los campamentos mineros durante el verano.

Él y Mabel hablaban poco, pero cuando lo hacían tendían a discutir. Él comentó que necesitaba contratar a una cuadrilla de chicos de la ciudad para que le ayudara en la siembra, pero que no disponían de dinero para ello.

—Tendremos que buscar otra solución —repuso Mabel, mirándose las manos con aire ausente.

—¿Qué solución? ¿Puedes decírmela, por el amor de Dios? —Su voz revelaba enojo, frustración. Añadió, en un tono más amable—: Ya no soy joven. Me duele la espalda y apenas consigo cerrar el puño por las mañanas. Necesito ayuda.

—¿Y quién te dice que debes hacerlo solo? ¿Qué soy yo?

—¡Tú no eres un peón de granja, Mabel! Y no voy a permitirte que te conviertas en uno.

—Así que prefieres matarte a trabajar ahí afuera y dejarme aquí, para que los dos podamos sufrir solos.

—Nunca he querido eso. Pero la verdad es que somos solo tú y yo. Alguien tiene que ocuparse de la casa y alguien tiene que ganar el pan.

Una vez más la discusión parecía regresar a los hijos que no habían tenido. Una niña que ayudara a Mabel en las tareas del hogar; un niño que trabajara en los campos.

—¿Qué me dices del hotel? Quizá pueda empezar a hacer tartas para Betty otra vez.

—Creía que habíamos venido aquí a trabajar la tierra, no a hacer pasteles y tartas como si fuéramos gitanos. Esta es la verdad. Y si esta tierra tiene que ser nuestro sostén, deberá conseguirlo ya este año. Simplemente, no veo cómo podré lograrlo solo.

Jack salió de la casa, pero se abstuvo de dar un portazo.

* * *

Ya de niño, a Jack le encantaba el olor de la tierra cuando volvía a la vida después de que se fundiera la nieve. Pero esa primavera era distinta. Una especie de tristeza húmeda y mohosa, algo parecido a la soledad, había invadido la finca. Al principio Jack no identificó su origen. Tal vez fuera su propio talante. Quizá se debiera al tiempo primaveral, con sus cielos nublados y

lluvias heladas que se filtraban por los troncos de la cabaña. Incluso Mabel parecía poseída de una inquietud taciturna.

Entonces Jack contó los días: habían pasado casi tres semanas desde que vieron a la niña por última vez, el período de ausencia más prolongado desde que entró en sus vidas. Intentó concentrarse en la tarea de plantar las semillas que tenía entre manos, pero no lo consiguió.

No mencionaban nunca su nombre, su silla estaba vacía y Mabel ya había dejado de poner un plato para ella. Jack se preocupaba tanto por su esposa como por la niña. Mabel ya no la esperaba en la ventana, y en su lugar a menudo la encontraba contemplando un barreño lleno de agua sucia como si hubiera perdido la noción del tiempo. A veces Jack entraba en la cabaña y su mujer parecía no darse cuenta de ello hasta que él apoyaba una mano sobre su brazo.

Todo había sido tan distinto durante el invierno... Jack anhelaba que llegara el momento de cenar juntos, incluso cuando no estaba Faina. Entonces él y Mabel hablaban de sus planes para la finca, de sus planes de futuro. Jack no se dormía justo después de cenar sino que ayudaba a Mabel a recoger la mesa. La primera vez que él entró en la cocina y se puso a fregar los platos, ella había fingido desmayarse: se había llevado la mano a la frente y le había observado con los ojos medio cerrados hasta que él la besó en los labios. Se reían, bailaban, hacían el amor.

La niña se había llevado consigo la alegría.

Jack pasó ante el establo y se encaminó al campo nuevo. El lodo se le pegaba a las botas. Salió del sendero para caminar por la hierba húmeda del campo virgen. Unos diminutos brotes verdes empezaban a asomar en los abedules. Algo se movió en el bosque.

—¿Faina?

Otro movimiento, oscuro y raudo, pero demasiado oculto por los árboles para que él supiera de qué se trataba. Siguió un sendero que se alejaba del campo. Tres días antes había visto huellas de oso en el barro y heces en el sendero. No llevaba el rifle, pero no pensaba dar media vuelta.

Una semana de ausencia podía explicarse. Quizá hubiera ido a cazar. Pero tres semanas... eso ya era otra cosa. Una enfermedad, un alud de nieve en primavera, la capa de hielo del río resquebrajada. Jack repasaba todas las posibilidades mientras se internaba en el bosque.

La tierra aparecía desnuda, sin el blanco de la nieve ni el verde de la primavera. A sus pies, una manta de helechos se desplegaba y brotes nuevos intentaban atravesar las hojas muertas del año anterior. Fue subiendo tan rápido como le permitía su viejo corazón. Un rato después llegó hasta las caras de piedra del acantilado y se percató de que se había alejado de la ruta y había perdido de vista el riachuelo. Siguió entonces un sendero de caza que recorría la base de los acantilados, agachándose para pasar bajo los alisos, hasta que oyó el susurro del agua. Se guió por el sonido hasta el riachuelo, rebosante de nieve fundida. Era ensordecedor.

Subió en paralelo al riachuelo hasta ascender por un risco y ver la estampa familiar del bosque de abetos. Ahí estaba el tronco del abeto que él había talado y quemado. Alguien había señalado la tumba del hombre con un montón de piedras. Faina debía haberlas llevado hasta allí desde el lecho del río.

—¿Faina? ¿Faina? ¿Estás aquí? —El rugido del agua sofocaba su voz—. ¡Faina! Soy Jack... ¿Me oyes?

Recordó la puerta de la ladera de la montaña, por donde había visto desaparecer a la niña. Tuvo que observar la colina varias veces antes de encontrarla. Era como cualquier otra puerta de cabaña, hecha a base de tablones toscamente unidos, pero más baja, tanto que un adulto debía agacharse para poder entrar, y no se apoyaba en un marco sino más bien en una loma donde crecía la hierba. No vio huella alguna que entrara o saliera. Cuando llamó a la puerta con los nudillos, ésta se abrió hacia dentro en sus goznes de piel.

—¿Faina? Niña, ¿estás ahí?

Temía hallarla tumbada en la cama, enferma, en ayunas o algo peor. El interior no era tan oscuro como había imaginado. La luz del día entraba por algún orificio del techo.

—¿Faina?

No hubo respuesta. Sus ojos se habituaron a la penumbra. Las paredes que le rodeaban estaban hechas de troncos que habían sido cortados con un hacha. Sobre su cabeza había un techo de madera, con un agujero cuadrado no mayor que el conducto de un horno, que se abría al cielo. Justo debajo de la abertura se apreciaban los restos de un fuego, unos cuantos troncos chamuscados. La chimenea también era cuadrada, dispuesta sobre la tierra, pero rodeada de las placas de madera que formaban el suelo.

El constructor había excavado la ladera de la colina hasta conseguir ese cuarto, y luego había replantado la hierba en la parte superior. El efecto resultante era que la pequeña cabaña pareciera un montículo de hierba, una parte más de la ladera. Seguramente eso le proporcionaba un mayor aislamiento, sobre todo en invierno, cuando la montaña se llenaba de nieve, pero Jack tuvo la impresión de que la construcción no obedecía únicamente a cuestiones de índole práctica. Había algo opresivo en esa estructura. Quienquiera que viviera entre esas paredes disfrutaba de la oscuridad y del anonimato.

El aire era rancio, como el de una buhardilla abandonada, pero al caminar por la estancia fue notando olores más definidos: madera, carne y pescado secos, pieles curtidas y hierbas aromáticas. Sobre su cabeza, plantas secas colgaban en matojos desde el techo de madera. Cuando Jack se irguió del todo, su cabeza estaba a menos de treinta centímetros del techo.

La puerta se cerró con estruendo.

—¿Faina?

La abrió, pero no vio a nadie al otro lado.

Allí dentro, en ese sitio húmedo y solitario, sus temores por la niña crecieron. Recorrió el pequeño espacio. Si no la hubiera visto entrar por la puerta, nunca habría creído que una niña viviera allí. No había juguetes, ni el menor vestigio de ropa infantil. Quizá se había ido a alguna parte y se lo había llevado todo consigo; era imposible saber si hubo algo ahí en el pasado que ya no estuviera entonces. Dio un puntapié a los troncos chamuscados de la chimenea. Ni chispas ni humo. El fuego llevaba días apagado, semanas tal vez.

Había una cama hecha a base de troncos pelados. En lugar de mantas y sábanas, vio pieles curtidas, de caribú y otros animales. En un rincón se distinguía algo parecido a una cocina, con un poyo y unos estantes donde se amontonaban objetos varios; algunos tarros de judías y de harina, aunque bastante vacíos en general. De la pared opuesta salían unos ganchos de madera de donde colgaban zapatos, hachas, sierras, herramientas, aperos que pertenecían a un adulto, no a una niña. Las herramientas estaban sucias, y algunas empezaban a oxidarse. También había alguna prenda de ropa: una parka con forro de piel que habría sido demasiado grande incluso para Jack. La descolgó y en ese momento oyó una especie de tintineo. Al palpar los bolsillos encontró media docena de botellas vacías. Fue acercándolas una a una a su nariz. Algunas olían a orina de animal y a vísceras, otras a un potente licor. El agua de Peter, lo había llamado la niña.

Sacudió la cabeza para despejarse la nariz y volvió a colgar la parka del gancho. En otro rincón descubrió un montón de pieles secas: castor, lobo, marta, armiño.

Se dirigía a la puerta, listo para marcharse, cuando recordó la muñeca. Podía estar en alguna parte. Regresó a la cama y apartó las pieles, pero no halló nada. Luego vio una caja de madera que había debajo de la cama. Se puso de rodillas y la abrió.

En su interior había una mantita de bebé de color rosa, vieja y sucia pero doblada con esmero. Debajo encontró unas cuantas fotografías en blanco y negro. Jack las cogió. Una mostraba a una pareja bien vestida, de pie en un muelle, rodeados de baúles y maletas, como si estuvieran a punto de embarcar. Al principio no reconoció al hombre; en la foto era mucho más joven, llevaba el pelo muy corto y ni rastro de barba. La mujer que le acompañaba llevaba un bonito vestido y en los exquisitos rasgos de su cara y su rubio cabello, Jack vio a Faina. Tenían que ser

sus padres, saliendo de Seattle, tal vez, en dirección a Alaska. Había más fotos, y en una aparecía la mujer con un bebé en brazos, envuelto en una manta que parecía nueva y limpia pero que, Jack estaba seguro, era la misma que había encontrado doblada en la caja. Otra mostraba al hombre, posando con botas para la nieve, parka y una sonrisa maliciosa. Se parecía muy poco al cadáver congelado que Jack había enterrado a poca distancia de allí, pero era él.

Jack tensó la mandíbula. ¿Cómo podía un hombre dejar desamparada a su hijita en ese entorno salvaje? Devolvió las fotos y la manta a la caja, y la cerró de nuevo.

Al incorporarse, le crujieron las rodillas y se sintió viejo y asustado. La niña había desaparecido. Ese lugar se la había tragado.

Volvió a pensar en la muñeca. Echó un último vistazo al cuarto pero supo que no la encontraría. Era un leve consuelo. Habían perdido a Faina, pero dondequiera que estuviera, comoquiera que se hallara, la muñeca había ido con ella.

Al salir, parpadeó con fuerza por la luz del día y no se molestó en cerrar la puerta. Se quedó quieto durante un momento, escuchando el riachuelo y dejando que el aire de la montaña le acariciara el rostro. Incluso con la pena que sentía, el paisaje era hermoso. Se alcanzaba a ver todo el valle del río y casi podía distinguir su finca, a lo lejos.

Al día siguiente, cuando Jack no regresó de los campos a la hora de comer, Mabel experimentó solo un leve desconcierto. Supuso que no había querido parar para el almuerzo. Pero al caer la noche, y mientras la cena se enfriaba en el plato, supo que pasaba algo malo. El pánico le oprimía la garganta, pero se puso el abrigo y las botas con cierta serenidad. En el último minuto decidió coger el rifle que estaba colgado en la pared y llenarse los bolsillos de munición. Y, al hacerlo, se juró a sí misma que aprendería a disparar.

El borde de la falda se fue manchando de barro mientras seguía el sendero hacia los campos. Su suegro había muerto en el huerto, fulminado por un infarto, y Mabel se imaginó a Jack inerte en el campo. Se quedaría sola, sin más opción que regresar a casa de sus padres donde entonces vivía su hermana. O instalarse con la familia de Jack.

Su mirada recorrió el primer campo, pero no descubrió la menor señal de Jack ni del caballo. Las sombras de la noche oscurecían la silueta de los árboles y en el cielo un puñado de estrellas se esparcían sobre aquella sábana azul. Una bandada de grullas se elevó de una pradera, sus chillidos eran tan fantasmales como su color grisáceo y el lento batir de sus alas. El lodo empezaba a endurecerse por el frío. Mabel avanzó por el sendero, sin poder evitar que la invadiera un intenso temblor.

Oyó el relincho lastimero del caballo entre los árboles. Siguió andando hasta el campo nuevo y allí distinguió la silueta del caballo, levantando una pata y luego otra, aún sujeto a un arado volcado.

—¿Jack? ¿Jack? —gritó ella.

Solo conseguía atisbar formas en aquella lúgubre penumbra, pero caminó hacia el caballo. Entonces oyó un gemido ronco.

—¿Mabel?

Quiso correr en dirección a la voz, pero el abrupto terreno no se lo permitía. Seguía sin ver ni rastro de Jack.

—Aquí. Mabel... aquí...

Aquella voz dirigió sus pasos. A pesar de que andaba con la cabeza baja, no lo vio hasta que casi tropezó con él. Jack yacía de bruces en el suelo, cara al cielo oscuro.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás herido?

—El caballo. Me arrastró. Hace horas. —Sus palabras parecían salir de entre la tierra, teñidas de sangre.

Mabel se arrodilló en el campo a su lado y, con la manga del abrigo, intentó limpiar aquella mezcla de tierra y sangre de su boca.

—¿Cómo ha podido pasar?

—Un oso negro.

—¿Aquí?

—En el borde del bosque. Me cargué un perno del maldito arado y, cuando lo estaba cambiando, el caballo vio al oso y se puso a brincar.

Mabel miró hacia el bosque.

—Ya se ha ido. No creo que quisiera hacernos daño. Se movía como si tan siquiera nos viera. Intenté salir del arado, pero el caballo se asustó y dio media vuelta. Se me quedó la pierna enganchada debajo, y me arrastró por el suelo hasta que logré soltarme. Esperaba que siguiera tirando del maldito arado hasta casa, y así te habrías enterado, pero se quedó aquí parado.

Jack intentó sentarse, pero se le escapó una mueca de dolor.

—¿Dónde te duele?

—Por todas partes. —Su ensayo de risa se quedó en una tos seca—. La espalda, sobre todo.

—¿Qué hago?

—Suelta al caballo. No. No te pongas nerviosa. Ahora está agotado.

—¿Y luego?

—Tenemos que lograr subirme a él para que puedas llevarnos a casa.

—¿Puedes ponerte en pie?

—No lo sé.

Siguiendo las indicaciones de Jack, Mabel desenganchó al caballo y lo condujo hasta él. Luego se inclinó sobre Jack y deslizó los brazos por detrás de los suyos, con la intención de levantarlo del suelo. Pesaba más de lo que esperaba, y acabó hundiéndose en el frío lodo por su peso. Él le echó los brazos al cuello y, aullando de dolor, consiguió arrodillarse.

—Dios. —Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Debería ir a buscar ayuda. Avisar a George.

—No. Podemos conseguirlo. Vamos. —Volvió a apoyar los brazos en sus hombros y ella tiró de él, hundiendo la cara en la camisa embarrada—. Despacio. Despacio. Coge las riendas.

Con una mano, Mabel intentó mantener quieto al caballo mientras éste sacudía la cabeza. Jack se apartó de Mabel y se dejó caer sobre el costado del animal.

—Jack, no puedes... ¿Cómo vas a montar así?

—No hay más remedio.

Apoyó ambas manos con firmeza en el lomo del caballo y se izó sobre su grupa con un grito de dolor, quedando tumbado sobre el animal.

—Chist, chist...

Mabel hacía esfuerzos por tranquilizar al animal. Jack consiguió pasar una pierna a un lado y apoyó la cabeza contra el cuello del animal. Sus crines estaban rígidas del sudor seco. A Jack le costaba respirar.

—Dios —susurró—. Dios...

—¿Jack? ¿Quieres que empiece a andar?

—Sí, pero despacio... Despacio.

El camino de regreso les resultó largo, confuso. Mabel no distinguía las distancias o la profundidad bajo aquella luz nocturna. Llevaba el rifle en una mano y guiaba al caballo con la otra. Cada vez que el animal daba un traspie Jack soltaba un grito. Mabel deseó tener consigo una cuerda. En las ocasiones en que el caballo se soltaba de sus manos, ella temía que pudiera arrojar a Jack al suelo y volver a casa por su cuenta.

—Está bien, Mabel. Tómalo con calma.

Por fin llegaron a la puerta de la cabaña. Ella ayudó a Jack a deslizarse hasta el suelo hasta que estuvo de rodillas en él.

—Vamos —dijo él—. Llévalo al establo.

—Pero...

—Entraré en casa solo. Ve.

Mientras se llevaba al caballo, miró por encima de su hombro y vio a Jack arrastrándose hacia la puerta.

* * *

Una concentración serena se apoderó de ella mientras calentaba agua y ayudaba a Jack a desnudarse. Extendió una manta de lana en el suelo, delante del horno, para que pudiera tumbarse mientras le lavaba la sangre y la suciedad del pelo y de la piel. Él emitía algún quejido, sobre todo cuando le tocó el turno a las abrasiones que tenía en los omóplatos. Lo que más la

preocupó, sin embargo, fue el intenso moretón que había empezado a formarse en la zona lumbar.

—Debería ir a pedir ayuda.

Él meneó la cabeza.

—Ayúdame a acostarme.

Ella decidió dejar las heridas superficiales sin vendar, con la esperanza de que curaran antes así, y le puso una camiseta de manga larga por la cabeza. Medio desnudo, Jack fue hasta el dormitorio apoyándose en manos y rodillas. Mabel le ayudó a meterse en la cama. Luego le llevó una taza de caldo e intentó dársela a cucharadas, pero él solo podía apretar los dientes debido al dolor.

* * *

Entrada ya la noche, Mabel permanecía despierta, con una vela encendida en la mesa y una taza de té. De vez en cuando oía crujir la cama y los gemidos de Jack. No era la primera vez que se rompía algo —una vez se había pillado las manos entre los palés en la granja de la familia, y otra un caballo lo arrolló y le partió la pierna—, pero lo cierto es que nunca lo había visto así. Sabía, también, que el dolor sería mayor a la mañana siguiente. Pensó en los campos vacíos y en el ritmo de trabajo frenético que había llevado, a menudo de doce horas sin descanso, y aun así le había oído decir que no lograría acabar. Incluso contando con una pronta recuperación, aquello los condenaba a la ruina.

* * *

La verdad es que aquella noche Mabel no llegó a dormirse. Su mente inquieta calculó sin descanso los días que faltaban para terminar de plantar y las ganancias previstas, un incesante círculo que se cerraba sin respuesta. En algún momento dio una cabezada, sentada en la silla, pero los lamentos de Jack la despertaron enseguida.

Su predicción fue acertada: el dolor se intensificó durante la noche, y por la mañana Jack apenas podía hablar. Ella consiguió ponerlo de lado, con suavidad, y le levantó la camiseta. Las magulladuras iban hasta el hueso.

—¡Se me han dormido los pies, Mabel! —susurró él, desesperado.

Ella le acarició la frente y le dio un beso en los labios. Habló en un tono de confianza tranquila que no era sincero.

—Volveré enseguida.

Le llevó agua y pan blando, y luego le dijo que salía a dar de comer a los animales.

Mabel solo había ensillado un caballo unas cuantas veces en toda su vida, pero decidió que sería más rápido que usar la carreta. No quería dejar solo a Jack, pero, al igual que sucedía con los problemas que la habían tenido despierta toda la noche, no parecía existir otra opción. Iría a por el médico.

A pesar del verano que había pasado en la ciudad, no recordaba dónde estaba la consulta del doctor. Supuso que tendría una habitación alquilada en la pensión o en el hotel. Tras el agotador viaje de dos horas, Mabel desmontó y tiró del caballo por el camino de tierra que conducía hasta el almacén. Jack siempre le había hablado bien de Joseph Palmer, el dueño, y ella le recordaba como a un hombre amable, de barba corta y blanca y porte tranquilo.

El viejo dio muestras de sentirse incómodo cuando Mabel preguntó por un médico.

—No hay ninguno por aquí. El más cercano está en Anchorage. Tendrá que tomar el tren.

—¿Qué?

—No tenemos médico aquí, querida. Nunca lo hemos tenido —repitió, paciente.

—Tiene que estar bromeando... ¿No hay médico? ¿Acaso no estamos en una ciudad, por el amor de Dios?

Mabel respiró hondo, intentando echar mano de la reserva de fuerzas que tenía en su interior. El señor Palmer asintió mientras ella le hablaba de las heridas de Jack. Él había conocido a hombres que se habían partido la espalda y ningún doctor pudo hacer gran cosa por ellos de todos modos.

—Debe dejar que el tiempo siga su curso. Las heridas se curarán o no. —Lo dijo como si lamentara la verdad, como si entendiera lo que había en la balanza.

Aparte del billete de tren a Anchorage, lo único que podía ofrecerle el señor Palmer era una botella de vidrio marrón rellena de un líquido.

—Dele una cucharada cada pocas horas. Le aliviará el dolor y le ayudará a dormir —explicó—. Y no se preocupe por la cantidad. Conozco a hombres que lo toman regularmente y no parece afectarles demasiado.

Mabel le pagó y le dio las gracias. Cuando ya estaba en la puerta, él añadió:

—Espero que no se ofenda por la sugerencia, pero unas cuantas botellas de alcohol no le irían mal. Ted Swanson, al otro lado de las vías, cerca del río. Él la ayudará. Mezclar eso que le he dado con alcohol podría sentarle bien. No suelo hacer esta clase de recomendaciones, pero tengo la sensación de que va a necesitarlo.

Láudano y alcohol barato, lo único que aquel lugar le ofrecía para su marido herido. Mabel volvió a montar y cabalgó hacia la finca, demasiado enfadada para sentir también miedo.

Las pegajosas hojas de los chopos asomaron bajo el cielo azul y el lodo de los campos se convirtió en un suelo fértil y húmedo, pero la desazón que invadía a Mabel parecía ya algo viejo, polvoriento y demasiado familiar. Algo similar al hambre o la sed pegado a su garganta, hasta tal punto que se planteó la posibilidad de tomar un poco de láudano, aunque no lo hizo. Recortada bajo el sol brillante, la cabaña aparecía oscura y fresca. No encendió el fuego, pero mantuvo las velas encendidas. En la cama donde ya no dormía, Jack yacía atontado, y solo la llamaba cuando se pasaba el efecto del analgésico. Pensó en lo que Esther le había contado de los alces, cómo a menudo ayunaban hasta la muerte justo cuando empezaba la primavera. Tras sobrevivir al intenso invierno, aquellos animales de patas largas se hundían en la pesada nieve, rendidos a la desesperación.

Ella estaba sola. El marido fuerte que la había cuidado era un hombre derrotado que sollozaba por las noches y le rogaba que lo abandonara, que volviera a casa y encontrara una nueva vida sin él. La niñita a la que había empezado a querer se había desvanecido, otro niño perdido. Sentada en la silla, con la espalda recta, el sueño la vencía a ratos, en cualquier momento, y soñaba con bebés prematuros cubiertos de sangre y charcos provocados por el deshielo. Y el cuento de hadas que aparecía en la carta de su hermana hechizaba sus sueños. «Cuando sé que me amas un poco, vuelvo a fundirme. De vuelta al cielo iré. La hijita de las nieves.»

Cuando despertaba, Mabel ni siquiera podía llorar esos sueños. Había demasiado que hacer. Ocuparse de los animales. Acarrear agua. Ayudar a Jack a que bajara cuando necesitaba hacer sus necesidades. Cocinar, aunque fuera para ella sola. La fatiga distorsionaba el sentido del tiempo, y a veces no sabía si era de día o de noche, amanecer o crepúsculo.

Una tarde, plagada de pesadillas, decidió salir. Sus ojos parpadearon al sol. Tiró migas de pan a los herrerillos y a las aves de pico grueso y habló con ellos como si fueran capaces de entenderla, pero el sonido de su voz los ahuyentó. Fue a los pastos y acarició el suave pelo del caballo. Se internó en los árboles a recoger los arándanos que crecían en los arbustos altos, y, con las manos llenas de diminutos frutos blancos, buscó a la niña con la mirada, pero el bosque estaba en silencio. Pensó en el oso negro y en los lobos. Solo tenía que esperar a que Jack se restableciera lo bastante para viajar y luego se marcharían de ese lugar. Allí ya no tenían nada que hacer.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien en la finca?

El sol le daba en los ojos, así que no consiguió distinguir quién era el jinete. El hombre desmontó y desenganchó un saco de arpillera de la silla. Era George. Se sintió tan aliviada que sus rodillas estuvieron a punto de ceder, y cuando él le ofreció el brazo lo aceptó de buen grado.

—Así que el viejo está en cama, ¿eh?

La condujo hasta una silla y empezó a hablar mientras sacaba tarros de vidrio del saco. Los alineó sobre la mesa, cada uno de ellos mostraba un brebaje claro.

—No me mires así, Mabel. Nunca ha habido mejor excusa que una espalda rota. ¿Dónde está? Mabel señaló hacia el dormitorio donde dormía Jack.

—Aún no puede andar solo —susurró Mabel—. Y cuando remite el efecto del láudano, el dolor es insoportable.

George meneó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Vaya... No se estará habituando a eso, ¿no?

—No, George. De verdad que no.

Ella se levantó y se dispuso a colocar los tarros, llenos de licor, en uno de los estantes de la cocina, como si eso importara algo.

—En cuanto esté un poco mejor, haré los preparativos para el viaje —dijo ella—. Sé que él querrá que te quedes con nuestras herramientas y equipamiento, y con los animales, por supuesto. No creo que podamos llevárnoslos.

—¿Mabel?

—No podemos quedarnos. Seguro que lo entiendes...

—¿Os marcháis de la finca? ¿Para siempre?

—Apenas salíamos adelante antes, George. Y estamos los dos solos. Venir aquí ha sido una aventura fantástica, pero ahora ha llegado el momento de enfrentarse a la realidad y volver a casa.

—No podéis iros. No después de lo que habéis trabajado en este lugar. Tiene que haber otra salida.

George miró en dirección al dormitorio.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Más de una semana.

—¿Y cuánto había hecho en los campos antes del accidente?

—Aún estaba preparándolos.

—¿No ha plantado nada?

Mabel meneó la cabeza.

—Maldita sea... Disculpa el lenguaje. Ha sido un duro golpe, ¿no?

—Sí, George.

Él se mostró inusualmente callado mientras montaba a caballo y se disponía a partir.

—Nos despediremos antes de irnos —gritó Mabel desde la puerta de la cabaña—. Dale a Esther las gracias por todo. Habéis sido los mejores vecinos que podíamos esperar encontrar.

George se volvió, meneó la cabeza y partió sin decir palabra. Mabel estuvo segura de que aquella mirada estaba llena de reproches.

* * *

Esa misma tarde, Mabel vaciaba el barreño detrás de la cabaña cuando oyó que una carreta se acercaba por el camino. Se apresuró a entrar y a doblar las sábanas y la ropa interior que había estado lavando.

—Por nosotros no lo hagas.

Mabel oyó la risa de Esther en la puerta.

—¡Esther! —Se sorprendió al encontrarse abrazándola. Con la mejilla apoyada en el hombro de su amiga, rompió en sollozos.

—Vamos. Vamos. Lloro un poco. —Esther le dio unas palmaditas en la espalda—. Va, va...

Mabel se apartó, sonrió y se secó las lágrimas.

—Mírame. Estoy hecha un desastre. Qué manera de recibir a las visitas.

—No esperaba otra cosa. Pobre mujer, sola aquí cuidando de un herido durante días. Fuertes como robles, pero en cuanto les duele algo son como críos. Como yo digo, no pasan por un parto que les endurezca.

Al decir esto, Esther miró a Mabel a los ojos. En su tono no hubo el menor atisbo de incomodidad o de arrepentimiento. Mabel comprendió: ella había pasado por un parto, aunque hubiera sido para dar a luz a un bebé muerto. Había sobrevivido a eso, ¿no? Fue como si hubiera metido la mano en el bolsillo y hallado una piedrecita, dura como un diamante, un tesoro que había olvidado.

—¿Dónde diablos pongo esto?

Garrett apareció en el umbral, enojado y mirando por encima de una montaña de paquetes que llevaba en las manos.

—Ojo con esa lengua. Y ponlo donde puedas. Luego ve a por el resto.

—¿Qué es todo esto, Esther?

—Provisiones.

—Pero nosotros... ¿no te lo ha dicho George?

—¿Ese ridículo plan que tenéis de abandonarnos? Oh, claro que me lo dijo. Ahora que por fin tenemos unos amigos interesantes, ¿crees que os vamos a dejar marchar sin oponer resistencia?

—Pero nos vamos. No necesitaremos nada de esto. —La voz de Mabel se redujo a un susurro—. Y, sinceramente, Esther, no tenemos dinero para pagarlo.

Garrett se detuvo y dejó otro montón de paquetes encima de la mesa. Mientras el chico se alejaba, Esther fingió propinarle un pescozón. Mabel sonrió a su pesar.

—No te preocupes por el dinero. Todo el mundo se ha enterado de lo que estabais pasando y ha aportado algo. Nada maravilloso, pero nos mantendrá durante un tiempo.

—No sé qué decir. Es demasiado... demasiada generosidad.

—Bueno, tal vez no tengamos médico por aquí, pero sí tenemos personas de buen corazón. — Esther le guiñó un ojo mientras empezaba a deshacer las cajas.

—Oh, me avergüenzo de haberlo dicho. No pretendía criticaros, pero me sentí tan frustrada...

—Tranquila. El viejo Palmer quedó demasiado impresionado por tu habilidad a caballo para ofenderse. Dijo que nunca había visto a una dama montar con un estilo tan masculino. Garrett, pon las colchonetas ahí, detrás del horno de leña. No las dejes por en medio de momento.

—¿Colchonetas?

—¿No te lo he dicho? Nos instalamos aquí. El chico y yo. Quizá seamos una pareja malhumorada y mandona, pero no creo que puedas quejarte de tener ayuda gratuita.

—¿Ayuda? ¿Con Jack?

—Con Jack. Con la siembra. Puedes disponer de nosotros hasta el final de la temporada, o hasta que te hartes de aguantarnos.

—Esther, no... No puedo dejar que hagáis esto.

—¿Que no puedes? Me parece que no entiendes con quién te las estás viendo, querida. Plantaremos esos campos, Garrett y yo. En cuanto a ti, puedes colaborar o quitarte de en medio, pero lo haremos igualmente.

Su voz quedó sofocada por el ruido que hizo Garrett al meter un abrevadero para caballos en la cabaña.

—Por los clavos de Cristo, mamá, ¿quieres decirme para qué hemos traído esto?

—Si no perdieras tanto tiempo quejándote ya habrías terminado. Tráelo aquí, junto al horno.

—¿No te parece que lo más probable es que ya tengan un par de abrevaderos? —preguntó Garrett con cierto sarcasmo, haciendo un gesto en dirección al establo.

—Pero no este.

El abrevadero para el caballo estaba reluciente y ocupaba la mayor parte del espacio que quedaba delante del horno de leña. Mabel tuvo la sensación, más bien cómica, de que su casa se estaba convirtiendo en el hogar de los Benson, con peleas y desorden.

—Garrett, pídele a Mabel que te lleve al campo para que puedas echar un vistazo al arado. Mira a ver si necesita reparación. Venga, Mabel. Un poco de aire fresco te irá bien, y mientras tanto yo me ocuparé de todo por aquí.

El chico anduvo con aire hosco y poco hablador y Mabel lo dejó en el campo para que reparara el arado. Pese a sentirse algo culpable por ello, tomó el camino más largo para regresar a la cabaña. Inhaló el aroma verde de las hojas nuevas y observó la afilada línea de las cumbres donde la nieve blanca se encontraba con el frondoso bosque. Entonces se acordó de que se había saltado la dosis de láudano de Jack.

—¿Ya estás aquí? Deberías haberte quedado un rato más por ahí. Tu agua aún no está a punto. Esther metió un dedo en una olla gigante que había puesto al fuego. Había dejado abierta la puerta de la cabaña para que saliera el calor. Mabel fue corriendo al dormitorio. Jack tenía el cabello húmedo y bien peinado, y le dirigió una sonrisa débil desde la almohada.

—Me ha bañado —dijo.

—¿Esther?

Él asintió con las escasas fuerzas que tenía. Varias almohadas y mantas habían sido colocadas con cuidado en torno a él, obligándole a estar en una postura peculiar, con las rodillas dobladas y abiertas.

—¿Estás cómodo?

Jack la miró de reojo, ya medio inconsciente.

—Lo creas o no, sí.

—Lo siento, se me pasó la hora de la medicina.

—Me la dio Esther, con un trago de algo más fuerte.

—¡Sal, deprisa! —gritó Esther desde la otra habitación—. Antes de que el agua se enfríe o regrese ese hijo mío.

Esther volcó la olla llena de agua hirviendo en el abrevadero.

—Normalmente habría sido al revés, las damas primero, pero quería limpiar esas heridas cuanto antes. Pero aquí tienes agua limpia y caliente.

Mabel quiso negarse, decirle a Esther que había hecho demasiado, pero en cambio se desnudó y se metió en el agua mientras Esther montaba guardia en la puerta.

—Tómate tu tiempo. Una no se da un baño así todos los días.

Esther había acercado una silla a la bañera improvisada, y en ella Mabel encontró una esponja limpia, una barra de jabón casero y una botella de champú con aroma de lavanda. El agua casi quemaba, pero Mabel se sumergió en ella poco a poco, hasta meter incluso la cabeza; su melena suelta flotaba en el agua. Cada vez que intentaba salir de la bañera, Esther le ordenaba que siguiera, de manera que permaneció en ella hasta que el agua se volvió tibia y la piel de sus dedos se arrugó. Cuando por fin salió, el sol había desaparecido detrás de los árboles dejando en su lugar el crepúsculo perpetuo del sol de medianoche. Esther la envolvió en la toalla y le secó el pelo con vigor.

—Muy bien. Esto ya es otra cosa. La cena estará lista enseguida. Ponte algo cómodo. No te arregles, algo para dormir. Supongo que Garrett aún estará un buen rato en los campos y no volverá hasta tarde. No es que le apetezca mucho dormir con dos viejas, pero en un momento u otro se sentirá cansado.

* * *

Ambas en camisón, Esther sirvió a Mabel un estofado de oso negro, recién hecho, y galletas caseras. Luego extendió las colchonetas una al lado de la otra.

—Supuse que habías estado durmiendo en una silla desde hace días. Ya sé lo que es tener a un enfermo dando vueltas en la cama. Pero aquí no se está tan mal. Te he traído una limpia. Venga. —Se metió bajo la colcha y palmeó la colchoneta que estaba libre a su lado.

Mabel descubrió un alivio inesperado al apoyar la cabeza en una almohada, al sentirse bien alimentada, limpia y acompañada.

—¿De verdad crees que podemos sacar esto adelante? —le susurró, ya tapada—. ¿Tú, Garrett y yo? ¿Plantaremos toda la granja?

—Si no creyera que podemos lograrlo no estaría aquí.

—Pero ¿y tu casa?

—George puede contar con Bill y con Michael, y ya habíamos pensado en contratar a un par de jóvenes de la ciudad para que nos ayudaran a plantar. Ya tenemos gran parte del trabajo hecho.

—No sé cómo agradecértelo, Esther.

—Aún no tienes que hacerlo.

Las dos mujeres permanecieron en silencio durante un rato, y luego Esther preguntó en voz baja:

—¿Y qué hay de tu niña?

—Se ha ido.

Esther buscó la mano de Mabel y le dio un firme apretón.

—Dulce Mabel —dijo—. Supongo que ahora que disfrutas del sol y del aire fresco, ella ya no aparece.

Mabel no contestó. Se limitó a mirar hacia el techo de la cabaña. Pensó que Esther debía de haberse dormido y de hecho estaba a punto de que la venciera el sueño cuando empezó a reírse; al principio en voz baja, pero luego con más y más fuerza.

—¿Y ahora qué te ha hecho gracia?

—¿De verdad has bañado a Jack? No puedo creerlo —dijo Mabel—. Su madre. Yo. Y no creo que ninguna otra mujer haya...

—Llevo treinta años casada y tengo tres hijos. Una vez has visto a uno, ya los has visto a todos.

Las dos mujeres seguían riéndose cuando Garrett entró por la puerta.

—¿Qué? ¿Qué os resulta tan gracioso? —preguntó, pero la expresión de su cara y sus mejillas arreboladas solo sirvieron para avivar sus carcajadas.

* * *

Las voces llegaban hasta Jack a retazos, dejándole confuso y mareado, de manera que se dejó llevar por la somnolencia que le provocaba el láudano con licor. Era un lugar cálido y negro, sin pasado, ni futuro, ni significado. Más tarde, cuando despertó, envuelto en un oscuro silencio, tenía la cabeza despejada y activa. No comprendió a qué venían las risas que había oído antes. Luego recordó a Esther, que lo sumergía, desnudo, en un abrevadero para caballos lleno de agua caliente. El dolor perforó el centro de su espalda y se extendió por todo su pecho hasta que estalló en sollozos. Se introdujo el puño en la boca para sofocarlos, y siguió llorando en silencio. Autocompasión. Eso era. No eran los nervios inflamados o los músculos en tensión lo que le hacía pedazos. Era verse reducido a ser una carga inútil.

—¿Jack? —El susurro procedía de la puerta del dormitorio—. ¿Necesitas algo?

Él tragó saliva y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¿Hora de otra dosis?

No era Mabel.

—¿Esther? ¿Estás aquí?

—Chist. Así tu mujer puede descansar un poco. Bebe esto.

Había mezclado láudano y licor en un vaso de latón, y él lo engulló con avidez. Ella cogió el vaso y luego, con un pañuelo, le secó los ojos y la boca.

—Esto pasará, Jack. Sé que ahora parece irreversible, pero no es así. Garrett y yo hemos venido a ayudar, y Mabel es más fuerte de lo que deja entrever. Ahora ya no recae todo sobre tus hombros. Tienes ayuda. ¿Lo comprendes? Las cosas se arreglarán.

Pero Jack se sumergía de nuevo en ese lugar profundo y opaco donde tanto el dolor como la luz se apagaban, donde un hombre no tenía que poner nombre a su desesperación porque su lengua inerte y sus labios inservibles no podían decir nada en absoluto.

Esther insistió en asumir las funciones de enfermera de Jack, y poco a poco fue reduciendo las dosis de láudano y aumentando la duración de sus paseos diarios. Primero, solo hasta la mesa de la cocina; luego, hasta el retrete, para que al menos no tuviera que usar una bacinilla.

—Eres demasiado blanda con él, Mabel. Tiene que levantarse y moverse. Es la única forma de que sus músculos empiecen a funcionar otra vez.

—Pero le duele tanto...

—Llega un momento en que la herida va más allá de la espalda en sí misma. ¿Comprendes lo que te digo? Es una herida más terrible, de la clase que el opio y la bebida solo consiguen empeorar. Tiene que valerse por sí mismo. Tiene que salir a revisar sus tierras y ayudarnos a tomar decisiones para no olvidar que sigue siendo suya, aunque ahora mismo no pueda trabajarla con sus manos.

De manera que mientras Garrett enseñaba a Mabel a cortar semillas de patata para que cada pieza tuviera un solo ojo, Esther dedicaba la mañana a pasear por los campos con Jack. Mabel no soportaba ver aquel paso lento, era como si hubiera envejecido un siglo en solo un mes. Su semblante estaba macilento y no conseguía enderezar la espalda. Cuando el pie se le quedaba atrapado en una raíz o un pequeño hoyo, gruñía sin moverse, con los ojos cerrados, apretando y aflojando los músculos de la mandíbula. Mabel se habría avergonzado de tener que admitirlo delante de nadie, pero prefería sentarse en el patio con Garrett a cortar semillas de patata que acompañar a su marido en esos agónicos paseos.

Y de hecho el chico no era mala compañía. Esther afirmaba que estaba irritado por la humillación de verse trabajando las tierras de otro hombre junto con dos viejas. Cree que quiere ser un hombre de las montañas, decía Esther, y que cultivar la tierra no es oficio para él. Pero es un buen chico. Y muy trabajador, una vez se pone a ello.

Mabel presenciaba el malhumor de Garrett: entraba y salía de la cabaña con mucha brusquedad y echaba humo cada vez que su madre le daba una orden. Pero, cuando se quedaban solos, el chico se mostraba menos arrogante. En realidad era más bien paciente y didáctico, sin dar muestras de condescendencia. Ni una sola vez hizo comentarios del estilo de «tenga cuidado con el cuchillo» u «ojo no vaya a cortarse». Garrett asumía con total naturalidad que Mabel era capaz de realizar la tarea, y por tanto ella lo fue. Poco tardó en ser tan rápida con el cuchillo como él.

Esa mañana, el sol ascendió por el cielo y Mabel notó su calor en la cabeza mientras echaba las semillas de patata ya cortadas en el saco de arpillera que había entre ambos. Era la hora del almuerzo y no sabía cómo se le había pasado la mañana. El chico la siguió hasta la cabaña y la ayudó a preparar un plato de filete de alce frío con pan del día anterior. Después de que Esther acostara a Jack, los tres comieron deprisa, de pie en la cocina. Mabel aún tenía las manos sucias de tierra y llevaba las mangas del vestido arremangadas.

Cuando fueron a cargar la carreta con las semillas, Mabel los acompañó. Fue justo cuando pasaba un pesado saco a Garrett para que éste lo metiera en la parte trasera de la carreta que apreció lo que estaba haciendo: trabajo de granja. El chico no reparó en su pausa; cogió las bolsas y las puso en su sitio. Mientras Esther conducía la carreta hacia el campo, Mabel y Garrett la seguían detrás.

—Tal vez no sea asunto mío —dijo él—, pero ese vestido le estorbará. ¿No tendrá unos pantalones o algo parecido? Mamá siempre los usa cuando sale a trabajar al campo.

—No. No tengo. El vestido tendrá que servir.

Garrett la miró con escepticismo pero siguió andando.

En el campo, Esther arrojó los sacos por todo el terreno y luego engancharon un arado al caballo para formar los surcos. Garrett y Mabel iban detrás. El chico le mostraba la distancia a la que debía plantar y la profundidad que debía tener el agujero antes de echar la semilla, y luego a cubrirlo todo con un poco de tierra y darle unas leves palmadas. Mientras trabajaban, arrastraban el saco consigo.

Al cabo de un rato, la tarea se volvió metódica y rítmica, y la mente de Mabel empezó a divagar. Plantaba con las manos desnudas y pensaba en el suelo, en la tierra caliente y quebradiza que sentía entre los dedos, en plantas que nacían y hojas secas. Se incorporaba, se sacudía la falda, volvía a agacharse, hacía otro agujero, echaba la patata; otro hoyo, otra semilla. Apretaba las manos contra el montículo de tierra, como si fuera una pequeña tumba.

* * *

Allí, en el campo de patatas, los colores eran demasiado intensos, todo estaba lleno del amarillo del sol y del azul celeste, y el aire soplaba distinto que en Pensilvania, más seco y más limpio. Había pasado mucho tiempo, más de una década, y sin embargo, mientras se arrodillaba en el campo de Alaska, Mabel se sentía también allí. La luna de peltre. El sendero del huerto. Tierra áspera bajo las rodillas. Un bebé de dos días enterrado.

Recordó que había dejado a Jack durmiendo y había salido a deambular, en camisón. Débil y dolorida por el parto, no supo de dónde sacaba las fuerzas. Recorrió el sendero de grava que conducía al huerto, donde los árboles, marrones y sin hojas, se alzaban bajo la azulada luz de la luna.

Era allí donde él habría enterrado al bebé, en esa tierra que su familia había cultivado durante generaciones. Fue a gatas por la tierra, arañándose las manos y las rodillas. Y, cuando no halló nada, se incorporó y sintió un doloroso tirón en los pechos; de repente, la leche empezó a gotear, empapando la parte delantera del camisón y resbalando por su barriga hasta derramarse, inútil, en el suelo.

No puedo sobrevivir a esto, había pensado.

* * *

—¿Se encuentra bien?

La sombra de Garrett le daba en la cara y ella no supo cuánto tiempo llevaba allí, de rodillas sobre la tierra.

—Sí. Sí, estoy bien —dijo Mabel. Se frotó las manos sucias en el vestido—. Algo me vino a la cabeza.

Cuando levantó la vista, Garrett la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Seguro que está bien? Porque... bueno, no tiene muy buena cara, la verdad.

El chico hizo un gesto, señalando hacia su rostro. Unas lágrimas debían de haber rodado por sus mejillas y, al mezclarse con las manchas de tierra, debían de darle un aspecto terrible.

—Por favor, no hagas caso a los llantos de una vieja —dijo ella, y empezó a buscar algo con que limpiarse la cara.

Garrett seguía mirándola.

—¿No será la primera vez que ves llorar a una mujer?

Él se encogió de hombros.

—¿Lo es? Quizá sí. Desde luego no me imagino a tu madre deshecha en llanto.

—¿Quiere que volvamos? ¿Necesita descansar?

—No. No. Me conformo con algo con que limpiarme la cara.

El chico rebuscó en los bolsillos, pero al no encontrar un pañuelo, se bajó la manga de la camisa y desabrochó el puño.

—Está un poco sucio, pero aquí lo tiene.

Mabel sonrió y se frotó los ojos con la manga.

—Gracias.

El chico se volvió para alcanzar el saco que había en el suelo y Mabel se agarró de nuevo de esa manga, esta vez con las dos manos.

—Hace tiempo que quiero preguntarte algo, Garrett.

—Diga, señora.

—¿Cazaste algún otro zorro, después de aquel plateado?

—No, señora —dijo él. La observó fijamente—. ¿Quiere un forro de piel de zorro? Porque si es eso, tengo unas cuantas pieles que me quedaron del año pasado. Estoy seguro de que Betty podría coserle algo.

Pero Mabel ya estaba inclinada sobre la tierra, cavando otro hoyo.

* * *

Había sobrevivido, ¿verdad? Incluso en aquel entonces, cuando habría deseado tumbarse en el huerto y hundirse en una tumba propia, había vuelto a casa en plena noche, se había lavado y por la mañana había hecho el desayuno para Jack. Había fregado los platos y limpiado la alacena. Había amasado pan. Había trabajado intentando no prestar atención a la dolorosa inflamación de sus pechos y al hueco que sentía en el útero. Y más tarde había hecho algo impensable: había entrado en el cuarto de los niños y apoyado las manos en la cuna de roble, la misma donde Jack había dormido de niño, la misma donde había dormido su madre. Había tocado la colcha en tonos pastel que había cosido con sus propias manos, y entonces el dolor la había derribado sobre la mecedora, donde se sentó, con los brazos rodeándose el estómago, y recordó cómo había sido vivir con otra vida creciendo en su interior.

Cuando recuperó las fuerzas, empezó a doblar la ropita, las mantas y los pañales, y a meterlos en simples cajas. Realizó la tarea sin interrumpirse, aunque los sollozos le deformaban la cara, le nublaban los ojos, la hacían moquear. No oyó llegar a Jack, pero en un momento dado levantó la cabeza y lo vio, observándola en silencio, antes de dar media vuelta, incómodo, avergonzado por aquella evidente muestra de dolor. No apoyó la mano sobre su hombro. No la abrazó. No dijo una sola palabra. Incluso entonces, tantos años después, ella era incapaz de perdonárselo.

* * *

Al final de aquel surco, Mabel se puso en pie, se llevó las manos a la parte baja de la espalda y se estiró. El borde del vestido aparecía manchado y sus manos, agotadas y cubiertas de polvo. Paseó la vista por el campo, observando cuánto habían hecho. Garrett se sacudió las manos en las perneras del pantalón.

—Un surco hecho —dijo él—. Nos quedan unos mil. —El chico le dirigió una media sonrisa y arqueó las cejas, como si estuviera preguntándole si quería seguir en la tarea.

Mabel asintió.

—¿Hacia dónde? —preguntó.

Garrett alzó la mano, como si fuera un explorador oteando el horizonte.

—¡Hacia allá!

Cuando Esther llegó hasta el final de un surco y dio media vuelta, frenó el ritmo del caballo y los saludó con la mano. Mabel le devolvió el saludo. La brisa agitaba los mechones de su cabello,

que enmarcaban su cara, y le secaba el sudor. El cielo aparecía nítido y reluciente. A distancia, más allá de los árboles, distinguía las blancas cimas de las montañas.

Mabel se levantó la falda y cruzó el surco ya plantado. Garrett tiró del saco hacia ella y empezaron de nuevo.

Trabajaron hasta el anochecer y regresaron a la cabaña mucho después de la hora de la cena. Jack había encendido los candiles y estaba asando unos filetes.

—¿Qué es esto? —preguntó Esther. Inhaló el aroma y sonrió—. Algo huele realmente bien.

—No puedo hacer gran cosa. Así que he pensado que lo menos que podía hacer es dar de comer a mi cuadrilla. —Jack sonrió, como un hombre pillado en un renuncio.

* * *

Los siguientes días fueron una nebulosa de patatas, tierra, sol y músculos doloridos, jornadas sin fin en las que prosiguieron con la siembra. Jack hizo cuanto pudo, pero básicamente se quedó en la cabaña y se dedicó a hacer las comidas. Por las noches, todos estaban demasiado cansados para hablar. El chico casi se dormía a la mesa, con la barbilla apoyada en las manos sucias. Cuando llegaba la hora de acostarse, Mabel estaba extenuada. Nunca había comprendido cómo Jack podía dormirse en una silla, sin asearse, sin charlar con ella acerca de lo sucedido durante el día, o ni tan siquiera quitarse las mugrientas botas. Entonces lo entendió. Y sin embargo, a pesar de los músculos agotados y de la monotonía de la tarea, los días de trabajo en el campo la llenaron de un orgullo desconocido para ella. La cabaña ya no le parecía desangelada, sino que agradecía llegar a ella al final del día y encontrar comida caliente y una colchoneta donde acostar los huesos. No se fijaba ya en si los platos estaban fregados, o si al suelo le hacía falta un barrido.

—Creo que lo hemos logrado, Jack —anunció Esther una tarde, con los brazos en jarras—. Sé que tenías previsto hacer más este año, plantar también lechugas junto con las patatas. Pero he pensado que, ahora que tenemos las patatas en la tierra, ya veremos qué es lo que pasa.

Jack asintió. Quizá sería suficiente para mantenerlos.

—No estaríamos aquí de no haber sido por vosotros dos. —Su voz expresaba seriedad, sinceridad, pero había una tristeza en sus ojos que Mabel interpretó como vergüenza—. No sé cómo podremos devolveros este favor.

Esther hizo un gesto de impaciencia y afirmó que pensaba volver a su casa esa misma tarde.

—Ha sido divertido, pero me muero por volver a dormir en mi cama, a pesar de los ronquidos de mi marido. Tú estás mejor, Jack, y Garrett puede ocuparse de los campos. No... No quiero oír ni una palabra. George y yo ya hemos hablado de esto. Garrett trabaja más de lo que nunca ha hecho en casa, y allí ya han terminado de plantar. Si os incordia por casa, podéis hacerle un sitio en el establo. Así tendréis la casa para los dos solos.

Había llegado el momento, y sin embargo Mabel lo temía. Jack era un hombre distinto, inseguro y turbado. Ella no olvidaba que, en los peores momentos de dolor, él había llorado y le había suplicado que le abandonara. Y luego, mientras él se recuperaba, ella había salido a los campos y trabajado con una fuerza y una seguridad en sí misma que eran nuevas. Sin la presencia de Esther y Garrett, ella y Jack compartirían el lecho de nuevo, y ella se preguntaba si sería como dormir con un extraño. Jack la miró con tristeza, como si le leyera el pensamiento.

Después de cenar, Esther se marchó y Mabel condujo a Garrett hasta la buhardilla del establo. El chico se llevó su colchoneta, y ella puso una caja de madera boca abajo para que la usara de mesilla de noche. Le dejó un candil, además de un despertador y un libro.

- *Colmillo blanco*, de Jack London. ¿Lo has leído?

—No, señora.

—Por favor, llámame Mabel de una vez. Creo que te gustará, pero si no, tengo docenas de libros para elegir.

Iba a advertirle que tuviera cuidado con el candil, pero se lo pensó dos veces. Él la había tratado como a una igual, así que ella debía intentar hacer lo mismo.

—Ven a casa si necesitas algo, aunque sea simplemente compañía.

—Sí, señora... Quiero decir, Mabel.

—Garrett, hay otra cosa que quería preguntarte.

—¿Sí?

—Cuando estuviste poniendo trampas, el invierno pasado, ¿viste alguna vez algo inusual?

—¿Se refiere a la niña? He oído hablar de ella.

—¿Y? ¿Viste algún rastro de ella?

El chico negó con la cabeza, como si lo lamentara.

—¿Nada? ¿Nunca?

—Lo siento —dijo él.

* * *

Era una noche fría y Jack había encendido un fuego. Había una montaña de platos sucios en la cocina y Mabel se sentó en una silla, frente al fuego, y acercó los pies al calor. Estaba más cansada de lo que lo había estado en toda su vida. Los músculos le dolían. Cuando cerraba los ojos, veía surcos de tierra que se extendían hacia el horizonte. Casi notaba la tierra.

—Mabel, te estás quedando dormida. Ven a la cama.

Jack le masajeó los hombros.

—Esto ha sido demasiado para ti.

—No, no. —Ella le miró a la cara—. Es una sensación maravillosa. Compartir el trabajo, sentirme útil. Es posible que el día de hoy haya sido uno de los mejores de mi vida...

Su voz se fue apagando en cuanto fue consciente de lo que estaba diciendo. Jack asintió sin decir nada.

Mabel se puso el camisón y se acostó en la cama. Jack, vestido únicamente con los calzones largos, permaneció sentado en el borde.

—¿Jack?

—¿Sí?

—Estaremos bien, ¿verdad? Nosotros, quiero decir...

Él soltó un gemido al tenderse en la cama. Se puso de lado, de cara a Mabel, y acarició sus cabellos sueltos, una y otra vez, en silencio. Mabel vio lágrimas que pugnaban por salir en sus ojos y, apoyando el codo en la cama, se incorporó un poco para darle un beso en sus párpados húmedos.

—Sí, Jack. Estaremos bien.

Dejó que Jack se acurrucara bajo su brazo y le oyó llorar.

Aquel verano fue ideal para las tareas de la granja. Incluso Jack se dio cuenta. Los intervalos de lluvia y de sol se sucedieron en una secuencia perfecta. Por su cuenta, Garrett plantó más verduras para poder venderlas al ferrocarril y las plantas florecían en los campos.

A Jack seguía molestándole la espalda, y había mañanas en que debía resbalar de la cama al suelo y arrastrarse hasta la cómoda para lograr ponerse de pie. A ratos se le dormían las manos y los pies, y algunos días le dolían las articulaciones. Sospechaba que llegaría un día en que definitivamente no podría levantarse.

Pero al anochecer, cuando las cimas nevadas se vestían de añil bajo el sol de medianoche, caminaba solo por los campos y su paso era más ligero. Recorría los surcos perfectos, donde asomaban lechugas y repollos, inmensas hojas de un verde intenso. Notaba la tierra blanda bajo las botas y el olor a mantillo. A menudo agarraba un puñado de tierra con la mano y lo recorría con el dedo pulgar, maravillado ante su riqueza, y a veces arrancaba un rábano, lo limpiaba frotándolo en los pantalones, le propinaba un buen mordisco y arrojaba las hojas verdes a los árboles. Desde allí andaba hasta el campo nuevo, donde las plantas de patatas le llegaban a los muslos y empezaban a florecer. Se parecía muy poco al terreno yermo y duro, el mismo donde se había partido la espalda cuando el caballo lo arrastró por él meses atrás. Sabía que les debía todo aquello a Esther y a su hijo. Garrett escalonaba las cosechas de lechuga y rábanos para suplir las necesidades semanales de la gente del ferrocarril. Arrancaba las malas hierbas de las patatas. Sabía qué abonos funcionaban y cuáles no, así que Jack no tenía por qué fiarse del vendedor de Anchorage sino basarse en la experiencia real del muchacho.

Con solo catorce años, el chico era un buen trabajador, pero su corazón no estaba en las tareas de la granja. Tras obtener el permiso, Garrett se ausentaba durante días, llevándose consigo solo el caballo, un rifle y una mochila. En ocasiones volvía con la bolsa llena de truchas arco iris o urogallos para cenar. Una vez se presentó con un regalo para Mabel: una bolsa de piel de alce adornada con perlas, cosida por una mujer de la tribu Athabasca, río arriba. Y otras veces regresaba con historias de una cascada que había descubierto en la montaña o de un oso grizzly al que había visto jugando sobre un montículo nevado.

—Ese oso se comportaba como un niño, corría a la parte superior y se deslizaba por la nieve. Luego volvía a subir.

* * *

Una tarde en que el sol del verano arrancaba destellos en el valle, Garrett preguntó a Jack si podía unirse a él durante el paseo por los campos.

—Me llevo el rifle. Tal vez nos topemos con un par de urogallos.

Jack era consciente de su paso lento y se mostraba poco dispuesto a renunciar a su soledad. Al mismo tiempo, no le gustaba mucho que el chico matara animales en los terrenos de la granja. Ciertamente, Jack había visto a uno o dos urogallos mientras paseaba y había disfrutado de la emoción que le embargaba al ver cómo el ave movía las alas y luego se posaba, gordo y ufano, sobre la rama de un abeto. No dijo nada, con la esperanza de que el chico captara la indirecta, pero en su lugar Garrett fue corriendo al establo en busca del arma.

—Volveremos enseguida —dijo Jack al salir por la puerta, aunque dudó que Mabel le hubiera oído. Estaba sentada a la mesa, enfrascada en un trabajo de costura que estaba consumiendo sus tardes. Él sintió una oleada de afecto hacia ella.

Al principio le había humillado saber que trabajaba en los campos en su lugar. Pero ya casi al final del verano, sabía que andaba cada día mejor en parte gracias a ella. Ya no era un alma perdida: estaba a su lado, con las mismas manos sucias de tierra, los mismos pensamientos en su mente. ¿Cuántos surcos plantaremos el año próximo? ¿Hace falta abonar el campo norte? Cuando la gallina nueva empiece a poner huevos, ¿debemos dejar que incube una docena, más o menos? El destino de todo eso, la granja, la felicidad de ambos, ya no recaía solo en sus manos. Mira lo que hemos hecho, le había dicho ella un día, señalándole las hileras de rábanos, repollos, brécoles y lechugas.

* * *

Con la escopeta apoyada en el brazo, Garrett corrió sendero abajo para alcanzar a Jack.

—Creo que no tendremos otro año como este —afirmó el chico. Garrett observó el campo con la incredulidad dibujada en su rostro—. Queremos lluvia, llueve; queremos sol, brilla el sol.

—Ha sido muy bueno.

Jack se agachó para arrancar dos rábanos y le ofreció uno a Garrett. Tras limpiarlos en el pantalón, se los comieron en silencio.

—Nunca podré agradecerte lo mucho que has hecho —dijo Jack, al tiempo que lanzaba las hojas verdes hacia los árboles.

—No ha sido nada.

—Ha sido mucho.

Siguieron el sendero que llegaba al campo nuevo. Garrett abría la marcha, con la escopeta en los brazos y dando puntapiés a la tierra. ¿Qué le dais de comer a mi hijo?, había preguntado Esther, en broma. Pero lo cierto era que también Jack se había percatado de que el chico había ganado varios centímetros de altura durante el verano. Había perdido parte de esa suavidad de niño en sus rasgos, y la línea de su mandíbula y de sus pómulos era más pronunciada. También había madurado en sus formas. Hablaba mirando a Jack a los ojos, expresaba sus opiniones con sinceridad y casi nunca había que pedirle que hiciera algo. George lo dudaba, decía que eran demasiado amables a la hora de hablar de su hijo menor, pero en sus visitas también él acabó notando el cambio. Quizá deberíamos haberos mandado a los otros, dijo George, riéndose. Pero Jack sospechaba que el chico solo había podido llegar a ser él mismo en ausencia de sus hermanos, que lo abrumaban. Incluso se apreciaba un cierto orgullo por el trabajo realizado en su finca en los ojos de Garrett.

El sendero recorría el borde del campo y pasaba por una franja de abetos negros. La menguada luz del sol no conseguía penetrar entre esos densos y altos árboles, y el aire era notablemente más fresco a su sombra. Era solo una línea fina, un paso para carretas, que dividía el bosque del ordenado verde del campo de cultivo, y Jack pensaba en todo el trabajo invertido en él cuando Garrett se paró en seco en medio del sendero y asió la escopeta como si fuera a cargarla. Jack miró hacia delante. Tardó solo un momento en ajustar los ojos a la oscuridad, y justo cuando lo hizo, Garrett sacó un cartucho del bolsillo y lo introdujo en el cañón.

—¡No! Espera. —Jack apoyó una mano en el hombro del chico—. No.

Garrett lo miró por el rabillo del ojo, y se dispuso a apuntar.

—He dicho que no dispaes.

—¿Al zorro? ¿Por qué no?

Garrett le lanzó una mirada de incredulidad y luego se fijó de nuevo en el cañón del arma, como si no pudiera creer lo que oía. El zorro huyó del bosque de abetos y se agachó en el sendero, indeciso. Jack no podía estar seguro: todos los zorros rojos eran parecidos. Pero a simple vista parecía el mismo: orejas negras, pelo de un color anaranjado intenso, las patas de extremos negros. Era lo único que le quedaba de ella.

—Déjalo.

—¿Al zorro?

—Sí, por el amor de Dios. Al zorro. Déjalo en paz. —Jack bajó el cañón de la escopeta.

El animal aprovechó la oportunidad y saltó hacia el campo de patatas. Jack aún distinguió un atisbo de su cola peluda y roja antes de perderlo de vista.

—¿Está loco? ¡Podría haberlo cazado!

Garrett abrió la escopeta, sacó el cartucho y se lo guardó en el bolsillo. Su mirada se cruzó con la de Jack, y éste vio en ella un atisbo de irritación, de desdén incluso.

—Mira, no me habría importado, pero...

—¿Cree que no volverá?

El tono del chico, brusco y poco respetuoso, sorprendió a Jack.

—Ya veremos.

—Siempre vuelven. La próxima vez estará revolviendo la basura u olisqueando alrededor del establo.

Garrett se puso delante mientras daban la vuelta al campo y observó por donde había huido el zorro sin decir nada. No habló de nuevo hasta que se acercaron a la cabaña.

—No tiene sentido haberlo dejado escapar.

—Digamos solo que a ese lo conozco. Pertenece a alguien. —A Jack le costaba encontrar las palabras.

—¿Pertenece a alguien? ¿Un zorro?

Estaban ya muy cerca del establo y Jack quería zanjar la charla y que Garrett se acostara de una vez. Sin embargo, el chico se paró delante de la puerta del establo.

—¿De quién era?

—De alguien a quien conocí.

—Pero si no hay nadie en kilómetros a la redonda... —Su voz se extinguió; se volvió hacia la puerta pero luego se giró de nuevo—. Vaya, ¿no se referirá a esa niña? La niña de la que hablaban mamá y papá. La que, según Mabel, aparecía por aquí el invierno pasado.

—Pues sí. Era su zorro y no quiero que nadie lo cace.

Garrett meneó la cabeza y exhaló el aire, con fuerza, por la nariz.

—¿Eso te supone algún problema?

—No. No, señor. —Hacía mucho que no le llamaba «señor».

Jack se encaminó hacia la casa.

—Es solo que... en realidad esa niña no existía, ¿no?

Jack estuvo a punto de seguir caminando. No le apetecía mantener esa conversación. Estaba cansado. Lo sucedido esa tarde lo había inquietado y deseó haberse quedado en casa, frente al horno. Pero se obligó a responder a Garrett.

—Sí. Esa niña existió. Crió al zorro desde que era un cachorrillo. El animal se deja caer por aquí de vez en cuando, pero nunca ha hecho ningún destrozo. Solo coge lo que le ofrecemos.

El bufido de incredulidad se oyó de nuevo.

—Eso no puede ser.

—¿Qué? ¿Criar a un zorro como animal de compañía?

—No. La niña. Viviendo sola, por aquí, en el bosque. En pleno invierno... No podría sobrevivir.

—¿No crees que alguien pueda hacerlo? ¿Vivir de esta tierra?

—Oh, no digo que no pudiera haber alguien. Un hombre. Alguien que de verdad supiera lo que hacía. Y no serían muchos. —Lo dijo como si se considerara uno de los pocos capaces de ello—. Desde luego, no una niña pequeña.

Garrett debió de ver una sombra que oscurecía los ojos de Jack, porque su confianza pareció tambalearse.

—Oiga, no dudo de lo que cree que vio. Simplemente creo que quizá tenga otra explicación.

—Tal vez. —Jack anduvo despacio hacia la casa. No esperó a que Garrett añadiera nada más, pero cuando ya estaba en la puerta le oyó gritar:

—Buenas noches. Y déselas también a Mabel.

Sin volverse, Jack hizo un simple gesto de despedida con la mano.

* * *

—¿Has disfrutado del paseo?

Los ojos de Mabel estaban puestos en la costura. Había encendido un candil y trabajaba con la espalda inclinada hacia la tela. Jack se quitó las botas y fue a lavarse las manos en la jofaina. De paso se echó agua fresca en la cara, y luego pasó una toalla por ella y por su nuca.

—¿Cómo va la costura?

—Sin prisa, pero sin pausa. He tenido que descoser un trozo, así que ahora mismo estoy harta. —Dejó la tela en su regazo, apoyó la espalda en el respaldo de la silla y estiró el cuello—.

¿Habéis dado un paseo agradable?

—No ha estado mal. Aunque voy más tranquilo cuando lo hago solo.

—Sí. El chico se ha vuelto muy hablador, ¿verdad? Pero me gusta así. Y es un buen trabajador.

—Sí. Lo es.

Jack revolvió las brasas del horno y añadió otro tronco. El otoño se acercaba y las noches eran cada vez más frías.

—Dime, ¿qué has estado cosiendo todo este tiempo?

—Oh, no es nada.

—¿Un secreto? ¿Un regalo de Navidad, quizá?

—No es para ti. Este no. —Mabel le sonrió.

—Va, dime qué es.

—Nada... —Pero él supo que quería contárselo.

—Vamos, suéltalo. Eres como un gato con un pececillo en la boca.

—De acuerdo. Es para Faina. Un abrigo nuevo. Creo que ya he descubierto cómo hacer el ribete. Mabel se levantó y desplegó ante sí lo que había estado cosiendo, apoyando la tela de lana azul sobre su pecho y sus brazos como si ya estuviera terminado. Luego cogió unos retazos de piel blanca.

—¿Para Faina?

—Sí. ¿No es precioso? Esto es piel de conejo. De liebre, para ser exactos. Se la pedí a Garrett. Le dije que la necesitaba y él afirmó que ésta era la más suave. Así es, tócala.

Así que a eso había dedicado su tiempo durante los últimos días. Eso era lo que la tenía en vela por las noches, dibujando en su cuaderno, sonriente y de buen humor. Jack quiso quitarle la tela de las manos y arrojarla al suelo. Se sentía enfermo, mareado.

—¿No te gusta? Mira, la última vez que la vi me di cuenta de que su abrigo estaba gastado y viejo. Y le iba pequeño, ya el invierno pasado: apenas le llegaba a las muñecas. No estaba muy segura de la talla, pero intenté recordar a qué altura de la silla llegaba cuando se sentaba a la mesa y cuál era la anchura de sus hombros.

Mabel extendió el abrigo sobre la mesa y cogió varias madejas de hilo. Su rostro estaba radiante.

—Quedará perfecto. Estoy segura. Solo espero poder terminarlo a tiempo.

—¿A tiempo para qué?

—Para cuando vuelva. —Lo dijo como si fuera un hecho tan fehaciente como que el sol saldría al día siguiente.

—¿Y cómo lo sabes?

—¿El qué?

—Por el amor de Dios, Mabel, no va a volver. ¿No lo entiendes?

Ella dio un paso atrás y se llevó las manos a las mejillas. La había asustado, pero el carácter de Mabel centelleó en sus ojos.

—Va a volver.

Dobló el abrigo y empezó a clavar alfileres en el cojincillo rojo con gestos bruscos y rápidos. Jack estaba sentado frente al fuego. Apoyó los codos sobre sus rodillas, bajó la cabeza y se pasó los dedos por sus cabellos. No podía mirar a Mabel. La oyó en la cocina, moviendo con fuerza platos y vasos, y luego caminando hacia la puerta de su habitación. Se paró en el umbral. Él no levantó la cabeza. Ella estaba sin aliento y su voz sonó ronca pero desafiante.

—Va a volver. Y, maldita sea, Jack, no voy a permitir que ni tú ni nadie me digáis lo contrario.

Luego se llevó el candil encendido a su cuarto, dejando a Jack solo y a oscuras frente al fuego.

La nieve había llegado a Mabel en sueños, y con ella la esperanza. Un abrigo azul como sus ojos, la melena blanca flotando mientras descendía corriendo por las laderas de la montaña. En ese sueño, Faina se reía, y sus risas tintineaban como campanillas en el aire frío; saltaba por encima de las piedras, y donde sus pies rozaban la roca se formaba una capa de hielo. Cantaba y bailaba por la tundra alpina, con los brazos abiertos hacia el cielo, y a su espalda la nieve caía, dando la impresión de que la niña arrastraba una capa blanca que llegaba hasta las montañas. A la mañana siguiente, al despertar, Mabel miró por la ventana y vio nieve. Aunque solo se trataba de una fina capa en las cimas más lejanas, ella supo que había sido algo más que un sueño.

La niña no tenía que morir. Quizá no los había abandonado para siempre. Podía haberse ido hacia el norte, a las montañas, donde la nieve nunca se fundía, y, en cuanto llegara el invierno, tal vez regresara a esa cabaña donde la esperaban los dos ancianos.

Mabel solo tenía que desear y creer. Su amor sería como un faro para la niña. Por favor, niña. Por favor. Vuelve con nosotros.

* * *

Por muchas vueltas que le diera, Mabel siempre remontaba la aparición de la niña a la noche en que ella y Jack la hicieron de nieve. Jack había trazado sus labios y sus ojos. Mabel le había dado los mitones y enrojecido sus labios. Aquella noche había nacido la niña, fruto de la nieve, el amor y la tristeza.

¿Qué había sucedido en aquella noche fría, cuando la escarcha dibujó un halo en los cabellos pajizos de la niña y la nieve se transformó en carne y hueso? ¿Fue como contaba el libro, una calidez que se extendía a través del frío, primero de la frente a las mejillas, luego de la garganta a los pulmones y al cuerpo, separándose de la nieve y de la tierra helada? La ciencia exacta de una molécula transformada en otra era algo que Mabel no se veía capaz de explicar, pero tampoco habría sabido dar cuenta de cómo el feto se formaba en el útero, cómo esas células se convertían en un corazón que latía y en un alma plena de esperanza. No entendía el milagro hexagonal de esos copos de nieve que salen de las nubes, helechos y plumas cristalizadas que caen suavemente sobre la ropa, estrellas blancas que se funden al menor roce. ¿Cómo algo tan fuerte y bello llegaba a ser algo tan pequeño, tan fugaz, tan incognoscible?

No hacía falta comprender los milagros para creer en ellos. De hecho, Mabel había llegado justamente a la conclusión opuesta. Para creer uno debía cesar de buscar explicaciones y limitarse a sostener esa cosita en las manos tanto tiempo como era posible antes de que se derramara en forma de agua entre los dedos.

Así pues, mientras el otoño endurecía la tierra y la nieve invadía las montañas, ella cosió un abrigo para una niña de cuyo regreso nunca dudó.

Mabel adquirió varios metros de lana hervida, y luego en una olla gigante la tiñó de un azul intenso que le recordaba al río del valle en invierno. Las costuras serían de seda y el ribete de piel blanca. Sería grueso y práctico, pero adecuado para una doncella de nieve. Los botones, con filigranas de plata, procedían de una tienda de Boston; ella los había guardado en un tarro durante años sin saber dónde usarlos hasta entonces. El ribete de piel blanca lo cosería en torno a la capucha y en las solapas, en el borde inferior y en los puños. Los copos de nieve, bordados en hilo de seda blanco, caerían en tropel por las pecheras y la espalda del abrigo.

Cogió su cuaderno de dibujo y un ejemplar del libro de Robert Hooke, *Micrographia: Or Some Physiological Descriptions of Minute Bodies Made by Magnifying Glasses*. Era uno de los pocos libros de ciencias naturales de su padre que había llevado consigo y recordó que lo tenía una tarde mientras trabajaba en el abrigo de Faina. Aquel viejo libro contenía ilustraciones de imágenes agrandadas, y de niña Mabel se había quedado particularmente fascinada por un dibujo desplegable, que mostraba el grabado caligráfico de un piojo con todas sus patas largas y flacas. Pero en él también había dibujos de copos de nieve.

«Tras exponer un trozo de tela negra o un sombrero de ese color bajo la nieve, he observado a menudo con gran placer tal infinita variedad de figuras formadas por la nieve que resultaría imposible reproducirlas todas...» Y a continuación Hooke había añadido sus esbozos de una docena de copos de nieve, redondos y en forma de pluma, estrellados y hexagonales.

Mabel copió varios dibujos. Luego, de memoria, trató de recrear el que había visto en la manga de su abrigo la noche en que ella y Jack crearon a la niña de nieve.

En cuanto al patrón del abrigo, usó como modelo uno simple que había comprado por catálogo. Por las tardes, incluso cuando fuera aún había luz, los árboles y los aleros del tejado evitaban que el sol entrara por los ventanucos de la cabaña, así que Mabel encendía un candil y desplegaba la tela en la mesa. El hecho de seguir un patrón le ofrecía una especie de consuelo, un equilibrio tranquilo al duro trabajo del campo de las mañanas. El trabajo en la granja era duro, agotador, y en gran parte una cuestión de fe: el granjero echaba en la tierra todo lo que tenía, pero la lluvia o el sol no dependían de él. Coser era distinto. Mabel sabía que, si era paciente y meticulosa, si seguía las instrucciones con esmero, daba los pasos correctos y obedecía las normas, al final todo saldría bien, tal y como debía ser. Un pequeño milagro en sí mismo, uno de los pocos que ofrecía la vida.

Por mucho que disfrutara cosiendo, fue en el bordado donde expresó sus esperanzas renovadas, cada punto una muestra de devoción, cada copo de nieve una celebración del milagro.

El primero que decidió bordar fue el de Faina, el que la niña había tenido en la palma de la mano: una estrella de seis puntas perfectas, cada una con un patrón de helecho idéntico. Entre cada helecho, las puntas de una estrella más pequeña se superponían en el centro, y, a su vez, en ese centro bordó el corazón en forma de hexágono.

Mabel estaba inclinada sobre el tambor de bordar, con la nariz a pocos centímetros de la tela, cuando entró Jack, que venía de dar de comer al caballo. A ella no le importaba que cada noche se quedara fuera más y más tiempo, aunque sí se preguntaba por qué la evitaba. Sin embargo, notó en él una cierta irritación, y se paró.

—¿Todo bien? —preguntó, levantando la cabeza de la aguja y el hilo.

Él asintió con un gesto.

—He visto que anoche heló —continuó ella—. ¿Recogeremos las patatas pronto?

Otro brusco ademán afirmativo.

—¿Se ha acostado ya Garrett? Quería darle otro libro para leer. Estaba pensando en otro de Jack London, o quizá *La isla del tesoro*. Si no tuviera tiempo de acabarlo, siempre podría llevárselo a su casa.

Mabel mordió el hilo y levantó el copo bordado a media altura para observarlo. Podía mostrárselo a Jack, pero eso solo le pondría de peor humor. El abrigo, los dibujos de los copos de nieve, cualquier mención a Faina hacía que sus hombros se tensaran y se cerrara en banda. Ella podía haberle preguntado el porqué, pero temía a la respuesta. Como él solía decir, déjalo estar. Y eso hizo ella.

Una semana después, con la última patata metida en el saco, el día amaneció con una fina capa de nieve temprana. Hacia el mediodía se habría fundido y Mabel estaba segura de que el invierno aún tardaría varias semanas en llegar definitivamente. En cualquier caso, la visión de la nieve le encantó. En cuanto tuvo hecho el desayuno para Jack y Garrett, se puso el abrigo y las botas.

—¿Dónde vas a estas horas? —preguntó Jack mientras daba cuenta de los huevos con patatas.

—He pensado que me apetecía salir a dar una vuelta, a ver la nieve.

Jack asintió, pero en las fatigadas arrugas que rodeaban sus ojos, ella vio sus temores. El miedo a una decepción para Mabel. A que Faina no regresara. A que la niña no fuera ese milagro que Mabel deseaba.

Mabel se abrochó el abrigo hasta el cuello y se puso el sombrero y los guantes de trabajo antes de salir de casa. Hacía menos frío del que esperaba. Las nubes ya se habían despejado y el sol aparecía entre los árboles. Álamos y abedules habían perdido las hojas y la nieve recién caída dibujaba finas líneas sobre las ramas. Pasado el establo y el álamo, el paraje aparecía teñido de un blanco impoluto. Mabel pensaba bajar hasta el río o seguir el camino hasta los campos más alejados, pero entonces recordó que era el último día que Garrett pasaba con ellos. Regresaba a su casa para el invierno y aunque con toda seguridad le seguirían viendo durante los meses venideros, la ocasión tenía el aire de una despedida. Ella quería regalarle uno de sus libros, el que él escogiera.

Cuando volvió, Garrett estaba fregando los platos.

—Ni hablar. No en tu último día. —Mabel colgó el abrigo del gancho que había en la puerta—. ¿Qué vamos a hacer sin ti, Garrett?

—No sé. Podría quedarme.

—No creo que a tu madre le hiciera ninguna gracia —dijo Jack, mientras metía los platos en el barreño—. Está ansiosa por tener a su benjamín en casa.

Garrett no parecía verlo tan claro, pero optó por morderse la lengua. En los últimos meses había cambiado, había crecido. Asumía gran parte de la responsabilidad de la granja y por las tardes hablaban de posibles cosechas y pronósticos del tiempo, de libros y de arte. Mabel ya no se excluía de las conversaciones. Se mostraba tan dispuesta a discutir las variedades de nabos que podían plantar como de describir los museos que había visitado en Nueva York.

¿Quién habría dicho que un jovenzuelo tendría algo que enseñar a una mujer hecha y derecha? Pero fue Garrett quien la había llevado a los campos, quien la había acercado al estilo de vida que ella se había imaginado para sí misma en Alaska. Ella no habría sabido explicárselo. Teniendo a Esther de madre, él no debía de imaginar que una mujer pudiera hacer algo en contra de su voluntad, o peor aún, no supiera cuál era esa voluntad. Mabel pensaba que era como si hubiera vivido en un agujero, cómodo y seguro desde luego, y que él se había limitado a tenderle la mano para hacerla salir al sol. Desde entonces era libre para ir donde quisiera.

—Garrett, estaba pensando que podrías llevarte prestado un libro a casa. Solo si quieres, claro.

—¿De verdad? ¿No le importaría? Lo trataré con mucho cuidado.

—Estoy segura de ello. Por eso te lo propongo.

Mabel le condujo al dormitorio y se arrodilló en el suelo para sacar el baúl.

—Eh, ya lo hago yo. —Lo sacó a rastras de debajo de la cama sin el menor esfuerzo—. ¿Todo esto está lleno de libros?

—Este y unos cuantos más. —Mabel se rió al ver la cara de sorpresa de Garrett—. Deberías haber visto la biblioteca de mi padre. Una habitación casi del tamaño de toda la cabaña forrada de estantes y estantes con libros. Pero solo pude llevarme unos cuantos...

—¿Los echa de menos?

—¿Los libros?

—Y a su familia. A todo lo demás. Las cosas deben ser muy distintas allí.

—Bueno, en algún momento desearía tener un libro concreto o ver a un amigo o pariente, pero en general me alegro de estar aquí.

Mabel abrió el baúl y Garrett empezó a sacar libros de su interior.

—Tómate el tiempo que quieras. Tu madre no te espera hasta la hora de la cena. —Ella se incorporó y se sacudió la falda. Estaba en la puerta cuando oyó que Garrett le decía:

—Gracias, Mabel.

Ella pensó en expresarle su propia gratitud, intentar explicarle lo que él había hecho por ella.

—De nada, Garrett.

Queridísima Ada:

Felicidades por tu nuevo nieto. ¡Qué alegría! Y tenerlos a todos tan cerca... Debe ser maravilloso oír los pasitos de los niños en los viejos escalones de madera cuando vienen de visita. Lamenté mucho enterarme del fallecimiento de la tía Harriet, pero al mismo tiempo creí entender que tuvo una muerte plácida, sin dolor y a una edad respetable. Aprecio enormemente todas las noticias que me haces llegar sobre la familia.

Estamos bien aquí, lo digo de corazón. Me consta que nos tachasteis de locos cuando nos vinimos a Alaska y durante un tiempo hasta yo lo pensé. Sin embargo, este último año lo ha compensado todo. He empezado a colaborar en las tareas de la granja. Imagínate, la misma a la que siempre llamaban tímida y delicada, de rodillas en el campo, plantando patatas y sucia de tierra. Pero en realidad trabajar con tus propias manos provoca una sensación maravillosa. Jack ha transformado este indómito pedazo de tierra al que llamamos hogar en una granja floreciente, una obra que ahora también yo puedo llamar mía. Nuestra alacena rebosa de tarros llenos de mermelada y carne del alce que Jack cazó en otoño. Oh, a ratos añoro el Este, como lo llaman aquí, y desde luego mi corazón desearía veros, a ti y al resto de la familia, pero hace poco hemos decidido que este traslado es definitivo. Este es ahora nuestro hogar, y Jack y yo llevamos aquí una nueva vida que nos satisface.

Te envío también unos cuantos dibujos que he hecho estos meses. Uno es del parterre de fresas del que estoy tan orgullosa y que ha dado lugar a montones de tartas de fresa durante el verano. El otro es del frondoso paisaje que se aprecia a lo largo del río. De fondo puedes ver las montañas que enmarcan este valle. El último es de un copo de nieve que tuve el placer de observar de cerca el pasado invierno. Lo he dibujado una y otra vez, porque esa elegancia infinitesimal me resulta fascinante.

Entre estas páginas hallarás también unas ramas de arándanos. Las florecillas blancas no parecen gran cosa ahora que están secas, pero te aseguro que son preciosas cuando cubren los bosques en primavera. Y añadido también unos patucos para el nuevo bebé de Sophie. Espero que te lleguen antes de que la niña sea demasiado grande para ponérselos.

Creo que pronto llegarán las nieves. Las montañas están blancas, hiela por las mañanas. Anhelo su llegada con todas mis fuerzas.

Tu amantísima hermana,

Mabel

El invierno llegó de repente, con toda su crudeza, a finales de octubre. No fue esa nieve lenta y húmeda que pone un amable broche de oro al otoño, sino una súbita e intensa tormenta acompañada del frío aire del río. Apenas habían comido y fuera parecía ser medianoche; Jack y Mabel oyeron cómo la tormenta chocaba contra su cabaña. Jack, que estaba engrasando las botas junto al horno de leña, levantó la cabeza y Mabel, sentada a la mesa de la cocina, dejó de coser. Los golpes llegaron de nuevo, más fuertes. Por fin, Jack fue hacia la puerta y la abrió.

Tuvo la momentánea sensación de que lo que había ante él era un fantasma de la montaña, un espectro nevado y cubierto de manchas de sangre. Faina estaba más alta y, si es posible, más delgada de lo que él recordaba. El sombrero de piel y el abrigo de lana estaban blancos por la nieve y sus cabellos colgaban como una sogá mojada. En su frente había manchas de sangre seca. Jack no pudo hablar ni moverse.

La niña se quitó el sombrero, lo sacudió para quitarle la nieve y levantó la vista como si creyera que había sido esa prenda la que había impedido que Jack la reconociera.

Soy yo, Faina.

Estaba casi sin aliento, pero esa voz, firme y alegre, rompió el hechizo. Cogió a la niña en brazos y la sostuvo en el aire.

¿Faina? Faina. Dios. Estás aquí. Estás aquí de verdad.

No estaba seguro de si decía esas palabras en voz alta o solo las oía en su cabeza. Luego apoyó la barba en sus cabellos y aspiró el viento del glaciár que sopla sobre las copas de los abetos y la sangre que corre salvaje por las venas, y sus rodillas estuvieron a punto de ceder. Aún rodeándola con un brazo, metió a la niña en la cabaña y cerró la puerta.

Dios mío, Mabel, y sabía que su voz reflejaba toda su emoción. Es Faina. Está aquí. En la puerta.

Oh, niña, me preguntaba cuándo llegarías.

Mabel, serena y sonriente. ¿Cómo podía mostrarse tan impasible cuando él, un hombre adulto, estaba conmocionado por ver a la niña? ¿Por qué no lloraba, ni corría a abrazarla o incluso caía rendida a sus pies? En su lugar, Mabel se colocó detrás de ella y le quitó la nieve de los hombros.

Mírate. Mírate.

A Mabel le brillaban los ojos y tenía las mejillas radiantes, pero su voz se mantenía tranquila, sin el menor atisbo de llanto. Faina empezó a desabrocharse el abrigo y Mabel la ayudó a quitárselo y le sacudió la nieve.

Ya está. Venga, deja que te vea.

Mantuvo a la niña a cierta distancia.

Sabía que habrías crecido.

¿Crecido? Mabel debía de haber perdido la cabeza. Ni una palabra de la sangre, ni del lastimoso aspecto de la niña, ni de los largos meses de su desaparición.

Jack puso la mano en la barbilla de la niña y volvió su cara hacia él.

¿Qué te ha pasado, Faina? ¿Estás bien?

¿Ah, esto?

La niña se miró las manos.

He estado despellejando conejos, dijo.

Tenía los ojos muy abiertos, expectantes.

Estoy aquí, dijo. He regresado.

Claro que has vuelto. Claro. Y Mabel lo comentó en tono ligero, como si nunca hubiera existido la menor duda al respecto.

¿Cómo...? Las palabras de Jack se perdieron cuando Mabel casi arrastró a la niña hacia la mesa. Sabía que no tardarías mucho, dijo Mabel. Por eso me he dado tanta prisa. Lo he terminado esta misma noche. Pero espera, me estoy adelantando. Tienes que lavarte y asearte un poco, ¿verdad?

Faina sonrió y levantó las manos. Presentaban marcas del frío además de manchas con sangre en cada una de sus uñas, pero Mabel se limitó a cloquear como si fuera una gallina, como si todo aquello fuera solo un poco de tierra en un niño que hubiera estado jugando en el barro. Dejó la costura encima de una silla.

Ven, vamos a ver, dijo. Ya había puesto agua a calentar, para el té. Creo que tendremos bastante para lavarte.

Faina esbozó una sonrisa tímida. Poco después, Mabel se había sentado con ella y le lavaba las manos en agua caliente y llena de jabón; luego le lavó la cara con un trapo. Jack permanecía al lado del horno de leña, tan atónito por la calma de su esposa como por la aparición de la niña. Cuando Mabel se fue a buscar algo al dormitorio, Jack se puso al lado de Faina, se arrodilló junto a su silla y luchó con las ganas de volver a estrecharla entre sus brazos.

Señalando la sangre que teñía el agua, habló en un tono más severo del que pretendía adoptar.

¿Qué es todo esto? ¿Dónde has estado? ¿Qué te ha sucedido?

Jack, no la agobies, dijo Mabel a su espalda. Está agotada. Deja que descanse.

Faina se disponía a hablar, pero Mabel la acalló con gentileza y le puso delante un espejo para que se viera.

Ya ha pasado todo. Has vuelto sana y salva. Y estás preciosa.

Era verdad. La niña estaba perfectamente, en su cabaña. Garrett había dudado de que fuera posible y Jack notó una oleada de orgullo en nombre de la niña. Había sobrevivido, contra todo pronóstico.

¿Qué opinas?, preguntó Mabel a Jack al tiempo que ponía a Faina de cara a él.

La niña estiró los brazos y se miró el abrigo nuevo. Jack nunca había visto nada parecido. Era del azul frío del cielo invernal, con botones plateados que centelleaban como pedazos de hielo y piel blanca que asomaba alrededor de la capucha, por los puños y por todo el bajo del abrigo. Pero lo más esplendoroso eran los copos de nieve. De distintos tamaños y formas, conferían al conjunto un aire de movimiento, dando la impresión de que caían por la lana azul. Su belleza extraña se correspondía con la de la niña.

Precioso, dijo él, y tuvo que tragar saliva para sofocar la emoción que sentía al ver a la niña, ataviada con el abrigo de copos de nieve, por fin en su hogar.

¿Y tú qué dices?, le preguntó. ¿Te gusta el abrigo nuevo?

La niña no dijo nada, pero dio la impresión de que fruncía el ceño.

¿Faina? Cielo, no pasa nada, dijo Mabel. Entiendo que no te guste, no te preocupes. No es más que un abrigo.

La niña meneó la cabeza: no, no.

De verdad. Tranquila. Si lo sientes demasiado estrecho, puedo hacerte otro. Y si es demasiado grande, lo guardaremos para el año que viene. No te preocupes.

¿Lo has hecho tú?, susurró Faina. ¿Lo has hecho... para mí?

Bueno, sí. Pero no es nada: tela y unos cuantos puntos.

La niña pasó las manos por la pechera, por los copos de nieve bordados en ella.

Así, ¿te gusta?

Como respuesta, la niña se lanzó a los brazos de Mabel y apoyó la cabeza en su hombro. En el rostro sonriente de la niña, Jack vio una intensa expresión de afecto.

Es lo más bonito del mundo, dijo Faina, aún en brazos de Mabel.

Oh, ¡qué feliz me haces! Mabel se incorporó, cogió a la niña de las manos y la observó de arriba abajo.

Te va bien, ¿verdad?

La niña asintió, luego su mirada fue hacia su abrigo viejo.

Faina, estaba pensando que tal vez podrías usar el viejo como manta. De ese modo, lo conservarías. ¿Te parece bien? Tendré que cortarlo, pero luego puedo recoser las partes y darles la forma de una manta.

¿De verdad? ¿Sí? ¿Y podría quedármelo?

Desde luego. Sin la menor duda.

* * *

Mabel se mostró alegre y habladora mientras hacía la cena, y llenó con sus palabras todo el aire sin dejar que Jack ni la niña hablaran de nada salvo de lo maravilloso que era estar todos juntos otra vez. Quizá eso debería haber sido todo. Quizá él debería haber estado simplemente agradecido sin pedir más.

Fue solo cuando el calor reinaba en la cabaña, debido al fuego de leña y al vapor que salía de la cocina, que la niña pareció removerse en la silla; solo entonces notó Jack el temor que se agitaba bajo la superficie, un atisbo de duda o de miedo en la felicidad sin fisuras que Mabel quería aparentar. La propia Mabel fue hasta la puerta y volvió con un puñado de nieve, con la que frotó las mejillas y la frente de la niña.

Ya, ya. Aquí hace demasiado calor. Toma, toma.

Jack apoyó el dorso de la mano en la cabeza de la niña, pero ésta seguía estando fría al tacto.

Sospecho que solo está cansada, Mabel.

Pero ella siguió mojóndola con la nieve, acariciando con ella los labios de la niña.

Hace demasiado calor, demasiado calor, murmuraba Mabel. Por favor, trae más nieve.

Jack abrió la puerta y se encaró con la impresionante tormenta; la nieve viajaba en todas direcciones empujada por el viento del río. Era una noche atroz. La niña quedaría empapada en cuestión de segundos y el viento se llevaría consigo el menor resto de calor. No pensaba dejarla marchar para que regresara a esa gélida y miserable cueva de la montaña.

Esta noche te quedarás aquí, dijo el hombre cuando entró con un puñado de nieve en las manos.

Mabel frunció el ceño.

¿Sí?

Sí.

Él hablaba con más firmeza de la que sentía en realidad.

La niña seguía sentada en su silla de siempre, sus ojos azules entrecerrados, enfurecidos.

Me marcharé, dijo.

Esta noche no, dijo él. Te quedarás aquí, con nosotros.

Sí... hazle caso, niña. ¿No oyes cómo sopla el viento? Puedes dormir en el establo.

Jack miró a su mujer, sorprendido. ¿El establo? ¿Por qué diantre sugería algo así? Hacía un frío de mil demonios allí, casi tanto como a la intemperie. Pero Mabel insistió.

Estarás cómoda, le dijo. Dispusimos un dormitorio para el chico que vino a ayudarnos este verano. Es muy acogedor, y estarás a salvo del viento.

Pero Faina ya se había puesto de pie. Cuando miró a Jack, no le dijo nada, pero fue como si estuviera gritando. Me lo prometiste. No puedes retenerme aquí.

Él se preguntó qué podía hacer. ¿Echar mano a su superioridad física, coger a la niña y obligarla a quedarse en contra de su voluntad? Lucharía como un gato atrapado. Con gritos, chillidos, mordiscos y arañazos, de eso no tenía ninguna duda, y él acabaría sintiéndose como una bestia.

Pero tampoco podía dejarla volver a aquella naturaleza desoladora; no después de aparecer, tambaleante y manchada de sangre en su casa. Si resultaba herida, o incluso muerta, cuando él podría haberla mantenido a salvo, no se lo perdonaría nunca.

Pero Faina ya se había abrochado los botones plateados de su abrigo nuevo.

No te enfades, por favor, dijo Mabel.

¿No oyes el viento?, preguntó Jack.

La niña ya estaba en la puerta. Él esperaba que Mabel protestara, suplicara incluso.

De acuerdo, dijo Mabel por fin. Si debes irte, hazlo. Pero volverás, ¿verdad? Prométeme que siempre volverás.

Solemnemente, como quien pronuncia un juramento, la niña dijo: Lo prometo.

Jack la vio marchar, y la escena se le antojó un sueño inquietante: la niña con la frente manchada de sangre, la enredada melena blanca y el abrigo de copos de nieve, y su esposa, tranquila y conciliadora. Estuvo un rato apostado en la ventana, contemplando la noche. Tras él, Mabel trasteaba con los platos y los retales.

—¿Cómo pudiste saberlo? —preguntó él.

—¿Qué?

—¿Cómo pudiste saber que volvería? ¿Ahora o nunca?

—Es la primera nevada. Exactamente igual que esa noche.

Jack la miró y meneó la cabeza despacio, sin entender.

—¿No te acuerdas? La noche en que hicimos esa niña de nieve. Caían copos como platos. ¿Lo recuerdas? Nos lanzamos bolas de nieve. Luego la hicimos. Tú trazaste los rasgos de su cara. Yo le puse los mitones.

—¿Qué estás diciendo, Mabel?

Ella se encaminó a los estantes y volvió con un libro muy grande, encuadernado en piel azul y adornado con filigranas plateadas.

—Mira. —Lo deslizó sobre la mesa hacia él—. Aunque no podrás leerlo. Está escrito en ruso.

Jack cogió el libro. Era inusualmente pesado, como si las páginas estuvieran hechas de piel en lugar de papel. Ojeó las ilustraciones, impaciente.

—¿Qué es esto?

—Un libro de cuentos.

—Eso ya lo veo. ¿Qué tiene que ver con...?

—Trata de una pareja de ancianos. Lo que más desean en el mundo es un hijo, pero no pueden tenerlo. Entonces, en una noche de invierno, hacen una niñita de nieve y ella cobra vida.

Jack notó un vuelco en el estómago, como si de repente hubiera pisado sobre arenas movedizas y, por mucho que lo intentara, no consiguiera volver a tierra firme.

—Para —le dijo.

—La niña se marcha todos los veranos y regresa cuando nieva. ¿No lo ves? Si no lo hiciera... podría fundirse. —Mabel pareció asustarse al decir estas palabras pero su voz se mantuvo inalterada.

—¡Por Dios, Mabel! ¿Te estás oyendo?

Ella abrió el libro por una ilustración que mostraba a la pareja de ancianos arrodillados junto a una preciosa niñita, con las piernas y los pies envueltos de nieve y la cabeza coronada por joyas de plata. En sus manos había unos mitones azules.

—¿Lo ves? —Ella hablaba como lo haría una enfermera a un paciente en cama, con voz suave y condescendiente—. ¿Lo ves?

—No, Mabel. No veo nada. —Él cerró el libro de golpe y se levantó de la silla—. Has perdido la cabeza, ¿no? Me estás diciendo que esa niña, la niña, es una especie de espíritu, una especie de hada de nieve. Por Dios. Por Dios...

Se dirigió al otro lado de la cabaña, deseando escapar pero sin poder hacerlo.

Mabel atrajo el libro hacia sí y deslizó sus manos por las tapas. Temblaba ligeramente.

—Sé que parece imposible, pero ¿acaso no lo ves? —insistió ella—. La deseábamos, la hicimos con amor y esperanza, y ella vino a nosotros. Es nuestra niña, y no sé explicar cómo, pero está hecha de este lugar, de esta nieve, de este frío. ¿No eres capaz de creerlo?

—No. No lo soy. —Sentía ganas de coger a Mabel por los hombros y zarandearla.

—¿Por qué no?

—Porque... porque sé cosas que tú desconoces.

Fue ella quien pareció asustada entonces. Apretó el libro contra su pecho, con los labios cerrados, temblorosa.

—¿Qué es lo que sabes?

—Por amor de Dios, Mabel. Enterré a su padre. ¿No lo entiendes? Se emborrachó hasta morir delante de esa pobre cría, haciendo caso omiso a sus súplicas. Ella intentó darle calor con las manos aunque él se estaba muriendo ante sus propios ojos. Su padre. ¿Y todos estos días en que me ausentaba? ¿Dónde creías que estaba? Allí arriba, en las montañas, intentando ayudarla. Excavando una maldita tumba en mitad del invierno.

—Pero... no me habías dicho nada.

Ella habló como si él estuviera mintiendo, como si inventara ese horrible cuento para demostrarle que estaba equivocada. Así pues se aferró con fuerza a sus ilusiones. Jack tensó la mandíbula una y otra vez, notando el tirón del músculo mientras mascaba la rabia que sentía.

—Ella me hizo prometerlo. No decirlo, ni a ti ni a nadie. —Sonaba a excusa débil. Un hombre adulto prometiéndole algo así a una niña pequeña. Había sido un tonto.

—¿Y la madre?

—También muerta. Cuando ella era solo un bebé. —Estaba cansado, se sentía viejo, y no podía discutir a voz en grito de esas cosas—. Creo que debió de ser tisis. Faina dijo que había muerto de una enfermedad que la hacía toser, en el hospital de Anchorage.

Ella miraba sin ver. Asintió despacio con la cabeza, la sangre parecía haber abandonado sus mejillas. Él fue hacia su esposa, se arrodilló a su lado y le cogió las manos.

—Debería habértelo dicho. Lo siento, Mabel. De verdad. Me gustaría que fuera verdad, que la niña fuera nuestra, que fuera una especie de hada del bosque. Eso también me habría gustado.

—¿Dónde vive? —susurró ella, entre dientes.

—¿Qué?

—¿Dónde vive?

—En una especie de cabaña, excavada en la ladera de la montaña. No está tan mal, la verdad. Es un lugar cubierto, seco, y tiene comida. Ella cuida de sí misma. —Él quería creer que la niña era dura, intrépida, como una cabra montés.

—¿Sola? ¿Ahí afuera?

—Por supuesto, Mabel —repuso él—. ¿Qué creías? ¿Que cuando no estaba con nosotros era una especie de copo de nieve, una niña de nieve? ¿Eso creías?

Ella le soltó las manos y se puso de pie con tanta fuerza que derribó la silla.

—¡Maldito seas! ¡Maldito seas! ¿Cómo pudiste hacerlo?

Su furia le sorprendió.

—¿Mabel?

Apoyó las manos en sus hombros con intención de abrazarla, pero notó el calor de su ira a través de la tela del vestido.

—¿Cómo pudiste dejarla vivir allí, como si fuera un animal salvaje? Sin madre. Sin padre. Sin comida ni amor. ¿Cómo pudiste?

Ella le empujó y fue hacia su abrigo.

—¿Mabel? ¿Qué haces? ¿Adónde vas?

Ella no respondió. Él la agarró del brazo, pero ella se soltó. Se echó una bufanda al cuello, se puso los guantes y el abrigo. Luego cogió la lámpara de aceite que colgaba sobre la mesa.

—¿Mabel? ¿Qué estás haciendo?

Jack se quedó parado, los pies solo cubiertos por calcetines, mientras ella salía dando un portazo.

Volvería. Era de noche y nevaba. No podría ir muy lejos. No conocía el camino, apenas había salido de la finca a no ser que hubiera sido en la carreta, conducida por él.

Pero el silencio de la cabaña lo ponía nervioso. Encendió otro candil, paseó ante la puerta. Los minutos pasaban en el viejo reloj de madera. Por fin, se puso el abrigo y las botas y cogió el candil. Nevaba sin tregua. La nieve caía con tanta intensidad que él apenas podía ver a más de un metro de distancia. Las huellas de Mabel habían desaparecido.

Mabel corrió sin ver, con la cara humedecida por las lágrimas y la nieve, y el paso tambaleante. El pequeño círculo de la luz del candil oscilaba bruscamente entre los árboles nevados. Durante un rato se dedicó a correr sin parar en dirección a las montañas, aunque tampoco es que estuviera muy segura de ello. La falda le arrastraba en la nieve mientras ella se abría paso entre las ramas de abeto; en más de una ocasión estuvo a punto de caer al suelo, pero avanzaba inmune al frío o al dolor. Lo único que notaba era la adrenalina en los oídos y una rabia sorda que, con cada paso, empezaba a calmarse pasando a ser una especie de estupor doloroso.

Frenó el ritmo cuando el camino se sumergió en el barranco y los árboles dieron paso a arbustos grandes, con ramas gruesas que yacían en la tierra como brazos dispuestos a atraparla. Se subió en una de ellas con el candil en la mano. Los arbustos no llegaban al tamaño de los árboles, pero tampoco eran como las zarzamoras de cerca de su casa. Algunas ramas eran tan gruesas como su pierna, cubiertas de hojas secas. Mabel se agarró a una y cuando apartó la mano se encontró con un montón de piñas diminutas. Entre esos arbustos se escondían unas plantas espinosas conocidas como el garrote del diablo, en esa época libres de sus grandes hojas verdes pero no de sus espinas. En lugares donde ramas y arbustos eran tan densos y frondosos, el pánico atenazaba su pecho. ¿Y si no conseguía hallar el camino de salida?

Por fin el terreno dibujó una leve pendiente ascendente y Mabel se encontró de nuevo entre abetos, abedules y algunos álamos. Se detuvo para mirar hacia atrás. No se apreciaba ya ni rastro de la cabaña, y salvo el pequeño círculo de luz que ofrecía el candil, la negritud la cercaba por todos lados. Notaba el cabello húmedo, pegado al cuello, y la ropa, mojada y fría, le pesaba. Pero no tenía intención de dar media vuelta. Él podía quedarse en la cabaña si quería, sin saber nada, tal y como ella había pasado tantas horas. Ella encontraría a la niña y arreglaría esa situación.

Levantó el candil por encima de su cabeza y escrutó la oscuridad nevada. Frente a ella, la luz le mostró que alguien o algo había pasado por esa nieve. Fue hacia esas huellas y las miró de cerca, intentando discernir hacia dónde iban y de dónde procedían. ¿Podían pertenecer a la niña? Pero, aun si así era, ¿en qué sentido iban? Tras aquella obcecada carrera había perdido la orientación: ignoraba dónde quedaba su casa, el río o las montañas. Al mismo tiempo algo en esas huellas parecía raro, ya que la nieve era demasiado profunda para que resultaran visibles. De todos modos decidió seguir las.

Las huellas conducían a un abedul caído. Ella tuvo que debatirse con su falda larga para poder pasar por encima. Cuando por fin superó el obstáculo, estaba empapada en sudor y nieve, y las piernas le temblaban de agotamiento. Tomó el sendero hacia la izquierda, casi corriendo. Se detuvo cuando notó que la garganta le ardía y que los pulmones parecían a punto de estallar, pero solo el tiempo de realizar unas cuantas inhalaciones profundas. Se imaginó hallando a la niña acurrucada bajo la tormenta. Mabel la agarraría y no la soltaría nunca. No sabía a qué distancia estaba de casa. ¿Acaso se encontraba ya acercándose a los pies de la montaña? La tierra era llana, pero tenía la impresión de haber estado corriendo durante horas.

Al tropezar de nuevo con el árbol caído, el mismo al que se había encaramado, se percató de su error. Era una vieja tonta corriendo en círculo, persiguiendo su propia sombra en los bosques en plena noche. Era consciente de que cualquier criatura del bosque la vería con tanta claridad como si fuera de día, mientras ella, por su parte, estaba ciega a esas horas de la noche. Entonces tuvo la sensación de estar subida a un árbol, contemplando su propia locura. Mabel se vio a sí misma, despeinada y exaltada, moviendo la cabeza a un lado y al otro, mientras las ramas se le pegaban a los cabellos. Fue un horrible despertar, como si en ese acto ella hubiera

perdido definitivamente y se enfrentara a una profunda caída. Pensó en Jack, en la cabaña, y lo vio firme e iluminado, en la nebulosa penumbra. Podía dar media vuelta y seguir sus propias huellas en dirección a su casa. No estaba tan lejos. Pero el enfado no se había apagado del todo. Cuando empezó a correr de nuevo, ya no buscaba huellas, ni las siluetas de las montañas recortadas en el cielo negro. Todo era extraño y desconocido, y apenas veía a unos cuantos pasos de distancia. A ratos la luz capturaba matorrales de arándanos helados en ramas desnudas, flacos abetos o los manchados troncos de los abedules, antes de que la oscuridad volviera a ser absoluta. En un momento determinado se percató de que algo se movía por los árboles que tenía más cerca y se paró, con el corazón latiendo desbocado y sin aliento.

—¿Faina? ¿Eres tú? —susurró en voz alta.

Pero sabía que no se trataba de la niña, sino de algo mucho más grande. La única respuesta fue el ruido de las ramas. Se le aceleró el pulso. Estiró la cabeza para ver mejor, para alcanzar a ver algo que fuera más allá del vaho que salía de su boca. Al principio no estaba segura, pero tuvo la impresión de que el ruido más bien se alejaba. Quería volver a casa, aunque no sabía el camino.

No tuvo fuerzas para correr, ni casi para andar. Estaba acalorada, sedienta. Agarró un puñado de nieve con la mano enguantada y se la metió en la boca, dejando que se le deshiciera en la garganta. Estuvo tentada de quitarse el sombrero, e incluso el abrigo, pero sabía que podía morir congelada si lo hacía. Se llevó otro montón de nieve a la frente y siguió andando. Esperaba dar con un camino, un camino cualquiera, y seguirlo dondequiera que fuese: tal vez hacia las montañas, tal vez hacia el río, tal vez de vuelta a casa. Fatigada, su paso se volvió inseguro, las botas tropezaban con arbustos y raíces.

Cuando cayó, el golpe fue tan duro, tan súbito, que casi tuvo la sensación de que alguien la había empujado por la espalda. Ni siquiera pudo poner los brazos para amortiguar la caída y el impacto la dejó sin aire. En ese mismo instante, el candil dio contra la nieve emitiendo un chasquido sordo y una especie de silbido, y cuando Mabel pudo levantar la cara de la nieve la asaltó el súbito temor de haberse quedado ciega. Luego notó que sus manos estaban vacías. Había soltado el candil. Mabel parpadeó, una y otra vez, primero deprisa y luego más despacio. La oscuridad era tan total que, salvo por la caricia del aire frío, ella no habría sabido decir si sus ojos estaban abiertos o cerrados. A cuatro patas, fue palpando el suelo hasta encontrar el candil, que se había hundido en la nieve blanda. El cristal aún estaba caliente, pero la llama se había apagado. Mabel se puso de pie, sintiéndose tan desorientada —el manto negro era el mismo cuando levantaba la cabeza hacia el cielo que cuando miraba hacia el suelo— que a punto estuvo de caer de nuevo. Sin embargo, se mantuvo erguida.

Dios, ayúdame. ¿Qué he hecho? He tropezado conmigo misma, por torpe. He perdido mi única luz. No llevo cerillas. Mi ropa está empapada. No hay ningún refugio. No sé adónde dirigirme. Quizá, pensó con cierta sorpresa, no sé nada de nada.

Se le ocurrió que tal vez lograra notar sus propias huellas con las manos o los pies. Se agachó y palmeó la nieve, y creyó encontrar algo que parecían huellas. Las siguió, inclinada, a ciegas, hasta que algo se le enredó en el pelo. Intentó incorporarse y su cabeza chocó contra unas ramas. Estiró la mano y notó algo duro. Se quitó los guantes, sintiéndose como una ciega que intenta reconocer una cara por el tacto. Era el tronco de un árbol. No había hallado el rastro que había dejado ella misma sino que había acabado bajo las ramas de un inmenso abeto. Palpó el suelo y se sorprendió al no encontrar nieve, sino un lecho de agujas de pino secas. Tal vez eso fuera lo máximo que podía pedir. Aun así, sin algo que le diera calor ni ropa seca, era improbable que lograra sobrevivir hasta el amanecer. Se sentó junto al árbol y se apoyó en él.

La intensa sensación de frío empezó a penetrar en ella por el cabello, mojado de sudor y de aguanieve. Descendió por su cuello y ascendió por la parte trasera de sus piernas. A medida que se filtraba por debajo de la ropa, por las costillas, por la curva de la columna vertebral,

supo lo que le deparaba el destino: una muerte por congelación, un frío que si no había nada que lo remediara le helaría la vida. Y, por si necesitaba confirmar esas sospechas, sus dientes empezaron a castañetear. Al principio fue un escalofrío en la mandíbula, como si pudiera aspirar el aire a través de los dientes apretados, pero poco después todo su cuerpo comenzó a temblar y los huesos parecían chocar entre sí.

—Jack. —El nombre salió en forma de susurro de sus labios fríos—. ¿Jack? —Un poco más alto. Él nunca la oiría. ¿Quién sabía a qué distancia se hallaba de la cabaña?—. ¡Jack!

Se alejó del árbol a cuatro patas y, cuando creyó que estaba libre de sus ramas, se puso de pie y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Jack! ¡Jack! Estoy aquí. ¿Me oyes? ¡Jack! ¡Ayuda, Jack! ¡Ayúdame! Por favor, Jack. Estoy aquí. Por favor.

Dejó de gritar y se esforzó por oír, aguantando la respiración durante un par de segundos, pero el único sonido fue algo que ella nunca había creído ser capaz de percibir: el interminable murmullo de los copos de nieve al caer sobre su abrigo, sobre su cabello y sobre su cara, sobre las ramas del árbol.

—Jack... Por favor, te necesito. Por favor, Jack...

Gritó y sollozó hasta quedarse ronca, hasta que su voz fue apenas un susurro inaudible. Por favor, Jack. Por favor. Regresó a gatas al abeto, sintiendo sus ramas, su tronco ancho, su lecho de agujas. Allí se aovilló, aterida debido a la ropa mojada que se le pegaba a la piel, con el cuerpo tembloroso y la nieve cayendo suavemente sobre las ramas que conformaban su techo.

* * *

Un ruido de ramas que se partían y el resplandor de un fuego la despertaron; por un momento pensó que estaba en casa y que se había quedado dormida delante del fuego. Pero su entorno no encajaba. Era demasiado oscuro, hacía demasiado frío. Le dolía el cuerpo y no podía moverse. Sin embargo, notó que algo la oprimía. Algo pesado cuyo olor reconocía. Por el rabillo del ojo distinguió movimiento frente al fuego. Una figura inclinada, echando algo a las llamas. Luego partía algo en la rodilla y también lo añadía a la hoguera. Entonces la silueta se volvió hacia ella y su cuerpo bloqueó la luz del fuego.

—¿Mabel? ¿Estás despierta?

Ella no podía hablar. La mandíbula parecía sellada, los músculos rígidos. Intentó asentir con la cabeza, pero le dolía. Le dolía todo.

—¿Mabel? Soy yo, Jack. ¿Me oyes? —Estaba a su lado, de rodillas, apartándole el pelo de la cara—. ¿Has entrado en calor? El fuego arde con fuerza ahora. ¿Lo notas?

Jack. Sentía su olor, aquel aroma a lana y a leña cortada. Se tumbó a su lado, como quien acuesta a un niño, y ella supo por qué había sentido aquella opresión momentos antes. Estaba envuelta en mantas. Reparar en ello volvió a confundirla. ¿Acaso estaba en casa, en su propia cama? No, el aire era demasiado frío, estremecedor, y veía ramas por encima de su cabeza y, más allá, un cielo negrísimo y lleno de estrellas. ¿Estrellas? ¿De dónde habían salido? Parecían trocitos de hielo.

—¿Jack? —Fue solo un susurro, pero él la oyó. Estaba de espaldas a ella, a punto de volver al fuego, pero regresó a su lado—. ¿Jack? ¿Dónde estamos?

Ella le oyó carraspear, quizá toser un poco, antes de decir:

—Está bien. Todo irá bien. Deja que avive ese fuego y entrarás en calor.

Cuando se incorporó, quedándose agachado debajo de las ramas, y se alejó unos pasos de ella, su cuerpo ocultó la luz y el calor que emanaban del fuego. Mabel cerró los ojos. Había cometido un grave error y él estaba enojado con ella. Todo fue volviendo a ella despacio, como suele hacerlo la tristeza. Recordó a la niña, la nieve, la noche.

—¿Cómo me has encontrado?

Él alimentaba el fuego, haciendo que las llamas crecieran más y más, tanto que finalmente Mabel pudo verle la cara y notar el calor.

—No lo sé.

—¿Dónde estamos? ¿Muy lejos de casa?

—Pues tampoco lo sé con exactitud. —Debió de intuir que eso la asustaría, porque añadió—: Todo irá bien, Mabel. Tendremos que aguantar aquí durante unas cuantas horas más. En cuanto amanezca, podremos encontrar el camino de vuelta.

Su voz se desvaneció. Mabel se refugió en el calor del fuego y se sumergió en algo parecido a un sueño inducido por la fiebre, pesado y casi reconfortante.

* * *

—¿Puedes sentarte? —preguntó Jack. Tenía una cantimplora en la mano.

Ella se preguntó cuánto tiempo habría estado dormida, pero vio que el fuego seguía siendo la única luz.

—Creo que sí.

Él la agarró por los hombros y la ayudó a sentarse. Cuando fue a coger el candil, la manta se movió y dejó ver su brazo. Estaba desnuda.

—Ten cuidado. Tápate —dijo él.

—¿Y mi ropa? ¿Por qué diantre...?

Él señaló hacia el fuego: el vestido estaba colgado de una rama, junto con su ropa interior. Más cerca de las llamas estaban sus botas, totalmente desabrochadas.

—No había otra opción —dijo él, casi en tono de disculpa.

Ella intentó no beber con avidez, dar sorbos pequeños.

—Gracias —le dijo.

—A ratos te oía gritar mi nombre —explicó Jack—. Pensé que estabas entre la maleza, pero era solo un alce hembra con su cría. Luego tropecé con el candil y supe que no podías andar muy lejos.

Jack se acercó al fuego. Descolgó el vestido y lo sacudió.

—Ha dejado de nevar —dijo él mientras regresaba a su lado. Soltó un gruñido suave cuando se apoyó en el tronco y la rodeó con sus brazos. Ella recordó que la espalda aún tenía que dolerle—. El tiempo se despejó y hacía más frío. Tú estabas empapada.

Mabel recostó la cabeza en su pecho.

—¿Cómo lo hace?

Él tardó en contestar y Mabel se preguntó si habría entendido su pregunta.

—Hay algo distinto en ella —dijo él por fin—. Tal vez no sea un hada de nieve, pero conoce esta tierra. La conoce mejor que cualquier otra persona.

Ella se encogió al oír las palabras «hada de nieve», aunque sabía que no había malicia en ellas.

—No puedo imaginarla, pasando las noches aquí. ¿Cómo pudiste...? No es que esté enfadada. Ya no. Pero ¿por qué no te preocupaste por ella? Es solo una cría.

Él habló, con la mirada puesta en la hoguera.

—Cuando desapareció en primavera, subí a las montañas en su busca. Estaba desesperado. Creí que había cometido un terrible error y que la habíamos perdido.

—No soporto la idea de que pueda pasarle algo —dijo Mabel—. Puede que sea maravillosa, valiente, fuerte, pero no es más que una niña. Y si su padre está muerto... está sola. Si algo le sucediera, la culpa sería nuestra, ¿no crees?

Jack asintió. La abrazó con más fuerza.

—Tienes razón —dijo él.

—No creo que pudiera soportarlo, simplemente. No una segunda vez. No después de... Esperaba que Jack la hiciera callar, que se alejara, que regresara al fuego, pero no lo hizo.

—Siempre me he arrepentido de no haber hecho más —prosiguió ella—. No es que crea que podía haberlo salvado. Pero sí podía haber hecho algo más. No tuve ni el valor de cogerlo en brazos y ver cómo era.

Ella se volvió hacia él para mirarlo a los ojos.

—Jack. Sé que ha pasado mucho tiempo. Dios, ya hace diez años. Pero dime que te despediste de él como Dios manda. Dime que pronunciaste una oración junto a la tumba del bebé. Por favor, dímelo.

—La tumba del niño.

—¿Qué?

—Era un niño. Y antes de enterrarlo le di nombre. Lo llamé Joseph Maurice.

Mabel se rió.

—Joseph Maurice —susurró ella. Era una solución de compromiso, dos nombres que habrían asombrado a las dos familias: dos bisabuelos, uno por cada lado, ambos ovejas negras por derecho propio—. Joseph Maurice.

—¿Te parece bien?

Ella asintió.

—¿Dijiste una oración?

—Por supuesto. —Parecía dolido ante la duda.

—¿Cuáles fueron tus palabras? ¿Las recuerdas?

—Recé para que Dios acogiera en sus brazos a nuestro niño y lo acunara como habríamos hecho nosotros, para que lo meciera, lo amara y lo mantuviera sano y salvo.

Mabel dejó escapar un sollozo y se abrazó a Jack con los brazos desnudos. Él volvió a tapanla con la manta. Siguieron pegados el uno al otro.

—¿Estás seguro de que era un niño?

—Bastante seguro, Mabel.

—Es curioso, ¿sabes? Durante todo el tiempo que llevé al bebé dentro de mí, cuando se movía y daba patadas, cuando compartía mi sangre, pensé que era una niña. Y no lo era. Era un niño. ¿Dónde le enterraste?

—En el huerto, cerca del arroyo.

Ella sabía de qué lugar le hablaba. Era el lugar donde se habían besado por primera vez, el primer lugar donde se habían abrazado como amantes.

—Debería haberlo adivinado. Fui a buscar la tumba porque me di cuenta de que no le había dicho adiós.

—Yo te lo habría indicado.

—Lo sé. A veces nos comportamos como unos tontos, ¿verdad?

Jack fue a avivar el fuego; cuando las llamas crecieron de nuevo regresó al lado de Mabel, bajo el árbol.

—¿Ya no tienes frío?

—No —dijo ella—. Pero ¿no piensas acostarte conmigo?

—Te daré frío.

Ella insistió, le ayudó a despojarse de su ropa mojada y abrió las mantas para recibirlo. Con él entró una ráfaga de aire frío, y el roce de la lana áspera de sus calzoncillos largos le picaba, pero lo apretó contra su cuerpo con fuerza. Palpó su delgadez, los años que habían suavizado sus músculos dejando piel flácida y hueso, pero sintió que ese cuerpo seguía siendo firme. Apoyó la cabeza en su pecho mientras veía centellear el fuego, chispas encendidas que salían despedidas hacia el frío cielo nocturno.

A partir de entonces Mabel redujo su visión de la niña a la imagen lastimosa de huérfana delgada y harapienta, de carne y hueso, algo que a Jack le dolía en el alma. Habían desaparecido ya el asombro y la fascinación: a sus ojos, Faina había dejado de ser un hada de nieve y se había convertido en una niñita abandonada cuyos padres habían muerto. Una niña salvaje que necesitaba un buen baño.

—Deberíamos preguntar en la escuela de la ciudad —dijo ella, días después de que Jack le hubiera contado la verdad—. Según creo, el gobierno territorial ha asignado un profesor nuevo a la zona. Los alumnos se reúnen en el sótano de la pensión. Tendríamos que llevarla en carreta todas las mañanas, o quizá también podría quedarse unos días viviendo en la ciudad.

—¿Mabel?

—No me mires así. Sobrevivirá. Si puede pasar meses sola en plena naturaleza, desde luego podrá soportar unas cuantas noches en la ciudad.

—Pero es que no sé si...

—Y esa ropa. Iré a comprar tela y le haré unos vestidos nuevos. Y habrá que comprarle zapatos de verdad. Ya no necesitará esas botas nunca más.

* * *

Pero la niña no se doblegó fácilmente.

No quiero, dijo cuando Mabel le mostró el barreño lleno de agua caliente.

Mírate, niña. Ese pelo está hecho un desastre. Estás mugrienta.

Mabel cogió con la punta de los dedos la manga del vestido de algodón que llevaba la niña.

Y esto habría que lavarlo. O quizá tirarlo a la basura. Te estoy haciendo unos vestidos nuevos.

La niña retrocedió en dirección a la puerta. Mabel la agarró por la muñeca, pero Faina se soltó de un tirón.

—Mabel —dijo Jack—. Déjala en paz.

La niña no regresó en días y cuando por fin lo hizo se mostraba asustadiza, pero Mabel no se dio por aludida. Volvió a meterse con su ropa y su pelo; le preguntó si había pisado una escuela alguna vez, si había leído algún libro. Con cada pregunta la niña daba un paso atrás. La perderemos, quería decirle Jack a Mabel.

Jack no era de los que creían en las doncellas de nieve de los cuentos de hadas. Sin embargo, había algo extraordinario en Faina. Vastas cordilleras montañosas y naturaleza salvaje, cielo y hielo. No podías sujetarla ni leer su mente. Quizá fuera así con todos los niños. Desde luego ni él ni Mabel se habían ajustado al molde que sus padres habían establecido para ellos.

Pero en la niña había algo más. Nada la unía a ellos. Podía desvanecerse, no regresar nunca, ¿y quién sabría que ellos la habían querido alguna vez?

No, dijo la niña.

La mirada de Faina pasó de Mabel a Jack y en ese rápido destello azul él vio que estaba asustada.

No dejaré que sigas viviendo como un animalillo, dijo Mabel. Caminaba alrededor de la mesa de la cocina con movimientos severos y duros, recogiendo platos y limpiando las sobras. La niña la observaba, cual ave silvestre con el corazón desbocado.

Empezaremos ahora mismo. Vas a quedarte con nosotros. Se acabó el corretear entre los árboles, el desaparecer durante días. Esta será tu casa. Con nosotros.

No, repitió la niña, con más firmeza.

Jack temía que saliera volando.

—Por favor, Mabel. ¿Podemos hablar de esto luego?

—Mírala. ¿Quieres hacer el favor de mirarla? La hemos descuidado. Necesita una casa limpia, una educación.

—No delante de la niña, Mabel...

—Ah, ¿así que según tú hay que dejarla volver al bosque esta noche? ¿Y la siguiente, y la otra? ¿Cómo se abrirá camino en este mundo si lo único que conoce es el bosque?

Por lo que Jack podía ver, la niña se abría camino sin problemas, pero discutir con Mabel era inútil.

—¿Por qué? —arguyó Mabel—. ¿Por qué prefiere estar ahí fuera, sola, con ese frío? ¿No sabe acaso que la trataremos bien?

Así que era eso. Por debajo de su irritación, de sus ansias de control, subyacía el amor, el dolor.

—No es eso —repuso Jack—. Ella tiene su lugar ahí. ¿No lo entiendes? Es su casa.

Fue hacia Mabel e impidió que recogiera un cuenco. Le cogió ambas manos. Sus dedos eran esbeltos, preciosos, y él los acarició con los pulgares. Qué bien conocía esas manos...

—Lo intento, Jack. De verdad. Pero me resulta incomprensible. Prefiere vivir rodeada de tierra, sangre y frío, peleando con los animales para comer. Con nosotros estaría a salvo, caliente, acogida.

—Lo sé —dijo él. También él quería a la niña como a una hija, quería presumir de ella e inundarla de regalos, quería abrazarla y llamarla hija. Pero sus deseos no le cegaban. Como una trucha en un arroyo, la niña conseguía transmitirle ráfagas de su verdadera esencia: un animal salvaje que brillaba en el agua oscura.

Mabel se soltó y se volvió hacia la niña.

Esta noche la pasarás aquí.

La cogió por los hombros y por un momento Jack pensó que iba a zarandearla. Pero Mabel deslizó las manos por los brazos de la niña, acariciándolos, y habló en un tono más suave.

¿No lo entiendes? Y mañana iremos a la ciudad a preguntar por las clases.

Las mejillas de la niña se encendieron y meneó la cabeza: no.

Faina, esto no te corresponde decidirlo a ti. Lo hacemos por ti. Debes dejar de correr por ahí como un animal. Algún día crecerás... Y entonces, ¿qué será de ti?

No, dijo ella.

Rauda y en silencio, la niña ya estaba en la puerta, con el abrigo y el sombrero puesto. Mabel se dirigió a ella.

Es por ti, ¿no lo comprendes?

Pero la niña se había ido.

* * *

Mabel se dejó caer en una silla, las manos entrelazadas sobre su regazo.

—¿No entiendes que la queremos?

Jack se dirigió a la puerta abierta. Hacía una noche clara, serena, la luna brillaba por detrás de las ramas de los árboles. Vio a la niña en el borde del bosque. Había dejado de correr y miraba hacia la cabaña. Luego dio media vuelta y, cuando empezó a correr, sacudió las manos en un gesto de frustración. Un remolino de nieve azotó el aire.

Diablos de la nieve. Así los llamaban de niños. Ráfagas de nieve empujadas por el viento, tornados blancos... Pero ese había salido de las manos de la niña.

La niña se internó en el bosque, pero el diablo de nieve siguió creciendo, en forma de círculo. Jack lo observó asombrado, casi temeroso. La nieve se dirigía hacia la cabaña, dibujando un

círculo cada vez mayor, hasta abarcarlo todo. El patio se oscureció. La luz de la luna desapareció. El viento aullaba y la nieve azotaba los pantalones de Jack.

* * *

Ya de noche, la tormenta atacó la cabaña y Jack no consiguió dormirse. Se quedó tendido, con la mirada puesta en el techo de troncos del dormitorio, sintiendo el calor del cuerpo de Mabel a su lado. Podía despertarla, deslizar las manos por la espalda de su camisón y besarla en el cuello, pero estaba demasiado distraído incluso para eso. Se obligó a cerrar los ojos e intentó sosegar. Se dio la vuelta y terminó levantándose de la cama. Fue a tientas hasta llegar a la cocina. Encendió un candil, bajó su llama tanto como pudo y sacó el libro del estante. Tras depositarlo sobre la mesa, pasó sus páginas llenas de ilustraciones y letras desconocidas.

No reparó en Mabel hasta verla sentada en una silla, al otro lado de la mesa. Llevaba el pelo suelto, despeinado, y en su cara se notaban aún marcas de la almohada.

—¿Qué haces despierto? —le preguntó.

Él bajó la vista hacia el libro.

—Es extraño, ¿no crees?

—¿El qué? —Mabel hablaba en voz baja, como si hubiera alguien más en la casa a quien no quería despertar.

—La niña de nieve que hicimos. Aquella noche. Los mitones y la bufanda. Luego Faina. Sus cabellos rubios. Ese aire que la envuelve.

—¿Qué estás diciendo?

Jack se contuvo.

—Debo de estar medio dormido aún. —Cerró el libro y le dedicó una sonrisa fugaz—. Estoy atontado.

No la había convencido, pero Mabel se levantó de la silla, se alisó el camisón y regresó al dormitorio.

Jack esperó a oírla meterse en la cama, taparse, y luego, pasado un rato, reconoció también su respiración acompasada por el sueño. Entonces volvió a abrir el libro. Esta vez se encontró con un dibujo de la doncella de nieve rodeada de animales salvajes; del cielo negro azulado caían blancos copos de nieve.

Había hablado demasiado, pero aún podría haber dicho más. No le había contado a Mabel ni una palabra de los diablos de nieve, ni de cómo Faina esparció una cascada de nieve sobre la tumba de su padre, como si fueran cenizas. Tampoco le contó que, mientras estaban junto a esa tumba, la nieve rebotaba en la piel de la niña como si esta fuera de hielo frío. Los copos no se fundían al contacto con sus mejillas. No le empapaban las pestañas, sino que se quedaban ahí, como nieve sobre hielo, hasta que la brisa se los llevaba volando.

El chico trae una cosa para ti, Mabel.

Jack abrió más la puerta de la cabaña para que Garrett pudiera entrar con aquel bulto, envuelto en piel y atado con una tira de cuero. Lo llevaba con facilidad, debajo del brazo, y no parecía tener la rigidez ni la forma que corresponderían a un animal muerto. En cualquier caso, tal vez Jack debería haberle preguntado antes de dejar que Garrett metiera eso en casa.

—Vaya, buenos días. Pasa. Pasa. —Mabel se secó las manos en el delantal y se recogió detrás de la oreja un mechón de cabello—. ¿Te apetece tomar algo caliente?

—Sí, gracias —dijo el chico.

—¿Cómo van las trampas? —preguntó Jack.

—Justo ahora empiezo a ponerlas. Pero el viejo Boyd dijo que podía quedarme con sus trampas para martas. Se ha jubilado y se marcha a San Francisco.

—¿Ah, sí?

—Creo que ha encontrado una veta de oro en un arroyo, en el norte, y con eso se retira. Dice que quiere un poco de sol para sus huesos viejos.

—Entonces, ¿ya las tienes?

—Aún no. Pero no tardaré mucho. Tiene todos los palos en su lugar. Y me vende también sus muelles del número uno. Dice que lo único que piensa atrapar en California son mujeres guapas. Mabel estaba sacando las tazas de café del armario y, aparentemente, no prestaba atención a la charla, pero el chico se puso rojo de todos modos.

—Quiero decir que... Bueno, lo ha dicho él...

—¿Abarcan mucho terreno sus trampas? —preguntó Jack.

—Tardaré solo dos días en comprobarlo. Me llevaré la tienda de campaña y de esta forma podré pasar la noche aunque haga mal tiempo.

—¿No te da miedo? —preguntó Mabel, que estaba junto a la ventana.

El chico pareció perplejo por la pregunta.

—Cuando estás ahí, solo en el bosque, ¿no tienes miedo? —insistió ella.

—No. No puedo decir que lo tenga.

Mabel se quedó en silencio.

—Bueno, claro, supongo que he pasado algún mal momento —añadió Garrett—. Pero siempre por una buena razón. Hace dos otoños me crucé con un oso negro que actuaba como si quisiera darme caza. Me siguió durante todo el camino a casa, pero en ningún momento lo tuve a tiro. Nunca había visto nada parecido. Le grité, intenté ahuyentarlo e incluso pensé que se había ido. Pero luego volví a verle la cabeza por encima de los arbustos. Todo el camino fue igual.

—Los osos no suelen ir detrás de las personas —dijo Jack, mirando de reojo a Mabel.

—A veces sí. ¿No han oído hablar del minero de Anchorage? Un oso grizzly le arrancó la cara de un zarpazo.

Jack frunció el ceño. Mabel seguía en la ventana, tensa y callada.

—Es cierto que no se da con frecuencia —repuso el chico—. La mayoría de las veces los osos dan media vuelta en cuanto ven a una persona.

—Pero ¿no te sientes solo? —Mabel seguía sin mirarlo.

—¿Disculpe?

—Hablo del sentimiento de soledad. Cuando estás en el bosque, sin nadie más... Debe de ser terrible.

—Bueno, tampoco es que pase tanto tiempo en el bosque por mi cuenta. Y ya me gustaría. Lo más que he estado fuera ha sido una semana, el verano pasado, cuando fui a pescar salmones.

Me encantó. Pescaba todo el día y a veces también de noche, porque el sol no se ponía nunca. Secaba y ahumaba los peces sobre trozos de madera de aliso. Fue la primera vez que vi un visón. Salió de un riachuelo e intentó robarme un salmón delante de mis narices. Me hizo tanta gracia que no pude cazarlo. Arrastraba al salmón tan deprisa como podía.

—Pero teniendo un hogar cómodo y acogedor, una familia, ¿qué es lo que te atrae de estar ahí fuera?

El chico titubeó y miró a Jack.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Supongo que tal vez no me acaba de gustar la idea de comodidad, de seguridad. Quiero vivir.

—¿Vivir? ¿Acaso esto no es vida? —Ella soltó un largo suspiro.

Nadie añadió ni una palabra hasta que ella llegó a la mesa, con la cafetera llena. Entonces se comportó como si el chico acabara de llegar.

—Ahora estás aquí. Dime, ¿qué traes en ese paquete? —preguntó Mabel.

A Garrett se le encendió la cara, fruto de un súbito ataque de timidez.

—Bueno... yo... —Empujó el paquete hacia ella—. Es para usted.

—¿Puedo abrirlo ahora?

El chico asintió. Mabel desató la cuerda y retiró el envoltorio de piel. Jack vio que dentro había algo de piel de zorro. Plateado y negro.

Mabel lo tocó con las puntas de los dedos. Su expresión se mantenía impasible.

- *Es un sombrero. ¿Lo ve?*

Y el chico lo sacó totalmente del envoltorio y le dio una suave palmada en el centro, para sacar la copa.

—Betty lo cosió para usted. Tiene orejeras, que pueden atarse encima, así, o bien por debajo de la barbilla.

Se lo devolvió a Mabel, quien lo hizo girar en sus manos, lentamente.

—Espero que sea su talla. Usamos la cabeza de mamá para tomar las medidas.

—No... No puedo aceptarlo.

Al chico le cambió la cara.

—No pasa nada —rezongó—. Si no le gusta...

—Mabel. —Jack apoyó una mano en el brazo de su esposa.

—No es eso —dijo ella—. Pero es demasiado.

—No me ha costado ni un céntimo. Le pagué con unas pieles.

—Es demasiado bonito. No tengo dónde ponérmelo.

—No es elegante, ni nada de eso —replicó Garrett—. Los tramperos los llevan. No hace falta que lo reserve para ir a la ciudad ni nada de eso. Es perfecto para el frío.

—Pruébatelo, Mabel —dijo Jack en voz baja.

No estaba preparado para ver el efecto. Cuando Mabel se lo puso y se ató las tiras debajo de la barbilla, la densa piel negra, veteada de un plata brillante, le enmarcó la cara, realzando el gris suave de sus ojos y su piel cremosa. Estaba impresionante. Tanto él como el chico se quedaron boquiabiertos, mirándola.

—Bueno. A juzgar por vuestras caras diría que me sienta como un tiro —dijo ella, y se lo quitó con gesto airado.

—Te queda perfecto.

—Podría salir en una de esas revistas de moda que tienen en el Este —añadió Garrett—. Y no lo digo para quedar bien.

—Tiene razón. Estás fantástica con él.

—¿No me estáis halagando porque sí? —Acarició el sombrero con una mano.

—Vuelve a ponértelo para que podamos verlo —dijo Jack.

—La talla es la mía, como si me lo hubieran hecho a medida. Y desde luego abriga.

Jack se puso de pie y le enseñó a atarse las tiras sobre la cabeza, como si se tratara de una gorra.
—Creo que seré la esposa de granjero mejor vestida de todo el país —exclamó ella.

* * *

Mabel envió al chico a su casa con unos cuantos libros. Cuando se marchó, ella se sentó a leer frente al fuego. Jack se acercó a ella por detrás y le acarició la nuca.

—Me haces cosquillas —dijo ella, al tiempo que le apartaba la mano.

—Creo que el chico se ha enamorado al verte con el sombrero puesto.

—¡No digas tonterías! —repuso ella—. Soy una vieja.

—Sigues siendo hermosa. Por cierto, ¿no te ha importado que esté hecho con piel de zorro? Pensé que tal vez te molestara.

—Seamos prácticos. Con ese sombrero no pasaré frío.

Dónde has estado, niña?

¿Justo ahora? Vengo del río. Allí encontré esto.

Faina sostenía en la mano un cráneo de salmón seco por el viento. Mabel intentaba dibujarlo, primero de un lado, luego del otro.

No, no me refería a ahora. El verano pasado, por ejemplo. ¿Adónde fuiste?

A las montañas.

¿Por qué? ¿Qué hay en ellas para ti?

Todo. La nieve y el viento. Los caribúes que vienen. Y florecillas y bayas. Crecen incluso en las rocas, cerca de la nieve, casi tocando el cielo.

Volverás a abandonarnos, ¿verdad? Cuando llegue la primavera, te irás a las montañas.

La niña asintió.

Y esta noche, cuando te marches, ¿adónde irás?

A casa.

¿Qué clase de casa tienes?

Te la mostraré.

* * *

Así que el primer día que hizo buen tiempo, la niña fue a buscar a Mabel y se la llevó al bosque. Jack las vio partir, con comida en la mochila, y tranquilizó a Mabel. Faina conoce el camino. Te traerá de vuelta sana y salva.

Siguió a la niña por los senderos que se alejaban de la finca, caminos que Mabel nunca habría encontrado de haber ido sola: sendas para liebres entre los arbustos, caminos de lobos que cruzaban la parte más densa del bosque. El día era frío pero tranquilo. El aliento de Mabel flotaba alrededor de su cara, volviéndose escarcha sobre sus pestañas y por los bordes del sombrero de piel de zorro. Se había puesto los pantalones de lana de Jack y las botas de nieve que él mismo le había atado; frente a ella, Faina se movía con gracia, sin esfuerzo, correteando ligera sobre la nieve.

Salieron del valle del río y e iniciaron el ascenso hacia el cielo, hasta llegar a una de las laderas de la montaña.

Ahí, dijo la niña.

Señaló las huellas en forma de abanico que había dejado un pajarillo en la nieve: se advertían perfectamente las plumas y su simetría exquisita.

¿Qué es?

Una perdiz nival.

¿Y eso?

Mabel indicó entonces una serie de pasos visibles en la nieve.

Un armiño corrió por ahí.

Todo relucía con nítidos contornos, como si el mundo entero fuera nuevo, recién salido de un huevo helado esa misma mañana. Las ramas de los sauces estaban recubiertas de escarcha helada, las cascadas incrustadas en el hielo, y la superficie nevada marcada por las huellas de cientos de animales salvajes: campañoles, coyotes y zorros, lince, alces y mapaches.

Luego llegaron a un lugar aterrador, un conjunto de abetos muy altos donde el aire estaba muerto y las sombras eran frías. El ala de un pájaro aparecía clavada al tronco de un árbol

ancho, un trozo de piel blanca de conejo en otro. Eran como tótems de brujería donde los animales muertos atrapan a los malos espíritus.

La niña se acercó a un tercer árbol, donde se movía un trozo de piel marrón. Éste estaba vivo.

Mabel contuvo la respiración.

Una marta, dijo la niña.

El animal oscilaba colgado de una de sus patas delanteras, suspendido en un palo por una trampa de acero. Sus ojillos negros estaban húmedos y brillantes como si fueran de ónix.

Observaban. Sin parpadear.

¿Qué vas a hacer con ella?

Emocionada o insatisfecha: Mabel no supo leer la expresión de la cara de Faina.

Matarla, dijo la niña.

Cogió el cuerpecillo tembloroso con sus manos y apretó su fino pecho contra el tronco del árbol hasta que el animal se quedó inerte.

¿Cómo lo haces?

Le aprieto el corazón hasta que deja de latir.

No era la respuesta que buscaba Mabel, pero tampoco se le había ocurrido otra forma de preguntarlo. Faina sacó al animalillo de la trampa.

¿Puedo?

Mabel se quitó los guantes y cogió a la marta muerta. Aún estaba caliente, su piel era más suave que el cabello de una mujer. Acercó la nariz a su cabeza; olía a gatito doméstico. Observó las grietas estrechas que tenía por ojos y sus feroces dienteillos.

Faina volvió a preparar la trampa y guardó la marta en su mochila.

Más tarde hallaron un conejo muerto en un cepo, y posteriormente un armiño blanco, congelado, con los ojos abiertos, rígido, preso en una trampa y con aspecto de embrujado.

Todo acabó en la mochila de Faina.

El sendero continuaba a través de un pantano helado, junto al que se alzaban unos abetos negros, medio muertos e inclinados, y luego ascendía por una empinada ladera hasta internarse en otro bosque de anchos abetos blancos y retorcidos y nudosos abedules. Llegaron a otra de las trampas. Pero esta solo contenía la pezuña de un animal, un pedazo de hueso y un tendón partido, pelo marrón congelado y duro. Faina se echó la trampa sobre la rodilla, hizo saltar el dispositivo y lanzó la pezuña hacia el bosque.

¿Qué era?

Una pezuña de marta.

¿Dónde está el resto?

Un glotón lo robó, dijo la niña.

No lo entiendo.

Faina señaló las huellas en la nieve. Mabel se preguntó cómo no las había visto antes, cada una de ellas era tan grande como la palma de su mano. El rastro del glotón rodeaba el árbol en círculos cada vez más grandes hasta desaparecer en el bosque.

Arrancó a la marta de la trampa y se la comió, dijo Faina.

La niña no parecía dar mayor importancia al hecho. Siguió andando, con pasos tan gráciles y rápidos como antes. Mabel fue tras ella en silencio, con los ojos habituados ya a la búsqueda de huellas y el pecho latiendo al ritmo de su corazón y de sus pulmones. Entonces se percató de que habían vuelto al río y de que regresaban a la finca.

Pero espera. Aún no podemos regresar. Todavía no me has enseñado dónde vives.

Aquí. Ya te lo he enseñado.

¿Aquí?

Mabel no quiso discutir. Quizá la niña estaba avergonzada de su morada. Quizá el lugar donde dormía y comía no merecía ser visto.

Pero en realidad sabía cuál era la verdad. Las colinas nevadas, el cielo abierto, el oscuro rincón entre los árboles donde un glotón devoraba a un animalillo preso en una trampa... ese era el hogar de la niña.

¿Podemos pararnos, solo un momento?, preguntó Mabel.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que sintió la absoluta necesidad de dibujar. Tomaron asiento en un risco con vistas al valle. Sacó de la bolsa el cuaderno de dibujo y el lápiz, haciendo caso omiso al frío que agarrotaba sus dedos, y empezó a dibujar. Faina sostenía a la marta ante ella, para que pudiera estudiar su morro peludo y sus ojos achinados. Luego dibujó rápidamente el pelo, las garras de esas pezuñas marrones. Cambió de página e hizo un primer esbozo de las ramas de abeto, sobrecargadas de nieve, y de las montañas que se cernían sobre el río. Aunque iba oscureciendo, intentó recordar el ala de pájaro clavada al árbol y las huellas del armiño en la nieve. Intentó recordarlo todo y considerarlo como su hogar. Quizá así, plasmándolo en esas páginas, podría reducirlo a líneas y curvas, y entenderlo por fin.

* * *

Se lo había mostrado y lo veía. El sol había desaparecido a su espalda, la niña señalaba hacia las pendientes de las montañas, al otro lado del valle, teñidas de un reluciente color púrpura y rosado. Recortadas contra el cielo se hallaban sus cimas nevadas, azotadas por lo que debía de haber sido un vendaval atroz. Allí en el promontorio, sin embargo, el aire era sereno. Los colores aparecían lejanos, imposibles, intocables.

Eso es lo que significa mi nombre, explicó Faina sin dejar de señalar las montañas.

¿Montaña?

No. Esa luz. Papá me dio un nombre en honor al color que toma la nieve cuando se pone el sol.

El crepúsculo rosado, susurró Mabel.

Sintió la misma admiración que quien entra en una catedral, la sensación de que le mostraban algo poderoso e íntimo, ante lo cual debía hablar en voz baja o casi permanecer en silencio. Observó aquel colorido, intentando imaginar a un padre capaz de dar a su hija un nombre en honor a algo tan bello y luego abandonarla.

Deberíamos irnos, dijo Faina. Anochecerá enseguida.

La niña condujo a Mabel hasta la finca, hasta la cálida cabaña donde Jack la esperaba con una taza de té y pan que él mismo había hecho en el horno holandés.

Y bien, le dijo él, ¿qué has visto?

Querida Mabel:

Tus cartas y dibujos se han convertido en toda una atracción en casa. En cuanto llega una, organizamos una cena a la que invitamos a amigos íntimos y parientes. Con tu permiso, he leído esas cartas en voz alta y tus dibujos han ido pasando de una mano a otra, y admirados con expresiones como «¡Fantástico!», «¡Qué hermosura!». Más de una vez me han dicho que eres el equivalente en Alaska a un maestro italiano especializado en anatomía humana. Tus dibujos de los dientecllos y pezuñas de la marta cibelina estuvieron entre los favoritos de la última velada, así como los estudios de las piñas de pino y las hierbas invernales. También tus cartas captan retazos de ese lugar salvaje que se ha convertido en un hogar para ti. Siempre tuviste talento a la hora de expresarte, y quizá en toda tu vida no has tenido una fuente de inspiración tan maravillosa. Nuestro único deseo sería que escribieras más a menudo. Creo firmemente que guardaré todo lo que escribas, algún día deberías publicar un libro con tus dibujos y observaciones. En ellos hay algo hermoso y a la vez feroz.

Al pensar en tu interés por el libro de la doncella de nieve, recordé aquella época de tu infancia en que perseguías a las hadas en los bosques que había cerca de nuestra casa. Si la memoria no me engaña, pasaste más de una noche durmiendo en aquellos gigantescos robles, y cuando madre te encontraba allí a la mañana siguiente jurabas que habías visto hadas que volaban como mariposas e iluminaban la noche como luciérnagas. Recuerdo con cierta vergüenza que el resto de la familia solíamos reírnos de ti por ello, pero ahora mis propios nietos se dejan llevar por esas cosas y no los desanimo. Ahora que soy mayor, veo que la vida es a veces más fantástica y terrible que los relatos que creíamos de niñas, y que quizá no haya nada malo en buscar magia entre los árboles.

Tu amantísima hermana,

Ada

Esther irrumpió en la cabaña como una gallina alegre, agitando los brazos, charlando y casi derribando a Mabel, que había ido a abrirle la puerta. En una mano llevaba una olla de hierro forjado tapada con un trapo y con la otra abrazó a Mabel antes de darle un beso en la mejilla.

—¿Esto es lo que hay que hacer para cenar con vosotros dos? —dijo, y pasó delante de Mabel para poner la olla al fuego—. George trae el postre. Eso si no se lo come de camino hacia aquí. Debería haber suficientes albóndigas de pollo para todos. Aunque debería decir albóndigas de lince, pero no suena tan apetitoso. Creo que podríamos llamarlas albóndigas de gato.

Esther se rió al tiempo que soltaba su abrigo sobre el respaldo de una silla.

—¿De lince? ¿Has guisado un lince?

—Eh, no pongas esa cara. ¿Acaso lo has probado alguna vez? Te aseguro que es la carne más sabrosa que has tomado en tu vida. Garrett lo capturó vivo en un cepo, así que lo mató limpiamente y llevó la carne a casa. Creo que le hemos educado como Dios manda, al fin y al cabo.

—¿Vendrá luego?

—No. Y esa es la única razón de que tengamos suficiente comida. Ese chico podría comerse media vaca y luego pedir segundo plato. Pero está pasando unas noches fuera, al estilo indio, revisando sus trampas.

—¿Al estilo indio?

—Sí. Sin tienda, ni comodidades. Viajando ligero pero mucho.

—Ah.

—¿Me dejas una cuchara para removerlo?

Antes de que pudiera dársela, Esther ya había encontrado una. Mabel contempló con cariño cómo Esther se apoderaba de su hogar una vez más. En cuestión de minutos se había puesto uno de los delantales de Mabel, había probado el guiso de lince, puesto la mesa y añadido otro tronco al fuego, aunque Mabel acababa de hacerlo.

—Quiero que me contéis todo lo que habéis estado haciendo. Pero antes tienes que probar esto. —Esther sacó una botellita del bolsillo trasero de sus pantalones de trabajo y la dejó encima de la mesa—. Licor de arándanos. Maná celestial, os lo juro. Rápido. Saca un par de vasos para que podamos acabar con él antes de que lleguen los hombres.

Mabel no se movió de la silla, ya que Esther ya se encaminaba al armario de la cocina. Volvió con dos jarras de las que Mabel usaba para la mermelada y las llenó hasta la mitad de un líquido de un color rojo intenso. Mabel lo encontró agrídulce y espeso, y notó su calor cuando le bajó por la garganta.

—Es delicioso.

—¿A que sí? Toma, bebe un poco más. Es mi última botella y antes me muero que dejar que George lo pruebe. ¡Se tragó todo mi licor de arándanos azules sin tan siquiera preguntar!

Mabel lo apuró de un sorbo, e hizo lo mismo con la segunda ración que Esther le sirvió.

—Muy bien. Ya está.

Justo entonces entraron Jack y George, dando pisotones contra el suelo para quitar la nieve de las botas.

—Bueno, ¿dónde está la tarta? No te la habrás dejado en la carreta, ¿verdad?

Con una mano escondida detrás de la espalda, George esbozó una sonrisa culpable.

—Lo siento, cielo. No he podido evitarlo. —Se relamió los labios—. Estaba para chuparse los dedos.

—Espero por tu bien que sea una broma o...

George sonrió de verdad y sacó el pastel de detrás de la espalda.

—No falta ni un pellizco. Jack puede dar fe de ello.

Jack asintió con exagerada seriedad. Luego miró a Mabel.

—¿Te encuentras bien?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tienes las mejillas rojas.

Mabel vio a Esther por el rabillo del ojo: se llevaba el pulgar a la boca como si su mano entera fuera una botella.

—Intenté detenerla, pero ya sabes cómo es.

—¡Esther!

—Eh, solo bromeaba. Pero ese licor anima, ¿no crees?

—¿Anima? ¿No querrás decir que lleva alcohol?

—¿Que si lleva alcohol? ¿Me tomas el pelo? ¿Qué sentido tiene si no?

—Oh, Jack, no tenía ni idea. Creí que era una bebida dulce. Aunque sí que noté cierto calor en la garganta.

Jack sonrió y dio un beso a Mabel en la mejilla.

—¿Te queda un poco de ese licor, Esther?

—No. Tu mujer se bebió hasta la última gota.

En una estancia que de repente parecía cálida y sin aristas, Mabel intentó seguir la conversación y los platos que iban pasándose de uno a otro. Por un momento tuvo la sensación de estar fuera de su cuerpo, y le resultó agradable contemplar a cuatro amigos compartiendo comida, riéndose y charlando en esa pequeña cabaña aislada.

—¿Qué? El gato no estaba tan malo, ¿verdad?

—En absoluto, George. —Jack se repantigó en la silla y se palmeó la barriga—. Debo admitir que tenía mis dudas, pero estaba muy sabroso. Gracias, Esther. Y dale las gracias también a Garrett.

* * *

Después de recoger la mesa, tarea en la que los hombres también colaboraron a instancias de Esther, Jack y George fueron al establo a echar un vistazo al arado que habían estado intentando reparar para que durara otra temporada. Al salir de la cabaña, dejaron entrar una corriente de aire fresco que acarició las mejillas de Mabel; ella se quedó frente a la puerta abierta y respiró hondo. A su espalda oía a Esther y el ruido de platos en la pila.

—Deja eso, por favor. Ya los fregaré mañana.

—Una idea espléndida. —Esther se dejó caer sobre una silla y apoyó los pies en otra que tenía delante—. Ojalá nos quedara un poco de licor.

Mabel se rió.

—Creo que ya he tenido bastante, gracias. Pero voy a hacer un poco de té.

—Muy bien. Y luego te sientas. Quiero que nos pongamos al día de todo. Me tienes un poco preocupada...

—¿Preocupada? ¿Por qué lo dices?

—He vuelto a oír cosas. De ti y de esa niña. No, no creas que no veo cómo aprietas los labios y te cierras en banda. Pero tenemos que hablar de esto. ¿A qué viene volver a sacar esa historia?

La cabaña se quedó tan silenciosa que Mabel oyó el chisporroteo del fuego y el tictac del reloj. No dijo nada, ni se movió; Esther aguardó pacientemente. Por fin, Mabel fue hacia el estante, cogió el libro y se lo dio a Esther.

—¿Qué es esto?

—Un libro de cuentos. Mi padre solía leérmelo. Bueno, no exactamente leer. Como ves, está escrito en ruso. —Abrió el libro por una de las primeras ilustraciones en color.

—¿Y?

—Es la historia de una pareja de ancianos que desean desesperadamente tener hijos y acaban haciendo uno de nieve, una niña. Y la niña... cobra vida. La niña de nieve.

—Me parece que no te sigo.

—Mi hermana siempre había dicho de mí que tenía la cabeza llena de pájaros, que soñaba despierta. Demasiada imaginación, lo llamaba ella.

—¿Y?

Entonces Mabel se lo contó todo. Le habló de la noche de invierno en que hicieron una niña de nieve y de la aparición de Faina, con los mitones y la bufanda, tan semejante a la figura que habían hecho. Le contó que Jack había enterrado a su padre en las montañas y que se había enterado de que ese hombre había muerto, dejándola huérfana, pocas horas antes de que construyeran la figura de nieve. Y que fue esa noche cuando la niña se dejó ver cerca de su casa por primera vez.

—Hemos intentado convencerla de que se quede, pero se niega. Dice que su hogar está en la naturaleza. Y, después de haberla acompañado a las montañas, yo le creo. Es su casa. La nieve no se hunde bajo sus pasos. Sé que parece increíble, Esther, pero es capaz de sostener un copo de nieve en la palma de la mano sin que éste se funda. ¿No lo ves? Esa niña renació esa noche... renació de la nieve, del sufrimiento y del amor.

—No es que quiera discutir, Mabel, pero lo cierto es que nadie más ha visto el menor rastro de ella. Garrett y yo estuvimos viviendo aquí el verano pasado, ayudando en vuestra granja. No vimos ni su sombra.

—Se marchó. Estuvo fuera todo el verano. Tal y como te dije.

—¿Y ahora?

—Ha vuelto. Con la nieve.

Esther fue pasando las páginas del libro en silencio, observando las ilustraciones.

—Piensas que estoy loca, ¿verdad? Ya lo dijiste... el largo invierno, la pequeña cabaña. Lo llamaste fiebre, ¿no? La fiebre de la cabaña.

Esther dejó escapar un suspiro profundo, luego volvió a la primera ilustración, la que mostraba a la pareja de ancianos y la niña, medio humana y medio de nieve.

—¿Es eso lo que crees de verdad? —preguntó Esther.

—No —dijo Mabel—. Por fantástico que parezca, sé que la niña es real y que se ha convertido en una hija para nosotros. Pero no puedo ofrecerte ni una sola prueba. No tienes ninguna razón para creerme, soy consciente de eso.

Esther cerró el libro, cruzó las manos sobre la cubierta y miró fijamente a Mabel.

—Tengo que admitir que me formé una idea equivocada de ti.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mabel.

—Bueno, al principio te tomé por una blanda. Una mujer que podía perder la razón por culpa de un invierno solitario. Alguien que encajaría mejor en otro lugar, en otro estilo de vida.

En ese instante Mabel sintió que la ira empezaba a crecer en su pecho.

—No te embales —prosiguió Esther—. Escúchame porque he pensado mucho en esto. Me había equivocado. Diría que ahora te conozco bastante bien. Te cuento como a una de mis mejores amigas. Y no eres una mujer débil. Un poco altiva al principio, demasiado tierna, supongo. Y Dios sabe que piensas demasiado. Pero no eres una tontorrón con la cabeza llena de pájaros. Si dices que esa niña es real, entonces por Dios que tiene que serlo.

—Gracias, Esther, pero me consta que lo dices por animarme. Como amiga, me alegra oírlo, pero no es más que eso: una muestra de ánimo.

—¿De verdad crees que soy de las que cambian de opinión solo para animar a alguien? —dijo Esther.

Mabel le dedicó una sonrisa breve mientras, despacio, daba vueltas a la taza que tenía en las manos.

—No entiendo cómo no estás contenta como unas castañuelas. Que sepas que quizá sea la primera vez que reconozco que puedo haberme equivocado en algo. No se lo digas a George. La noticia podría matarlo.

—Ya es casi primavera —murmuró Mabel—. La nieve empieza a derretirse, el río no tardará en aparecer.

—Sí. Ya lo he visto. ¿Qué tiene esto que ver con...?

—No tardará en irse de nuevo. Es como en el cuento. Faina nos abandonará en primavera, y eso es algo que simplemente no puedo soportar. ¿Y si la perdemos? ¿Y si nunca vuelve?

—Mmm... —Esther dio un sorbo al té, pensativa. Luego dejó la taza en la mesa y miró a Mabel como si estuviera midiendo con cuidado sus siguientes palabras—: Querida y dulce Mabel, nunca sabemos lo que va a suceder, ¿no crees? La vida es caprichosa y nos lleva por un camino u otro. Ahí radica la aventura. En que no sabes dónde acabarás o cómo te irán las cosas. Todo es un misterio, y si alguna vez decimos lo contrario estamos mintiéndonos a nosotros mismos. Dime, ¿acaso te has sentido más viva alguna vez?

En marzo los días empezaron a alargarse. Jack veía cómo el sol ascendía cada día más por las montañas. La nieve depositada en los aleros de la cabaña comenzaba a fundirse. El agua cubría la superficie helada del río. Y entonces, una noche, se despejaron los cielos y el frío cayó como una niebla sobre el valle. Al despertar, Jack encontró el fuego reducido a carbones negros y las ventanas escarchadas por dentro y por fuera. Tras avivar el fuego y echar otro edredón por encima de Mabel, que seguía dormida, él partió en dirección a la ciudad. Era el día más frío de todo el invierno, y a su llegada al almacén temió que la nariz se le hubiera congelado. Tras entrar en la tienda, tuvo que tocársela para asegurarse de que seguía en su sitio.

—No te preocupes —bromeó George, que estaba frotándose las manos delante del fuego—. Mabel te querrá igual aunque se te caiga la nariz.

Jack fue hacia él y se frotó las manos, intentando que reaccionaran al calor.

—Hay algo que quería contarte: Mabel aún lleva el sombrero que le regaló tu hijo, casi todos los días. Fue un precioso detalle por su parte.

—¿Sabes que se trata del único zorro plateado que ha cazado nunca? El chico no podía esperar. Se pasó semanas preguntándome si Betty había terminado ya de confeccionarlo.

—Bueno, pues que sepas que se lo pone incluso cuando se queda en casa. Sobre todo con este tiempo.

George se rió y se dio una palmada en su propio trasero, como si los pantalones se le hubieran calentado demasiado.

—A Esther le hará gracia saberlo: Mabel sentada en el retrete con el precioso sombrero de zorro puesto.

—¡Como se te ocurra decir una palabra me meterás en un buen lío!

George volvió a reírse.

—Ese hijo mío no para este invierno: ha puesto trampas por todo lo largo del río, se ausenta durante días... Primero fueron las trampas para martas del viejo Boyd y ahora va tras los lobos que vio Esther cerca de vuestra cabaña.

—¿Lobos?

—Una manada que perseguía a un alce, cerca del río. Mira que es difícil alterar a mi mujer, pero eso la impresionó. Presenció todo el sangriento ataque. El alce opuso una gran resistencia, incluso en esa nieve tan profunda. Los lobos le mordieron y le sacaron las tripas mientras intentaba huir. Garrett y yo fuimos a ese lugar unos días después y solo quedaban los huesos. Se veían las marcas de los dientes a lo largo del costillar. No había ni un trozo de cartílago. Nunca había visto nada parecido.

—Los hemos oído aullar varias veces. No es un ruido fácil de olvidar.

—Desde luego que no. Desde luego que no.

Jack decidió que no mencionaría los lobos a Mabel. Había cometido ese error en una ocasión en que George le había hablado de un lince. Un vecino de los Benson tenía una bandada de patos domésticos. Una noche, el granjero llevaba a los patos al cobertizo cuando un lince surgió de la nada y le arrebató uno de ellos debajo de sus narices. El gato montés regresó una y otra vez en las semanas siguientes, matando poco a poco a todos los patos y arruinando así la inversión del granjero. Aparecía una noche, mataba a unos cuantos, se los comía durante varios días y luego volvía a la carga. Una mañana, el granjero abrió la puerta del cobertizo y el lince se abalanzó sobre él. El pobre hombre casi tuvo un infarto. Tanto Jack como George habían hecho algún comentario jocoso al pensar en la escena: el tipo retrocediendo, aterrado, mientras aquel felino enorme se le echaba encima.

Mabel, sin embargo, no le vio ninguna gracia. Se negó a ir al retrete sola después de anochecer, afirmando que podía haber cualquier animal salvaje acechando en la oscuridad. Jack intentó tranquilizarla, pero se encontró más de una vez montando guardia en la puerta del excusado en plena noche.

* * *

Jack se preparaba para salir de la tienda con una caja llena de provisiones cuando vio por casualidad los patines expuestos. El sol que entraba por la ventana arrancaba destellos de sus cuchillas. No había pensado en ellos desde que era un chico y patinaba en el estanque helado, pero volvió a casa cargado con tres pares.

Faina apareció al atardecer del día siguiente y los tres se enfrascaron en su rutina habitual de preparar la cena y sentarse a la mesa. Cuando Faina bostezó, Jack se puso de pie y anunció: Poneos los abrigos. Vamos a salir.

¿Qué? ¿Adónde vamos?, preguntó Mabel.

Al río.

La niña saltó de la silla, sus ojos expresaban emoción.

¿Vamos todos?, preguntó.

Jack asintió.

Pero hace un frío tremendo, dijo Mabel. ¿Para qué diantre tenemos que bajar al río ahora?

No hay tiempo para preguntas. Vístete.

Jack no solía dar órdenes tan bruscas, así que ese día pilló a Mabel por sorpresa y eso hizo que lo obedeciera sin rechistar. Se pusieron los abrigos y las botas. Jack insistió en que Mabel se pusiera también los calzones largos y pantalones de lana. Le echó una bufanda al cuello.

Muy bien. Mabel, coge el candil.

Él hizo lo propio con una bolsa de lona que había detrás de la puerta.

¿Qué es eso?, preguntó Mabel.

Él se limitó a enarcar una ceja con gesto cómico y sonrió.

¿Y por qué salimos en plena noche?

De nuevo, la ceja enarcada fue la única respuesta.

Creo que no me fío de ti. Ni un ápice.

Fuera hacía frío, aunque la noche era clara y serena. Una luna casi llena se alzaba sobre las cimas de las montañas. Con la nieve recién caída y la luz de la luna, no necesitaban candil, pero su resplandor resultaba reconfortante. Siguieron el sendero que bajaba hacia el río Wolverine.

Por aquí, dijo Jack, conduciéndolas a través de unos sauces hasta llegar a un pequeño canal del río. El viento había barrido la nieve del hielo y éste brillaba, negro y reluciente, a la luz de la luna. Jack encontró un tronco e hizo que Mabel y Faina se sentaran en él, una al lado de la otra.

Él, por su parte, se arrodilló a sus pies.

Por el amor de Dios, Jack. ¿Qué haces?

Jack sacó los patines de la bolsa. Mabel hizo ademán de levantarse.

Oh, no, ni hablar, dijo ella. ¿Has perdido la cabeza? No conseguirás convencerme de que me ponga eso. Me caeré de espaldas. O partiré el hielo y moriré ahogada.

Jack se rió, agarró sus dos pies y prendió las cuchillas a sus botas. Mabel rezongaba, indignada.

Rápido, Faina, dijo Jack. ¿Sabes lo que son?

La niña meneó la cabeza, los labios apretados por el miedo y la emoción.

Son patines de hielo. Te los pones en los pies y te deslizas sobre el hielo.

Le enseñó a ponérselos y a atar las correas. Luego fue hacia Mabel y le dijo al oído:

Nunca dejaría que te pasara nada malo. Ya lo sabes, ¿no?

Los ojos de Mabel brillaban en la noche.

Sí, lo sé. Y se puso de pie, con torpeza.

El hielo del río aún es grueso, dijo él. Lo único que ha hecho esta última helada es darle un brillo perfecto. Y, aunque atravesáramos la capa de hielo, esto es solo un canal de apenas treinta centímetros de profundidad. Nos daría frío, nos mojaríamos, pero os aseguro que no sucederá. Es una promesa.

Jack se puso los patines y las condujo de la mano hacia el hielo.

Mabel vacilaba, pero el espíritu de la niñez se apoderó de ella enseguida y se deslizó, segura de sí misma, sobre el hielo. Faina, en cambio, parecía haber perdido aquella valentía que la caracterizaba, la que en tierra firme le permitía matar animales con sus manos y dormir sola en el bosque. Jack se sorprendió al notar que se aferraba a su brazo como si fuera una niña pequeña.

Tranquila, le dijo. Aunque te caigas, solo te darás en el trasero. No te harás daño.

Como si quisiera demostrárselo, Mabel cayó de culo al hielo.

¡Maldita sea!, exclamó.

Antes de que Jack pudiera soltar a Faina e ir hacia ella, Mabel ya se había incorporado de nuevo. Debería haberme atado una almohada en el trasero, dijo riéndose y sacudiéndose la ropa.

Jack patinaba más rápido. Faina, agarrada a él, se dejaba llevar. Mabel se unió a ellos y los tres se dieron la mano y patinaron formando círculos lentos. Sus gritos y risas y el sonido de las cuchillas arañando el hielo resonaban en la orilla del río.

Mabel se soltó y se alejó, patinando, hacia el río.

¿Hasta dónde es seguro?, gritó.

Hasta ese recodo, le respondió él, viendo cómo ella iba ganando velocidad.

¿No le pasará nada?, susurró Faina, aún agarrada a su brazo.

No, tranquila.

Finalmente, Faina ganó la confianza suficiente para soltarse y patinar muy despacio. Jack dejó el candil en el centro del hielo. Mabel regresó, patinando despacio pero con estilo, dando vueltas y vueltas alrededor del candil mientras Faina la seguía, cual cervatillo de piernas largas que aprende a andar. Jack patinó en dirección opuesta y cogió a Mabel de la mano.

Cuando éramos jóvenes solíamos ir a patinar, le dijo él cuando pasaban delante de Faina. ¿Te acuerdas?

¿Cómo podría olvidarlo? Siempre intentabas besarme, pero yo patinaba más deprisa así que nunca lograste alcanzarme.

Ella se rió, volvió a soltarse y patinó en dirección al río. Jack fue tras ella a través del hielo negro. A su lado iban pasando los árboles teñidos de negro por la noche, el hermoso cielo.

Rápido. Más rápido, gritó Faina, y Jack no sabía a quién animaba pero aceleró la carrera más y más, esperando no toparse con una grieta o un trozo de hielo áspero. Mabel se mantenía fuera de su alcance, hasta que frenó y dio media vuelta para quedar de cara a él. Juntos, de la mano, patinaron hasta donde estaba Faina, en el círculo pequeño alumbrado por el candil. Sin decir palabra, Jack cogió a Faina de una mano y Mabel de la otra, y juntos fueron hacia el río siguiendo su forma, levemente curvada. Faina gritaba, encantada. A pesar del abrigo grueso que llevaba, Jack notaba aquel bracito doblado sobre el suyo, y era como si todo su corazón estuviera metido en esos codos doblados. El hielo semejava cristal húmedo, y al acelerar notaron la brisa en la cara. Miró a Mabel y vio que las lágrimas corrían por sus mejillas; se preguntó si era el frío lo que le humedecía los ojos.

Al acercarse al recodo, donde el canalillo se unía al río principal, empezaron a frenar hasta detenerse. Permanecieron los tres cogidos del brazo, Jack y Mabel tomando aire. La luna alumbraba el valle, levantando una estela brillante en el hielo del río y las blancas cimas.

Sigamos, susurró Faina, y también Jack sintió deseos de patinar río arriba, subir por el río Wolverine, seguir ascendiendo, cruzar el barranco y llegar a esas montañas donde nunca es primavera, donde la nieve nunca se funde.

TERCERA PARTE

Al levantar la vista hacia él, el amor... llenó cada fibra de su ser y la niña comprendió que esa era la emoción contra la que le había prevenido el Espíritu del Bosque. Las lágrimas asomaron a sus ojos y, de repente, empezó a fundirse.

De «Snegurochka»,
traducido por Lucy Maxym



No siempre estaba allí. Algunos días Mabel avanzaba a través de la nieve hasta el riachuelo que corría detrás de la cabaña sin que la criatura se dejara ver. Solo un hilo de agua entre la nieve y el hielo. Pero si se armaba de paciencia y se sentaba en silencio frente al abeto, al final aparecía. Su cabecita marrón se asomaba desde uno de los charcos del riachuelo o su rabo se deslizaba sobre un montecillo nevado.

En ese día de noviembre, la nutria no la tuvo mucho rato esperando. Oyó el ruido del hielo al romperse, una especie de chapuzón, y la vio al otro lado del estrecho riachuelo. Mabel esperaba que saltara a un tronco o corriera riachuelo abajo como hacía siempre. En cambio, esa vez el animal se detuvo en la orilla, se volvió hacia ella y se irguió sobre las patas traseras. Se mantenía notablemente inmóvil, apoyado en su grueso rabo, con las patitas delanteras balanceándose en el pecho. Mabel contuvo la respiración, pero cuando tuvo que soltar el aire el animal seguía observándola con unos ojos que parecían profundos remolinos. Luego se puso de nuevo a cuatro patas y se fue correteando por el riachuelo.

Hasta pronto, viejo amigo.

Ella no sabía ni su edad ni si era macho o hembra, pero había algo en la barbilla de color más claro y en los ásperos bigotes que le hacía pensar en la barba de un anciano. A cierta distancia, la nutria tenía un aspecto cómico y travieso, pero cuando se acercaba un poco, Mabel notaba el olor a sangre de pez y un frío húmedo.

No había dicho ni una palabra sobre la nutria a nadie. Garrett querría cazarla; Faina le pediría que la dibujara. Y ella se negaba a recluirla en medio alguno porque, en cierto sentido, sabía que era como su corazón. Un músculo vivo y activo debajo de una piel húmeda e hirsuta. Atravesando el hielo, sumergiéndose en el agua helada del riachuelo, deslizándose sobre la barriga por la nieve. Alegre, aunque inconsciente.

No era solo la nutria del río. En una ocasión había espiado los sigilosos andares de un coyote de un color entre gris y marrón, que se movía por un campo con la boca medio abierta, como si estuviera riéndose. Había observado a unos ampelis europeos que, como sombras crepusculares, volaban en bandada de un árbol a otro como si una gran fuerza orquestara su vuelo. Había visto a un armiño blanco pasar corriendo delante del establo con un campanol gordo en la boca. Y, en cada una de esas ocasiones, a Mabel le había dado un vuelco el corazón. Era la visión de algo duro y puro a la vez.

Estaba enamorada. Llevaba ocho años viviendo allí y por fin la tierra se había apoderado de su corazón y lograba comprender una pequeña parte de la naturaleza que era el hogar de Faina.

* * *

Las estaciones de los últimos seis años habían sido como las mareas del océano, daban y quitaban, apartaban a la niña de su lado y se la devolvían. Todas las primaveras Faina partía hacia las alturas alpinas, donde emigraba el caribú y las montañas conservaban nieves eternas. Mabel ya no lloraba, aunque sabía que la echaría de menos.

Los colonos llamaban «ruptura» a esa estación agridulce, cuando se funde el hielo del río y los campos se convierten en un lodazal, pero Mabel hallaba algo tierno y amable en ella. Se despedía de la niña justo cuando un manto de violetas de color púrpura y blanco cubría el paisaje y los alces hembra cuidaban de sus crías recién nacidas, justo cuando el sol empezaba a alejar el invierno del valle.

Y luego, cuando los días se alargaban, la tierra se suavizaba y la granja florecía. Detrás del establo, bajo un álamo de Virginia, estaba la mesa de picnic que habían hecho Jack y Garrett; a menudo, durante el verano, el centro de la mesa estaba adornado con un jarro de flores silvestres. La mayoría de los domingos comían con los Benson, unas veces en su casa y otras en la de George y Esther. Cuando hacía buen tiempo y, por algún milagro, había pocos mosquitos, comían al aire libre. Jack y George hacían un fuego en un foso a primera hora de la mañana, donde luego asaban los pedazos de carne de un oso negro que Garrett había cazado en primavera. Esther aportaba la ensalada de remolacha y patata; Mabel hacía un pastel de ruibarbo y ponía un mantel blanco. Luego, las dos mujeres paseaban, cogidas del brazo, y recogían adelfillas y campanillas. Oían a los hombres de fondo, charlando y riéndose mientras el fuego chisporroteaba debido a la grasa de oso. A veces, en los momentos en que Mabel regresaba a la cabaña a buscar platos o cubiertos, Jack iba tras ella, le apartaba el cabello y la besaba en el cuello. «Nunca habías estado tan bella», le decía.

Llegaba la cosecha. En ocasiones, durante aquellas jornadas duras y extenuantes, todo era como Mabel había imaginado: ella y Jack trabajando codo con codo, recolectando patatas y metiéndolas en sacos o cortando repollos de los tallos. A pesar del sudor que le goteaba por la frente y le agriaba la boca, intentaba disfrutar de la dulzura del momento. Por las noches se daban masajes mutuos y se quejaban en broma de sus achaques, Mabel siempre más que Jack aunque ella sabía que los dolores que sufría él eran peores.

Luego, a medida que se acortaban los días y aparecía la escarcha, se alegraban de ello y rezaban para que llegara la nieve. Mabel intentaba adivinar cuánto habría crecido Faina desde la última vez que la vieron; le tejía medias de lana y ropa interior, algún abrigo nuevo, siempre de lana azul, forro blanco y copos de nieve bordados en la pechera.

Cada nueva reaparición de Faina les traía a una chica más alta y más hermosa de lo que la recordaban. Siempre llegaba de las montañas con algún regalo. Un año fue un saco de pescado seco. Otro, una piel de caribú, curtida y aromatizada con hierbas silvestres. Los abrazaba, los besaba y les decía que los había añorado, pero al caer la noche se marchaba hacia esos árboles nevados a los que ella llamaba hogar.

Mabel ya había dejado de llamar a Faina a gritos por el bosque, de intentar retenerla en su casa. En su lugar, se sentaba a la mesa y, a la luz de una vela, dibujaba su cara: la barbilla puntiaguda, los ojos que denotaban inteligencia. Guardaba esos bocetos en el libro de cuentos que narraba la historia de la doncella de nieve.

Invierno tras invierno, Faina regresó a la cabaña. Durante todos esos años nadie la vio nunca. A Mabel ya le estaba bien. Como en el caso de la nutria, había llegado a pensar en Faina como un secreto.

Garrett vio al zorro a través del ocular del alza. Aún estaba a unos cientos de metros, pero avanzaba con rapidez, siguiendo el curso del río, en dirección a él. No tardaría demasiado en recorrer esa distancia. Garrett se apoyó en el tronco del álamo, apuntaló el codo contra la rodilla y estabilizó el rifle. Su dedo acariciaba el gatillo.

Sabía que podía ser ese. Jack llevaba años prohibiéndole matar al zorro rojo que cazaba por los campos y por la parte del río que quedaba junto a la granja. Le había dicho que pertenecía a una niña que vivía sola en el bosque, cazaba en las montañas y sobrevivía a inviernos que habían acabado con las vidas de hombres adultos. Una chica que nadie había visto nunca.

El rifle de Garrett oscilaba levemente al ritmo de su respiración, pero él mantenía la vista fija en el animal. No podía estar seguro. En aquella evanescente luz de noviembre, bien podía tratarse de un zorro cruzado, mezcla de negro plateado y rojo. El animal se detuvo y olisqueó el aire, como si hubiera captado un olor especial, y luego retomó su camino en paralelo al río. El sol se hundió un grado y lanzó sobre el valle los últimos rayos dorados.

Dejó que el zorro se acercara. Cuando estaba a menos de ciento cincuenta metros, Garrett se inclinó hacia delante, acercó la culata del rifle a la mejilla, cerró el ojo izquierdo y alineó el ocular del alza con el lomo del zorro. Pero el zorro se desvió, dio un giro brusco y pasó detrás de un arbusto en dirección a los álamos cercanos. Se movía con rapidez. Garrett bajó el rifle. Había dudado un segundo de más. Faltaba poco para que oscureciera y el zorro se perdería entre los árboles.

Entonces se percató de que el animal se había parado y que se había sentado a observarle desde el principio del bosque. Garrett volvió a apuntar el rifle, entornó los ojos y apretó el gatillo.

Solo necesitó un disparo. El impacto fue suficiente para derribar al animal de lado. Ya no se movió más. Garrett hizo saltar el cartucho de la bala. Luego se levantó del tronco. Con el rifle en la mano, se encaminó hacia el zorro muerto.

En todos esos años, el animal se había adelgazado hasta quedar reducido a un pellejo peludo, el hocico y el pelo del cuello se habían blanqueado por la edad, de manera que, tal vez, con poca luz y a cierta distancia podía tomársele por un zorro cruzado. Pero no había la menor duda. Era ese.

Garrett había obedecido la orden de Jack durante todos esos años. El zorro corría por el campo o se cruzaba con él por un sendero y Garrett lo dejaba en paz. No sin sentirse irritado al tener que hacerlo. Nada parecía indicar que aquel zorro fuera algo más que otro animal salvaje.

Pero en ese momento, con el zorro muerto a sus pies, lamentó haberlo matado. Había faltado a su palabra. Debería llevarlo a la cabaña de Jack y Mabel, confesar, disculparse. Esperaba una severa reprimenda por parte de Jack; silencio por parte de Mabel. Se frotaría las manos en el delantal, menearía la cabeza, decepcionada.

Tenía que librarse de él. Podía despellejarlo y tratar de vender la piel, pero con la edad que tenía el animal, su piel no valía prácticamente nada. Su madre le preguntaría de dónde lo había sacado. Su padre querría ver la piel. Garrett se vería obligado a mentir, y las mentiras acababan complicándole a uno la vida.

Apoyó el rifle en su hombro, recogió el zorro y lo llevó hacia los árboles. Le sorprendió su delgadez, lo mucho que se le marcaban los huesos. Como si fuera un gato viejo.

Más allá de los álamos, en una zona poblada de abetos, Garrett depositó al animal en la nieve, junto al tronco de un árbol. Cortó unas cuantas ramas y lo cubrió con ellas. Esperaba que no tardara en nevar.

Mientras volvía andando hacia casa, ya de noche, no se sentía como un hombre de diecinueve años, sino como un niño que había cometido una fechoría.

* * *

—Garrett. Me alegro de que hayas podido venir.

Jack le recibió a la puerta de la cabaña y le estrechó la mano.

—Confiábamos en que pudieras pasarte hoy por aquí —prosiguió.

Mabel le sonrió, sentada a la mesa de la cocina.

—Mamá me ha dicho que querían verme.

—Sí, creo que ya ha llegado el momento —dijo Mabel.

—¿De qué? —A Garrett le dio un vuelco el estómago.

—Siéntate —dijo Jack, al tiempo que le ofrecía una silla.

—Claro.

Garrett tomó asiento; miró a Jack, luego a Mabel; después de nuevo a Jack.

—Mira, se trata de lo siguiente —empezó Jack—. Hace tiempo que queríamos hablar contigo de la granja...

—Pero quizá deberíamos cenar antes —terció Mabel.

—No. Los negocios primero. Esto es algo que queremos hacer desde hace mucho. —Jack miró a Garrett a los ojos—. Sabes que no habríamos logrado sacar adelante esto sin ti.

—En absoluto. Solo he sido un trabajador eventual. Podría haberlo hecho cualquiera.

—Es ahí donde te equivocas. A lo largo de estos años apenas hemos podido pagarte lo que mereces.

—Y nunca has sido un simple trabajador eventual. Has significado mucho más, para los dos —añadió Mabel—. ¿Qué habría sido de mí si no hubiera podido hablar contigo de Twain y Dickens? Garrett relajó un poco los hombros y suspiró.

—¿Sabes qué es esto? —Jack le mostró unos papeles que había encima de la mesa.

—No. Lo ignoro.

—Es un documento legal que te convertirá en copropietario de esta granja. También establece que, cuando nosotros ya no estemos, el lugar pasará a ser tuyo. Ahora, escúchanos antes de negarte. Sabes que no tenemos hijos a quien legarles esto. Y, haciendo honor a la verdad, la granja no sería lo que es de no haber sido por ti.

—No sé...

—Comprendemos que el trabajo de la granja nunca ha entrado en tus planes —continuó Jack—, pero nos parece que te enorgullece la labor que has realizado aquí. Y quizá podrías combinar la granja y las trampas en el invierno.

—Ah —añadió Mabel—, también eres libre de venderla, cuando ya no estemos.

—Nunca haría... No sé.

—Bueno, no tienes por qué contestarnos ahora mismo —dijo Jack—. No tenemos ninguna prisa por irnos a la tumba, ¿verdad, cariño?

—No. Espero que duremos mucho tiempo. Pero Garrett, sea cual sea tu decisión, queremos que sepas lo mucho que nos importas. Estamos orgullosos del hombre en el que te has convertido...

—Estás avergonzando al chico, Mabel.

—Déjame terminar, por favor. Lo que ha dicho Jack es absolutamente cierto. No estaríamos aquí, la granja no sería lo que es, si no hubiera sido por ti y por tu trabajo. No tenemos mucho que dejar en este mundo, pero queremos ofrecerte lo poco que hay.

—¿Están seguros? Quiero decir... ¿no hay nadie más? ¿Algún pariente? —Garrett empujó los papeles hacia Jack.

—No. Eres la persona a la que sentimos más próxima —dijo Jack.

—Nunca esperé algo así.

—Lo sabemos. Pero es lo correcto.

—Tendría que hablarlo con mis padres —dijo Garrett—. Pero supongo que, en el fondo, es decisión de ustedes dos.

—Pues nosotros estamos absolutamente seguros de lo que estamos haciendo —dijo Jack, tendiéndole la mano otra vez.

Aunque solo estaban a mediados de noviembre, una espesa capa de nieve cubría la tierra. Garrett iba andando en busca de huellas. Lobos, martas, visones, coyotes, zorros... pero en realidad su corazón estaba puesto en conseguir un glotón. Era ya un trampero con experiencia, y sin embargo ese animal se le había escapado en todos esos inviernos. No habría sabido expresarlo en palabras, pero se sentía fascinado por aquella voluntad férrea, aquel aire feroz y solitario. Para entrar en el territorio de los glotones tendría que adentrarse en las montañas, ir más lejos de lo que lo había hecho nunca.

Fue andando desde el lecho del río hasta las faldas de las montañas, y a medida que el terreno se empinaba, deseó haberse puesto calzado para la nieve. Iba ligero de carga, aunque llevaba suficientes provisiones para pasar la noche si hacía falta, pero con ese tiempo acabaría mojado y frío. A medida que avanzaba la mañana volvió a empezar a nevar y se planteó la posibilidad de dar media vuelta. Pero el anhelo de llegar al siguiente risco, a la próxima ladera, siempre se imponía. Quizá a pocos pasos hallaría un valle estrecho y rocoso, huellas de glotones. Cuando rebasó una colina salpicada de abetos y vio que ante sí se extendía un pantano, con los montículos de hierba cubiertos de nieve, sí que se dispuso a regresar. Allí no encontraría glotones y la nieve fresca ocultaba cualquier rastro.

Lo detuvo un sonido que le pareció el suspiro de un horno de leña, una exhalación pesada. Dio media vuelta y vio algo en el otro extremo del pantano. Se agachó detrás de un tronco de abedul caído e intentó ver algo a través de la nieve que seguía cayendo.

Al principio parecía un montículo de nieve como los otros, aunque más grande y de una forma extraña, pero entonces unas enormes alas blancas que, extendidas, abarcaban mayor amplitud que Garrett con ambos brazos abiertos, sacudieron el aire. De nuevo oyó el rumor y supo que salía de esas alas. Avanzó reptando en torno al tronco caído, con el pecho pegado a la nieve. Se acercó, ocultándose tras sucesivos montículos. Cuando volvió a fijar la mirada en la criatura blanca, vio que había alguien más. Cabellos rubios, una cara humana. Copos de nieve caían sobre sus ojos y parpadeó repetidas veces, pero aquella cara siguió allí, entre las alas y aquel sonido turbador y sibilante. Se le erizó el vello de la nuca y el sudor le corría por la espalda, pero aun así avanzó más, llegando tan cerca que la siguiente vez que el animal batió sus alas creyó notar el aire en la cara.

Un cisne blanco, con un cuello largo y esbelto, volvió la cabeza hacia un lado y lo miró con un ojo negro y reluciente. Luego bajó la cabeza, dobló las alas y cantó. Volvió a ver el rostro humano por detrás de las alas. Una niña, en cuclillas sobre la nieve, justo al otro lado del cisne. Ella se puso de pie y al principio Garrett creyó que lo había visto, pero tenía la mirada clavada en el cisne. Llevaba un abrigo azul, con copos de nieve bordados, y un gorro de piel de marta.

Era ella, aquella sobre cuya existencia habían murmurado durante años. La niña que solo habían visto Mabel y Jack. La niña que tenía a un zorro salvaje como mascota. Habían pasado muchos inviernos, años en los que no había visto ni su sombra, ni una sola huella en la nieve, pero en ese momento la tenía delante. Y no era la niña que él siempre había imaginado. Era alta y esbelta, apenas unos años más joven que él.

La cabeza del cisne casi rozaba los hombros de la niña y sus alas la envolvieron cuando el animal las agitó, como si la avisara de algo, y saltó hacia ella. Garrett vio entonces que una de sus patas había quedado atrapada en un cepo. No era la pequeña liebre o perdiz que la niña pretendía cazar. El cisne era un gigante hermoso, bajo sus plumas blancas se advertían sus músculos y tendones, los ojos negros miraban fijamente el pico de ese mismo color. Se preguntó si la niña

lo liberaría. Quizá pudiera deslizarse por detrás y hacer saltar el cepto, pero él dudaba que lograra acercarse tanto sin que el cisne la atacara.

Entonces se le ocurrió otra posibilidad. ¿Lo mataría? La idea le dio náuseas, sin saber por qué. Quizá porque la niña era delgada, de rasgos delicados y manos pequeñas. Quizá porque el cisne tenía alas como si fuera un ángel y en los cuentos de hadas volaba llevando a lomos a una doncella. Garrett sabía la verdad: con la carne del cisne la niña podría alimentarse durante días. Ella empezó a desabrocharse el abrigo. Hechizado, Garrett siguió observándola aunque intuía que debía desviar la mirada. Ella dejó el abrigo en un arbusto, a su espalda, luego hizo lo mismo con el gorro de piel. Llevaba un vestido floreado y, debajo, algo que parecía unos calzones largos. Se inclinó y de una funda que llevaba prendida a la pierna sacó un cuchillo.

El cisne tiraba del arbusto que anclaba el cepto. Con el cuchillo en la mano, la niña subió despacio a un montículo que se elevaba al otro lado del cisne, intentando colocarse detrás del animal. Pero este la siguió, volvió la cabeza y dio un salto hacia ella. La niña nunca podría hacerlo de frente: el pico del ave le atravesaría la piel, rompería sus pequeños huesos. El cisne chilló de nuevo y abatió las alas hacia ella, no con intención de emprender el vuelo sino de atacar. Garrett se agachó más para no ser visto.

Cuando la niña dio un paso hacia el cisne, el batir de las alas ganó fuerza, formando un remolino de nieve y aire; los chillidos se convirtieron en un graznido seco y terrible. Ella se situó rápidamente a espaldas del animal y saltó sobre él. La pata libre cedió al peso, doblándose, pero las inmensas alas aún se agitaban. La niña mantuvo el equilibrio, giró la cara y agarró el tenso cuello del ave. Deslizó una mano hacia arriba y apretó justo al llegar a la cabeza del cisne, apartándola de sí misma tanto como le era posible. El animal pareció fatigado de la lucha y, por un momento, ambos permanecieron inmóviles. Garrett oía la respiración de la niña.

Pero entonces el cuello del cisne se retorció en la mano, volviéndose hacia la cara de la niña. El pico le rozó la mejilla. Ella hundió la cabeza del animal en la nieve y se colocó, con las piernas abiertas, encima del ave. Garrett imaginó el calor que emanaba del cuerpo del cisne: oía los chillidos y aleteos del ave y aquel graznido que parecía salir de aquel extraño cuerpo redondo. El cisne se debatió, pero acabó calmándose. La niña empuñó el cuchillo, lo deslizó bajo el cuello del animal y efectuó un certero corte ascendente.

Se secó la cara con el dorso de la mano ensangrentada. El animal agitó las alas débilmente, solo un momento, y luego se quedó quieto. La niña se dejó caer al lado del pájaro, junto a aquellas enormes alas muertas. La sangre manaba brillante. Seguía nevando.

Ella estuvo un rato sin moverse. Garrett notaba las piernas rígidas por el frío y sentía la necesidad de incorporarse y moverlas, pero, hipnotizado, no pudo hacerlo.

Durante toda una hora, Garrett observó a la niña mientras ésta destripaba al cisne, le cortaba la cabeza y las garras negras. Del cuerpo abierto y las entrañas emanaba vapor. Dejó a un lado el hígado, el corazón del tamaño de una ciruela y el nervudo cuello. Con mano firme despellejó al cisne hasta quedarse con un pellejo colgante de alas blancas, plumas blancas y piel ensangrentada. Garrett esperaba que lo arrojara a un lado, pero la niña lo desplegó en la nieve para luego doblarlo con cuidado, metiendo las alas dentro de la piel. Luego lo introdujo en un saco. Arrastró los restos del animal, alejándolos del lugar donde lo había matado ya que los pedazos y la sangre atraerían a cuervos, mapaches y otros carroñeros. Garrett la vio encaramarse a un pequeño abeto que había en uno de los bordes del claro con la intención de atar allí los restos.

Estaba de espaldas a él, así que Garrett se arrastró tan deprisa como pudo por el mismo camino por el que había llegado. Cuando alcanzó los abetos, se escondió detrás de uno y la vio arrodillarse en el pantano y lavarse las manos y el cuchillo en la nieve. Después se puso el abrigo y el gorro. Garrett se volvió hacia la colina y salió corriendo.

Había dejado de nevar y el cielo se despejaba. El crepúsculo señalaba la llegada del invierno. Retorcidas franjas de niebla se alzaban del río y, mientras corría montaña abajo, era como si descendiera entre nubes. Oyó a una bandada de gansos de nieve que se despedían a gritos del cielo púrpura y, por primera vez en su vida, el sonido le asustó.

Mabel y Faina estaban recortando copos de nieve de papel para decorar el pequeño abeto que tenían en un rincón de la cabaña cuando los Benson aparecieron de improviso con los regalos de Navidad. Esther abrió la puerta de un empujón, sin llamar, y Faina se refugió de un salto en el otro lado de la sala; sus ojos expresaban un miedo intenso y tensaba los músculos, como si estuviera dispuesta a huir. Por un instante Mabel temió que la niña intentara romper el cristal de la ventana. Fue hacia ella, se agachó y la cogió con ternura de la muñeca, con la esperanza de tranquilizarla así.

Esther se quedó quieta, boquiabierta; Mabel se habría reído de la escena de no haber sido por el terror de Faina.

Mabel se incorporó, sin soltar la mano de la niña, y respiró lentamente.

Esther, dijo. Me gustaría presentarte a Faina. Faina, esta es mi buena amiga Esther.

Justo entonces se oyó un fuerte ruido en la puerta: George y Garrett acababan de entrar. Esther levantó la mano y los hizo callar con un gesto, como si pudieran espantar a una criatura del bosque.

Es la niña, George, susurró Esther sin apartar los ojos de Faina. Está aquí. Justo aquí, ante mis ojos.

George soltó una carcajada, pero, tras él, Garrett estaba en silencio. El chico miraba la escena con los ojos muy abiertos, hasta que se dio cuenta de que Mabel le observaba. Entonces dio un paso atrás, ocultándose detrás de su padre.

Mabel hizo que la niña avanzara.

Hola, dijo Faina en voz baja.

Por Dios, dijo Esther. Existe. Tu niña es de carne y hueso.

* * *

Las horas siguientes fueron extrañas. Esther intentó fingir que había llevado un regalo para Faina, como si siempre hubiera sabido que iba a estar allí.

Toma, este es para ti, le dijo, dándole un paquete envuelto.

Faina no habló, y al principio ni siquiera extendió las manos para cogerlo. Mabel y Jack fueron hacia ella con la intención de interceder, pero se pararon. La niña cogió el paquete y, con expresión sombría, lo dejó en su regazo.

Bueno, ¿a qué esperas? ¿No vas a abrirlo?, dijo Esther.

Faina parecía tan asustada y perpleja, sus mejillas habían adoptado un rojo tan intenso, que Mabel sintió deseos de abrir la puerta para que pudiera escapar hacia el frío exterior.

¿Necesitas ayuda, Faina?

En la cabaña hacía un calor sofocante. Nadie hablaba. Todos los ojos estaban puestos en la niña. Por fin, Faina empezó a quitar el papel. Cuando sacó de él un pañuelo con flores bordadas y sonrió, mostrando un educado agradecimiento, Mabel temió desmayarse de puro alivio.

Gracias, dijo Faina. A Esther le brillaban los ojos.

La tensión disminuyó cuando ambas familias se dispusieron a cenar. Faina siguió callada, pero tenía buenos modales, pasaba los platos cuando se le pedía y sonreía brevemente de vez en cuando. Garrett, sin embargo, parecía incapaz de articular palabra o de mirar a nadie, sobre todo a Faina. Era como si su simple presencia fuera una afrenta y Mabel se sorprendió al advertirlo.

* * *

—¿Sabes que el chico está cazando muchos lince este año? —dijo George, con un trozo de tarta de frutas en la boca—. La población de liebres ha aumentado, así que hay un montón de felinos rondando por el valle.

—¿Ah, sí? —preguntó Jack.

Mabel miró a Garrett y su semblante le recordó al que tenía aquel primer verano en la granja: irritable, petulante.

—¿Y bien? Este señor acaba de hacerte una pregunta. —George dio una palmada al respaldo de la silla que ocupaba su hijo.

Garrett bajó la vista y balbuceó una respuesta incoherente.

—Ya —dijo Jack en tono conciliador, aunque Mabel sabía que tampoco él había oído la respuesta del muchacho.

—¿Qué diablos te pasa, chico? Habla claro. No tienes nada de que avergonzarte. Has obtenido buenas piezas este año.

—Sí, supongo que he cazado unos cuantos. —Garrett enseguida volvió a bajar la cabeza y contempló el postre, sin probar un mordisco.

¿Era ese el hijo honorario, el mismo que ahora lanzaba miradas hoscas en todas direcciones? Sentados a esa misma mesa, Garrett había estrechado la mano de Jack y manifestado que sería un privilegio convertirse en su socio, heredar la finca cuando llegara el momento...

El chico no pronunció una sola palabra en toda la velada.

George y Esther prosiguieron con sus historias. Mabel recogió la mesa y paseó, nerviosa, por detrás de la silla de Faina. La niña se encogía y perlas de sudor le goteaban por la cara. Mabel la abanicó con una servilleta y le secó las sienes.

Hace calor, demasiado calor, susurró Mabel para sus adentros.

Por fin los Benson se despidieron y Mabel suspiró aliviada al ver que todos se marchaban: George, Esther y Garrett hacia la carreta y Faina en dirección al bosque nevado.

Garrett maldijo las huellas e instó al caballo a que ascendiera por la empinada colina para seguirlas. Se agachó para no darse con una rama baja pero aun así acabó cubierto de nieve. Cuando llegó a la cima, frenó al caballo, se sacudió la nieve de los hombros y se inclinó para verlas de más cerca. No era un rastro reciente, más bien un conjunto de hendiduras informes bajo varios centímetros de nieve, pero no le cabía duda: eran de la niña. El caballo se movió, ansioso por seguir adelante o regresar, de manera que Garrett continuó, siguiendo las huellas mientras éstas se internaban entre los abetos.

Estaba harto de la niña. Llevaba seis años oyendo a Jack hablar de ella. Faina. Faina. Faina. El ángel del bosque. Y sin embargo, a pesar de tanta cháchara, él nunca había visto ni rastro de la niña. En todos esos inviernos había buscado sus huellas, medio esperando verlas algún día, medio esperando confirmar que Jack y Mabel estaban locos. En alguna ocasión le había parecido ver una sombra entre los arbustos, pero siempre había resultado ser un pájaro. Entonces, ¿por qué ese invierno todo era distinto y, dondequiera que fuera, la nieve del bosque mostraba unas huellas de las que no podía librarse?

* * *

Todo lo relacionado con la niña lo hacía sentir culpable. Había matado a su zorro y no se lo había dicho a nadie. La había espiado. Y había una escena que no se le borraba de la cabeza: la lucha de la niña con el cisne. Las emociones que despertaba en él le angustiaban, pero era incapaz de olvidarla.

Mientras seguía sus huellas, se dijo a sí mismo que lo hacía porque le daba la gana: iba en busca de glotones, a las montañas. Y era la verdad. Los glotones solían rondar por las zonas altas del paisaje alpino, más cerca del glaciar. Nunca atraparía uno en las laderas bajas, donde sus presas eran coyotes, zorros, castores y visones.

Fue siguiendo el rastro hasta llegar a un barranco estrecho, sembrado de rocas ocultas bajo la nieve. El caballo tropezaba de vez en cuando y, finalmente, Garrett optó por desmontar y guiar al animal. Aunque los años no pasaban en vano, el caballo mantenía su firmeza y aplomo, y se conocía las montañas como pocos.

Las trampas y cadenas de Garrett chocaban dentro del saco que iba atado a la silla. Bajo la nieve, el agua corría entre las rocas. Él esperaba descubrir en cualquier momento las fuertes pisadas, parecidas a las de un oso, de un glotón solitario. En su lugar encontró otras huellas más pequeñas, y esta vez más recientes. Otra vez la niña. De ese mismo día, probablemente. Garrett se paró y, con las manos apoyadas en las rodillas, observó el rastro. Un rastro claro sobre la nieve, como el que dejaría un lince o una liebre. Si la niña era casi tan alta como Garrett, ¿cómo podía dejar esas leves huellas que ni siquiera se hundían en la nieve? Una mezcla de irritación y fascinación le atenazó el estómago. Pisó con fuerza, borrando aquellas delicadas huellas con las botas.

* * *

La niña andaba por allí. No le cabía la menor duda. Algo en el aire había cambiado. Sucedió lo mismo cuando acechaba a un alce: de repente el bosque se calmaba y se aguzaban sus sentidos. Al levantar la cabeza vio a la niña, de pie junto a un árbol, con el abrigo azul con copos de nieve bordados y aquellos cabellos de un rubio sobrenatural. Garrett se dijo que podía dar media

vuelta, pero lo más probable era que ella ya le hubiera visto. Siguió subiendo por el barranco, intentando caminar más despacio de lo que le urgía el ritmo acelerado de su corazón.

Ella no se movió ni habló hasta que lo tuvo muy cerca. Miraba de reojo al caballo, nerviosa, pero cuando Garrett iba a decirle que no debía tenerle miedo, ella lo acalló con su voz.

Tú mataste a mi zorro.

Por un instante, Garrett se quedó sin habla. ¿Cómo lo sabía?

Sí, balbuceó por fin.

¿Por qué has venido hasta aquí?

Él podría haberle preguntado lo mismo. No tenía ninguna razón para sentirse inferior a ella.

Por los glotones, le dijo. Busco uno.

¿Aquí?

Tiene que haber uno en este arroyo. Estoy seguro.

La niña meneó despacio la cabeza. La furia ralentizó el ritmo del corazón de Garrett.

¿Cómo lo sabes?, preguntó él. ¿Acaso conoces todos los rincones del valle?

Ella asintió.

¿Por qué iba a creerte?

Garrett dio un paso adelante y, al acercarse más a ella, notó su aroma. Té de Labrador, baya, pino y nieve fresca. Era tan débil que se descubrió a sí mismo inhalando despacio, para capturarlo más aún.

La niña dio media vuelta y se agachó. En el suelo nevado había una especie de bulto de corteza de abedul trenzada que él no había visto. Ella lo abrió y sacó algo de él. Cuando le miró, sostenía un glotón muerto por las patas delanteras. Su cabeza recordaba a la de un oseño, tenía un cuerpo fuerte y patas cortas y poderosas. Era un animal grande, Garrett supuso que debía de pesar unos veinte kilos, y a la niña tenía que haberle costado cargar con él. Sin embargo, se lo arrojó a los pies. El caballo relinchó y se apartó un poco.

¿Qué es esto?, preguntó él.

Un glotón.

Eso ya lo veo, pero... ¿para qué lo sacas?

Te lo doy. Así podrás irte.

Garrett se quedó sin habla durante un momento.

No lo quiero, dijo, malhumorado. Así no.

Lo despellejaré para ti, dijo la niña, y buscó algo más en el saco.

¿Qué? ¡Diablos, no! No quería decir eso. ¿Por qué me lo das?

No lo quiero. Tú sí.

Si no lo querías, ¿por qué lo mataste?

Robaba martas y se comía la carne de los cepos. Cógelo.

Garrett no se había sentido más enojado en toda su vida. Después de los años que llevaba intentando cazar un glotón y esa niña se lo lanzaba a los pies como si fuera un bicho sin valor. Y, para colmo, le ordenaba que se fuera. Se volvió hacia el caballo, cogió las riendas y montó.

¿No te lo llevas? La voz de la niña era más aguda que antes, más infantil.

Garrett no respondió. Sacudió las riendas y el caballo inició el lento descenso por el barranco.

No hay más por aquí, gritó la niña. Era el único.

Él no volvió la cabeza.

Llévatelo, insistió ella. Así no tendrás que volver.

No quiero tu maldito glotón, le gritó él, casi sin mirarla. Y regresaré cuando quiera. Esta tierra no te pertenece.

No se permitió la posibilidad de volver la cabeza hasta que estuvo cerca del risco. Cuando lo hizo, vio a la niña. Seguía en el mismo sitio, con el glotón muerto a sus pies. Él no habría podido jurarlo, pero le pareció ver que los finos labios de la niña estaban cerrados en un gesto de ira.

* * *

En cuanto creyó que estaba fuera del alcance de su vista, Garrett volvió a desmontar. El camino era demasiado peligroso para ir a caballo. Bajo la nieve, el agua del arroyo estaba congelada, charcos y rocas recubiertas de hielo. Condujo al caballo hasta una pequeña zona de agua y le dejó beber. Cuando el caballo estuvo saciado, Garrett se agachó, cogió un poco de agua con la mano y se la acercó a los labios. Era dulce, fría, y le dejó algo mareado.

No tenía la menor intención de volver a casa. Aún tenía mucho día por delante y no había puesto ni una sola trampa.

Garrett siempre había respetado los territorios de los otros tramperos. Un individuo no mucho mayor que él había reclamado las tierras que iban hasta el riachuelo desde la finca de Jack y Mabel, y él nunca puso trampas allí. Tampoco lo había hecho en las tierras de Boyd, a pesar de que veía que el viejo ya no se preocupaba de sus trampas, hasta que éste le autorizó a ello. Un hombre podía recibir un disparo por apropiarse de la caza de otro trampero, pero incluso meterse en territorio ajeno estaba mal visto. Pero ¿en aquel caso? En aquel caso se trataba solo de una niña. Una niña que a lo sumo habría cazado unos cuantos conejos. El glotón había sido una excepción. Pura chiripa.

Aunque en el fondo sabía que eso no era así. No se cazaba a un glotón por casualidad y él la había visto matar al cisne. Era buena.

Se echó un poco de agua en la frente y se secó la mano en el abrigo antes de volver a ponerse los guantes de piel. Empezaba a nevar. No se lo esperaba: el cielo había amanecido despejado esa mañana. Cuando salió al retrete, antes de que amaneciera, había visto la aurora boreal, retorciéndose y girando sobre el vasto manto negro, de una forma que corresponde solo a las noches más frías y despejadas. Sin embargo, pocas horas después, nevaba. Miró hacia las montañas, pero unas nubes bajas se las habían tragado.

—Bueno, Jackson, al final vamos a tener que irnos.

No solía hablar con el caballo, pero se sentía intranquilo. La nieve caía ya con firmeza y un ligero viento soplabla desde el lecho del río. Se subió a la silla y pasó por un instante de desorientación. La nevada se había vuelto tan intensa que apenas veía las siluetas de los árboles más cercanos.

—Colina abajo, Jackson, ¿de acuerdo? No podemos equivocarnos si vamos hacia el río.

En poco tiempo, sin embargo, la nieve cegó a Garrett; el caballo iba a tropiecos por un sendero invisible.

—¡Por Dios! —murmuró—. ¿De dónde ha venido esto?

Nunca antes había visto que una tormenta de invierno se formara tan deprisa, salida de la nada. Se subió el cuello del abrigo y sacó un gorro de lana del macuto. Al desmontar, la nieve le llegaba a la rodilla. Nevaba intensamente y no paraba. Volvió a montar y dirigió el caballo hacia los árboles, pero había perdido el norte. Pensaba que había seguido la pendiente que descendía hacia el río, pero parecía haber tomado un barranco que iba precisamente en dirección contraria. Intentó recordar qué había llevado consigo. Ni tienda. Ni saco de dormir. Solo lo más básico: cerillas, una navaja, otro par de calcetines de lana. El almuerzo que le había preparado su madre. Poco más. Vio la silueta difusa de un gran abeto y hacia él se dirigió.

Allí podía esperar un rato a que la tormenta amainara. Partió algunas ramas bajas del árbol y usó el borde de la bota para quitar la nieve del tronco. Al menos era algo parecido a un refugio. Partió las ramas sobre su rodilla y luego arrancó parte de la corteza de un abedul cercano. Llevaba el hacha. En cuanto el fuego estuviera encendido podría echar trozos de madera más grandes.

Sentado con las piernas cruzadas bajo el árbol, apiló la corteza y las ramas de pino y encendió una cerilla, que enseguida se apagó debido a la nevada. Otra. Y otra. Le quedaban muy pocas. Finalmente, consiguió prender fuego a un trozo fino de corteza, pero duró apenas unos segundos antes de que el viento lo apagara. Se puso de pie y dio una patada a la madera apilada. Un puñado de nieve cayó de las ramas y le dio en la cabeza.

—Bueno, Jackson, me parece que hay que seguir adelante.

Mientras cabalgaba entre los árboles, pensó en las historias que había oído: hombres que se habían visto obligados a matar a sus caballos y meterse en su cavidad corporal para no morir congelados.

—No te preocupes, Jackson. Aún no estamos tan desesperados.

Pero la cosa no pintaba bien. Lo veía. Había dormido muchas noches a la intemperie, pero nunca tan poco preparado y en unas condiciones tan extremas. La nieve se le metía en las arrugas de los pantalones y del abrigo. La crin del caballo estaba cubierta de hielo. No tenía elección: siguió cabalgando sin saber hacia dónde iba.

* * *

Cuando se encontró cerca de lo que parecía ser un lago helado y cubierto de nieve, un lago que no había visto ni había oído nombrar nunca, tuvo miedo. Desmontó y se quedó junto al caballo en la orilla nevada.

Maldita sea. Maldita sea. Dio un puntapié al suelo. El caballo parpadeaba despacio, demasiado cansado para alejarse del exabrupto.

Te has perdido.

Garrett dio un brinco al percibir esa voz al oído, una especie de susurro fantasmagórico. Por encima del hombro vio a la niña, como un espectro en la nieve. Enojado por haberse sobresaltado, gritó:

¿Qué quieres?

Te has perdido, repitió, y de nuevo su voz sonó más cerca de lo que estaba la niña.

No.

Pero ambos sabían que mentía.

No encontrarás el camino a casa, dijo ella.

No, maldita sea, ya sé que no. Pero no se me ocurre qué puedes hacer tú al respecto.

La niña dio media vuelta y empezó a andar.

Sígueme, le dijo.

¿Qué?

Te mostraré el camino.

Él tenía ganas de gritar, de dar patadas, de resistirse a ese inesperado vuelco de los acontecimientos, pero en su lugar cogió las riendas y siguió a la niña. Ella no volvió la vista atrás; caminaba por la nieve deprisa y sin dificultad. Aunque a ratos la perdía, ella siempre acababa reapareciendo, esperándole junto a un abedul o entre los abetos.

Nunca quise que sucediera esto, dijo ella. Estaba enfadada, pero en ningún momento deseé que te perdieras.

Bueno, claro que no. ¿Cómo iba a ser culpa tuya?

La niña se encogió de hombros y reemprendió el camino. La tormenta amainaba y se veían algunos retazos de cielo azul. Cuando por fin las montañas se tornaron visibles, no estaban donde Garrett habría creído. Se preguntó dónde habría terminado si la niña no hubiera ido a por él.

La niña avanzaba entre los árboles y algunas veces abrazaba sus troncos en un gesto juguetón al rodearlos. No parecía tomar nota de hacia dónde iba o de dónde venía. Actuaba como una

niña valiente que jugara en el bosque, y sin embargo era alta y ya casi una mujer, el abrigo azul ceñido a la cintura, la melena rubia cayéndole por la espalda.

Estuviste aquí, dijo ella. Cuando maté al cisne.

La niña no volvió la cabeza al decir esto, sino que aceleró el paso, sus pies iban ligeros sobre la nieve, y Garrett pudo al menos dar gracias por eso. No tuvo que contestar. Solo tenía que seguirla y esperar que nunca, nunca volviera a hablarle. Avanzaron en silencio durante un buen rato.

No podrás llevarte al caballo a las montañas, dijo ella. La nieve será demasiado profunda.

Garrett se paró y acarició el cuello del caballo. De todas las cosas que podía decir...

Lo sé, replicó él. ¿No crees que ya lo sé? Necesito un equipo de perros. Pero mis padres no me dejan tenerlos. Jackson es un buen caballo. Iba a usarlo un poco más y luego herrarlo para nieve. Habría funcionado.

De no haber sido por ti, quiso añadir. Pero odiaba ese sonido quejicoso de su voz, el de un niño mimado que no se ha salido con la suya. ¿Por qué no se callaba? Eso es lo que haría un hombre de verdad.

Allí, dijo la niña, deteniéndose entre los árboles. Era la cabaña de Jack y Mabel. Veía los campos blancos de nieve y la columna de humo de la chimenea.

Él asintió y se subió al caballo. Cuando llegó al claro, le hizo dar media vuelta. Buscó a la niña entre los árboles, intentó distinguir el abrigo azul y su reluciente pelo rubio, pero ya no estaba.

Faina llegó con una cesta alta hecha de corteza de abedul que llevaba como si fuera una mochila, atada con correas de piel de alce. A la puerta de la cabaña se la bajó de los hombros, la depositó en la nieve, sacó un pez de ella y se lo mostró a Jack.

Era la criatura más espantosa que él había visto nunca. Medía casi sesenta centímetros, tenía la piel moteada y viscosa, y un cuerpo largo y gordo que recordaba al de una babosa. Labios gruesos y una cabeza ancha y plana, con una especie de púa que le salía de la barbilla. Como si fuera un renacuajo gigante y deforme.

¿Qué es eso, por el amor de Dios?

Una lota, dijo ella. La acabo de atrapar en el hielo. Es para cenar.

No creo que Mabel te deje meter eso en la cocina.

Oh.

No, estaba bromeando. No lo había visto nunca. ¿Es comestible?

Sí, dijo ella. Nadan en las aguas más frías y profundas. Son muy difíciles de pescar, pero son deliciosas.

Bueno, en ese caso, será mejor que la limpiemos.

Juntos fueron al riachuelo.

Tenéis una nutria de río, dijo Faina, señalando hacia la orilla opuesta.

Jack vio las huellas: rodeaban un tronco caído.

¿Una nutria, dices? No la he visto.

Ella se agachó a la orilla, sacó el cuchillo de la funda y rajó el vientre del pez de un solo tajo.

Eh, deja que lo haga yo, dijo Jack.

Ella siguió, sin hacerle caso; sacó las entrañas del pez y las arrojó al agua. Luego metió la mano en el cuerpo y soltó el riñón de la espina.

¿Por qué Garrett viene a las montañas?, preguntó mientras se sacudía los dedos manchados de sangre.

¿Lo has visto?

Sí. Muchas veces. ¿Por qué viene?

Debe de estar poniendo trampas.

Oh, dijo ella.

No le tengas miedo. No te hará ningún daño.

De acuerdo, dijo ella.

Dejó el pez en la nieve y se lavó la sangre de las manos.

La imagen de la niña perseguía a Garrett todas las noches. El día de la tormenta de nieve llegó a casa exhausto, pero fue incapaz de conciliar el sueño... Y no durmió bien durante semanas. Tumbado en la cama, pensaba en sus ojos azules y en los rasgos delicados de su cara, aunque siempre se le aparecían velados por una nevada u ocultos por su melena rubia; no podía recrearlos con claridad. Intentó recordar la forma de sus labios. Se preguntó cómo sería poder acariciarlos. Y, sobre todo, se esforzó por evocar su aroma, difuso y familiar a la vez.

* * *

Regresaba a las montañas una y otra vez para ver sus huellas salpicando la nieve. Le decía a todo el mundo, incluso a sí mismo, que iba a poner trampas, y sin embargo pasó días sin colocar ninguna y en algunas ocasiones olvidó llevarse los cepos y la carnada. Ya no pensaba en los glotones, solo en ella, y se le cansaron los ojos de escrutar el paisaje en busca de un atisbo del abrigo azul o de los rubios cabellos. Sospechaba que la niña se ocultaba, pero aun así no podía evitar volver.

Tal y como había predicho ella, la nieve de las montañas fue pronto demasiado profunda para el caballo, así que iba a pie. A veces pasaba la noche allí, dormía en una tienda de lona y hacía fuego para cocinar. Eran las peores noches, porque el sueño no llegaba nunca. Contemplaba la fría oscuridad y prestaba atención al menor susurro. Tenía la certeza de que la niña estaba allí, observándole desde los árboles, y algunas mañanas encontraba sus huellas. Pero nunca reveló su presencia. Nunca, hasta el día en que él se paró, desesperado y nervioso ante su rastro, y gritó su nombre.

¡Faina! ¡Faina! Solo quiero hablar contigo. ¿Me dejas?

Silencio en los árboles. Un cielo nublado, tenso, a punto de derramarse en forma de nieve.

¡Faina! Sé que estás ahí. ¿Por qué no sales?

Estoy aquí, dijo ella. Salió de detrás de una rama de abeto sobrecargada de nieve. ¿Qué quieres de mí?

No lo sé. Y Garrett se sorprendió de su propia sinceridad. Estaba inquieto, envalentonado. No lo sé, repitió.

Ella entrecerró aquellos ojos de un azul acerado, pero no se movió.

¿Has visto más glotones?, preguntó él, solo porque no se le ocurrió nada mejor que decir.

La niña meneó la cabeza.

¿Y tú? ¿Ya has encontrado uno?

No. Nunca, la verdad. Nunca he cazado uno.

Oh.

Siempre he querido conseguirlo.

¿Por eso estás aquí?

No. No es por eso.

Entonces, ¿por qué?

Creo que... por ti.

La niña se removió, turbada, pero no dio ni un paso para alejarse.

Lamento lo de tu zorro. No debería haberlo matado... Espera. No te vayas. ¿No quieres hablar conmigo? Nunca había conocido a nadie como tú.

Ella se encogió de hombros, una expresión extraña le nubló las facciones y él creyó verla sonreír. ¿Quieres que te enseñe una cosa?, preguntó ella.

De acuerdo.

Rodeó el abeto y desapareció. Temeroso de perderla de vista, él salió corriendo a pesar de que el calzado que llevaba no ayudaba precisamente a eso. La siguió entre los árboles, subió hacia los álamos y los arándanos alpinos. Ascendieron hasta haber cruzado el bosque, hasta que las pendientes nevadas se convirtieron en cimas rocosas. Estaba empapado en sudor y le costaba respirar, pero la niña parecía incansable. Le esperó en una roca, a cubierto del viento, hasta que él, jadeante, logró alcanzarla.

La niña se había quitado los mitones y se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio. Luego señaló hacia una de las pendientes laterales. Garrett solo veía blanco. Era humillante. Siempre había tenido buen ojo para avistar presas, pero esa vez tuvo que menear la cabeza y reconocer que no, no veía nada.

Ella sonrió, no sin amabilidad, y se arrodilló junto a la roca. Del bolsillo del abrigo sacó un puñado de piedras. Eran redondas y lisas, todas aproximadamente de un tamaño similar, como si hubieran sido escogidas con esmero. Eligió una, se puso de pie y la lanzó. Garrett oyó un graznido sofocado y vio un aleteo blanco. La niña arrojó otra piedrecita y le dio a otro pájaro. Sin detenerse a mirar a Garrett, ella corrió por la pendiente hacia su presa. Una bandada de perdices nivales, del más puro color blanco, cobró vida a sus pies con un aleteo sonoro. Eran centenares, más de las que Garrett había visto nunca juntas, y llenaron el cielo dispersándose en todas direcciones: algunas descendieron a solo unos metros, otras volaron a lo lejos, fundiéndose en la blancura, otras se posaron con torpeza en el siguiente risco.

La niña regresó sonriente; sostenía dos perdices muertas por las patas. Él permaneció sentado, molesto, con los brazos cruzados encima del pecho. También él había intentado ese truco otras veces. Tras lanzar docenas de piedras, lo único que había conseguido había sido herir a una, a la que después tuvo que rematar de un disparo.

¿Era esto lo que querías mostrarme?, preguntó él.

No. ¿Ya estás descansado?

En lugar de seguir ascendiendo hacia la cima, como él esperaba, la niña se dispuso a atravesar la pendiente. Al andar, sus pies formaban diminutas bolas de nieve que rodaban montaña abajo, dejando un rastro punteado. Atravesar aquel empinado camino con ese calzado era difícil, pero Garrett sabía que si se quitaba el calzado se hundiría hasta la cintura, así que siguió avanzando como pudo. No tardaron en descender por un barranco repleto de alisos.

Al llegar a la base de una pequeña loma, la niña apoyó una rodilla en el suelo y de nuevo le pidió con un gesto que no hiciera ruido. Una profunda capa de nieve cubría la colina, a excepción de un agujero que no era mayor que una cabeza humana. Acércate, le dijo la niña con las manos.

Era un hoyo sombrío, excavado en la tierra, que daba paso a un túnel mucho más grande enterrado en la nieve. Al reconocer de qué se trataba, un escalofrío le subió por la columna hasta la nuca: la niña lo había llevado hasta la madriguera de un oso.

Garrett seguía agachado a su lado, inclinado hacia el hoyo. Pensó que podría distinguir raíces y tierra negra, pero estaba tan oscuro que no pudo confirmarlo. Esperaba que fuera cavernoso y lúgubre, pero solo olía a nieve y a tierra, y quizá a hojas húmedas y piel. Lo único que oía era su propia respiración.

Señalando hacia la madriguera, enarcó las cejas como si quisiera preguntarle a la niña si había alguien allí dentro. Ella asintió; sus ojos brillaban y tenía la mano enguantada apoyada en el hombro del chico, a modo de advertencia. A pesar de la gruesa prenda de abrigo, él notó la presión de aquella mano en su piel, una sensación que casi le mareó. Lentamente se apartaron de la madriguera y caminaron en silencio hasta hallarse de nuevo en el lecho del arroyo.

¿Está allí dentro?, susurró él. ¿En este momento?

Sí. Lo vi excavar el agujero desde allí. La niña señaló la pendiente que se alzaba al otro lado del riachuelo.

¿Un oso pardo?, preguntó Garrett.

Ella asintió.

¿Un macho?

No. Una madre con dos cachorros.

No había animal más peligroso en todo el bosque, pensó Garrett. Él había visto osos pardos en las montañas, había observado los músculos de sus fuertes espaldas, el pelo brillante. Se quedaba paralizado cada vez que se topaba con uno de esos animales, aunque fuera de lejos. Pero nunca lo había tenido tan cerca. Solo la nieve le había separado de una osa grizzly, poderosa y dormida, con las largas garras de sus pies plantígrados, dispuesta a proteger a sus cachorros.

El chico estaba en la puerta de la cabaña de Mabel, cubierto de nieve y tirando de un cachorro al que llevaba atado con una cuerda. Preguntaba por Faina.

—¿Disculpa?

—¿Está Faina?

—Pues no, Garrett, no está. Pero entra, por favor.

Él vaciló antes de entrar, mirando al cachorro blanco y negro, de orejas caídas.

—Supongo que tu amiguito puede entrar contigo —dijo Mabel, invitándolos a pasar y cerrando la puerta antes de que entrara más nieve en la cabaña.

El cachorrillo sacudió el rabo con fuerza y, cuando Mabel se le acercó, intentó saltar sobre su regazo. Ella se rió y dejó que le lamiera la cara. Luego se incorporó y se secó las manos en el delantal.

—Vaya, veo que tienes una nueva mascota.

—No. Ya sabe que mis padres no me dejan tener perros —dijo él. No había pasado de la puerta y se le veía nervioso—. No. La verdad es que... bueno, es para ella.

—¿No querrás decir para Faina?

—¿Cree que no le va a gustar?

—Oh. Bueno, sí, supongo que a cualquier niño le encantan los cachorros, pero no sé si...

—Ella ya no es una niña.

Su tono fue inesperado: denotaba irritación, como si hablara a la defensiva.

—Tienes razón. Ya no es una niña, ¿verdad?

Mabel había notado un cambio en Faina. Su cara era menos redonda, sus pómulos más marcados, sus brazos y piernas eran más largos. Estaba más alta, más segura de sí misma. Mabel suponía que debía rondar los dieciséis o diecisiete años.

—¿Sabe si vendrá esta noche?

—No lo sé. Nunca sabemos con seguridad si aparecerá o no.

El perrito correteaba por la cabaña, y en ese breve espacio de tiempo había logrado dejar un charco de orina en un rincón, arrastrar por el suelo un trapo y mordisquear las zapatillas de Jack, que estaban junto al horno de leña. Mabel cogió el trapo y empezó a limpiar el charquito.

—Lo siento, Garrett. No sé cuándo la veremos, y, para ser sincera, tampoco tengo muy claro que sea muy buena idea. Quizá no pueda ocuparse de un perrito ella sola.

—Sí que podría.

—Bueno, veamos qué dice Jack. Estará en casa dentro de unas horas. Me ofrecería a quedarme el cachorro hasta que venga Faina, pero me temo que daría mucho trabajo.

—¿Le importa que me quede yo también? Con el cachorro. En el establo, hasta que venga ella.

—Ah. Vaya. No tengo inconveniente si es eso lo que quieres. Hará frío...

—Estaré bien. Y no creo que Faina tarde en aparecer, ¿no?

Garrett se llevó al perrito a que jugara en la nieve y Mabel se quedó sola, meditando. Qué extraño giro de los acontecimientos. El chico, con un cachorro para Faina. Mabel dudaba que la niña se acercara a la casa si intuía que estaba Garrett. Nunca se dejaba ver cuando había extraños. *¿Cuánto tiempo aguantaría él para verla?*

* * *

—¿Está Garrett por aquí? —dijo Jack a su regreso, poco antes de que anocheciera—. He visto su caballo en el establo.

—Sí. Se ha presentado con un regalo para Faina.
—¿Para Faina? ¿Qué clase de regalo?
—Un perrito.
—¿Un perrito?
—Sí. Garrett ha dicho que era un husky, uno de esos que pueden adiestrarse para llevar trineos.
—¿Un perro? ¿Y es para Faina?
Él pareció perplejo al principio, pero luego esbozó una amplia sonrisa.
—¡Una mascota!
—¿Te parece una buena idea?
—Por supuesto. Ella necesita un amigo.
—Pero ¿crees que podrá cuidar de él?
—Oh, se las apañará. Le irá bien.
—¿Estás seguro?

Jack debió de advertir una nota de ansiedad en su voz porque la miró fijamente.
—Está muy sola, Mabel. Tienes que verlo. Siempre de un lado a otro, incómoda en nuestra casa, totalmente sola en el bosque. Apuesto a que nunca ha estado cerca de un cachorrillo cariñoso y alegre.
Mabel tuvo la tentación de compartir con él sus temores respecto a Garrett y su peculiar comportamiento, pero no logró dar con las palabras adecuadas para expresarlo y temió que sonara rebuscado y tonto.

* * *

Esa tarde, cuando Faina llamó a la puerta, Jack, Mabel y Garrett estaban dentro de la cabaña, jugando con el perrito, lanzándole un trapo anudado por la habitación. Al oír la puerta, Garrett se puso en pie de un salto.

Mabel temía que Faina saliera huyendo en cuanto viera que tenían compañía, pero la niña entró y se quedó justo al otro lado de la puerta, sin quitarse el sombrero ni el abrigo, como si aún estuviera pensando en marcharse. Sus ojos se abrieron como platos al ver allí a Garrett.

Tranquila, niña, dijo Mabel. Dame el abrigo. ¿Ya vuelve a nevar?

Faina no contestó, pero se quitó el abrigo y el sombrero sin apartar los ojos de Garrett.

Te acuerdas de Garrett, ¿verdad? ¿El hijo de Esther y de George? Ha llegado hace un rato y... bueno, ha traído algo para ti.

Garrett tenía al cachorro sujeto por la correa, pero en ese momento se la quitó del cuello. El perrito corrió hacia Faina, moviendo el rabo y con la lengua fuera. La niña retrocedió hasta dar con la puerta y el animal la siguió, saltando hacia ella.

No pasa nada, niña, no pasa nada, dijo Mabel. Es solo un cachorro. Y diría que le gustas mucho.

Te prometo que no muerde, dijo Garrett.

Se arrodilló a los pies de Faina y acarició al perrito para calmarlo.

Ves, solo quiere jugar. Es pequeño, tiene apenas unos meses.

Garrett cogió la mano de Faina y la depositó suavemente en la cabeza del cachorro.

Mira. Acarícialo.

El perrito le lamió los dedos y Faina se rió.

¿Te gusta?, preguntó Garrett.

Faina asintió, sonriendo, y dejó que el animalito le lamiera los dedos.

Pues es para ti.

La niña miró a Mabel y luego a Garrett. Fruncía el ceño.

Sí. Es tuyo, dijo Garrett. Sé que no es como tu zorro. Pensé en cazar uno vivo para ti, pero al final me decidí por un perrito.

Faina apoyó las manos en las mejillas del cachorro. La caricia tranquilizó al perro, que pareció sonreír.

Tendrás que darle de comer, dijo Jack, hablando por primera vez. Tenía los brazos cruzados y daba la sensación de que la escena le divertía.

Dale cualquier cosa, come de todo.

Y quizá deberías metértelo dentro del abrigo a la hora de dormir, hasta que se haga un poco mayor, añadió Garrett.

Faina seguía acariciándolo, estaba maravillada. Mabel esperaba que diera las gracias o preguntara algo, pero la niña no dijo nada.

No tienes que llevártelo si no quieres.

Mientras decía esas palabras, Mabel supo que era ridículo. Faina no se iría sin el perrito.

Pues tendrás que ponerle nombre, si va a ser tuyo.

Faina asintió, muy seria, como una niña dispuesta a prometer la luna con tal de quedarse con el perro.

Es un perro para trineo, ¿sabes, Faina?, dijo Jack. Podrá tirar de un bulto o de un trineo. Estos perros adoran la nieve. Te acompañará a todas partes. Llévale al patio y lo verás.

Jack abrió la puerta y el perro salió a la nieve. Faina y Garrett corrieron tras él, abrochándose los abrigos. Tras cerrar la puerta, Jack se dirigió a la ventana, para observar la escena al lado de Mabel. La luz de la cabaña se derramaba por la ventana, y no muy lejos, cerca de los árboles, vieron a Garrett y a Faina tirándole bolas de nieve al perrito y corriendo cuando éste los perseguía.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —dijo Mabel.

Jack asintió y la atrajo hacia sí. Sin embargo, ella se percató de que Jack estaba pensando en el perro y no estaba segura de estar refiriéndose exactamente a eso.

* * *

Durante las semanas siguientes, Garrett, Faina y el perrito correataron por la nieve entre los árboles que había cerca de la cabaña. A menudo Garrett se presentaba a primera hora, normalmente con la excusa de traer un tarro de mermelada de su madre o el mango de un hacha que había reparado para Jack. Luego, inevitablemente, Faina y el cachorro salían del bosque. Los ojos de la niña destilaban alegría, y sin embargo Mabel no podía evitar cierta aprensión. Intentaba disfrutar de las tardes, cuando todos entraban, el perrito se tumbaba frente al horno de leña y Garrett y Faina comían tarta sentados a la mesa de la cocina. También esto había sido parte de la vida que Mabel había ansiado llevar: niños jugando en el patio, niños sanos y salvos a su mesa. Intentó, tal y como hacía durante la cosecha cuando ella y Jack unían sus esfuerzos, aprovechar esos instantes de placer a sabiendas que quizá no duraran mucho.

Garrett no tardó en pergeñar un plan para adiestrar al perro y Mabel le tomó el pelo diciendo que esa había sido su auténtica motivación desde el principio: participar en el adiestramiento de un perro de trineo. Él se rió, pero, según dijo, estaba seguro de que ese perro había nacido para la nieve. En su siguiente visita trajo un pequeño trineo de madera que había construido y un arnés que había confeccionado a base de cuerda y cuero. Como el perro era aún muy joven, Garrett decidió que tirara del trineo vacío. Mabel observó al cachorro corriendo en dirección al río, con el trineo saltando a su espalda y los dos chicos persiguiéndolo a la carrera. Estuvieron mucho rato fuera, suficiente para que Mabel empezara a preocuparse. Se lo dijo a Jack cuando éste entró procedente del establo.

—Seguro que están bien, Mabel. Esos dos se conocen el bosque mejor que nadie de por aquí. ¿Has visto cómo corre el perrito? Será un perro magnífico para Faina.

Garrett regresó solo justo antes del anochecer.

—Mañana nos llevaremos al perro de excursión, río arriba. Nos encontraremos por la mañana.
¿Puedo pasar la noche en el establo?

—Claro —accedió Jack—. Parece que le has regalado un buen husky.

—Sí. Aprende rápido, y le encanta trabajar.

—¿Mañana, dices? ¿Os vais a pasar el día al río? —Mabel se retorció las manos como lo haría una abuela, anciana y remilgada.

* * *

A la mañana siguiente, cuando le daba a Garrett el almuerzo para dos que había preparado y que incluía un trozo de carne de alce asada para el cachorro, Mabel ya no pudo seguir callada.

—Prométeme una cosa, Garrett —dijo en una voz que era casi un susurro. No hacía falta que Jack oyera lo que iba a decir.

—Claro. ¿De qué se trata?

—¿Me prometes que no encenderás un fuego?

—¿Fuego?

—Sí. Hoy, cuando paréis para comer o si de repente sientes frío. Prométeme que no encenderás una hoguera, ni siquiera una pequeña a base de ramitas.

—Pero ¿por qué...?

—Garrett, esto es importante —dijo Mabel, e hizo un esfuerzo para contenerse y no zarandear al muchacho por los hombros—. Prométeme que nunca, nunca, bajo ninguna circunstancia, dejarás que Faina se acerque al fuego.

Su voz había ido subiendo de tono. Jack, sentado a la mesa de la cocina, levantó la cabeza de los papeles que revisaba pero enseguida volvió a enfrascarse en su lectura. Mabel se tranquilizó.

—Sé que debe de parecerle una petición extraña, pero ¿me lo prometes?

Garrett la miraba con cariño y por un instante ella se sintió tentada de contarle la verdad. Quizá así ella y Garrett se reirían ante lo improbable de sus temores y ahuyentaran la posibilidad de que sucediese.

—No lo entiendo, Mabel, pero se lo prometo —accedió Garrett de buena gana—. Nunca dejaría que le pasara nada a Faina. Quiero que lo sepa.

Y, en el rostro del chico, ella vio que creía en sus propias palabras.

La madriguera del oso había sido un regalo que Faina le había hecho deliberadamente y que demostraba cierta comprensión de lo que podía complacerle. Garrett tardó en dar con un regalo que pudiera corresponder a ese y, de hecho, al principio creyó que el cachorro había sido un error. No había previsto que ella pudiera tenerle miedo.

Semanas después, sin embargo, confiaba mucho más en haber tomado una buena decisión. El perrito crecía bajo los cuidados de Faina, su pelaje negro se volvía más espeso y reluciente. Observaba a Faina a todas horas con esos ojos de distinto color, uno azul y otro castaño. Cuando la perdía de vista, se sentaba a esperarla, taciturno, como si fuera un perro mucho más viejo. Y, cuando ella reaparecía, el animal la recibía con saltos y ladridos. Ella no le había puesto nombre aún, pero el perrito acudía a su llamada: un silbido, como el de un herrerillo.

Y en cuanto a Faina... estaba transformada. Si antes era silenciosa y seria con Garrett, esos días se reía y bailaba. Ella y el cachorro se perseguían, en círculos más y más cerrados, hasta que la niña caía sobre la nieve, entre risas, y el perrito le saltaba encima. Cuando ella se incorporaba y se sacudía la nieve de sus cabellos rubios, a veces cogía a Garrett del brazo y tiraba de él hacia los árboles, en persecución del perrito, y en esos momentos él se sentía como si estuviera sumergido en un sueño nevado. En ese sueño, a veces incluso la besaba en sus labios fríos y secos.

Mientras se dirigían al río Wolverine, el sol se reflejaba en la nieve y la escarcha brillaba en todas las ramas y hojas muertas. A Garrett le dolían los pulmones al respirar y notaba una quemazón en su cara, expuesta al frío. Hasta que aceleraron el paso notaba los pies casi congelados. Faina y el perro corrían delante y esperaban a que Garrett los alcanzara. Cuando pararon en unos troncos caídos para comer, él pensó en encender un fuego para entrar en calor, pero al recordar la súplica de Mabel, se abstuvo de hacerlo. Comieron bocadillos fríos, envueltos en papel de cera, y alimentaron al perro con el pedazo de asado de alce.

Podríamos volver ya, dijo Garrett cuando terminaban de comer.

No, sigamos un poco más. Por favor...

Así que continuaron en dirección al norte, unas veces a través de los canales helados, otras caminando entre los árboles de la orilla. El lecho del río estaba limpio de nieve y Garrett veía los lugares donde el hielo azulado se había combado, formando elevaciones y hondonadas heladas. Había momentos en los que dudaba a la hora de cruzar por el hielo, pero Faina le animaba a seguir. Él creía en ella, confiaba en que sabía dónde el hielo era frágil y dónde era fuerte y nítido como cristal, y siempre caminaba seguro a su lado.

Cuando llegaron a un recodo del río, Garrett se percató de que nunca se había aventurado hasta tan lejos en esa dirección. Tras ese recodo, el valle se abrió hacia las montañas y, a lo lejos, centelleaban agujas de hielo azul. Era el nacimiento del río: un glaciar resguardado por montañas blancas. Desde tan lejos, los escarpados bloques de hielo parecían tambalearse bajo la luz del sol, cercanos y distantes, reales e irreales.

Vamos, dijo Faina, y ella y el perro se dirigieron a una zona llena de montículos de nieve, una extensión de sauces que crecía a lo largo del río. Garrett intentó seguirla, pero no conseguía abrirse paso fácilmente entre los sauces incrustados de escarcha. Caminaba a trompicones por la maleza y no vio a la niña hasta que, de repente, la tuvo delante. Ella rodeaba con el brazo el tronco de un sauce pequeño, que se inclinaba un poco bajo su peso. Faina se apartó de aquellas ramas centelleantes y observó a Garrett con una mirada que él no llegó a entender. Se acercó a él y su aliento frío le acarició la piel. Como si fuera una liebre asustada, Garrett no se movió, no hasta que los labios de ella rozaron los suyos.

Las mejillas de Faina eran suaves, estaban frías y de toda ella emanaba esa fragancia que lo había hechizado durante todo ese invierno: a hierbas silvestres, piedra húmeda y nieve recién caída. Muy despacio, él la abrazó y la atrajo hacia sí. Se sacó un guante y llevó la mano hacia sus cabellos, algo que sabía entonces que había querido hacer desde la primera vez que puso sus ojos sobre ella, el día que mató al cisne. Notaba el cuerpo de Faina contra el suyo, delicado pero firme, vivo y fresco, una sensación distinta a cualquiera que hubiera experimentado antes. Estás caliente, susurró ella, con los labios aún muy cerca de los de Garrett.

Garrett dejó que su boca recorriera la línea de su mentón, descendiera hasta el cuello, y luego ascendiera de nuevo hacia su oreja. Supo que podría perderse en el punto donde su cabello rubio se unía a su piel suave. Podría perderse en su suavidad pálida, en sus dedos ágiles, en sus enormes ojos azules.

Él quería dejarse caer sobre la nieve y arrastrarla consigo, pero no lo hizo. Permaneció de pie, atrayéndola por la cintura con un brazo mientras la otra mano le acariciaba la nuca y apoyaba la cabeza en su cuello.

Fue ella. Ella empezó a desabrocharse los botones plateados del abrigo.

No, no, murmuró Garrett.

¿Por qué no?

Te morirás de frío.

Ella no dijo nada más, pero siguió desabrochándose el abrigo. Garrett se quitó el otro guante y lo arrojó al suelo; deslizó sus manos por la lana, notando en su piel curtida la caricia de los ribetes de seda. Una oleada de culpa le invadió, algo le decía que lo que estaban haciendo no estaba bien, pero ya era demasiado tarde. Notó la delicadeza de sus costillas, llevó la mano hacia su corazón y luego... se perdió.

Estoy preocupada, Jack.

Él lo veía venir. Mabel se había pasado el día mirando por la ventana, mordiéndose el labio inferior, suspirando mientras barría o hacía la colada. Pero ¿por qué esperaba siempre hasta la hora de la comida para dar a conocer sus cuitas? Eso nunca lo había entendido.

—¿Mmm? —Se sirvió más judías en el plato.

—Me preocupan los niños... O, mejor dicho, el hecho de que ya no sean unos niños, ¿no? Diría que son ya unos jóvenes.

—¿Mmm?

—¿Me escuchas, Jack?

Él untaba de mantequilla una rebanada de pan, pero asintió.

—Es que... se les ve muy unidos, ¿no crees? Pasan demasiado tiempo juntos, los dos solos, y no estoy segura de que sea apropiado. Teniendo en cuenta su edad.

—Mmm...

—¡Jack, por el amor de Dios! ¿Te estás enterando de quién hablo? ¿Has escuchado una sola de mis palabras?

Frustrado, él soltó el cuchillo y el tenedor y miró fijamente a Mabel.

—Muy bien, ya he dejado de comer. ¿Estás contenta?

—Lo siento. Es que... Garrett y Faina, creo que quizá estén...

—¿Qué?

—¿No lo has notado? ¿La cantidad de tiempo que pasan juntos? La forma en que andan, cogidos del brazo.

—Son unos críos. Les sienta bien tener un amigo.

—Pero, Jack, no son críos. Ya no. ¿No lo ves? Faina debe de tener dieciséis o diecisiete años y Garrett tiene casi diecinueve.

Le sorprendió constatar el tiempo que había pasado. Cuando apareció en la puerta de la cabaña por primera vez, Faina era una niña pequeña, y casi ayer mismo Garrett era un mozalbete de trece, cuyo único interés era cazar comadreas.

—Supongo que tienes razón, Mabel. Los años me han pasado volando. Pero yo no me preocuparía. Garrett no es de los que van detrás de las chicas. Diría que el noviazgo no entra en los planes de ninguno de los dos.

—No, Jack. Te equivocas.

—Nosotros casi les doblábamos la edad cuando empezamos a salir.

—Pero no era lo habitual. Mi hermana menor se casó a la edad de Faina.

Jack bajó la vista hacia las judías, ya frías, y al pan cada vez más seco. La habilidad de Mabel para ver problemas por todas partes, presentes o futuros, lo agobiaba. A veces deseaba que le dejara comer las judías mientras aún estaban calientes y el pan cuando aún crujía recién sacado del horno, que dejara los problemas a un lado.

—Lo siento, Jack. Quizá no sea nada. Solo me parece peligroso que pasen tanto tiempo juntos sin carabina. Y he notado un cambio en Faina, algo que no sabría explicarte del todo. Claro que, ¿qué podemos hacer? No podemos prohibirle nada. No es nuestra hija...

El último dardo dio en la diana. ¿Cuántas veces había pronunciado él esas mismas palabras? Faina no era su hija. No podían decidir su vida. Lo único que podían hacer era agradecer el tiempo que pasaban con ella. Y lo otro, todo eso de Faina correteando por el bosque con el chico, se instaló en su cerebro de la misma forma que se mete una piedrecita en la bota. Al principio no es más que algo molesto, pero al final te hace cojear.

* * *

Durante días Jack apenas pensó en otra cosa. De joven había permanecido al margen de las chicas. Mientras sus amigos se acicalaban todos los fines de semana para asistir a los bailes del pueblo, él prefería pasar las tardes trabajando en el cobertizo o cuidando de un potrillo. Había besado a unas cuantas chicas detrás del granero, por supuesto, pero casi por obligación, y a menudo se preguntaba qué tenía Mabel para haber despertado, y conservado, su interés. Era tranquila, amable, pensativa, y al principio no le había hecho el menor caso. Con el tiempo, sin embargo, habían forjado un afecto que era asimismo tranquilo y amable, a ratos distante.

Y Jack siempre había pensado que Garrett se parecía a él. Esther siempre bromeaba diciendo que no habría mujer en el mundo dispuesta a lidiar con un chico tan tozudo. Mientras sus hermanos se habían apresurado a casarse con chicas guapas y alegres, Garrett tendía a la soledad. Jack sospechaba que, al final, tal vez dentro de unos cuantos años, aparecería una mujer de carácter singular que sería la media naranja de Garrett.

Pero ¿Faina? Eso era imposible. No importaba su edad: era una niña, pura y frágil. Garrett era demasiado decente para profanarla.

Entonces se dedicó a observarlos; los vio charlando en el bosque, tan cerca que sus brazos se rozaban, los vio despedirse y el apretón de manos duraba más de lo necesario. Y una noche, en la cama, Mabel le dio la noticia con una voz en la que él intuyó la confirmación de los temores de su esposa, alarma.

—Faina no se va. Dice que se quedará a pasar el verano.

—¿Qué?

—Lo que oyes. No se marchará cuando se acabe la nieve.

—¿Por qué?

—¿De verdad tienes que preguntarlo?

—¿Qué te ha dicho ella?

—Me ha dicho que Garrett quiere llevarla a pescar salmones, y a la tundra a cazar caribúes. Me ha dicho que se queda todo el verano.

Era inquietante, pero Jack no acababa de decidir por qué. ¿Acaso no había sido siempre el deseo de ambos? La niña estaría con ellos durante todo el año, lo que evitaría que tuvieran que preocuparse por si le sucedía algo en esos largos meses de verano. Pero no era lo que él quería. La echaba de menos cuando no estaba, pero en realidad prefería pensar que estaba en las montañas nevadas, lejos del calor del sol y del valle infestado de mosquitos.

—¿No comprendes qué significa esto, Jack?

Él no contestó.

* * *

Salió el sol y la nieve empezó a fundirse, primero de los aleros y las ramas de los árboles, luego en las lomas de las montañas. La primavera llegó, rápida y cálida, y el río creció por el deshielo. Jack le dijo a Mabel que iba a dar un paseo hasta el río, a ver cómo bajaba el hielo, pero lo cierto era que seguía a los chicos. Garrett ya se había instalado en el establo, a pesar de que aún faltaba tiempo para la siembra, y esa mañana el chico se había levantado temprano y se había reunido con Faina y el perro en el patio. Ni siquiera habían pasado por la cabaña a decir buenos días, despedirse, o simplemente preguntar cómo estaban. Se habían marchado, cogidos del brazo, por el camino que llevaba al río.

—Vuelvo enseguida —dijo Jack, evitando cruzar su mirada con la de Mabel.

Esa mañana se la veía desanimada, hablaba poco y se movía sin hacer ruido por la cabaña. Cuando ya iba a salir, se detuvo y la cogió de la mano. Ella le miró a los ojos, como si fuera a decirle algo, pero solo le dio un beso en la mejilla.

El patio y el camino principal estaban embarrados, pero el sendero que descendía hacia el río era más transitable, ya que serpenteaba entre los abetos. El terreno estaba seco, transido de raíces y musgo. Una ardilla saltó de una rama a otra, pero Jack solo pudo oír el zumbido, la escasa luz no le permitió verla. Aunque seguía habiendo zonas con nieve, abundaban más las hojas de cornejo enano y los helechos, que asomaban del suelo. No tardó en oír el rugido del río y al acercarse al agua vio que en los sauces nacían unos brotes blandos y plateados. Fue a cortar algunos, para llevárselos a Mabel, pero entonces recordó la tarea que guiaba sus pasos y siguió caminando.

Esperaba encontrarlos en la orilla del río, tirando piedras contra los fragmentos de hielo o jugando a sacar un palo de entre los dientes del perro. Como no estaban allí, siguió el sendero que bordeaba el río y cruzaba los sauces, hasta que se encontró en una zona más alta llena de abetos. Los árboles eran más altos y más densos, y en la tierra reinaba el silencio y la sombra. Miraba al suelo para no tropezar con las raíces, y sus ojos se posaron en un matojo de florecillas rosadas que florecía entre el musgo y las agujas de los pinos. Zapatillas de hada, así las había llamado Mabel. Una vez, él le había llevado un ramo de esas orquídeas salvajes y ella le había regañado, diciéndole que eran frágiles y que con cada flor arrancada había condenado a muerte a una planta entera.

Rodeó las flores. El sendero se perdía, pero a ratos oía voces. Pudo llamarlos, avisarlos de su presencia, pero entonces lo que estaba haciendo no tendría sentido. Estaba allí para espiarlos, aunque la idea le diera náuseas.

Los encontró por fin, apoyados en uno de los árboles más grandes de hoja perenne, tumbados sobre sus abrigos que habían dispuesto como mantas en el suelo. Era un lugar hermoso; el sol brillaba entre las ramas y moteaba el suelo de puntos de luz, el aire olía a abeto fresco y limpio. Observó a escondidas hasta estar seguro de lo que estaba viendo. Desvió la mirada, tan abrumado por sentimientos de vergüenza y de rabia que le costó encontrar el camino de regreso a casa.

* * *

Jack parecía llevar horas fuera, y Mabel pasó por delante de la ventana más veces de las que pudo contar. Había cometido un error al contárselo. Debería haber dejado a un lado sus remilgos y hablado francamente con la niña. De mujer a mujer. Pero ya era demasiado tarde.

Suspiró aliviada al ver que Jack llegaba al patio. Iba solo. Pero entonces ella reparó en la rapidez de sus pasos, la patada que le dio a la puerta del establo para abrirla... y para cerrarla un instante después, quedándose fuera como si no supiera, adónde ir o qué hacer. Fue al montón de madera y cogió el martillo. Dios, pensó ella, va a matarlo. Pero lo que hizo Jack fue cortar troncos, uno tras otro, lo que no tranquilizó en absoluto a Mabel. Ese invierno Garrett había cortado troncos para años. Jack no estaba trabajando, sino dando rienda suelta a su furia. Ella quiso salir a buscarlo. No le había hablado del afecto genuino que había leído en la cara de Garrett ni de la sonrisa que había visto en los labios de Faina cuando lo cogía del brazo. En ese momento cayó en la cuenta de que, a pesar de la insistencia de Jack en que Faina no era su hija, estaba viendo ese asunto como lo haría un padre.

Al principio Mabel no advirtió que Garrett había salido de los árboles, pero cuando dejó de oír el ruido acompasado de la madera al romperse, miró por la ventana y vio a ambos hombres de pie junto a la montaña de troncos. No oía lo que decían, pero por sus movimientos deducía que hablaban: primero Jack, luego Garrett. Vio que Jack agitaba las manos y que Garrett hundía los

hombros, durante un segundo. Luego reaccionó y habló con más vivacidad. Mabel seguía en la ventana, con una mano apoyada en el cristal. Y entonces, aparentemente sin previo aviso, Jack soltó un puñetazo que derribó a Garrett al suelo.

Quizá había sido un error. Nunca había visto a Jack pegar a nadie y rezó porque hubiera malinterpretado la escena que se acababa de desarrollar ante sus ojos. Pero entonces Garrett se sentó, frotándose la barbilla con el dorso de la mano; Jack le tendió la suya, seguramente para ayudarlo a incorporarse, pero el muchacho la rechazó y se puso de pie, tambaleante, por sus propios medios.

Cuando Jack entró en la cabaña, ni él ni Mabel dijeron nada. Ella le llevó hasta la jofaina para que pusiera en agua los hinchados nudillos y se los envolvió en un trapo húmedo. Fuera se oyó el galope del caballo de Garrett.

Este verano seguiremos el curso del río, hacia el océano.

¿De verdad?

Es allí, en agua salada, donde se pescan salmones que brillan como si fueran de plata. Haremos una hoguera y dormiremos en la arena. Quizá incluso lleguemos hasta el océano.

Nunca he estado allí.

Es inmenso.

Lo sé. Lo he visto desde las montañas.

¿Sabes qué más haremos?

Faina apoyó la cabeza en el pecho de Garrett.

No, dijo ella. ¿Qué más haremos?

Nadaremos en el río. Nos quitaremos la ropa y nadaremos desnudos en el río.

¿No tendrás frío?

No. Hay estanques pequeños, remansos de agua que se calientan con el sol. Son limpios, azules. Ya lo verás. Nadaremos y flotaremos, y cuando metamos la cabeza bajo el agua, te besaré. Así.

* * *

Era como una sed insaciable. Él podía beber y beber, y nunca tener bastante.

Cuando estaban juntos, paseando por los alrededores del río o subiendo una montaña, compartían todo lo que sabían. El color de los ojos de los lobos negros. La manera de cazar una rata almizclera en el hielo. Donde anidaban las ocas y se refugiaban las marmotas. El sonido de una manada de caribúes en la tundra. El sabor de los arándanos silvestres y de los frutos tiernos de los abetos.

Estudiaban el lodo de los caminos, señalaban senderos y les daban nombres. Garrett intentó enseñarle a emitir el grito de un alce enamorado. Faina intentó enseñarle a trinar como un pájaro. Se reían y se perseguían entre los árboles hasta encontrar uno de ramas anchas y con un buen lecho de agujas de pino en el suelo. Allí se abrazaban, y saboreaban sus labios, ojos y corazones.

Y cuando estaban separados, él se sentía como si estuviera muriendo de sed.

Bueno, supongo que ya está —dijo Jack. Se sacudió el hollín de las manos. A sus pies había un cubo metálico lleno de ceniza que había sacado del horno de leña—. Creo que hemos terminado con ese chico. No creo que volvamos a verlo por aquí.

—Eso no lo sabes —dijo Mabel.

—Claro que lo sé. No volverá. Llegará el momento de la siembra y allí estaré yo, partiéndome el espinazo para cubrir los campos. ¿Y él?

—Creo que lo estás subestimando.

—Ya veremos. —Dio un golpe a la salida de humos del horno con la mano y oyó caer los restos de carbón. Luego los sacó de una palada y los echó en el cubo.

—Es el mismo joven de siempre. Solo está enamorado.

—Ya veremos.

* * *

El caballo no estaba. Jack abrió y cerró la puerta del establo, temiendo haber perdido la razón. Pero no, el caballo seguía sin estar. Recorrió el establo, volvió a salir y entonces, al mirar hacia los campos de pasto, se percató de que la verja estaba abierta.

Había salido tarde a dar de comer y beber al caballo. Su intención había sido empezar a trabajar en los campos al amanecer. Finales de mayo y por fin el suelo empezaba a secarse. Algunos campos grandes aún debían ararse. Pero esa mañana notaba la espalda más tensa que otros días, de manera que había estado dejando pasar el tiempo durante varias horas.

Mientras cruzaba hacia los pastos, Jack distinguió huellas de botas en el lodo. Cerró la verja y siguió el sendero hacia el campo más próximo, preguntándose si no debería haber vuelto a la cabaña a por el rifle.

Cegado por la luz del sol, al principio Jack no lo vio. Se paró en el borde del campo y se llevó una mano a los ojos, a modo de visera.

Garrett estaba arando el extremo periférico del campo.

Creyó que el chico le saludaba, pero a esa distancia era imposible asegurarlo. Jack sacó la mano para hacerlo, pero se arrepintió y la volvió a meter en el bolsillo. Dio media vuelta y regresó a casa.

* * *

—¿Ya estás aquí?

—El caballo no estaba en el establo. Salí a buscarlo.

Mabel enarcó las cejas.

—¿Y? ¿Lo has encontrado?

—Sí.

—¿Y bien?

—Lo tenía Garrett. Está arando el campo.

—¿Ah, sí? —Mabel apretó los labios. Quizá para no sonreír. Quizá para evitar pronunciar: ya te lo dije.

—Lo sé. Lo sé. Ya me lo dijiste.

—Solo tenía fe en él. Es un joven responsable de sus obligaciones.

—Bueno, pues cuando venga a comer dile que hay que rehacer el campo del norte. Había demasiado barro cuando lo hice yo.

—También podrías decírselo tú —dijo ella con voz suave.

—No. En eso te equivocas.

Mabel suspiró.

—No pienso ser vuestra mensajera eternamente. Algún día tendréis que hablar.

—Ya veremos —rezongó él.

Un frío neblinoso cubría aquella mañana de primavera, pero salieron de la cabaña de todos modos porque la niña parecía un animal enjaulado, estaba tensa y nerviosa. Mabel sabía que algo iba mal y que Faina quizá se lo contara si salían a dar un rápido paseo las dos solas. Siguieron los surcos de la carreta marcados en el camino que rodeaba los campos, andando una al lado de la otra, hasta que las palabras salieron de la niña.

¿Me estoy muriendo?, preguntó sin mirar a Mabel.

¿Por qué dices eso?

Sangré. Durante meses, venía y se iba, y me dolía muchísimo.

¿Por qué no me lo contaste? No, no. Es culpa mía. Debería haber hablado de esto contigo. ¿Has vuelto a sangrar?

No, creí que estaba mejor porque la sangre paró y ya no volvió. Pero ahora, si como algo por las mañanas no puedo retenerlo en el estómago. Y estoy cansada, solo tengo ganas de tumbarme y dormir.

Mabel comprendió por fin; condujo a la niña a la mesa de picnic y se sentó en el banco.

Vas a tener un bebé, tuyo y de Garrett. Estás embarazada de su hijo.

* * *

La niebla flotaba sobre el lecho del río y el aliento dibujaba nubes blancas de sus labios. Erguida y rígida, Faina se levantó y posó la mirada en las lejanas montañas.

Sé que tienes miedo, niña. Pero puedes hacerlo. Yo confío en ti.

¿Cómo? ¿Qué sé yo de bebés, ni de madres?

La niña se volvió hacia Mabel, sus ojos expresaban una pena desesperada.

Pero tú sí, dijo de repente. Tú debes saberlo todo sobre los bebés. Por favor. Quédate con él y sé su madre.

Mabel cruzó las manos sobre su regazo.

Durante años esos brazos habían sufrido por ese deseo. Era un anhelo al que intentaba no ceder, pero a veces se sentaba en una silla, con los ojos cerrados, los brazos cruzados sobre el pecho, y se imaginaba acunando a un bebé en ellos: aquel calorcillo confiado contra su cuerpo, la cabecita que olía a leche y a polvos de talco, aquella piel más suave que los pétalos de una flor. Había visto a otras mujeres con sus hijos y por fin había comprendido lo que ansiaba: el permiso ilimitado, no, la necesidad absoluta, de abrazar, acariciar y besar a esa personilla. Cuando mecían a un bebé en brazos, las madres acercaban los labios a la frente del niño casi sin darse cuenta. Cuando paseaban con sus niñitos cogidos de la mano, las madres les alborotaban el cabello, o los subían en brazos para besarlos en la cara y en el cuello, con tantas ganas que los niños acababan riéndose de felicidad. En qué otra circunstancia de la vida, se preguntaba Mabel, podía una mujer demostrar su amor tan abiertamente, con tanta despreocupación.

Y en ese momento un niño, o al menos lo que pronto sería un niño, caía ante Mabel inesperadamente. Se sintió tentada de aceptarlo como regalo. Tal vez fuera el destino. Todo en su vida la había llevado al momento de ver colmado su deseo.

Era lo correcto, ¿no? ¿Cómo iba a cuidar de un bebé una joven que vivía en plena naturaleza, apenas una niña? Mientras que ella y Jack, por mayores que fueran, estaban preparados para criar a un hijo. Tenían un hogar, la vida hecha. El niño tendría una cama limpia en la que dormir y comida caliente en el plato. Cuando llegara el momento, el niño iría al colegio, aprendería el abecedario y haría absurdos y bonitos dibujos para ellos.

Mabel se regodeó en ese sueño durante unos momentos antes de alejarlo de su mente. Por mucho que siempre hubiera deseado un bebé, ese no era suyo. Era de Faina, y al menos debía decírselo.

* * *

La niña parecía dispuesta a huir, como había hecho tantas veces antes. Al bosque. A la naturaleza. Simplemente huir. Mabel la cogió de la mano y la instó a que tomara asiento de nuevo.

No puedes escapar, niña. De esto no. Está dentro de ti.

Los finos dedos de Faina, como huesecillos fríos de un pájaro, se apoyaron en la mano de Mabel. Qué diferencia de sus propias manos, arrugadas, calientes y manchadas por la edad.

Tendrás ayuda, dijo Mabel en voz baja. De todos nosotros. De mí y de Jack. Y de Esther. Es la mujer más generosa que he conocido nunca y estará encantada de colaborar. Y, desde luego, también de Garrett.

La niña bajó la mirada.

Debes decírselo, Faina. Ahora que comprendes lo que está pasando, que ambos habéis engendrado a un niño que crece dentro de ti... ahora que lo sabes, debes decírselo.

Se enfadará.

No. Claro que no. Se asustará, como tú. Pero no se enfadará. Te ama. Y creo en él, tanto como creo en ti.

Faina la dejó sentada en la mesa de picnic. Mabel se estremeció pese al abrigo y cruzó los brazos. Renunciar a un hijo era un acto triste y solitario. Faina, alta y esbelta, apenas una silueta huidiza, desapareció en el bosque y Mabel se sintió enojada por la gran injusticia de todo ello. A ella, que había querido un hijo con todas sus fuerzas, se le había negado, y en cambio a esa joven se la maldecía con uno, una carga que quizá no tuviera fuerzas suficientes para soportar.

* * *

—Faina está embarazada.

Mabel sabía que era una costumbre terrible esperar a la cena para darle a Jack las malas noticias, pero se trataba de uno de los escasos momentos que compartían. Esa vez, sin embargo, temió haber acabado con su vida. Él se atragantó y tosió hasta que su semblante adoptó un horrible color morado. Duró tanto que Mabel se levantó, dispuesta a darle un golpe en la espalda para ayudarlo a tragar, pero por fin Jack pudo parar y engullir el pedazo de comida que se le había quedado atravesado en la garganta. Mabel esperó en vano a que dijera algo.

—Está encinta, Jack.

—Ya te he oído.

—¿Y bien...?

—¿Y bien?

—Bueno, ¿no tienes nada que decir?

—¿Qué voy a decir? La culpa es absolutamente nuestra. Ella era más inocente que cualquier otra niña y nosotros éramos los únicos que podíamos protegerla. Dejamos que esto sucediera.

—Oh, Jack, ¿por qué siempre hay que buscar un culpable?

—Porque siempre lo hay.

—No. A veces estas cosas pasan. La vida no sale de acuerdo con nuestras esperanzas y nuestros planes, pero tampoco hay que enfadarse tanto por ello, ¿no crees?

Jack siguió comiendo, sin ningún apetito, por lo que pudo ver Mabel. Era como si cada bocado le diera asco. Por fin empujó el plato a un lado.

—¿Supongo que habrá una boda? —La expresión de disgusto no había abandonado su cara.

—Oh, bueno, nadie lo ha mencionado.

—Habrá boda. —Fue una afirmación clara y firme que no dejaba lugar a discusiones.

—Tendremos que comunicárselo a Garrett y a Faina —dijo ella, sin poder evitar una sonrisa irónica—. Pero estoy de acuerdo contigo. Así tiene que ser.

* * *

No fue hasta esa noche, mientras yacía en la cama trazando planes de boda, que recordó el libro de cuentos. Bajó de la cama y, descalza, encendió una vela y se dirigió a la librería. Abrió el libro encima de la mesa y al hacerlo sacó sus propios dibujos; fue pasando páginas hasta dar con la ilustración que buscaba. Era un prado, rebosante de hojas verdes y arbustos en flor. La doncella de nieve, ataviada con un traje blanco con incrustaciones de joyas y una corona de flores silvestres, se hallaba junto a un apuesto joven. El Hada de la Primavera estaba ante ellos, celebrando la ceremonia nupcial. En el cielo, el sol brillaba con fuerza.

Mabel quiso cerrar el libro, arrojarlo al horno de leña, verlo arder, pero en su lugar siguió hojeándolo hasta encontrar aquella ilustración que tanto temía. La corona de flores silvestres ya no adornaba la cabeza de la joven doncella, sino que yacía en la tierra, como una lápida. Se llevó una mano a los labios aunque no habría hecho falta. No consiguió pronunciar sonido alguno.

Jack se agitó en la cama. Mabel guardó sus dibujos en el libro antes de recolocarlos en el estante. Pasaría mucho tiempo antes de que lo mirara de nuevo y nunca más volvió a hablar de él.

Jack estaba tranquilo. Lo hecho, hecho estaba, pero al menos tenía un plan en mente.

Empezó cuando Garrett se presentó ante él, pocos días después de que Mabel le diera la noticia del embarazo de Faina. Al principio pensó que el joven había ido a terminar la pelea o a poner punto final a su trato sobre la granja. En su lugar, el chico se plantó ante él con el sombrero entre las manos.

—He venido a pedir su permiso para casarme con Faina. Sé que somos jóvenes y que no tengo mucho que ofrecerle, pero nos queremos y pienso hacerlo lo mejor que sepa.

Fue como un puñetazo en el pecho y Jack tuvo que sentarse en una de las sillas de la cocina. Garrett permaneció de pie, nervioso, sin saber qué más decir.

Jack no había previsto que el chico diera ese paso. No dudaba de que se casarían, ya suponía que Garrett asumiría su responsabilidad. Pero no se le había ocurrido que el chico acudiera a él, a Jack, a pedirle permiso.

No había sucedido de forma repentina, tal y como siempre había imaginado, con un chorro de sangre y un sollozo conmovedor; la paternidad había llegado a él de manera serena, gradual, a lo largo de los años, sin que se diera cuenta de ello. Y entonces, justo cuando comprendió que había existido una hija entrando y saliendo de su vida, supo que le estaban pidiendo que la dejara marchar.

—Seré bueno con ella. Le doy mi palabra.

Jack volvió a concentrarse en el chico y, al mirarle a la cara, vio lo que Mabel había intentado explicarle: Garrett amaba a la niña. Pero ¿bastaba con eso? El chico había traicionado su confianza, le había mentado en su propia casa, se había aprovechado de las circunstancias. Jack tomó impulso y se levantó.

—Serás bueno con ella —le dijo, mirándolo a los ojos. Fue más una orden que una afirmación.

Se estrecharon las manos como dos hombres que acabaran de conocerse y que aún no confiaban del todo el uno en el otro.

* * *

Esa noche, en cuanto se le ocurrió el plan, Jack despertó a Mabel.

—Les construiremos una casa, aquí, en nuestra finca.

—¿Qué? ¿Jack? ¿Qué hora es?

—Les haremos una cabaña, cerca del río. Así Garrett estará cerca de la granja, pero al mismo tiempo tendrán su propio hogar.

—Mmm... —Mabel seguía medio dormida, pero Jack no se arredró.

—Faina y el bebé también estarán cerca, podrás ayudarla. Empezaremos a construirla tan pronto como acabe la siembra. Quizá incluso podamos celebrar la boda en ella.

—¿Dónde? ¿La boda?

—Aquí, Mabel. Vivirán cerca de nuestra casa. Todo saldrá bien.

—¿Mmm?

Jack la dejó dormir. Ya estaba satisfecho.

* * *

Observó cómo la nítida luz de la mañana entraba por la ventana e iluminaba el perfil de Faina y se preguntó si siempre era tan difícil ser padre. Habían desayunado, té y pan con mermelada de

arándanos, y ya no había manera de evitar la conversación que le había prometido a Mabel que mantendría con la niña. En la pila, Mabel intentaba lavar los platos sin hacer ruido. Nunca lo hacía por la mañana, pero ese día cada plato, cada cuchillo, se lavó, enjuagó y secó como si estuviera hecho de valiosa porcelana china. Mabel no quería que nada le impidiera oír lo que se decía a pocos pasos de ella.

Jack carraspeó, intentando que su tono fuera paternal.

¿Esto es lo que quieres, Faina?

Es lo que se hace cuando amas a alguien, ¿no?

Te cambiará la vida. Ya no podrás desaparecer en el bosque durante semanas. Serás madre y esposa. ¿Comprendes lo que eso significa?

Faina inclinó la cabeza en un gesto que podía expresar cualquier cosa, pero acto seguido clavó sus ojos azules en Jack y la claridad que revelaban le impresionó. Era una mirada que había visto ya muchas veces en aquel rostro, una sorprendente mezcla de juventud y sabiduría, fragilidad y fiereza. Lo había visto cuando la niña esparció copos de nieve sobre la tumba de su padre, cuando apareció en su casa con las manos manchadas de sangre. No era pena, ni amor, ni decepción, ni inteligencia: era todo a la vez.

Le amo. Y amo a nuestro bebé. Lo sé.

Entonces, ¿quieres casarte con él?

Nos pertenecemos el uno al otro.

Jack deseó sentirse feliz. ¿No era eso lo que debía sentir un padre? ¿Alegría? ¿Y no esa especie de peso en el corazón? Los chicos habían ocultado su romance y habían engendrado a un hijo fuera del matrimonio, pero no era solo eso lo que le importaba. Faina ya no volvería a ser la niña que correteaba entre los árboles, la niña de pies ligeros y ojos como el hielo del río.

Había sido una presencia mágica en sus vidas: aparecía y desaparecía en función de las estaciones, les llevaba tesoros del bosque en sus manitas... Esa niña ya se había ido y Jack se descubrió llorando su pérdida.

Las matas de fresas empezaban a florecer, sacando a la luz sus primeros frutos de un color entre morado y rojizo. Mabel iba de una a otra, y con un buen par de tijeras de podar cortaba los tallos viejos y arrancaba las hojas secas. Cuando llegó a la última, se incorporó, deslizó las tijeras en el bolsillo del delantal y subió el borde del sombrero de paja.

Aún estaban allí. Los últimos restos de nieve en el patio, apoyados en la pared norte de la cabaña, en un lugar donde daba poco el sol y donde la nieve se había acumulado durante el invierno. Había ido menguando debido al calor hasta que lo único que quedaba era un círculo del tamaño de una rueda de carreta.

Levantó la cara hacia el sol, ya un disco blanco y caliente, y se arremangó. Abrasador, como decía Garrett. Él y Jack trabajaban en mangas de camisa mientras durara la siembra. Regresarían quemados por el sol, estaba segura.

Mabel volvió a bajar el borde del sombrero para evitar que el sol le diera en la cara, cogió el rastrillo que había dejado junto a la valla y se dispuso a rascar y pinchar la tierra de las matas de fresas, removiéndola y preparando las hileras. Por el rabillo del ojo vio que la luz del sol acariciaba la nieve blanca. No tardaría en desaparecer.

* * *

A menudo había recordado las palabras de Ada: inventar finales nuevos y escoger la felicidad en lugar del dolor. En los últimos años había decidido que su hermana se equivocaba en parte. Sufrimiento, muerte y pérdida eran ineludibles.

Y, sin embargo, lo que Ada había escrito sobre la alegría era absolutamente cierto. Cuando se halla ante ti, con sus brazos largos desnudos y su sonrisa misteriosa, debes abrazarla mientras puedas.

* * *

Faina salió del bosque de abetos. Los rayos del sol le dieron de lleno e iluminaron su melena rubia, dándole un especial tono dorado. A pesar de que Mabel la contemplaba desde el otro lado del patio, la visión le recordó los dibujos de hadas y luciérnagas. El cachorro, convertido en un animal desgarrado y de patas fuertes, la seguía de cerca, jadeante.

La niña llevaba el vestido de algodón sin mangas, estampado con flores azules, que Mabel había cosido para ella. Caminaba con paso firme sobre la hierba recién brotada, bajo un álamo cubierto de hojas nuevas, y al verla de más cerca Mabel se percató de que su piel estaba bronceada. Iba descalza. Alta y esbelta, su cuerpo aún no mostraba señales del embarazo.

Faina se detuvo en el extremo del parterre de fresas y se agachó al lado del perro. Puso una mano bajo su hocico y le acarició entre las orejas con la otra. El perro sonrió como había hecho el primer día. Faina se incorporó y, a una señal de su mano, el animal se tumbó, aún jadeando; su pelaje negro brillaba al sol.

Cuando Faina caminó entre las matas de fresas, sus pies se hundían con tanta fuerza que Mabel vio tierra entre sus dedos. Tomó a Mabel de la mano y la besó en la mejilla. Mabel la abrazó durante mucho rato, notando el calor del sol en la espalda de Faina.

Tienes buen aspecto, le dijo Mabel.

Estoy bien, dijo Faina. Estoy bien.

Jack llevó a Garrett hasta un prado con vistas al río.

—Es vuestro —dijo Jack. Eran las primeras palabras que le dirigía directamente desde el día en que éste fue a pedirle la mano de Faina—. Considéralo un regalo de boda. Construiremos la cabaña aquí, de cara a las montañas.

—Es un buen lugar.

A la tarde siguiente, después de que terminaran la jornada de siembra y tomaran la cena, supuso que Garrett se había ido a dormir al establo. Dijo a Mabel que salía a tomar el aire y anduvo hasta el prado. Allí encontró a Garrett, con un pico y una pala, trazando la silueta de la cabaña en la tierra.

* * *

El trabajo tenía ritmo y propósito, y Jack y Garrett se dejaron llevar por él con facilidad e incluso con alivio: el movimiento de las sierras y el estruendoso ruido de los árboles al caer, la caricia de los cuchillos en los troncos de pino, la corteza arrancada en largas tiras; los cortes del hacha; los agujeros en la madera, hechos a mano. El amor y la devoción, la esperanza y el miedo devastadores que anidaban en el útero de la mujer, fueron temas que nunca se tocaron. A medianoche, cuando colocaban otro tronco en su sitio, oían los trinos de los petirrojos y de los juncos de ojos oscuros entre los árboles. Eso les bastaba.

Cuando se acabó la siembra, los troncos de la cabaña ya les llegaban a la cintura y, como disponían de todo el día, el trabajo avanzaba con mayor rapidez. Jack dejaba en manos de Garrett la parte más dura; a ratos se sentaba a descansar su fatigada espalda y veía trabajar al muchacho. Mabel aparecía a menudo a llevarles el almuerzo y a veces se quedaba con ellos el tiempo suficiente para discutir dónde debía ir la ventana o qué clase de porche debían construir. Faina no se dejaba ver. Jack suponía que ella y Garrett se veían a solas en algún momento, pero la niña ya no cenaba con Jack y Mabel. Por una vez, fue Jack quien se preocupó.

—¿No debería descansar, alimentarse bien?

—Está perfectamente, Jack —respondió Mabel.

—¿Por qué no está aquí? ¿Por qué no se queda con nosotros hasta el día de la boda?

—Está donde debe estar. No le queda mucho tiempo.

—¿Cómo?

—Su vida cambiará pronto. Suceda lo que suceda, ya no podrá correr por el bosque como un duende. Todo será distinto.

—Ya lo supongo. Solo quiero asegurarme de que está sana y salva.

—Lo sé.

En la voz de Mabel había una aceptación agrídulce que Jack nunca había oído antes.

* * *

Faina apareció un cálido día de junio. Ella y el perro salieron de entre los árboles como si estuvieran en plena carrera. Garrett apuntalaba la pared, a medio terminar, mientras Jack usaba una polea para colocar el siguiente tronco en su sitio. Faina corrió hacia ellos, descalza y con un vestido de manga corta, brazos y piernas bronceados y fuertes, los cabellos rubios casi blancos por el sol. Ella y Garrett se dedicaron unas tímidas sonrisas, Jack se sintió como un intruso. Garrett saltó del muro y la condujo hacia el interior de esa cabaña sin techo.

Sé que cuesta imaginarlo, con solo las cuatro paredes, pero aquí estará la cocina, y la ventana dará al río. ¿Te parece bien?

Faina asintió, pero con la mirada perdida, como si todo eso fuera para ella solo un sueño extraño.

El horno de leña irá ahí. Y allí estará nuestro dormitorio y el del bebé. Sé que no es muy grande, pero ¿crees que será suficiente?

Faina asintió una vez más, despacio.

Garrett parecía incómodo ante aquel silencio.

Estará bien, ¿no? En cuanto tengamos ventanas y puertas, ya parecerá una casa de verdad. ¿Tú qué opinas, Jack? ¿Está quedando bien?

Jack iba a decir que sí, que pensaba que sería una cabaña acogedora para una familia recién formada, pero entonces vio que la niña sonreía a Garrett; fue una sonrisa tierna, cariñosa. Jack se sorprendió al pensar que quizá fuera ella la más fuerte de los dos.

Faina se quedó mientras ellos dos seguían con las obras. Lanzó palos para que el perro se los devolviera. Correteó entre los arbustos y cogió campanillas y amarillos asteres silvestres, pero tenía la vista puesta en los árboles. El perro corrió en pos de una ardilla y Faina fue tras ellos. Cuando llegó al final del prado, se volvió y saludó con la mano a los hombres.

* * *

—Se marcha —dijo Garrett.

—Sí. Pero volverá.

—Lo sé. Pero a veces tengo dudas.

—¿Sobre qué?

—De si esto es lo mejor para ella. Un bebé. Yo. Si esta es la clase de vida que le corresponde.

—Pues lo piensas un poco tarde —dijo Jack, y al instante lamentó su brusquedad.

—Tal vez no tenga que renunciar a todo —dijo Garrett—. Podemos salir a poner trampas juntos en invierno, cuando nazca el niño. La llevaré al bosque y así podrá poner sus cepos. No tiene por qué cambiar todo.

—Lo hará. Todo cambiará. Pero lo haréis lo mejor posible.

Jack se volvió hacia la cabaña, porque eso era una tarea que un hombre podía acometer: talar árboles, cortar troncos, construir un hogar.

—Venga, vamos —dijo—. Ya casi hemos llegado a la viga maestra. Tenemos que acabar con esto antes del gran día.

No hay manera humana de que esa cabaña esté construida a tiempo para la boda. —Con los brazos en jarras, Esther contemplaba los troncos color miel—. Nos faltan solo unos días, mamá. Eso me dice mi hijo. Ya casi estamos... ¿Por qué los hombres siempre sobrestiman sus capacidades?

Mabel sonrió a su pesar.

—Han avanzado mucho.

—Desde luego. Pero te lo digo, esa casa no tendrá techo antes del domingo.

—Quizá no importe. —Mabel imaginó a Faina, mirando al cielo desde su cama. La idea le resultó reconfortante.

—No, claro, todo está bien si no llueve ni aparece un solo mosquito... en Alaska, en el mes de julio. —Esther no hizo el menor intento de disimular el sarcasmo. Luego se subió los pantalones como lo haría un hombre y se encogió de hombros—. Bueno, cuando se es joven, todo parece romántico, ¿verdad? Incluso una cabaña sin techo.

—Quedaré preciosa. Les he hecho cortinas para las ventanas. Y George me ha dicho que les estás confeccionando un edredón.

—Sí. Y estará terminado para el domingo. —Esther se rió de sí misma y añadió—: Aunque me parece que voy a dormir poco esta semana... Oye, ¿cómo va el vestido?

—Está terminado, pero Faina se trae algo entre manos. Estas últimas noches las ha pasado en casa, trabajando en ello. Espera a que nos acostemos y se queda despierta, sentada a la mesa, haciendo algo. No ha querido decirme de qué se trata.

—Es un bicho raro, ¿verdad?

Mabel nunca había pensado en Faina en esos mismos términos, pero no cabía duda de que la niña era peculiar, e incluso alguien tan poco convencional como Esther podía albergar ciertos temores ante la inminente boda de su hijo. Una extraña fascinante era una cosa, cuando se convertía en nuera ya era otra.

—Es cierto. Nunca he conocido a nadie como ella —dijo Mabel, escogiendo sus palabras con cuidado—. Pero la verdad es que tampoco había conocido nunca a nadie como tú.

—Vale, vale. Eso te lo concedo. Y sé que debería dar las gracias al Señor porque mi hijo haya encontrado a alguien capaz de cargar con él.

—Ella no carga con él. Creo que está muy enamorada.

—Mmm. —Esther parecía dudar.

—Tienen muchas cosas en común. Adoran este lugar, se adoran el uno al otro.

—Pero ¿quién es ella? Es una criatura salvaje, criada en las montañas. La mayoría de las veces Garrett no sabe dónde está. Cuando esté atada por un bebé llorón y una montaña de platos sucios, ¿qué hará? ¿Tendrá la suficiente paciencia para ser una esposa y una madre?

A Mabel se le hizo un nudo en la garganta. Deambuló hacia un rincón de la cabaña, fingiendo inspeccionar la pared. Esther acudió al instante a su lado.

—Mabel, no quería ofenderte. Sé que es una hija para ti y estoy segura de que mi hijo la ama. Eso tendrá que bastarnos, ¿no?

Mabel sonrió, asintió y trató de contener las lágrimas. Las dos mujeres se abrazaron y, cogidas del brazo, se encaminaron a casa de Jack y Mabel.

Habían vuelto las pesadillas. Bebés desnudos y sollozantes se fundían en cuanto ella los cogía, caían al suelo en forma de gotas por mucho que ella intentara cerrar los dedos y sostenerlos en las manos. A veces apretaba a los niños contra su pecho, pero luego caía en la cuenta que el calor que emanaba de su propio cuerpo era la causa de su muerte.

Y Faina... su rostro aparecía en los árboles como si viera la escena desde un cristal mojado por la lluvia. En su sueño, Mabel salía corriendo; llovía, como era habitual en los veranos de su tierra natal, una llovizna cegadora y cálida. Gritaba el nombre de Faina, intentaba correr hacia el bosque para encontrarla, pero la lluvia le nublabla los ojos y se le metía en la boca, y despertaba boqueando. En otro sueño, Mabel estaba en el río, con el agua hasta la cadera, y cogía la mano de Faina para evitar que la corriente se la llevara. Mabel intentaba aguantar, pero nunca había sido muy fuerte y Faina se le soltaba de la mano y desaparecía en el torbellino de agua. La niña agitaba los brazos, gritaba pidiendo ayuda, ayúdame, ayúdame, por favor, pero Mabel era incapaz de moverse. Permanecía inmóvil, viendo cómo Faina, su hija, se ahogaba en el río. En ninguno de esos sueños Mabel conseguía llorar, ni decir una sola palabra.

* * *

Llegó el día de la boda, y la predicción de Esther se confirmó: la cabaña no estaba terminada. Pero en realidad era aún más bonita, como una catedral esculpida entre los árboles y el cielo. Mabel fue hasta allí por la mañana, agradecida de estar sola un rato. Se había convertido en un lugar mágico: el murmullo del río, la fragancia de los troncos recién cortados, el cielo azul, el verdor del prado. Los álamos florecían y la brisa hacía volar sus semillas blancas, como si fueran plumas.

Jack se había quedado en la cabaña, encargado de cargar la carreta con mesas y sillas para el banquete. George y Esther llegarían poco antes de la ceremonia para poder traer la comida. El hermano mayor de Garrett los casaría. No era cura, ni siquiera alguien que asistiera a la iglesia muy a menudo, pero Garrett quiso que fuera él quien oficiara la ceremonia y nadie puso objeción alguna. Aunque sabía que era un hombre educado, Mabel habría preferido un sacerdote de verdad, pero no lo dijo. Los hermanos, con sus esposas y niños, serían los únicos invitados de la boda. Mabel había insistido en que los invitados se redujeran a los familiares más cercanos.

Habían cubierto con sábanas blancas una zona de la cabaña para que Faina pudiera vestirse y prepararse. Se había llevado consigo el traje de novia y esa mañana aún no había aparecido. Mabel había cosido el vestido con una tela de seda virgen que le había dado Esther, retales que sobraron del traje de su nuera.

—Necesitaba metros y metros de tela —dijo Esther—. Quería frunces, pliegues y capas. Al final fue un milagro que pudiéramos verla debajo de toda esa ropa. Lo único que puedo decir es que me alegro de que fueran sus padres quienes pagaran el vestido.

La seda de color marfil había sido enviada desde una tienda de San Francisco y había costado mucho más de lo que Mabel y Jack habrían podido permitirse, pero Esther insistió en que esos retales no le servirían a nadie para nada. Mabel cedió enseguida: la tela era exquisita, con cuerpo y bella textura.

Mabel no tenía un patrón, pero no le importó porque mentalmente veía el traje de novia de Faina, así que dibujó, cosió y bordó durante días enteros. Tenía que aprovechar bien los retales de seda, de longitudes distintas, pero por suerte había optado por un vestido sencillo que no requería mucha tela. Falda recta, hasta los tobillos; manga larga y la parte superior ceñida bajo las costillas. El decoroso escote ocultaba su clavícula. Se parecía poco a los cuellos con solapa que se habían vuelto tan populares en los últimos años, ni a los de cuello alto, más serios, que

se llevaban cuando Mabel era joven. Era distinto, algo que hacía pensar a Mabel en novias europeas casándose en capillas de campo, en bellezas alpinas, en doncellas rusas.

El vestido había sido fácil de coser; fue el bordado lo que tuvo a Mabel despierta muchas noches, inclinada sobre la mesa de la cocina, con los ojos entrecerrados, como si no viera bien. Por las mangas, en el cuerpo y por toda la falda, Mabel usó hilo blanco de seda para bordar diminutas flores estrelladas, guirnaldas de ramas y hojas caídas en forma de perla. El punteado sobre la seda color marfil era tan sutil que, cuando le daba la luz, las flores podían confundirse por copos de nieve, las ramas por el remolino de la nevada.

Pero Mabel aún no había visto cómo quedaba el vestido puesto en Faina.

Es una sorpresa, le dijo Faina. Espera y verás.

Dado que Mabel lo había cosido con sus propias manos, pocas sorpresas se esperaba. Pero no le quedó más remedio que hacer que la niña le prometiera que, si no le quedaba perfecto, se lo volvería a llevar para que pudiera arreglárselo. Desde ese día no había vuelto a ver a Faina.

Tampoco tenía noticias de Garrett esa mañana, y era él quien tenía los anillos. Otro misterio: Esther quiso que uno de sus nietos llevara los anillos y que una niña fuera la dama de honor, pero Garrett le dijo que él y Faina tenían otros planes. Él pidió a Mabel que tejiera una corona de flores.

—¿Para la cabeza de Faina? —preguntó Mabel con voz temblorosa. No, pensó. No lo permitiré. No quiero ver una corona de flores sobre su cabeza.

—No. No es para Faina —dijo Garrett—. Tiene que ser más grande. Más o menos así —dijo, dibujando con los brazos un círculo del tamaño de un frutero grande.

* * *

Mabel había esperado hasta el día de la boda, ya que sabía que las flores silvestres se marchitaban enseguida con el calor del verano. Y hacía mucho calor. Cuando apenas eran las ocho de la mañana, el rocío ya estaba seco y el sol del ártico ardía sobre las cimas.

Flores para el velo de Faina y para el ramo, flores para los jarrones Mason y para la corona que había pedido Garrett, pétalos, tallos y hojas... Mabel deseaba concentrarse en ellos, como le había pasado con el bordado. Quería eludir la sensación de que el destino descendía desde las montañas como si fuera un trueno. Quería olvidar las nieves fundidas, las coronas de flores y los besos ardientes. Quería olvidar los finales de los cuentos de hadas.

Con cuidado para no desgarrarse el vestido nuevo, Mabel cogió el cubo y caminó hasta el borde del prado: adelfas, apenas unos brotes de color fucsia en largos tallos; campanillas de suave néctar; rosas salvajes, sencillas, con sus cinco pétalos de color rosado y sus tallos espinosos; geranios, pétalos finos como el espliego con vetas más profundas de color morado. Se adentró en el bosque y, huyendo del sol inclemente, Mabel recogió unas delicadas flores blancas que crecían suspendidas en tallos tan finos que parecían hilos; cornejos de pétalos blancos y gruesos; helechos y, en el último minuto, unas cuantas ramas de vid con sus hojas puntiagudas de un intenso color verde y otras de bayas, frutos rojos, translúcidos como joyas.

* * *

Los Benson llegaron justo cuando decoraba los jarrones llenos de agua del río con las adelfas y los helechos.

—Bueno, míranos —dijo Esther en cuanto saltó de la carreta.

—¡Dios mío, Esther! ¡Creo que no te había visto nunca vestida con falda!

—No te acostumbres... he traído el pantalón para el banquete.

Las dos mujeres se rieron y se fundieron en un abrazo.

—¿Y dónde está la feliz pareja? No se habrán fugado, ¿no?

—No tengo ni la menor idea —respondió Mabel—. Espero que Faina no tarde. Tengo que echarle una mano con el vestido y el tocado. ¿Qué hora es?

—Casi mediodía. El tiempo pasa...

Justo entonces todos volvieron la cabeza hacia un ruido extraño que llegaba desde el camino de las carretas.

—¿Qué es eso? —preguntó Mabel.

—Debe de ser Bill —dijo George, y en ese momento dobló el recodo un reluciente automóvil, levantando una nube de polvo.

Esther hizo una mueca de disgusto.

—Fue un regalo de la familia de ella. Debe de ser agradable nadar en dinero.

Jack se quedó inmóvil, totalmente abrumado.

—¿Es uno de esos vehículos de los que se habla?

—Sí. Un coche Ford modelo A —dijo George, jactancioso, y Esther lanzó un suspiro.

—Tuvieron que embarcarlo desde California y luego facturararlo en tren. Y todo para que lo usen para ir de mi casa a la tuya —dijo Esther.

El automóvil se detuvo en la hierba, no muy lejos de la mesa, y el primogénito de los Benson abrió la portezuela y se quedó sonriente sentado al volante.

—No es una mala forma de viajar, ¿verdad? —dijo en voz alta. Se llevó la mano al sombrero a modo de saludo hacia Mabel.

—Pues podrías echarlo un poco hacia atrás —repuso Esther—. Tampoco hace falta aparcar encima de la comida.

—Vale, mamá, vale.

Bill, su esposa y sus dos pequeñas bajaron del coche como salidos de las calles de Manhattan. Los niños iban vestidos con frunces y lazos y zapatos que brillaban al sol. La esposa llevaba un bonito vestido de seda malva con solapas y un casquete incrustado sobre un moderno corte de pelo.

—Ni siquiera parecen parte de esta familia, ¿no crees? —susurró Esther al oído de Mabel—. Pero supongo que no podemos echarlos solo por eso.

De hecho Mabel se sorprendió al encontrarlos amables y encantadores. La esposa de Bill, Lydia, se ofreció enseguida a ayudar con la comida y las flores, y con cualquier cosa que hiciera falta, mientras los niños corrían alegres por el prado.

El otro hijo de los Benson, Michael, llegó poco después acompañado de su esposa y sus tres hijas, la menor aún un bebé en brazos de su madre.

—¿La novia ha llegado ya? No puedo creer que aún no la conozcamos —murmuraba una esposa a la otra—. Me pregunto cómo será el vestido. ¿Sabes algo del traje de novia?

Mientras ayudaba a Esther a poner los manteles blancos sobre las distintas mesas, Mabel intentó concentrarse en la textura de la tela, el tacto del lino sobre la áspera madera y en que no quedara una sola arruga en los manteles.

* * *

Estoy aquí.

La voz susurraba junto al hombro de Mabel, pero cuando ésta se volvió, no había nadie.

Aquí. En la cabaña. ¿Me ayudas?

Era Faina. Su voz salía de la ventana sin cristal. ¿Cómo había entrado sin que nadie se percatara de ello? Mabel se disculpó y entró en la cabaña. Las vigas que sostendrían el techo rompían la luz del sol y Mabel parpadeó.

Aquí.

¿Te has vestido ya?

No. Aún no puedes verlo. Pero ¿me ayudas a peinarme?

Faina iba descalza, llevaba solo el viso de algodón que Mabel le había hecho. Se le notaba una leve redondez en la barriga, lo bastante para tensar el viso, y en los pechos. Faina ya no era una niña, sino una mujer joven, alta y hermosa; nunca había tenido un aspecto tan espléndido, tan lleno de vida. Mabel corrió la cortina enseguida. Esa mañana había colgado el velo y el tocado de novia en uno de los ganchos de la pared y cogió el cepillo del pelo y el espejo de mano de madreperla, que brilló por el sol. Faina se echó la melena sobre uno de sus hombros desnudos.

¿Me lo trenzas?

Quedará perfecto con el velo que he hecho para ti.

De manera que Mabel cepilló la cabellera de Faina, de un rubio casi blanco. Quitó de él los diminutos restos de musgo y de corteza de abedul, las briznas de hierba. Cuando lo tuvo suave como la seda, Mabel lo peinó en dos trenzas que le llegaban al pecho. Mientras Faina miraba por la ventana, Mabel sacó unas tijeritas de costura del bolsillo y recortó un poco de pelo de una de las trenzas. Sin decir nada, guardó en el bolsillo las tijeras y el mechón de cabello.

Ya. Ya he terminado. Estás preciosa.

¿Me has dicho algo de un velo?

No puedes ponértelo hasta que te vistas.

Sí que puedo. Ayúdame, por favor. Aún no debes ver el vestido.

Mabel cogió el tocado y el velo del gancho donde los había colgado y lo colocó en la cabeza de Faina, prendiéndolo con alfileres. Luego dejó caer las rosas y las florecillas blancas en el encaje que cubría las trenzas de Faina y en su frente. Pero no era una corona, no era un círculo de flores que podía brotar de la tierra.

Quiero que te vayas para que pueda vestirme.

¿Estás segura? Seguirá siendo una sorpresa.

Mabel paseó la mirada por la habitación, pero el vestido no estaba a la vista.

Por favor.

De acuerdo. De acuerdo, niña. Todos te estaremos esperando. Ahí tienes el ramo, en el cubo.

Faina buscó la mano de Mabel y la apretó. Fue un apretón fuerte y cálido, que Mabel devolvió antes de, obedeciendo a un impulso, llevarse la mano de Faina a los labios y darle un beso.

Te quiero, niña, susurró.

El semblante de Faina demostraba serenidad y cariño.

Desearía ser tan buena madre como tú lo has sido para mí, dijo en voz tan baja que Mabel dudó de lo que había oído. Pero esas habían sido sus palabras y Mabel las guardó en su corazón y las conservó en él para siempre.

* * *

Cuando Faina cruzó el umbral de la cabaña y pisó la verde alfombra de hierba, el silencio se apoderó de los invitados. Incluso los niños se callaron para mirarla y Faina los saludó con una inclinación de cabeza, sonriendo, como si los hubiera conocido de toda la vida.

Al principio Mabel no advirtió qué había de distinto en el vestido. Se le ajustaba a la perfección y la tela crujía con sus movimientos. Faina se había puesto unos mocasines de piel adornados con relucientes perlas y atados con lazos blancos en las pantorrillas. El velo le flotaba por la espalda y las flores se diseminaban por su frente. Sostenía en las manos el ramo de flores silvestres, helechos y ramas de vid.

Después, cuando Faina se acercó un poco más, Mabel vio las plumas. Plumas blancas, cosidas por todo el escote del vestido. Las plumas caían sobre la tela de manera que parecían parte de la seda, una mera variación en la textura. Entonces Mabel se percató de que seguían un patrón:

iban de más pequeñas a más grandes en el centro del pecho. Había otras plumas cosidas en el dobladillo, pero ninguna cubría el bordado de flores de nieve, sino que parecían formar parte del estampado.

Mabel oyó que alguien contenía la respiración, quizá una de las nueras de Esther, pero en ese momento Faina pasó ante ella y llegó hasta Jack, y entonces pudo verle la parte trasera del vestido. En la espalda, las plumas descendían por el centro de la falda, formando una cola. Las plumas también iban haciéndose más y más grandes, y algunas tenían la longitud de un antebrazo, todas apoyadas en la tela y moviéndose con suavidad sobre la seda. Al igual que la tela del vestido, las plumas despedían un leve brillo, una especie de luminosidad que procedía de los mismos filamentos.

Jack, ataviado con su mejor y único traje, cogió a Faina del brazo y empezaron a caminar lentamente hacia el río, hasta llegar a los jarros llenos de flores silvestres que reposaban sobre los troncos bajos. El olor a pino cortado flotaba en el aire. Todos los seguían en silencio y el rumor del vestido de Faina se fundió con el amable sonido del río. Se colocaron cerca de la orilla. Tras ellos se alzaban las escarpadas montañas nevadas.

—¿Dónde está Garrett? —susurró alguien.

Los invitados se movieron, incómodos en su calzado de vestir, y el bebé soltó un sollozo. Mabel sintió el insoportable calor del sol en la cabeza y en los hombros, los ojos le dolían por aquel brillo cegador. Volvió la vista hacia Jack y él le señaló con un gesto el camino de carretas. Al posar la vista en él, distinguió a Garrett, galopando sobre su caballo por el prado. También él llevaba un buen traje; con una mano se sostenía el sombrero en la cabeza mientras con la otra sujetaba las riendas. A su lado corría el perro de Faina, con la lengua fuera.

Garrett frenó al caballo cuando llegó cerca de la cabaña y desmontó sin que el animal se hubiera detenido del todo. Ató una cuerda a un álamo cercano, se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y se encaminó hacia los presentes. Mabel se sorprendió al ver que iba directamente hacia ella.

—¿Tiene las flores? —susurró.

Mabel pareció desconcertada.

—¿La corona?

Entonces ella se acordó y le indicó que el círculo de adelfas, rosas y helechos se hallaba encima de la mesa.

—Gracias —dijo Garrett, dándole un beso en la mejilla.

Con curiosidad observó que Garrett cogía la corona y luego se daba una palmada en la pierna. El perro de Faina corrió hacia él. Garrett alzó la mano y el animal se sentó. Entonces el joven le colgó la corona del cuello y añadió algo que parecía un lazo con una bolsita. Volvió a levantar la mano y el perro siguió sentado mientras Garrett se unía al resto de los invitados a la ceremonia.

—No ha sido una mala aparición —susurró Bill a su hermano menor cuando éste pasó por su lado.

* * *

Cuando dio comienzo la ceremonia, Mabel se cogió del brazo de Jack, pero se sentía como si flotara, como si girara en el aire. El sol le nublaba la visión. Se desmayaría, si no lo había hecho ya. Las palabras fluían y resonaban, ella no habría sabido decir si alguien las decía en voz alta o solo eran fruto de su imaginación.

*...La esperanza tiene plumas... se aloja en el alma... tener y querer... ¿Quieres?... deprisa... deprisa... al bosque... no quiero rosas en la cabeza... ¿Quieres?... hasta que la muerte os separe... hasta que la muerte...
Sí quiero...*

Sí quiero...

Sí quiero...

Sí quiero...

Se oyó un silbido, como el de un herrerillo, y el perro de Faina trotó hacia ellos. Mabel se apoyó en el brazo de Jack, sus ojos parecían haber recuperado la capacidad de enfocar. Faina había llamado al husky ante la sonrisa orgullosa de Garrett. El perro, con la corona de flores silvestres en torno al cuello, se sentó, obediente, a los pies de la novia; Garrett se arrodilló a su lado y le deshizo el lazo. Abrió la bolsita y sacó dos anillos de oro. Mabel oyó que uno de los niños aplaudía y la risa de Esther.

Entonces todo sonido quedó ahogado por el bramido del río y Mabel tuvo la sensación de que el suelo temblaba bajo sus pies. Vio a Garrett y a Faina, cara a cara; vio el destello del oro en sus manos. Los vio besarse y, de repente, oyó los gritos de alegría de todos los invitados.

* * *

—¿Estás bien, Mabel? ¿Mabel? —Jack estaba a su espalda, sus manos la sujetaban con fuerza por los codos—. Ven, siéntate. Debe de ser el calor. Te ha mareado.

Alguien le llevó un vaso de agua y una de las nueras de Esther le daba aire con un abanico. Por fin, Mabel volvió en sí.

—¿Faina? ¿Dónde está nuestra Faina?

—Está allí. —Jack le señaló uno de los álamos: la novia se hallaba allí, blanca y resplandeciente, al lado de Garrett.

—Pero... ¿está nevando? —Mabel oyó que alguien se reía.

—Por Dios, querida, no. —Era Esther—. Solo son flores de álamo. Pero sí que parece nieve, ¿verdad?

El aire estaba lleno de esas flores blancas. Algunas flotaban sobre los árboles mientras que otras caían perezosamente al suelo. Faina miró a Mabel a través de aquella lluvia blanca y la saludó con la mano, igual que hacía cuando era una niña.

—¿Están casados? —susurró Mabel.

—Sí —dijo Jack.

Hacía una noche fresca, de un azul pálido, y Faina yacía desnuda sobre el edredón nuevo. Estaba tumbada de lado, con las largas piernas dobladas, un brazo debajo de la cabeza y el otro apoyado sobre la curva de la barriga. Garrett se quitó la chaqueta del traje. La camisa blanca estaba empapada en sudor y le dolían los pies por los zapatos de vestir que había llevado puestos durante todo el día. Se desnudó y dejó la ropa sobre el áspero suelo de madera. Cuando se dirigía a la cama, dejó que su mano acariciara el vestido de novia, que estaba doblado sobre una silla, como si un ave gigante se hubiera sacudido la piel y la hubiera arrojado a un lado. Después de la ceremonia, mientras comían salmón asado, ensalada de patata y un extravagante pastel blanco adornado con pétalos blancos de azúcar, mientras las voces de los invitados crecían y decaían, mientras el sol levantaba destellos en los vasos llenos de vino de saúco casero, Garrett rozaba con la mano la espalda de Faina, donde las plumas se plegaban sobre la seda. Sabía que procedían del cisne.

¿No tienes frío?, susurró Garrett al acostarse a su lado.

Ella negó con la cabeza y deslizó un brazo bajo el cuello para besarle. Las moscas sobrevolaban las vigas desnudas y unas cuantas estrellas brillaban aunque todavía no era noche cerrada. Podía llover, los mosquitos podían ser feroces, le había dicho él, pero ella había insistido en dormir en su cabaña sin terminar.

Es nuestro hogar, le había dicho.

Así que él metió la cama en la cabaña, junto con el edredón que les había cosido su madre y las almohadas de plumas y las sábanas que les habían regalado.

Los dedos de Faina rozaron su brazo desnudo. Ella se rió.

Tú sí que tienes frío. Tienes la piel de gallina.

Garrett se encogió de hombros.

Estoy bien. No me helaré.

Mientras hacían el amor bajo aquel cielo nocturno de verano, él intentó no pensar en el niño que ella llevaba dentro, ni en sus gemidos y suspiros que se oían desde el exterior. Solo quería pensar en ella.

* * *

Durante las semanas siguientes, mientras Jack y Garrett trabajaban bajo el sol de justicia para darle un techo a la cabaña y luego añadirle la puerta, las ventanas, el horno de leña y los armarios, Faina se perdía entre los árboles con el perro trotando a su lado. Desaparecía durante horas, a veces incluso por todo un día, y Garrett no sabía cómo tomárselo. Educadamente rechazaba invitaciones a cenar en casa de Mabel y Jack, ya que no quería que supieran que Faina y él apenas comían juntos. Se hacía la comida en la cabaña, y ésta consistía a menudo en una simple lata de judías puesta a calentar sobre el horno de leña. Una noche Garrett permaneció despierto esperando su regreso hasta casi el amanecer. Con el techo ya en su sitio, la cabaña estaba oscura y agobiante, pero no cedió al deseo de pasearse por la puerta como un animal inquieto. Ella volvería a casa.

* * *

¿Adónde vas?

¿Cuándo?

Todos los días. Por las noches también. Creía que querías estar conmigo, aquí, en nuestra casa.
Y lo quiero.

¿Entonces?

Pero ella se limitó a parpadear con sus blancas pestañas y acariciar al perro. Garrett recordó aquel día en el lago helado, cuando tuvo ganas de maldecir, dar patadas al suelo y resistirse, pero al final solo consiguió seguirla.

Nos amamos, ¿no?

Él no quería que su voz pareciera un lamento.

Ella se acercó y le dio un profundo beso en los labios. Esa noche no se marchó.

* * *

Cuando llegó la época de la cosecha, Garrett ya no podía seguirle la pista. Se pasaba jornadas enteras en los campos. Tras semanas de lluvia, el cielo se despejó por fin y Jack y Garrett trabajaron incluso de noche para cortar el heno. Agotado, se sentaba a la mesa de Jack y desayunaba tortitas, beicon y huevos fritos, mientras se preguntaba si Faina dormiría sola en la cabaña, como había hecho él.

Le sorprendió encontrarla en casa la tarde en que regresó. Estaban a finales de septiembre, hacía frío ya. Olió a madera quemada ya desde el camino. Al acercarse vio que salía humo de la chimenea y a Faina en el umbral, con las manos apoyadas en su vientre de embarazada. Garrett nunca había visto una imagen más acogedora.

Estás en casa, dijo él.

Tú también.

Dentro, el suelo estaba lleno de grandes cestos, todos rebosantes.

¿Qué es todo esto?

También yo he estado trabajando, dijo ella con una leve sonrisa en los labios.

Le guió entre las filas de cestos y se paró para acercarle una hoja a la nariz y una mora a los labios. Él conocía algunos de esos frutos, la raíz de patata esquimal, los arándanos, los extremos tiernos del pino. Había otras plantas que conocía de vista aunque ignoraba su nombre; otras, como las setas y los líquenes, Garrett no se habría atrevido a comerlas de haberlas encontrado en el bosque. Sin embargo, confiaba en ella, así que colocó las cestas sobre la mesa de largas patas que él mismo había hecho.

Ella no dejó de salir al bosque, siempre con un saco o alguna de las cestas. Llevaba una falda larga de lana y una blusa que Mabel le había confeccionado; a ratos tenía que apoyar la mano en la espalda, fatigada por el peso del bebé en la barriga. Volvía a casa provista de timalos y salmones, urogallos y conejos, que despellejaba, limpiaba y secaba a tiras sobre unas rejillas que colocaba a la orilla del río Wolverine, donde el viento ahuyentaba a las moscas. A veces encendía un pequeño fuego con ramas verdes de aliso bajo las rejillas para ahumar un poco la carne.

Por las tardes, cuando los cristales de las ventanas se ensombrecían por la llegada del invierno, ella volvía a casa. Preparaba sopas de olor extraño y platos de una papilla que Garrett no lograba identificar. Hacía falta tiempo para acostumbrarse a su cocina. Champiñones fritos y salmón ahumado para desayunar. A la hora de la cena, una sopa de urogallo con brotes tiernos y unas cintas de verdura que Garrett desconocía. Manteca de cerdo con frutos del bosque de postre. Esther advirtió que su hijo había perdido peso y olía a carne ahumada y a hierbas silvestres. Quiso saber qué le daba Faina de comer, pero él se palmeó el estómago y afirmó que comía de sobras. Luego, robó unas cuantas galletas de mantequilla de las que hacía su madre, y cuando ésta le ofreció varios tarros de mermelada, no se hizo de rogar.

* * *

¿Faina? ¿Faina? ¿Dónde estás?

Garrett levantó el candil en la noche. Se había despertado y, alarmado, se había dado cuenta de que ella no estaba en la cama. Caía una tormenta de nieve, la primera del año, pero daba la impresión de que iba a cuajar. Garrett, con las piernas desnudas y vestido con el abrigo de lana y botas, se estremeció.

¿Faina?

Estoy aquí, Garrett. Y la vio, a la orilla del río.

¿Qué estás haciendo? Es más de medianoche.

Está nevando.

Ya lo veo. Cogerás frío. Ven a casa.

La alumbró con el candil y vio que solo llevaba la camisola de algodón, agitada por el viento y la nieve.

Sí. Sí. Volveré por ti.

Ya en la cabaña, Garrett dejó el candil sobre la mesa y añadió otro tronco al horno de leña. Faina permaneció en el umbral con la cabeza echada hacia atrás. Garrett la cogió de la mano y la hizo entrar; luego cerró la puerta. Ella le sonrió, tenía la cara mojada y él la secó con la palma de la mano.

Mira, dijo ella, llevando esa mano al vientre. Toca. ¿Lo notas?

Apoyó la mano con más firmeza y el sintió que algo se movía.

¿Ha sido...?

Ella sonrió y asintió. Él mantuvo la mano en la barriga, que parecía hincharse, como si el bebé estuviera dando una voltereta.

* * *

Garrett no estaba preparado para los gritos. Faina siempre había hablado con voz clara y serena, como el agua de un estanque, pero ese día salía de su garganta en forma de un aullido bestial, torturado. Garrett se acercó una y otra vez a la cortina que ocultaba la puerta, pero Jack lo detuvo antes de que la cruzara.

—Ese no es sitio para ti.

—¿Estará bien? ¿Qué está pasando ahí dentro?

Jack parecía viejo y cansado, más viejo que nunca, pero conservaba la calma.

—Nunca es fácil.

—Quiero verla.

Justo entonces Esther apartó la cortina. Garrett no pudo evitar ver la sangre que manchaba las manos de su madre, manchas que le llegaban a los codos, como si hubiera estado destripando un alce.

—Necesitamos más trapos.

—¿Va todo bien? ¿El bebé está bien?

—He dicho más trapos. —Y regresó a la habitación donde yacía Faina.

Antes de que se corriera la cortina, Garrett pudo ver las piernas de Faina, sus pies en el aire, y sangre, sangre por todas partes.

—Por Dios, ¿siempre es así?

Garrett creyó que iba a marearse. Jack pasó ante él con un montón de trapos en la mano. El olor, mezcla de sangre, caliente y húmeda, sudor y de algo más, algo que recordaba a una papilla salada, abrumó a Garrett, que tuvo que ir hacia la puerta de la cabaña.

Había anochecido y hacía frío. ¿Cuántas horas habían transcurrido desde que fue a buscar ayuda? Respiró hondo y anduvo hacia el río. Desde allí volvió a oír los gritos de Faina. ¿No podía él hacer nada para paliar ese sufrimiento? Regresó a la cabaña y preguntó a Jack si necesitaban más toallas, más agua caliente.

En algún momento de la noche Garrett se adormeció, sentado en una silla, y cuando despertó y se percató de que habían cesado los gritos, se puso en pie de un salto. Fue hasta la cortina y escuchó. Faina gemía suavemente. Luego oyó la voz de Mabel, cariñosa y reconfortante, como la de una madre.

—¿Ya está? ¿Ya ha nacido el bebé? —susurró él a través de la tela.

Su madre se acercó a él y apoyó las manos en sus hombros.

—Aún no, Garrett. Aún no. —Y aquel tono, amable y dulce, era tan impropio de su madre que solo sirvió para que el chico se asustara más.

—Por Dios, mamá. ¿Faina está bien? ¿Pasa algo malo?

—Le cuesta. Le cuesta más de lo que me costó a mí con vosotros. Pero es fuerte y no se rinde.

—¿Puedo verla?

—Ahora no. La estamos dejando descansar un poco antes de que siga empujando. Solo pide nieve... ¿Podrías traerle un puñado? No le hará daño.

Él llenó una jarra de nieve y se la dio a su madre.

—Dile que la amo. ¿Lo harás?

* * *

Horas después, cuando el sol era un círculo difuso en el horizonte, las voces se oyeron de nuevo. Vamos, vamos, querida. Empuja un poco más. Empuja con todas tus fuerzas. Venga. Venga.

El aullido resonó otra vez, feroz, desgarrador.

Ya se ve la cabeza. Venga, no te rindas. Venga, empuja.

Y entonces se oyó un llanto, parecido al relincho de un ternero y Garrett no comprendió de qué se trataba. Miró a Jack, que se hallaba junto a él, detrás de la cortina.

—Es el bebé, Garrett. Ya está aquí. —Jack lo llevó hacia dentro.

—Llega el papá, señoras. Quiere ver a su bebé.

—Danos solo un segundo. Deja que nos limpiemos un poco.

—¿Faina está bien? Faina, ¿cómo estás? ¿Me oyes?

* * *

Sí, Garrett, y esa era otra vez la voz que él amaba, la que parecía un suave susurro. Los dos estamos bien.

El llanto del niño se oyó de nuevo, un llanto débil y ronco.

Ya va, pequeñín, dijo Esther. Es hora de que conozcas a tu papá.

Mabel estaba junto a la cama, con las mejillas anegadas en lágrimas. Esther se hallaba al lado de la mesilla de noche, hundiendo unos trapos en la jofaina. Faina estaba sentada en la cama, con varios almohadones en la espalda. Su rostro brillaba de sudor y sus cabellos estaban alborotados. Miró a Garrett y luego bajó la mirada hacia el bulto, envuelto en una manta, que tenía en los brazos.

Vamos, no tengas miedo, dijo Esther. Acércate a conocer a tu hijo.

¿Hijo?

Exacto. Como si no hubiera ya bastantes hombres en el mundo.

Se acercó a la cama, abrazó a Faina y posó la mirada en la manta: una carita arrugada y enrojecida le observaba desde allí. El recién nacido parpadeó despacio y arrugó la frente.

Garrett acercó los labios a la mejilla del niño, su piel era tan suave que apenas la sintió. Luego se volvió hacia Faina y besó su frente húmeda.

Los días se convirtieron para Mabel en algo frágil y distinto, como si acabara de recuperarse de una larga enfermedad y, al salir a la calle, descubriera que el verano se había trocado en invierno mientras ella dormía. Como aquella vez que siguió a Faina hasta las montañas, tenía la sensación de que el mundo acababa de empezar y de que todo relucía bajo aquel manto maravilloso de cristales nevados, en aquel círculo eterno de nacimientos y muertes.

Y todo eso, el mundo entero, quedaba comprendido entre las manitas del niño recién nacido. Estaba en su boca llorona y en los pechos de Faina, hinchados por la leche, y en las palabras que Mabel sabía que Garrett no podía pronunciar porque estaba demasiado asombrado. Pero era más grande que todo eso. Se percibía incluso en la forma en que el sol iluminaba la nieve de febrero, con tanta fuerza que Mabel tenía que entrecerrar los ojos para soportar su resplandor. Todas las mañanas recorría el sendero nevado que llevaba a la cabaña de Faina y de Garrett. Él le había propuesto que se instalara allí, pero Mabel sabía que los tres necesitaban un tiempo a solas para aprender a conocerse en esa nueva situación. En la cesta, metía huevos duros, pan, o lonchas de beicon que habían sobrado de su desayuno con Jack; también llevaba pañales, trapos y ropa que lavaba en casa y secaba ante el horno de leña.

¿Cómo estás hoy, niña?, preguntaba a Faina, y ésta sonreía y contemplaba al bebé que tenía en sus brazos.

Estoy bien. Y él también. Fíjate cómo te mira cuando hablas. Sabe que estás aquí.

Y realmente el niño parecía criarse perfectamente. Los primeros días habían sido una dura prueba, pero Esther había guiado la boquita del bebé hasta el pezón de Faina y le había enseñado a ella a llenarle la boca con su pecho. No le des la posibilidad de que muerda el pezón o te arrepentirás, le había advertido Esther mientras el bebé lloraba y movía la cabeza sin saber cómo alimentarse. Es cosa de él, añadió. Tiene que aprender a hacerlo.

Y había aprendido. Dos semanas después, mamaba alegremente del pecho de Faina. Ella se cubría con una manta de piel que ella misma había hecho. Le susurraba mientras comía, cerraba los ojos satisfecha cuando él se dormía y Mabel sacaba el cuaderno y los lápices para hacer pequeños dibujos.

Cuando el bebé despertó, Mabel le cambió el pañal; el niño agitaba sus piernecillas, protestando.

No se acostumbra, ¿eh?, dijo Mabel mientras le colocaba el pañal limpio.

Pero Faina no la escuchaba. Se había acercado a la ventana a contemplar la nevada.

Puedes salir un rato. Yo me quedaré con él.

Faina no dijo nada; se puso el abrigo azul y las botas de piel que le llegaban a las rodillas, pero al abrir la puerta volvió la mirada hacia Mabel, hacia su hijo. No sonreía. Su expresión era indescifrable. ¿Acaso se sentía culpable por desear estar un rato a solas, sin el bebé? ¿O tenía miedo de dejarlo, aunque fuera solo por un momento?

Ya fuera por la ráfaga de aire frío o por la ausencia de su madre, el niño lloriqueó en brazos de Mabel y ella optó por levantarse y apoyarlo en su hombro, meciéndolo con suavidad mientras paseaba de un lado a otro de la cabaña. Garrett había ido a ayudar a Jack con los animales. Luego cortarían más leña. Había hecho un invierno frío, gélido, sereno y nevado, y la leña desaparecía rápidamente.

Mabel fue hacia la ventana, sin dejar de mecer al bebé al tiempo que lo acariciaba. El niño se calmó, lo observaba todo con los ojos muy abiertos. Mabel acercó su cara a la del bebé, aspiró su olor y su calor, y se llenó de esa sensación maravillosa que había visto tantas veces en otras

mujeres. Empezó a tararearle una canción cuando, por el rabillo del ojo, distinguió el abrigo azul sobre la nieve blanca.

Faina cruzaba el prado, hacia los árboles, pero le costaba caminar y tenía que pararse a descansar a menudo. Tardó un rato en llegar al bosque, y durante todo ese tiempo Mabel la observó, preocupada. Era demasiado pronto. No debería haberla dejado salir. El parto había sido muy duro y Faina necesitaba reposo. Pensó en ir hasta la puerta y gritarle que volviera, pero entonces se percató de que Faina se había detenido. No corría entre los árboles como hacía antes. Se quedó quieta, una silueta solitaria y desamparada en la nieve, frente al bosque que se extendía ante ella; los brazos caídos, la cabellera rubia reluciente bajo la luz del sol. Y entonces regresó a la cabaña, hacia su hijo, hacia su hogar, siguiendo las huellas que había dejado en la nieve.

* * *

¿Ya le habéis puesto nombre?

Faina no contestó. Mecía al bebé, que estaba acostado en una cuna de madera, cerca del fuego. Caía la noche y Mabel sabía que había llegado la hora de volver a casa.

Debes ponerle nombre, cariño. No es el perro. No puedes hacerlo venir con un silbido. Tenemos que poder llamarle de algún modo.

Faina siguió sin responder y continuó meciendo la cuna.

Ya había oscurecido cuando se marchó Mabel. Garrett se ofreció a acompañarla o a prestarle un candil, pero ella se negó a ambas cosas. No había luna esa noche, la temperatura había descendido bajo cero, pero encontraría el camino. A medida que el brillo procedente de la cabaña se convertía en un parpadeante resplandor antes de desaparecer del todo, sus ojos se habituaron a la oscuridad y la luz tenue de las estrellas en la nieve sirvieron para mostrarle el camino. El frío le azotaba las mejillas, le cortaba la respiración, pero el abrigo y el gorro le daban suficiente calor. Un búho saltó de una rama a otra, cual lenta sombra voladora, pero no tuvo miedo. Se sentía vieja y fuerte, como las montañas y el río. Encontraría el camino a casa.

* * *

Mabel se despertó con el pulso acelerado, se sentó en la cama y tardó unos instantes en comprender qué la había sobresaltado.

—¿Mabel? ¿Está despierta? Soy yo, Garrett. —Era un susurro ronco que venía del otro lado de la puerta del dormitorio.

Mabel pasó por encima de Jack y se puso un suéter sobre el camisón mientras caminaba hacia el comedor. Cualquiera que la hubiera llamado en plena noche la habría alarmado, pero la presencia de Garrett hacía que su tembloroso corazón diera un vuelco de temor.

—Lamento despertarla...

Mabel acalló a Garrett con la mano. Se sentía débil, mareada.

—Deja que me siente.

Garrett le acercó una silla y apoyó una mano en su hombro para calmarla.

—Ya. Concédeme unos segundos para que recobre la respiración. —Permaneció sentada, sin hablar, y estuvo tentada de seguir así durante un buen rato, de mantener la verdad a distancia.

Pero por fin tomó aire y preguntó—: ¿Sí? ¿Se trata de Faina?

—No está bien —dijo Garrett, y justo en ese momento Jack salió del dormitorio.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

—Calla. Garrett nos lo está contando. Sigue, Garrett.

—Se ha pasado todo el día inquieta, rara. No paraba de salir, a pesar del frío que hace. Intenté detenerla, pero no pude. Debería...

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Mabel, intentando mantener la mente fría.

—Se puso peor. Dijo que le dolía y cuando le pregunté me contestó que le dolía todo. Tenía las mejillas rojas. No quería levantarse de la cama y se negó a probar bocado. Pero dio de mamar al bebé y ambos se durmieron, así que pensé que esperaría hasta mañana para ver cómo se encontraba. Pero luego, hace apenas un rato, la acaricié en la cama y noté que estaba ardiendo.

—Debería haber tenido al niño en el hospital. Tendríamos que haberla trasladado a Anchorage —dijo Jack.

—No quiso ir —le recordó Mabel. Fue a su cuarto y se vistió a la luz de las velas. Cuando volvió, Garrett estaba sentado en una silla de la cocina con la cabeza apoyada en las manos. El reloj marcaba unos minutos después de medianoche.

—¿Dónde está el niño?

—Lo he dejado en casa, durmiendo en la cuna. No sabía qué hacer. Me pareció que hacía demasiado frío para sacarlo.

—Has hecho bien.

—En cuanto amanezca nos la llevaremos a Anchorage —dijo Jack mientras se anudaba los cordones de las botas.

—Si el tren funciona. Si no hay nieve en las vías —dijo Mabel, pero entonces vio el semblante asustado de Garrett—. Ya veremos lo que hacemos. Si no podemos llevarla a Anchorage mañana, al menos podemos enviar un telegrama al hospital y que nos digan qué hacer. Todo irá bien, Garrett. Venga, vamos a ocuparnos de ella y del niño.

* * *

Por el camino Mabel intentó prepararse para lo que le esperaba, con la misma determinación serena que la embargó cuando Jack se hizo daño en la espalda. Cuando llegaron, el niño seguía dormido y Faina acostada en la cama. Garrett no había exagerado. Faina estaba hecha un ovillo, con las manos apoyadas en el estómago, gimiendo en voz baja; cuando se dio la vuelta, Mabel pudo verle la cara. Gotas de sudor caían por sus sienes y le mojaban el pelo, su piel estaba enrojecida, hinchada. Mabel se acercó a ella y puso la mano sobre su frente. Estaba caliente. Cerró los ojos sin apartar la mano de la frente de Faina. Notó unos dedos ardientes que la agarraban de la muñeca y oyó un susurro gutural.

¿Mabel? ¿Estás aquí?

Abrió los ojos. Faina se había agarrado a ella. Al principio creyó que el sudor corría por sus mejillas, pero enseguida se dio cuenta de que eran lágrimas. Faina estaba llorando.

¿Qué me está pasando?

Chist. No te asustes, niña. Te pondrás bien.

¿Qué es lo que tengo?

Una infección en la sangre. Eso causa la fiebre. Pero existen medicinas que te curarán.

No quiero ir al hospital. No voy a abandonar a mi hijo.

Mabel sintió alivio al ver aquel gesto desafiante del mentón, el centelleo de ira en los ojos azules.

Ahora no te preocupes de eso. Ten, bebe un poco de agua. Tienes que beber. Te refrescará y te ayudará a aumentar la leche.

Mabel acercó el vaso a los labios resecaos de Faina, y ésta bebió y bebió hasta apurar la última gota. Luego Mabel le puso un paño frío en la frente para secarle el sudor. Cuando Garrett se acercó a la puerta del dormitorio, le pidió una jofaina llena de nieve. Sumergió el paño húmedo en ella y cogió un poco de nieve. En cuanto Faina notó el frescor de la nieve en la frente, dio un

respingo y exhaló un suspiro de alivio. Así una y otra vez, hasta que las mejillas empezaron a enfriarse y a perder aquel intenso color. Mabel cogió nieve con las manos y la deslizó por la frente de Faina, se la acercó a los labios. Faina abrió la boca y Mabel le puso un trocito dentro, para que la comiera. Se fundió al contacto con su lengua.

Ya. Ya. ¿Estás mejor?

Faina asintió; cogió la mano fría y mojada de Mabel y la acercó a su mejilla.

Gracias.

Faina cerró los ojos y recostó la cabeza contra el brazo de Mabel. Ésta no apartó la mano de su mejilla hasta que estuvo segura de que se había dormido. Le acarició el cabello, apartándolo con suavidad de su cuello empapado en sudor, y la tapó con la sábana.

Eran las tres de la madrugada cuando oyó que Jack añadía leña al fuego. Los dos hombres se habían ido alternando, a ratos durmiendo sentados, a ratos entreteniéndose en tareas innecesarias. El bebé lloró, pidiendo comida, y Mabel lo llevó a los brazos de Faina.

El pequeñín tiene hambre, querida.

Faina se puso de lado, sin despertarse del todo, pero sacó el pecho del camisón y acercó al bebé. Su piel volvía a estar roja, manchada, y se le doblaban las rodillas por el dolor mientras el niño seguía comiendo.

Cuando el bebé estuvo de nuevo en su cuna, alimentado, cambiado y dormido, Faina se despertó y empezó a suplicarle a Mabel.

Por favor, susurró. Llévame fuera.

No, niña. Debes quedarte en la cama, descansar...

Pero Mabel no estaba convencida de sus propias palabras. Quizá la esperanza estuviera allí, en la noche invernal. Pero ¿qué dirían Jack y Garrett?

Tengo tanto calor que apenas puedo respirar. Por favor...

* * *

—Quiere salir.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿En plena noche?

—Está ardiendo, y aquí dentro hace mucho calor. Creo que teme ahogarse. Solo quiere tomar un poco de aire fresco.

—Podríamos abrir la puerta —sugirió Garrett.

—Quiere estar fuera, bajo el cielo nocturno —repuso Mabel.

Garrett asintió, lo comprendía.

—De acuerdo —dijo—. La llevaremos fuera.

—¿Os habéis vuelto locos? —exclamó Jack—. Estamos a veinte bajo cero. Morirá congelada.

—No morirá —dijo Garrett. Se volvió hacia Mabel y añadió—: ¿La ayuda a vestirse?

* * *

Mabel sentó a Faina en el borde de la cama. Le puso las botas de piel y le echó el abrigo de lana azul sobre el camisón. Luego cogió la bufanda que Garrett le había dado y, mientras envolvía con ella el cuello de Faina, reconoció aquel encaje de rocío de su hermana.

Siempre he querido preguntarte...

Pero se contuvo y le puso los mitones en las manos.

Niña, tienes que prometerme que no te pondrás a deambular en plena noche. Sacaremos una silla y podrás sentarte en ella durante unos minutos.

Duele demasiado.

¿Estar sentada?

Faina asintió.

Mabel la acostó de nuevo, despacio. Habló del dolor con Garrett y éste le dijo que tenía la solución. Poco después regresaba al lado de la cama y entre él y Mabel lograron que Faina pudiera ponerse de pie. Garrett le puso el sombrero de piel de marta y le ató las cintas de cuero bajo la barbilla.

Ven a ver la cama que te he hecho bajo las estrellas.

Faina sonrió a su marido y él la ayudó a salir. No muy lejos de la cabaña había apilado unos cuantos troncos, y encima de ellos había puesto varias capas de pieles de castor y de caribú, que formaban un mullido colchón.

La noche era fría y serena, quizá la más fría que había vivido Mabel. La nieve crujía bajo sus botas, el aire cortaba. Era la clase de helor que penetra por la lana más gruesa y estrangula los pulmones. Mabel vaciló. Quizá fuera un error... Pero entonces oyó la respiración acompasada de Faina e imaginó el aire fresco en su frente febril. Sosteniéndola por los brazos, Mabel y Garrett recorrieron el corto trecho que separaba la cabaña del improvisado lecho. Una vez allí, Garrett la acostó. Faina exhaló un profundo suspiro cuando él le echó una piel de castor encima. Mabel había cogido el edredón de la cama y también la arropó con él.

Mira las estrellas, dijo Garrett. ¿Las ves todas?

Sí. Son hermosas.

Garrett se quedó con ella, sentado en una silla a su lado mientras Mabel regresaba a la cabaña. Poco después, cuando el bebé despertó pidiendo brazos, Mabel salió a preguntarle si quería cogerlo. Ella podía quedarse con Faina.

¿Quieres que me quede?, preguntó él a Faina. Quizá ya sería hora de que entraras tú también.

No, dijo ella en voz baja. Entra. Coge a tu hijo.

Mabel se inclinó sobre Faina y la arropó de nuevo con el edredón; bajó las orejeras del gorro para que le abrigaran las mejillas. Luego se envolvió en una manta que había sacado de la cabaña y se sentó.

¿Estás bien, niña?

Oh, sí. Aquí fuera, con los árboles y la nieve, puedo respirar otra vez.

* * *

Fue como un sueño extraordinario: los suspiros suaves de Faina, los crujidos ocasionales del hielo en el río y los chasquidos de las ramas debido al frío; la noche amplia, profunda, estrellada, solo rota por el perfil rasgado de las montañas. Tras las cimas surgieron haces de luz, entre verde y azulada, como los restos de una hoguera, entrecortados y retorcidos, que luego dibujaron círculos de lazos purpúreos sobre la cabeza de Mabel hasta que ésta oyó un zumbido eléctrico, como el que hacen las fibras de una manta de lana. Miró directamente hacia la aurora boreal y se preguntó si esos espectros fríos y ardientes no le quitarían el aliento, incluso el alma, para llevárselo con ellas.

* * *

—Por Dios, Mabel, estás enterrada en nieve. ¿Dónde está Faina?

Ella no recordaba haberse dormido. ¿Quién iba a dormir con ese frío? Pero de alguna manera había conseguido entrar en calor con la manta y el abrigo, resguardarse la cara con la lana, y no despertó hasta que oyó las voces de los hombres.

Faina. A mi lado. ¿Niña? ¿Estás ahí?

Pero no estaba.

—Habrá entrado en la cabaña, a ocuparse del bebé.

—No, allí no está.

Rígida y dolorida, Mabel se levantó, extrañada de la nieve que cubría su manta. La noche se había nublado de repente y las estrellas habían desaparecido, y habían caído unos cuantos centímetros de nieve. ¿Cuánto tiempo había pasado? Fue tras los hombres, oyó a Garrett llamando a Faina.

—¿Faina? ¿Faina?

—¿Dónde está, Mabel? —Jack se volvió hacia ella, casi acusándola.

—Estaba ahí, a mi lado. No puede estar muy lejos. ¿Seguro que no está en la cabaña?

—¡No! Ya te he dicho que no está dentro. —Y Jack gritó hacia los árboles—: ¡Faina! ¡Faina!

Garrett salió con un candil en la mano.

—¿Dónde está? —Su tono no revelaba temor, sino desesperación, y él corrió en dirección al río—. ¡Faina! ¡Faina!

Entre las pieles Mabel distinguió el edredón cubierto de nieve. ¿Cómo podía ser tan negligente? Lo cogió para sacudir la nieve y entonces vio un trozo de lana azul.

—¿Jack?

Él fue a su lado y siguió la dirección de su mirada; se arrodilló y, con las manos desnudas, apartó la nieve. El abrigo azul de Faina, bordado con copos de nieve. La bufanda. Los mitones. Las botas. Fue cogiéndolo todo, prenda por prenda, y quitándole la nieve.

—Oh, Jack. —Dentro del abrigo estaba el camisón de Faina—. ¿Qué significa esto?

Jack no contestó, se echó la ropa al brazo y entró en la cabaña. Mabel le siguió, cargada con el edredón mojado. Una vez dentro, lo dejaron todo encima de la mesa.

—Iré a buscar a Garrett. Cuida del bebé —dijo él.

—Pero Jack... No lo entiendo.

—¿No?

—¿Se ha ido?

Él asintió.

—Pero ¿adónde?

Jack salió de la cabaña sin contestar.

* * *

Cuando el bebé se despertó y pidió con sus llantos desgarrados la leche materna, Mabel se sintió perdida. Sumergió el extremo de un trapo en té dulce y se lo metió en la boca. El niño mamaba desesperadamente, pero enseguida apartó la cabeza y rompió otra vez a llorar. Ella le paseó por la cabaña hasta que el niño, agotado de llorar, volvió a dormirse, y durante ese tiempo no vio el menor rastro de luz, ni de Garrett o de Jack. Se sentó con el bebé en brazos y rezó para que esa noche no fuera real, para que fuera una pesadilla. Pero entonces apareció Jack. No dijo nada. Tras él, el amanecer invernal iniciaba su pálida aparición. Ella le preguntó con la mirada y él meneó la cabeza.

—¿Nada?

—Ni una huella.

—¿Dónde está Garrett?

—No quiere entrar. Está decidido a encontrarla. Ha ido a ensillar el caballo.

—Oh, Dios, Jack... ¿Qué hemos hecho?

Él se quedó en silencio. Se sentó a desabrocharse las botas y se quitó la nieve y el hielo de la barba. Atizó el fuego y luego se acercó a Mabel, para coger al bebé. Sorprendida, ella se levantó y le cedió al niño con cuidado. Jack apretó la manta y deslizó un dedo por la mejilla del bebé, con la cabeza tan vuelta hacia él que al principio Mabel no vio las lágrimas que rodaban por su cara.

—¿Jack? —Mabel le acarició la cara con ambas manos—. Oh, Jack.

Cogió al bebé de sus brazos y lo devolvió a la cuna; lo meció suavemente hasta que estuvo segura de que se había dormido. Cuando se levantó, Jack estaba a su espalda; ya no lloraba pero las huellas de las lágrimas eran aún visibles en su semblante. Mabel fue hacia él y se refugió en su pecho. Permanecieron un rato abrazados.

—Se ha ido, ¿verdad?

Jack apretó los dientes y asintió como si le doliera todo el cuerpo.

El dolor arrolló a Mabel con tal fuerza que sus sollozos fueron mudos, sin sonido ni palabras. Era una angustia escalofriante, devastadora. Ella supo que sobreviviría porque ya lo había logrado otra vez. Lloró hasta quedarse sin lágrimas, y entonces se secó la cara con la mano y fue a sentarse en la silla, temiendo que Jack saliera por la puerta y la dejara sola. Pero entonces él se arrodilló a sus pies, apoyó la cabeza en su regazo, y así permanecieron, compartiendo el dolor de una pareja de ancianos que han perdido a su única hija.

* * *

Quizá fuera el viento, o su propia y tremenda pena, pero Mabel habría jurado que oía la voz de Garrett. A ratos era un grito, procedente del río. A ratos un llanto profundo y lastimero que parecía salir de las propias montañas.

Ella y Jack se quedaron con el bebé esa noche, esperando que Garrett regresara a la cabaña. Mabel dormitó al lado de la cuna, donde el niño dormía tranquilo, pero su sueño fue ligero y se despertó una y otra vez.

—¿Has oído eso? —preguntó.

Jack se hallaba de pie junto al fuego, con el semblante abatido.

—¿Qué ha sido eso? —insistió ella.

—Lobos, supongo.

Pero ella sabía que no era así. Sabía que era Garrett, a caballo, buscándola, gritando su nombre en una noche sin estrellas. Faina. Faina. Faina.

Epílogo

Hola? ¿Hay alguien en casa? —Jack llamó con los nudillos a la puerta de la cabaña y luego la abrió despacio—. ¿Hola?

Entró ayudándose con el bastón. Se quedó un momento en el umbral y escuchó el silencio. Ese día de otoño había ido en busca de Garrett, pero en su lugar se encontró con una avalancha de recuerdos. En un estante, cerca del horno de leña, estaba la muñeca de porcelana de Faina, con el pelo rubio peinado en dos trenzas y el vestido, azul y rojo, tan reluciente como el día en que Jack la había dejado en el bosque y dicho en voz alta: «Esto es para ti. Ignoro si estás ahí ni si puedes oírme, pero queremos que lo tengas».

Jack no se movió de la puerta, pero sus ojos recorrieron el interior de la cabaña. Doblada con esmero en el brazo de un sillón estaba la manta de lana que Mabel había hecho del viejo abrigo de Faina. Luego vio unas fotos colgadas en la pared del fondo y se dirigió hacia ellas sin darse cuenta, sin tan siquiera cerrar la puerta. La mayoría eran de Garrett con sus hermanos y de Esther y George en el día de su boda. Pero la que captó su atención era la de una mujer que sostenía a un bebé envuelto en una manta. Hacía casi quince años de la única vez que había visto esa foto, cuando la descubrió en una choza excavada en la pendiente de una montaña. Ese bebé era Faina.

En algún lugar de la cabaña, quizá doblados en un baúl o colgados en un armario, debía haber un vestido de novia con adornos de plumas y un abrigo azul con copos de nieve bordados. Estaba seguro de que Garrett los había guardado, al igual que había hecho con esos otros recuerdos de la vida de Faina. Pero qué pocos eran... La idea abrumó a Jack mientras deambulaba por la cabaña. Esas eran las escasas pertenencias terrenales que Faina había dejado atrás.

La amargura llegaba así, de improviso. Los años suavizaban sus bordes más afilados, pero a veces seguía embargándolo por sorpresa. Como aquella noche, hacía pocas semanas, en que su mirada se posó en el libro de cuentos encuadernado en piel azul que había en el estante de su cabaña. Siempre estaba allí y sus ojos debían haberlo visto todos los días sin darse cuenta de ello. Estaba seguro de que no se había abierto desde hacía años. Mabel había prestado a Garrett todos sus libros excepto ese. Estaba convencido de que Garrett ni siquiera conocía su existencia y ni Jack ni Mabel le hablaron nunca de él.

Mabel estaba en el dormitorio, cepillándose el pelo, y él cogió el libro. Allí mismo, de pie ante el estante, hojeó sus páginas. Tocó los dibujos en color que ilustraban el relato de aquella niña, medio humana y medio de nieve, y de la pareja de ancianos que la cuidaba. De repente unas cuantas páginas cayeron al suelo y él temió haber roto la encuadernación. Miró de reojo hacia el dormitorio y se apresuró a recogerlas. No eran páginas del libro; eran los dibujos de Mabel. Se puso a observarlos, maravillándose de su habilidad y su atención al detalle.

La carita infantil y delicada de Faina, envuelta en su sombrero de piel de marta. Faina sentada a la mesa de la cocina, con la barbilla apoyada en las manos. Dibujos de Faina ya convertida en una joven, con un recién nacido en su pecho. Eran estudios, cada uno hecho desde perspectivas diferentes, algunos de más cerca que otros. La mano de Faina sobre el bebé dormido. El puñito del niño. Con los ojos cerrados. Abiertos. La madre. El hijo.

Aquellos trazos suaves del lápiz habían capturado algo que él había sentido y que no habría logrado expresar nunca. Plenitud, aquella sensación de calidez y trascendencia que se había apoderado de Faina en sus últimos días, y la generosa ternura que vertía sobre su hijo como lo hacían los dorados rayos del sol.

Cuando Mabel le llamó, preguntándole si pensaba acostarse ya, él dobló los dibujos con cuidado y volvió a introducirlos entre las páginas del libro. Lo devolvió al estante, y allí seguía, aparentemente olvidado.

* * *

Jack se percató de que había entrado, sin que nadie le invitara, en la cabaña de Garrett.

—¿Garrett? —gritó de nuevo, a sabiendas de que no habría respuesta. Salió y cerró la puerta. No había ido muy lejos, no con ese paso lento y torpe, cuando oyó que el niño lo llamaba desde los árboles.

—¡Yayo! ¡Yayo!

Jay corría hacia él por el sendero seguido, de bastante cerca, por el viejo perro. Aún sin nombre, el husky de Faina correteaba a su aire entre las dos cabañas, pero siempre que el niño estaba fuera, el perro iba a su lado.

—¡Yayo! Mira lo que he pescado. —El niño levantó una rama de sauce de la que colgaba un timalo pequeño y cubierto de polvo.

—¿Lo has pescado tú?

—Bueno, la yaya me ha ayudado. Pero puse el cebo yo solo.

—Bien hecho. Bien hecho.

—Y la yaya ha dicho que podríamos comérmolo para cenar.

Jack cogió la ramita y observó el pez de cerca.

—Si no recuerdo mal, el abuelo George y la abuela Esther también vienen a cenar.

—¿Y papá?

—Sí, y tu padre también.

—¿Le has visto?

—No, debe de estar montando a caballo por ahí. Pero no tardará.

—Le gustan mucho las montañas, ¿verdad? Siempre va a montar por allí. Dice que este año podré acompañarle a poner trampas. Quizá cacemos un glotón.

—Eso estaría bien, ¿no crees?

Pero el chico ya había salido corriendo.

—¿Jay? —le llamó Jack—. ¿Qué te parece si pescamos unos cuantos peces más, para asegurarnos de que hay comida para todos?

—Claro, yayo. Podemos pescar más.

El chico desapareció tras un recodo del camino, corría hacia la cabaña de Jack y Mabel.

—Nos dejan solos, viejo —dijo Jack al tiempo que acariciaba el lomo ya gris del perro—. Creo que irás mejor a mi paso.

Era un frío día de otoño y el sendero estaba cubierto de hojas secas de abedul. Una masa de nubes asomaba tras las montañas.

—Huele a nieve —dijo Jack, y el perro levantó el hocico, como si quisiera confirmarlo.

Jack dejó atrás su cabaña y siguió por el sendero hasta el riachuelo a tiempo de ver a Mabel enrollando el sedal; un timalo se agitaba en el anzuelo. El niño gritaba, emocionado, subido a una roca cercana.

—¡La yaya ha pillado el pez más grande del mundo! Mira, yayo. ¡Mira!

El niño saltó a la orilla, soltó al pez del anzuelo y lo levantó en el aire para mostrárselo a su abuelo.

Mabel saludó a Jack con una sonrisa. Aún tenía la caña en la mano. Sus cabellos se habían vuelto completamente blancos, había arrugas en torno a sus ojos y a su boca, pero su mirada seguía siendo joven.

Pasaba muchas tardes en el campo, con el niño, enseñándole a pescar, a distinguir los cantos de los pájaros y a buscar conejos. Con qué facilidad se comunicaba con el niño... Había días en que le hablaba de su madre: le decía que tenía sus mismos ojos azules, que procedía de las montañas y de la nieve, y que conocía a los animales y las plantas como las palmas de sus manos. Y a veces abría el broche que llevaba al cuello para mostrar al chico el mechón de pelo rubio y hablarle del espléndido vestido de novia que llevó el día de su boda.

—Pequeño Jack podría haber capturado a ese gran pez —dijo Mabel, antes de besar al niño en la cabeza—. Pero lo dejó escapar.

Pequeño Jack. Ellos siempre le llamaban así. Casi un mes después de la desaparición de Faina, el niño seguía sin nombre. Garrett había ido a verlos y le preguntó si le importaba que el bebé llevara su nombre. Al fin y al cabo, era su nieto.

—¿Jack? ¿Me has oído? Creo que te estás quedando sordo con la edad —bromeó Mabel mientras le tendía el cordel donde había ido colgando los peces—. ¿O finges no oírme porque no quieres limpiar el pescado?

—No me parece bien —dijo Jack, guiñándole un ojo al chico—. Si a un hombre no le dejan pescar, no deberían pedirle que limpiara el pescado.

—¿Puedo ayudarte, yayo? ¿Por favor?

Mabel los dejó a los dos en el riachuelo y se dirigió a la cabaña para ir encendiendo el fuego. Jack tuvo que apoyarse en el bastón para acercarse a la orilla del río. El niño extendió los peces sobre la hierba, que ya amarilleaba. Jack sacó la navaja del bolsillo del pantalón. Con la mano en el bastón, Jack empezó a agacharse muy despacio. De repente, sin embargo, notó la manita del niño en el brazo.

—Apóyate aquí, yayo —dijo el niño, y aunque era demasiado pequeño para servirle de ayuda, algo en aquel gesto hizo que el dolor de los viejos huesos de Jack se redujera a una leve molestia.

El niño le tendió un timalo, y Jack lo sostuvo en la palma de la mano mientras deslizaba la hoja de la navaja bajo la piel plateada y le abría el estómago. Enseñó al chico a meter un dedo por la mandíbula del pez y extraerle las entrañas. Las echaron al agua, ante la alegría de un salmón que se puso a mordisquearlas. Jack metió la mano en el pez y deslizó el pulgar por la espina para soltar la línea del riñón, que salió como un fino coágulo de sangre. Luego se lavó las manos en el agua, las tuvo sumergidas hasta que le dolieron por el frío.

El niño esperaba, agachado a su lado.

—Y por último, las escamas —dijo Jack, mostrándole cómo se rascaba aquella piel con la hoja del cuchillo.

Cuando Jack sumergió el pez en el riachuelo, las pequeñas escamas iridiscentes brillaron, diseminadas por el agua; la corriente se las llevó hasta las rocas, y allí se quedaron, pegadas como lentejuelas.

—Son bonitas, ¿no, yayo? —dijo el niño mientras miraba una de esas escamas que se le había quedado en el dedo.

—Supongo que sí —dijo Jack.

* * *

George y Esther llegaron antes de que anocheciera. Como de costumbre, Esther ya hablaba antes de abrir la puerta y venía cargada de tarros y delicias envueltas en trapos. Cuando ya estaban enharinando los tímalo para freírlos en una sartén untada de mantequilla, Jay corrió hacia la ventana.

—¡Es papá! ¡Ya está aquí!

Jay estaba en sus brazos antes de que Garrett hubiera podido quitarse el abrigo y el sombrero.

—¿Qué has visto, papá? ¿Qué has visto?
—A ver, déjame pensar... Oh, sí: un día vi un glotón.
—No le tomes el pelo al niño —le regañó Esther mientras daba la vuelta al pescado.
—No le tomo el pelo. Estaba ahí arriba, más allá del bosque, en ese valle que pisé una vez hace mucho tiempo. Solía haber un glotón corriendo por allí, pero hace años que no lo veo.
—Pero ¿lo viste? —preguntó el niño.
—Sí. Había amarrado el caballo a un árbol. Estaba subiendo por las rocas cuando, en la cresta de una colina, vi a un glotón que me miraba. Pensé que iba a saltar encima de mí. Las garras eran así de largas. —Garrett extendió los dedos índice y pulgar, para mostrar a su hijo la longitud de esas garras.
—¿Tuviste miedo?
—No. No. Y no me atacó. Se limitó a mirarme con sus ojos amarillos. Luego se dio la vuelta, muy despacio, y casi saltó de la montaña.
—¿Y qué más has visto, papá? ¿Qué más?
—Al parecer no se conforma con un glotón —comentó Esther, sonriendo.
—Pues hoy poco más. Salvo esas nubes que asoman tras las montañas. Parece que va a nevar. El niño miró por la ventana y se volvió hacia su padre, decepcionado.
—No nieva.
—No te preocupes. Te apuesto lo que quieras a que nevará esta noche —dijo Garrett. Durante toda la cena el niño apenas pudo estarse quieto, a pesar de los elogios que recibió el sabor del pez que había pescado.
—No te muevas más, Jay —dijo Esther—. Ya te he dicho cien veces que nunca nieva si miras al cielo. Ve a sentarte con el abuelo George. Quizá te dé un poco de su tarta. George miró al niño con el ceño fruncido; luego lo acogió en sus brazos y empezó a hacerle cosquillas.
—¡Por Dios! Tened cuidado con los platos —dijo Esther—. ¡Vais a volcar la mesa!
Después del postre, George y Esther empezaron a recoger sus cosas y a despedirse. El niño parecía triste. Siempre protestaba al final de esas cenas y una vez dijo que debían vivir todos juntos, en la cabaña de Jack y Mabel, para que así nadie tuviera que irse nunca. Mabel ayudó a Esther a ponerse el abrigo, Jack estrechó la mano de George y Garrett dijo que él y Jay saldrían a enganchar los caballos a la carreta.
—Ponte el sombrero, pequeño Jack —le dijo Mabel, pero el niño ya había salido por la puerta. Jack amontonaba platos en la mesa cuando oyó que la carreta se alejaba por el camino. Justo entonces otro sonido llegó hasta él: gritos, risas. Mabel estaba junto a la ventana de la cocina. Jack se acercó a ella. Al principio solo distinguió su propio reflejo en el cristal, pero luego su mirada consiguió atravesar esas dos caras reflejadas y discernir otras dos figuras en la noche. Garrett estaba cerca del establo con un candil en la mano; a su lado, el niño saltaba y levantaba los brazos hacia el cielo. Sus gritos de alegría se oían desde el interior de la cabaña. El perro acompañaba al niño: ladraba, brincaba, corría en círculos a su lado. Cuando los ojos de Jack se habituaron a la oscuridad, vio que el suelo se había cubierto de blanco y, a la luz del candil de Garrett, los copos de nieve que danzaban en el aire. Cogió a Mabel de la mano, y cuando ella se volvió, en sus ojos se leía la alegría y el dolor de toda una vida.
—Está nevando —dijo ella.

notes

[1] Animal carnívoro ártico, del tamaño de un zorro grande. (*N. del T.*)